

ARCHIVO CATEQVISTICO



II

*Material
literario
recreativo
para veladas
infantiles*

No se presta

**Lectura
en
Sala**

c-38372

398



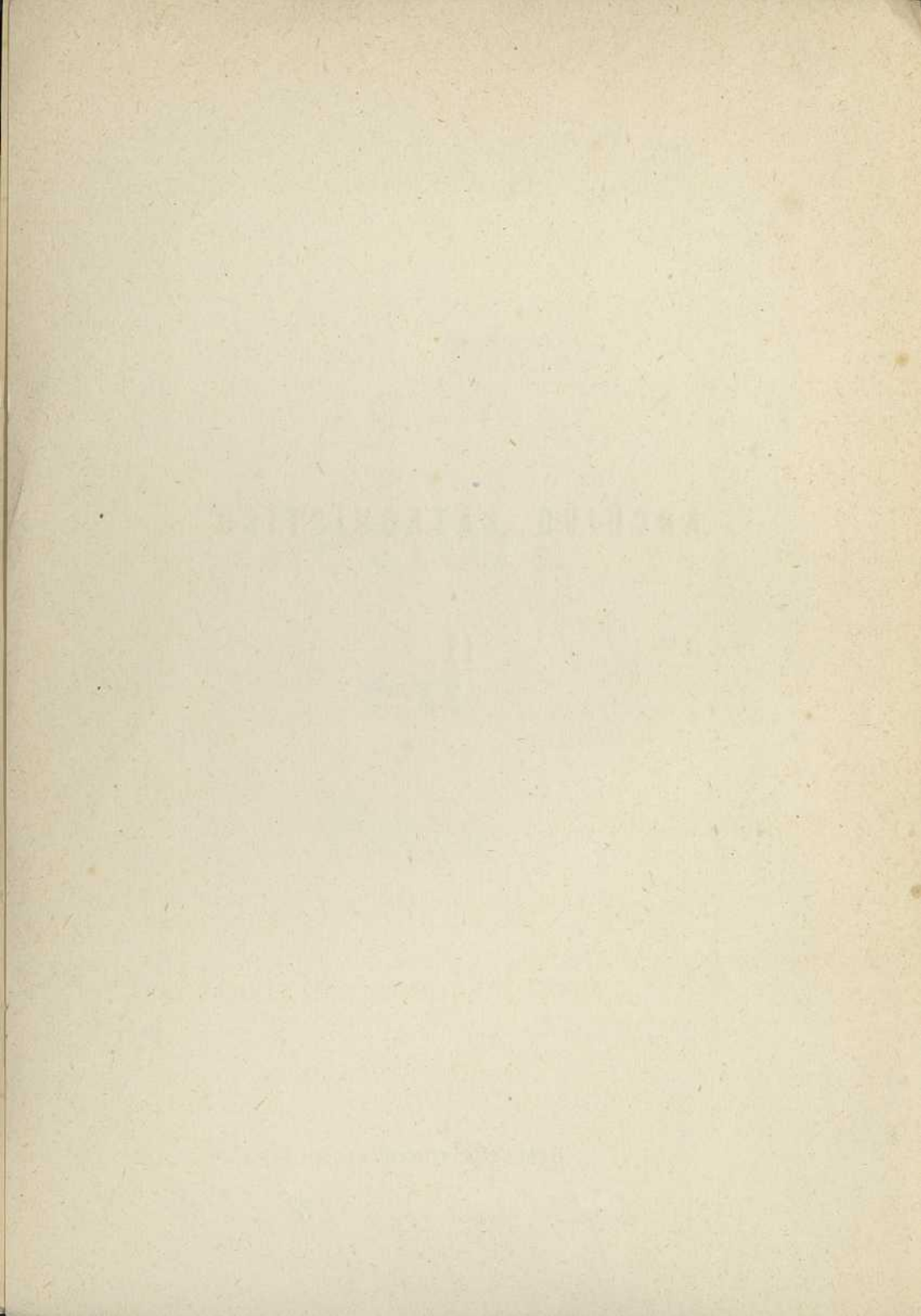
ARCHIVO CATEQVÍSTICO

II

R. - 4.630.

(TERCERA EDICIÓN)

Deposito Legal : Po. - 34.1.958



ESCENAS Y DIALOGOS FESTIVOS

NARRACIONES, CUENTOS Y MONÓLOGOS

POESÍAS HUMORÍSTICAS, EDUCATIVAS...

MISCELÁNEA PATRIÓTICA

MISCELÁNEA LÍRICA

NIHIL OBSTAT

Fernando Bujanda
CENSOR

IMPRIMI POTES

Félix Benito Magaña
VIC. GEN.

Logroño, 4 de noviembre de 1955.

ESCENAS Y DIÁLOGOS

N.º 1

NOMBRE VERBAL

Personajes: *Ignacio, Criado, D. José (sacerdote)*

IG.—¡Alabao sea Dió!

CR.—¡Por siempre sea alabao y bendito!

IG.—¿Vive aquí er padre cura don José Pastrana?

CR.—Sí, señó; aquí vive. ¿Qué se le ofrecía a V.?

IG.—Dilusté que está aquí un hombre de Hinojo a recogé unos naranjos mandaeros, de parte de don Juan Muñó, er canónigo.

CR.—(*Después de anunciar la visita*). Que saguarde V. un ratito, que ya viene; que está acabando de rezá. (*Marcha el criado*).

IG.—Por lo visto sigue «enviciao» en el rezo, como en Hinojo. No se entraba una vé en aquella casa que no se estuviá dale que dale a las novenas con el libro en la mano. Una vé que nos repartió el Ayuntamiento entre los hacendaos porque no había trabajo por mó der temporá, a los dos que le tocaron a él los puso a rezá partes e Rosario...; lo cuar que al otro día no gorvieron ni amarraos, y eso que echaban sus cigarros y tó. Pero lo que decía él: ¿en qué los ocupo, si ni tengo viñas, ni tengo olivares?... ¡Po parte e Rosario que te crió, por mis defuntos!... ¡Es mu güen hombre!

D. J.—(*Saliendo*). ¡Hola, muchacho! ¿Con que de Hinojos?

IG.—Pa serví asté.

D. J.—Y de parte del señor don Juan.

IG.—Er mesmo, que viste y carza.

D. J.—¿Y hace mucho que está allí?

IG.—Custión de una semana. Usted sabe que él no jace na más que una entrá por una salía...

D. J.—Y tú, ¿de quién eres hijo?

IG.—De José el Alabao y de Rita la Chucha, pa serví a Dió y asté.

D. J.—Los recuerdo a los dos. Que vivían en la calle de los Civiles...

IG.—Allí tiene usted su casa pa lo que usted guste de mandá, con permiso de ellos.

D. J.—Y tú estás en la tuya. Y ¿cómo te llamas tú?

IG.—¡Esa sí que tié gracia! ¿De moo que me bustizó usted mesmo y no sabusté cómo me llamo?... ¡En mi vía he visto otra!

D. J.—Hombre, ha bautizado uno a tanta gente en este mundo...; ya ves, sólo en Hinojos estuve ocho años, que no es posible retener en la memoria tantos nombres.

IG.—¡Po er mío no es mú corriente, que digamo, a lo meno en Hinojo! Uno había en Armonte, por cierto mú riquísimo, pero que ya se ha muerto...

D. J.—¿En Almonte, y muy rico?... Por esas señas, la verdad, no caigo.

IG.—Po a vé si lo acierta usted: ¡mi nombre está en er Creo!

D. J.—Supongo que no te llamarás Poncio Pilato...

IG.—¡Ni lo premita Dió!... Pero rezusté er Creo, que usted lo sabrá rezá, siendo de ilesia, y verá usted cómo lo encuentra.

D. J.—En el Credo... en el Credo... Como no te llames Jesucristo... o Espíritu Santo...

IG.—¡Güeno! ¡Espíritu Santo!... ¡Asina se llamaba una monja que había en Sevilla en er convento de Santa Iné, prima hermana e mi madre!... ¿Tengo yo cara e monja?...

¡Yo me llamo una cosa que está en er Creo! Rézaluste, aunque sea por sus defuntos, y verá usted cómo topa con mi nombre.

D. J.—Te daré gusto, ya que te empeñas.

(*Ignacio se descubre reverente*).

IG.—¡Espacito, y fijándose!

D. J.—Creo en Dios Padre... todopoderoso... creador del cielo... y de la tierra...

IG.—Frio, frío: como el agua del río. Ahí no está.

D. J.—Creo en Jesucristo... su único Hijo... Nuestro Señor... Fué concebido por obra y gracia... ¿Te llamas Gracia, quizá?

IG.—¿Soy yo acaso mujé, y nacía en Carmona, pa llamarme ese nombre? ¡Sigusté! ¡Hombre de Dió!

D. J.—...por obra y gracia del Espíritu Santo...

IG.—¡Caliente, caliente, como el aguardiente!

D. J.—Hemos quedado en que no te llamas Espíritu Santo.

IG.—No, señó.

D. J.—Y nació de Santa María Virgen...

IG.—¡¡Ya se lo dejó usted atrás!! ¡Ni jarre que trote, ni só que se pare!

D. J.—¿Te llamas María entonces?...

IG.—¿Qué María ni María? ¡Estaría eso mu precioso! ¡Un hombre como un jastí llamándose María! Asegunde usted otra vé, endeje «por obra y gracia»... Pero espacito y güena letra.

D. J.—Fué concebido por obra y gracia... del Espíritu... Santo... ¿Te llamas Santos, quizá? Una s más o menos no va a ninguna parte.

IG.—No, señó. ¡Sigusté!

D. J.—Y nació...

IG.—¡Arto ahí!... Ese es mi nombre.

D. J.—¿Y nació?

IG.—Sí, señó. ¡Inacio! Inacio de Loyola, porque nací er 31 de julio... ¡Ná más que lo de Loyola, ya eso no está en er Creo!

J. F. MUÑOZ PABON.

N.º 2

LOS AÑOS DEL TÍO TENAJAS

Personajes: *Un Cartero que casi no hace más que traer una carta. El tío Tenajas, maño hecho y derecho de buena cepa. El tío Hilario, de la misma cepa. El tío Dionisio, de la misma también. El señor Secretario, y el señor Párroco, Mosén Emeterio.*

Decoración: *Se puede suponer que el tío Tenajas está en una calle o campo, y cerca de donde él está hay tres casas por lo menos, a las cuales va llamando, y al fin que Mosén Emeterio viene por la calle de paseo, y se topa con los baturos y tiene con ellos la penúltima escena.*

ESCENA 1.ª

El tío Tenajas y el Cartero

Tío Tenajas.—*(Paseando con las manos a la espalda y una vara, o como más guste).* ¡Ridiez! y qué buena está la tarde.

Cartero.—¡Tío Tenajas! aguarde usted que tié una carta, del chico paice. *(De entre las demás saca una y se la da).*

TE.—Mía Celipe, ya sabes que no sé ler sino una miajica. ¿Quiés lerne esta cartica?

CA.—Está bien, tío Tenajas.

TE.—Amos, pues despacio, pa que lo entienda.

CA.—*(Leyendo).* Mi querido padre: Me alegraré que al recibo de ésta estén ustedes bien. Yo estoy muy bien, a Dios gracias. Por acá se

presenta ahora una buena ocasión de una colocacioncita o destinico, pero es preciso que me diga usted corriendo qué años tiene, porque tengo que llenar ciertas formalidades que exige la ley, y el reglamento del Municipio. Es cosa que corre mucha prisa. Así que ya le escribiré otras cosas otro día. Muchos recuerdos a todos. Contésteme pronto, cuanto antes. Su hijo, Antonio.

¿Quié usted que se la vuelva a ler?

TE.—¡Ricontra! ya basta una, que tienes prisica. Con Dios, cartero.

CA.—Con Dios, Tenajas. *(Se va).*

ESCENA 2.ª

Tenajas solo

TE.—Pero, ¡ridiezla! ¡si yo no me acuerdo de la edad que tengo! ¿cómo me voy a acordar de los años, si

cuando yo nací era tan chico? De lo único que me acuerdo es que yo *hi* sido *casau*, que *ahura* soy viudo y que el día menos *pensau* estiro la garrá, como mi Colasa... Pero, en fin, *amos a preguntale* a Hilario, el vecino, si sabe los años que tengo, que sí lo sabrá, porque *pué* ser que él sea más viejo que yo. (*Llama a una de las puertas con una aldaba*).

ESCENA 3.^a

Tío Tenajas e Hilario

Hilario.—(*Desde dentro*). ¿Quién va?

TE.—Aquí vengo, Hilario, a ver si me saca *usté* de dudas y me *pué* icir cuántos años tengo.

HI.—¡*Ridiez!* ¿y qué prisa ti corre sabelo?

TE.—A mí, *denguna*. Es que me escribe el chico y me lo pregunta, y por más vueltas que le doy no *púo* ajustar la cuenta. Yo sé que nací el día de San Miguel, y que fué un año de mala cosecha, y hasta me *paice* que acababa en 3; pero no sé si sería el 33 ó 43. Lo que me acuerdo es que mi madre me *icia* que me llevaba con *usté* diez años justos, y por eso vengo a ver si por los años de *usté* *púo* yo sacar la cuenta de los míos.

HI.—El caso es que *m'has* cogido tan de sopetón... Pero, *aguarde* una miaja... Yo cumplo años pa la Virgen del Rosario.

TE.—¿Y cuántos cumple?

HI.—Pues mira, ajusta la cuenta: yo entré en la quinta del 8.

TE.—Pero, bueno, ¿cuántos años hace?

HI.—¿Cuántos años hace? Muchos. ¡*Cualquiá* se acuerda de todos!... Pero, *ascucha*; cuando yo *golví* del *servicio* se murió el padre de *Donisio* el carretero, aquel que estuvo *casau* con Bartola, la hija del síndico de *Calaturrau* el que cantaba aquellas joticas tan majas a la *Pilarica*...

TE.—¡*Ridiezla*, *maño!* ¿*ande* vas a parar?

HI.—Voy a parar a que andemos a casa de *Donisio*, a que nos diga cuándo murió su padre.

TE.—Bueno; *amos a preguntale* qué año fué, y por el hilo sacaremos el ovillo.

HI.—¡Ea! pues ya estamos *anduiendo*.

ESCENA 4.^a

Tío Tenajas, Hilario, Dionisio

TE.—(*Llama a la otra puerta*). ¡Ave María purisimaaa!

DI.—(*Desde dentro*). ¿Quién llama?

TE.—¡A la paz de Dios! Oye, *Donisio*, ¿tú ti acuerdas cuándo se murió tu padre?

DI.—¡Ya lo creo!... Como si *hubiá* sido ayer. (*A la puerta*).

TE.—¿Qué año era?

DI.—El año del *colera*.

HI.—Pero, ¿de qué *colera*?

DI.—¡*Ridiez!* ¡de qué *colera* ha de ser! Del *colera muerbo*.

HI.—*Ti quio* icir, que ha habido dos *coleras*, el primero y el segundo.

DI.—Bueno, pues mi padre se murió del primer *colera* que tuvo, y se murió en veinticuatro horas.

TE.—Maño, tú tienes las *entenderas* a componer. Lo que yo ti pregunto es cuál de los dos *coleras* mató a tu padre, si el primero u si el segundo.

DI.—Lo mató el primero que tuvo.

TE.—¡*Uh!* ¡*ridiez!* ¡qué melón!

DI.—Pues me *paice* que bien claro le contesto.

HI.—¿Y no sabes cuántos años hace?

DI.—¡*Cualquiá* lo sabe! No *pué* uno tener todas las cosas en la memoria.

TE.—Pero, ¿y poco más o menos?

DI.—Eso sí; poco más o menos *pué* *usté* contar que son una *güena* carretada.

HI.—Pues, me *paice* a mí, Tenajas, que si *quiés* saber los años cabales, tendrás que ir a casa del juez de paz a que te lo busque en los libros.

TE.—Eso *igo* yo, que lo que es con este calabacín de *Donisio* no saca-mos nada en limpio.

HI.—*Amos* allá, Tenajas. (*Van a la otra casa*).

ESCENA 5.^a

Tío Tenajas, Hilario, El Secretario

TE.—¡A la paz de Dios! ¿Está il *siñor scretario*?

SE.—¿Qué pasa, Tío Tenajas?
(Desde la ventana mejor que saliendo a la puerta, si lo permite la decoración).

TE.—Amos a ver, *secretario*, si tú me sacas de mi *norancia*—pagando lo que sea—, que me encuentro muy *apurau*.

SE.—¿Qué quiere *usté*, Tío Tenajas?

TE.—Que busques el libro de los nacimientos y mires cuántos años tengo.

SE.—Algo difícil va a ser eso, tío Tenajas.

TE.—¡Otra! ¿*Tamién* aquí, que todo lo llevan *apuntau*, va a ser difícil?

SE.—Vamos por partes y no se pique *usté*, antes de hora. ¿Se acuerda *usté* del tío Nicolás, mi antecesor en el cargo?

TE.—Sí, *siñor*, aquel de los espejuelos *ajumaus*.

SE.—El pobre murió viejo y medio chiflado. En vez de llevar libros civiles apuntaba los nacimientos y defunciones en hojas sueltas de papel, y la casera los iba gastando para envolver ciruelas claudias y para encender la lumbre.

TE.—¡Me caso en!... iba a soltar una *barbaridá*.

SE.—Sin embargo, veamos si *usté* nació antes que él comenzara a chiflarse...

TE.—Yo debía nacer hacia el 33 o el 43; pero no se haga *usté* caso de lo que yo le *iga*.

SE.—Pues mire lo que son las cosas, tío Tenajas. Hacia el 33 fué precisamente cuando el tío Nicolás comenzó a chiflarse, y el 43 ya estaba chiflado de remate.

TE.—¡Me caso en!... Me voy, porque si no la suelto.

SE.—Sí, váyase *usté*, tío Tenajas, pero vaya al Registro de la Parroquia, que es el último recurso que le queda.

TE.—Pues di que voy a pasar todo el día de Dios, anda que anda, como el Judío errante.

HI.—Pero, *miá*, tú, aquí viene Mosén Meterio. Le *pués* preguntar y a ver lo que *tice*.

ESCENA 6.^a

El Párroco, Tío Tenajas, Hilario

PA.—(Viene como de paseo, con traje de aldea, sotana y birrete).

TE.—¡*Alabau* sea Dios!

PA.—Por siempre... ¡Bien venido sea el tío Tenajas y el buen compañero!

TE.—*Usté* es mi última esperanza, Mosén Meterio.

PA.—¿Y qué se ofrece?

TE.—*Quisiá* la fe de Bautismo para saber cuántos años tengo.

PA.—Al instante; en las Parroquias todas esas cosas las tenemos listas.

TE.—¡Bendita sea la Virgen del Ebro, que ya voy a *discansar*!

PA.—Sin embargo, ¿usted nació, como si lo viera, antes de la guerra carlista?

HI.—Y antes que D. Carlos *pué* que *tamién* naciera.

PA.—Pues, entonces... ¡ahí está el *busilis*!

TE.—Y eso, ¿qué es?

PA.—El *busilis* es que, como durante la guerra carlista, vinieron aquí diferentes partidas de republicanos, que como usted sabe son enemigos de la Iglesia, quemaron todo el archivo parroquial.

TE.—¡*Uh, ridiezla*! ¡Eso me faltaba! ¿Entonces *quíé* *icir* que quemaron los libros de los nacimientos?

PA.—Todos, todos, tío Tenajas, sin que quedara ninguno. ¡Ya ve usted qué desgracia!

TE.—A alubias ventoseras y a sopa de ajo los *hubiá* yo *condenau* para toda la vida.

PA.—¡Bien merecido lo hubieran tenido!

TE.—¿Y qué *hi* de hacer *ahura* sin saber los años que tengo.

PA.—Vea usted al veterinario, por si los conoce por la dentadura.

TE.—No *pué* ser.

PA.—¿Por qué?

TE.—Porque ya *hi cerraui*.

PA.—Pues, entonces, ya no hay remedio. (Se va).

ESCENA 7.^a

Tío Tenajas e Hilario

HI.—*Quié* *icirse*, tío Tenajas, que lo que pide el chico no *pué* ser.

TE.—¡Moño! ¡y qué cosas se ocurre pedir a esos señores! ¡Cuanti mejor que *pidirían* un pellejo de Co-suenda!

HI.—Y que tendrás que *escribible* así *mesmamente*.

TE.—A ver si te *paice* bien la carta que se me ocurre. Te la voy a *icir pa* que me la *escribas*. Que ya sabes que yo no sé escribir mayormente.

HI.—Dilo, pues.

TE.—Toñico, hijo mío; dile al amo del *Almenaque* Zaragozano que me *andevine* a mí los años que tengo, porque en Calatayud no lo sabemos *naide*; ni yo, ni Hilario, ni *Donisio*, ni el *sicretario*, ni el cura, ni el vete-

rinario. Si no lo *andivina*, *hati* cuenta que no *hi* nacido todavía, porque no saber la edad es lo *mesmo* que no saber cuándo se nació, u si se nació u si no se nació. Si no ti dan el destino, no *haiga cuidao*; vente *pacá*, que no ti faltarán *habichuelas* tan y mientras te viva tu padre, que lo es — *Tio Tenajas*.

¿Ti *paice* bien, Hilario?

HI.—Bien *mi paice*, Tenajas.

TE.—(Al público). Y a *ustés*, ¿les *paice* bien?

HI.—Pues, ¡moño!... aplaudan.

TELON

(Arreglo de REVILA, S. J.)

N.º 3

GITANERÍAS

Personajes: Juez, Gitano, Labrador y Alguacil

AL.—Señor juez, aquí le traigo a este gitano o bandido, a quien montado en un burro he pillado junto al río. Según pude averiguar y probaré con testigos, este hombre es un ladrón que robó este borriquillo a un vecino de este pueblo, el cual reclama el castigo, que le devuelvan su burro y a más daños y perjuicios.

JU.—(Al gitano).

—¿No sabe usted, buena pieza, que el robar es un delito, y que las leyes castigan al ladrón con el presidio?

¿No sabe usted que es sagrada la propiedad del vecino, y que la afrenta mayor y el más grande desprestigio, y la más atroz vergüenza para todo bien nacido es ladrón apellidarle?...

GI.—Aguárdese osté un poquito que rezuella, que he quedao con el susto entontecido.

Yo soy de güena nacencia y tengo un honrao oficio, y no hay naide en toa la tierra, vamo, ar decí, más dizno. Zolamente que en er mundo nunca fartan enemigos que argún farzo testimonio

alevanten a Dios mismo.

Misté zi zere yo honrao, que en cuanto argo ze ha perdido, todos me buscan a escape, porque zaben y tien visto que coza que yo me encuentro está fuera de peligro.

Conque, compare, no jaga osté caso a malos juisios.

JU.—¿Qué tratamientos son esos a la Justicia? ¡Atrevido!

GI.—Zeño uzía, osté ispense: quise izir que yo no he zío er que eze burro ha robao.

JU.—Pues lo afirman los testigos, y el amo, como oyó usted, pide daños y perjuicios.

GI.—¡Ay, zeño juez de mi arma! Por los churumbeles míos y por su pare y su mare le juro que yo no he zío. ¡Zi er que debe pedir daños y las costas zoy yo mismo!

JU.—¿Cómo? Tras robar el burro..

GI.—No zeño, fué er borriquillo er que irnomniosamente me robó a mí.

JU.—¡Vaya un lío! Eso sí que es un enigma

(Con sorna). ¿Y cómo fué eso, ami-

GI.—Pos verá osté: estaba yo [go? en un cerezo zubío, de perdigones ya grandes cogiendo en la copa un nido,

cuando de pronto una rama se rompe, y ¡zás!, sin sentirlo me caigo encima de un burro que estaba a la sombra er guindo. Zuerte que caí montao, si no, me rompo er bautismo. Er animá de estampía zalió por ezos caminos, zin dejá que me bajara ni oír los conzejos míos. ¡Que si quieres! Como un gargo corre que te corre el bicho, jasta que ya se conose que tuvo sed el indino y ze vino como un rayo a beber agua del río.

JU.—¡Caracoles!, si que es raro.

GI.—¡Llevó un zusto er probecito!

JU.—Pues así y todo, señor, ¿cómo no tomó el camino de su casa, que sin duda érale más conocido?

GI.—Ezo le desía yo con lágrimas y suspiros: «¡Por tu mare, para, burro! ¡Zoziegáte, animalito, que vaz a comprometerme y acarrearne argún lío! ¡Por Dios, amos a tu casa!...» ¡Como si ná! No dió oídos, y en contra e mi voluntá y zin poder yo impedirlo, jalá que jalá se iba a mi cuadra derecho, cuando me vió er arguasí y me trajo detenío.

JU.—¡Imposible!

GI.—Zí, zeñó, es verdá lo que le digo; miste, es un burro mu burro, entoavía no he podío jaser que comprenda argo er castellano.

LA.—¿Hay permiso?

JU.—Pase usted. ¿Qué se le ofrece?

LA.—Dispense usted: que me han [dicho

que se hallaba aquí un gitano en el Juzgao, detenío, y me dije: voy a ver si por acaso es el mismo que le quitó hace dos meses el par de mulas al chico. (Reconociéndole). Sí, señor Juez, este

JU.—¿Está usted cierto? [es.

LA.—Ciertísimo.

JU.—¿Con que otro robo? ¿Y aho- qué contesta el angelito? [ra

GI.—Zeñó, que es otra calurnia; yo le diré lo ocurrió.

Ya zabe osté que los probes, y más los probes con hijos, tenemos que ir casi siempre por er mundo peregrinos, buscando un cacho e pan pa matar er apetito.

Pos bien: iba yo una tarde resando por un camino credos y salves y glorias (porque yo pierdo er sentío en tratándose de resos) cuando voy de pronto... miro...

¡na! un ramal allí en er suelo; me agacho... pos dije, digo... arguno que lo ha tirao porque farta no le jizo.

JU.—¿Pero y las mulas?

GI.—¿Qué mulas?

¡Calle osté! ¡Qué sucedíos!

Pásmese usía, zeñó, que es cosa e gorverse er juisio lo que hace Dios con los probes que son güenos y creíos. Pos ná, que cojo er ramal y me echo a andar tan tranquilo cuando ar poco rato voy... güervo la cara... y me fijo que atrás vienen ar ramal dos mulas. ¡Por Jesucristo! dije, un milagro, un milagro que Dios ha hecho conmigo.

JU.—¿Con que milagro? ¡Bribón! Ya te daré el merecido.

¡Alguacil! Cójame usted a este ladrón, y ahora mismo me lo ponen a la sombra, mientras que yo paso aviso a una pareja de guardias que le lleve a su destino.

GI.—Zeñó Jué, misericordia, que yo soy un probecillo, un padre honrao de familia, con suegra, mujer e hijos.

JU.—Eres ladrón y embustero, con que a la cárcel he dicho.

GI.—(Al público). Zeñores, ustés perdonen a este infeliz gitanillo, que por cogé un ramal y estar subío en un guindo, sin jaser a naide daño, le condenan a presidio.

JOSÉ ALONSO

LOS DESEOS

TRAGEDIA CONYUGAL. (Sacada de un cuento de Fernán Caballero)

Personajes: Antonia, Julián, el Angel de la Fortuna

ESCENA 1.ª

Antonia

La escena es una habitación pobre y en ella una hornilla, donde Antonia hace unas ruines sopas de ajo.

AN.—¡Triste vida!, triste y arrastrá la que llevamos. ¡Santa Lucía bendita! Cincuenta y tres años cumplirá mi marido, justo, justo el día de tu Santo. Veinte hará entonces, día por día, que nos casamos. Y desde entonces, pártase esta cazuela, si yo he visto en mis ahorros, jamás, más de tres reales y medio juntos. San Martín es hoy. Día venturoso de todo el pueblo. Han matado todos. Mató Vicente, mató Lázaro, mató Chinchín, mató la Pilonga, y hasta mató el Copillas. Desgraciada es la casa que hoy en todo el pueblo no tenga morcilla, o un poco de asadura. Sólo yo me entretengo en cundir estas sopas de ajo con aceite. Otros años me prestó alguna cosilla la Ambrosia. ¡Este año ya le pedí una morcilla! ¡Buena fué la que me regaló! ¡Qué nosotros tenemos la culpa!, ¡que siempre hemos sido amigos de comer y no trabajar!, ¡que somos unos vagos! ¡y unos abandonados! ¡Qué sé yo lo que no dijo aquella boca!... Pero, y a ella ¿qué le importará que nosotros seamos esto o lo otro? ¿que hagamos o dejemos de hacer? ¿Qué tendrá eso que ver para darme dos morcillas, en un día en que se da morcilla hasta a los perros, cuanta quieran?

ESCENA 2.ª

Antonia y Julián

Entra Julián cargado de un haz de leña

AN.—¿Qué arrastras ahí?

JU.—¿Qué arrastro?, tu vida y la mía, condenada. Un misero haz de leña que he recogido en toda la tarde y que ya verás cómo no nos da

más que seis perras. ¡Y ojalá sean gordas!

AN.—¡Mira tú que somos desgraciados!...

JU.—¿Desgraciados no más? ¿Qué estás ahí guisando? ¿Qué cenamos?

AN.—¿Qué vamos a cenar? Pues lo mismo de ayer. Ayer te gustaron tanto las sopas de ajo, que te las zampaste todas. Pues mira, hoy te doy lo mismo que ayer. Sólo que para variar, hoy no tienen tocino.

JU.—¡Me tienes más harto de sopas de ajo! ¡También me ha tocado una mujer más para nada!... ¡Mira la vecina! ¡oye! (*gesto de escuchar*), ¡huele! (*gesto de oler*), ¡atisba! (*gesto de mirar por la cerradura*). Está friendo un par de morcillas como mi brazo. Y para los dos solos, que están más gordicos que el cerdico que mataron el día pasado. ¿Cuándo me pondrá esta mujer en el plato una morcilla como la que pone Vicenta en el plato de Vicente?

AN.—Cuando tú me mates un puerco de doscientas libras, como el que mató Vicente para Vicenta. ¡Mira éste!

JU.—Pero si ese hombre tiene una suerte loca. Ningún lechón ha engordado tanto este año como el suyo.

AN.—Pues la mujer lo mismo, hijo. Si se le ocurre sembrar cebollas, año de cebollas; si siembra tomates, año de tomates; si siembra pepinos, se logran todos los pepinos. El día que siembre botones, le saldrán pantalones; y el día que haga una caricia a la luna, se baja la luna y se le entra por las puertas. Vas a verlo tú... ¡Qué felices seríamos si a nosotros nos saliese siquiera una vez lo que deseamos!... Tú, ¿qué desearías si te lo hubiesen de dar siquiera una vez?

JU.—¡Mujer! eso para pensar es. Mucho había que reflexionarlo primero.

AN.—Es verdad; no es para echar-

lo al buen tuntún. Pero te aseguro que si me dijese a mí una vez: Antonia, pide una vez lo que quieras; de la primera quedaba feliz para toda mi vida.

ESCENA 3.^a

Antonia, Julián, el Angel
de la Fortuna

Aparece el Angel chiquitín, remonín, bajando por los aires, o subiendo por escotillón, o como se quiera, de un salto al centro, muy brillante, y con un cetro o varita de virtudes en la mano. Julián y Antonia retroceden al principio asustados. Luego se van acercando. Y por fin hablan.

Los dos.—¿Quién eres? ¿qué quieres? ¿a qué vienes aquí?

ANG.—¿Quién soy? Soy el Angel de la Fortuna. ¿Qué quiero? Quiero satisfacer vuestros deseos. ¿A qué vengo aquí? He pasado por vuestra puerta. Yo tengo encargo de satisfacer los deseos de los hombres según los planes de la Providencia. He oído vuestra conversación. Sois, en verdad, algo tibios en el servicio divino, y vivís muy pegaditos a los deseos terrenos, y pensáis poco en los bienes del cielo; además sois perezosos, dejados, poco amigos del trabajo y de la economía, que son el padre y la madre del bienestar. Mas como también sois bondadosos y bonachones, y habéis hecho algunos bienes algunas veces, Dios os quiere dar algún premio. ¿Qué queréis? Parece que deseáis se os cumpla alguno de vuestros deseos. Pues bien, yo os cumpliré tres, los tres primeros deseos que tengáis. Fijaos bien. Yo cumpliré el primer deseo que tengas tú, Antonia. *(La toca en el hombro con su varita y con cierto misterio)*. Yo cumpliré el primer deseo que tengas tú, Julián. *(Le toca igualmente en el hombro)*. Y ¡atended! yo cumpliré el tercer deseo en que convengáis los dos. *(Los toca alternativamente con la varita a los dos)*. El primero se cumplirá en cuanto tenga el primer deseo Julián. Y el tercero vendrá yo en persona a cumplirlo cuando convengáis. Tenéis tiempo de pensarlo. Sed discretos. Adiós. *(Vase en un momento, o por escotillón, o como pueda, escabullén-*

dose; si con una llamarada, mejor).

ESCENA 4.^a

Antonia, Julián

AN.—¡Marido mío!

JU.—¡Querida mía! *(Se aplauden, se dan la enhorabuena, saltan, cantan, dan vueltas, palmadas de contento, gritos de regocijo, etc.)*. ¡Somos felices! ¡Somos felices! ¡Qué felices somos!... ¡Qué felices somos!... Bueno, y ¿qué desearemos? ¿Sería mucho pedir que nos cayese el premio gordo de Navidad?

AN.—¡Hombre! ¡qué ha de ser eso mucho! bastante poco me parece a mí. ¿Sabes lo que se me ocurre? si pediríamos que nos diesen en la metá, metá, metá de Madrí un palacio como el del Vizconde de las Gangas.

JU.—Sí ¿y luego para sostenerle? ¿y para comer? ¿qué adelantas si no tienes la ganga de comer, como no la tiene el Vizconde, a pesar de todas sus Gangas? Para eso prefiero que nos pagasen para toda la vida el menudo de la fonda de la Riojana

AN.—Para eso mejor sería en la Valmasedana. Ahí dan mucho arroz con leche.

JU.—Sí, pero en la Riojana dan mucho tripacallo y buen vino navarro, y salchicón de Vich, y todo lo que quieras.

AN.—Vamos a pensar cosas más finas. ¡Uy, si quisiéramos que nos hiciesen marqueses!... Yo ¡marquesa de tal y cual! ¡y qué tono me daría! ¡y qué vestido que me pondría! ¡y qué automóvil que gastaría!... No estaría mal desear esto por de pronto. Y luego nos quedaría otro deseo, y luego el tercero, el de los dos, en el cual convendríamos muy pronto ¡claro! ¡con lo que yo te quiero a ti y tú me quieres a mí!...

JU.—No hay duda. Pero mejor es pensarlo más despacio. Mucho tenemos que desear.

AN.—No te olvides de pensar algo que tenga para mí buenos vestidos. Y para ti también.

JU.—Lo que no has de olvidar es de pedir algo que traiga buen vinillo para mí, y para ti también.

AN.—Bien, bien, pensaremos despacio, y apuntaremos todo antes.

Ahora voy a hacer la sopa. ¡La úúl... ti... ma sopa de ajo que como ya en toda mi vida!

JU.—No, mujer. En el aniversario de este día comeremos siempre sopa de ajo, para recuerdo.

AN.—¡Bueno!, pero una sopa que en vez de pan haya morcillitas, y choricicos, y tomatitos, y albondiguillas, y jamoncitos, y cosas así, con muy poco de pan. ¡Qué envidia van a tenernos los vecinos!

JU.—Por mucha que tengan no tendrán la que yo les tenía hoy al ver su felicidad. Es verdad que se la merecen. Porque esa Vicenta ¡es más trabajadora y ahorradora y buena! No como tú, que eres una pil-trofona y desarregladota...

AN.—Sí, ¡pues mira quién habla! la sartén a la olla. Ojalá me hubiera yo casado con Vicente cuando me quería... Ese sí que es laborioso y diligente y bueno.

JU.—Ojalá le hubieras engañado a él como me engañaste a mí. Ya le hubiera engañado yo a Vicentita, que no me ponía mal ojo.

AN.—¡Mira! ya no riñamos. Porque ya tenemos felicidad desde esta noche. Vamos a comer en paz la última sopa de ajo.

JU.—Es lo único que tú sabes. ¡Mientras Vicenta está guisando unas morcillas!... que ¡ya! ¡ya! Son así de largas. (Señala el codo). Y así de gordas. (Señala los dos pu-dos).

AN.—¡Uyyy! ¡quién tuviera aquí ahora una de ellas!

(En este momento, o cayendo de golpe, o despacio, por un hilo invisible, o como se quiera, cae en la cazuela, o se finge que cae una gran morcilla de trapo).

Los dos.—(Se acercan los dos estu-pefactos a verla). ¡Dios mío! ¿qué es esto? ¡una morcilla!

JU.—(Cayendo en la cuenta y dando un empellón a Antonia). ¡Maldita! ¡estúpida! ¡tonta! Ya has echado a perder el primer deseo. ¡La morcilla que tú has deseado! ¡ahí la tienes! ¡golosa! ¡imprudente! ¡comilona! ¿Para qué queremos esa morcilla? ¡Ojalá te se pegue a las narices!

AN.—¡Ayyyyyy!!!! (Llevándose

a las narices las manos, como si se le hubiera pegado la morcilla en ella. Se puede disponer las cosas de modo que al llevar las manos Antonia a las narices, ella misma se cuelgue algún trapo amorcillado en un gancho de alambre que habrá en la punta de la nariz, sujetado desde ambas orejas con alambres disimulados a manera de armadura de gafas). ¡Mal hablado! ¡Perverso! ¡vengativo! (Hace esfuerzos por quitarse la morcilla de la nariz, pero no puede). Yo, siquiera no hice mal a nadie; ¡pero tú me has perdido! me has colgado esta morcilla de la nariz. Has echado a perder el segundo deseo, y me has hecho infeliz. ¡No te perdono! ¡No te perdono! (coge un espejo y se mira). ¡Qué horror! ¡no te perdono! Y mira, te vas a fastidiar, porque yo ya no desearé otra cosa que el que me quiten de encima esta morcilla.

JU.—¡Mujer! ¡mujercita mía! ¡perdóname, por Dios! ¡perdóname! Pero, mira, sé juiciosa. Tú has faltado y yo también. Tengamos ahora juicio. No malogremos el tercer deseo.

AN.—El tercer deseo, ya te he dicho, no será sino el que se me quite esta morcilla.

JU.—¿No querías tú el palacio del Vizconde de las Gangas?

AN.—¡Qué gangas ni qué niño muerto! Yo no quiero más gangas que quitar esta morcilla.

JU.—¡Mujer!, ¡por Dios! ¿no te gustaría ser marquesa?

AN.—¿Y dónde voy a presentarme yo con esta morcilla? Vaya una marquesa que haría.

JU.—¿Quieres que pidamos una mina de oro? Yo te haré una funda dorada para eso.

AN.—Que me dejes en paz. Bonita estaría yo con una morcilla dorada en las narices.

JU.—No creas que te cae tan mal. Se te podrá arreglar de muchas maneras. Ya pensaremos.

AN.—¡Qué pensaremos! bastante pensado lo tengo yo. Si te apestase a ti como a mí me está apestando las narices.

JU.—¿Quieres que pidamos el premio gordo?, ¿un palacio en una isla

solitaria? Ya hallaremos algún cirujano que te raspe.

AN.—¡Cirujano!, lo que yo voy a hallar en cuanto salga de aquí es una tropa de gatos y perros que vendrán a mordirme la morcilla de las narices. Lo que voy a hallar es a esa Vicenta, que se va a reír más de mi morcilla, que lo que se ha reído en toda su vida. Yo no quiero ninguna otra cosa, sino que me quiten esta morcilla. Ojalá venga ese bendito ángel cuanto antes.

ESCENA 5.^a

Dichos, El Angel de la Fortuna

Aparece el Angel y se echan los dos para atrás avergonzados, y Antonia ocultando con las manos su morcilla

ANG.—Hijos míos, ¿qué os pasa? Oigo tanto reñir en vuestra casa, que he venido al punto a ver lo que sucede, y para que me pidáis vuestro tercer deseo. Hablad, decid. ¿Qué sucede?

JU.—Mire usted, Angel de Dios. Sucede que ésta, mi mujer, es tan tonta que lo primero que deseó fué una morcilla, por golosa, por glotona, por envidiosa. Yo, que vi que así gastó su primer deseo, me cegué, y sin acordarme, le deseé que la morcilla se le pegase a las narices. Y ahí la tiene usted, víctima de mi deseo.

ANG.—¡Pobrecitos!, imprudentes habéis sido. Pero aún os queda el tercer deseo.

JU.—¡Bueno!, pues ahí estamos. Esta...

AN.—Yo no deseare nunca nada,

sino que se me quite esta morcilla de las narices.

JU.—¡Tanto como la deseabas antes!

ANG.—Así pasa muchas veces, que lo que más deseamos cuando no lo tenemos, luego nos cae mal y lo aborrecemos. Pero bien, ¿y convenís en el tercer deseo?

AN.—Yo nunca querré otra cosa.

ANG.—Y tú, ¿Julián?

JU.—Y yo ¿qué le podré hacer? No podré lograr otra cosa. Quitadle, quitadle la morcilla, mas que después cenemos sopas de ajo toda la vida. ¡Siquiera las hiciera bien!

ANG.—(Toca con la vara la morcilla y ésta se desprende).—Ya veis, ya veis, cuán necios son los hombres. Muchas veces creen que la felicidad está en el cumplimiento de sus deseos. Mas cuando los deseos van guiados por la ciega pasión, lejos de hacer felices a los hombres, los vuelven infelices y desgraciados. ¡Si vierais cuántas veces tiene que corregir el Altísimo los deseos de los hombres! ¡Cuántas veces desean sus desgracias! ¡Cuántas lo contrario de lo que ha poco desearon! La felicidad consiste en conformarse con lo que Dios nos da, y sacar de ello todo el fruto posible, mediante el trabajo y la economía. Dios da el árbol, pero para sacarle fruto es preciso cultivarle. Vicente y Vicenta han sido diligentes, y vosotros negligentes. Ellos siempre han procurado la felicidad propia, y vosotros os habéis contentado con envidiar la felicidad ajena. Desead más bien que la felicidad, la virtud, y seréis felices. (Desaparece).

N.º 5

LA VENTA DE LA BURRA

Personajes: Un Gitano, Don Rafael, un Criado.

Decoración: El zaguán de una posada, o un pedazo de calle, con una fachada de casa a un lado, y una puerta de salida, y a poder ser una ventana encima o al lado.

ESCENA 1.^a

Gitano y Criado

(Gitano en la calle y Criado en la ventana o puerta)

GI.—(Con una borriquilla y su vara un poco apartado llama al criado o criada).

—Oigasté, prenda. ¿Está ahí er señó on Rafaé, aunque mar pregunte?

CR.—¿Qué?

GI.—Que si está en casa er señó on Rafaé, por una casualiá.

CR.—Armorzando está; ¿por qué?

GI.—(Levantando la voz para que se percate de ello el interesado.) ¡Pa

que vea un ramillete e clavelinas andando por sus pies! ¡La burra e la juía a Egipto, que viene a verlo en persona! ¡De moo y manera que, si se quíe ajorrá la azuca pa er café, que se asome a la puerta!

ESCENA 2.^a

Gitano solo

(*Paseándose por el zaguán.*)—¡Juí! ¡Y qué ruchilla de prata filigrana!... ¡Si jasta pecao mortá me está paresiendo vendé un arma de Dios por dineros der mundo!... ¡De mí a Júas en esta ocasión, ni er canto e una peseta!... (*Canturreando*):

La Virgen va de camino
titita llena de moños,
y San José va delante
cogiendo ar Niño madroños.

Anda, ve, corre y disle a mi
que voy a la jerrería; [Grabiela
que no lllore ni tenga pena,
que güervo mañana de día.
¡Que voy a fabricar... ¡canela!

ESCENA 3.^a

Gitano y Don Rafael

D. R.—(*A la puerta apoyado*). Con que, vamos a ver, hombre; vamos a ver ese portento de burra.

GI.—¿Lo dise usted en guasa? Po jásese usted cuenta que ya me estoy najando con ella, pa ponerla en un monumento. Misté: sabe de tó. De leé..., de resá..., de ajustá cuentas e memoria... ¡Con desirle asté que no borda al lausí porque otavía no he poío mercarle un marcaó!...

D. R.—Bueno; ¿y qué pides por ella?

GI.—Misté: veintisinco napoleones, que se disen de una vez, me han estao metiendo por los ojos ayer tarde por ella en la feria e la Parma, y que mar rayo me parta si no es verdad. Y lo que yo le dije ar compraó: ¿veintisinco salibasos por... la diosa Venu en carne mortá? ¡Si no le miento a usted la madre, é porque tengo a gala ser bien jablao! Y va y me dise, dijo: Usted ispense compare: un mar paso cualisquiera lo da, y ar mejón paño le cae la mejón mancha: ahora que estoy viendo espacio er arfilé de pecho que tiene usted de la jáquima, comprendo que he vor-

cao la pileta. Ahora veo que es muy poco, pero mu repoquísimo, no digo veintisinco napoleones, sino titita la prata del Perú, jecha duros columnarios. ¡Jasta las lágrimas se le sartaron, de pena que le entró!...

Alospué llegó otro, ofresiéndome de güenas a primeras cuarenta duros. Y a ese ni le contesté... ¿Está usted sordo, amigo...? ¡Lo que estoy es inritao de oí en er mundo alevantá farsos testimonios! ¡Po eso es ofresé menos e mir reales por el lucero de la mañana, encarnao en una burra!

Alospué llegó otro. Y a éste ya le jablé claro. Y le dijo, dígoles: Misté: esta burra, anque usted la ve libre ar paresé, es lo mismo que una mujé cuando se ha tomao los dichos con un hombre. Esta burra está comprometía con un señó de mi pueblo, don Rafaé Arcántara, que es el amo de titito er condao. Ese señó, pa que usted se entere, la quíé tené en su cuadra, na más que pa cuando vaya ar pueblo er arsobispo, que vea un animalito con vocasión de monja. ¿No me está usted ofresiendo por ella el oro y el moro? Po a don Rafaé Arcántara se la doy yo por una conviá. Yo sé que está esaviao endeje que un mal arma le robó pa la Virgen de agosto una burra pelicana como un sol, que yo le había vendió; y lo que toca ésta, ésta es pa él, manque me la pesaran a diamantes.

Conque amos avé, señó on Rafaé, si jaseamos negocio: que la suerte no está pa quien la busca, sino pa quien la encuentra... ¿Ve usted? la edá en la boca. Seis años no cumplís. Ya er que viene a confesá... Po verá usted qué andares los que me gasta... ¡Amos, hija e mi arma!... ¡Arremanga esos cuartos lanteros y luse ese garbo de reina en sirimonia!... ¡Que se armarea uno, señó on Rafaé, de un paso tan sereno!... ¡Como en un corchón e plumas! ¿Que se güerva? ¡Se güerve! ¿Que se pare? ¡Se para más pará que un sesante!... ¿Que eche a andá...? ¡Pos avante y echa són que me pierdo!... ¡Un artomóvil! (*Pasea un rato: todo lo anterior con mucha mímica*).

Vaya, ¿a que no sabe usted lo que

estaba pensando...? Po no vendérsela ya ni ar Preste Juan de las Indias que estuviera de antojos... De moo y manera, señó on Rafaé, que no hay na en er trato. Quié desí que me las piro ponde mismito vine, que de sabios es muar de pareseres. Quéé usté con Dió. (*Hace como que se va, pero se para y vuelve*).

Por más que no señó. Los probes no poemas tené un gusto en er mundo... ¡Semos mu desgraciaos, señó on Rafaé! (*Rompiendo a llorar*).

¡Tiene uno los ojos puestos en una prenda como ésta, y la tiene que largá en cuantico se la precuran!... (*Llora a maza tendido*).

(*Serenándose un poco, y limpiándose las lágrimas con el revés de las manos*). Er mar camino, señó on Rafaé, andarlo pronto; damusté lo que quiera por ella, y la ganga que había de ser pa otro, que sea pa usté... ¡Cuarenta duros, y no jablemos más! Quien no se anroja, la mar no pasa.

D. R.—¿Cuarenta duros?

GI.—O treinta y nueve y medio, ó lo que sea razón... ¿Está bien en treinta y ocho, pa que se convenza usté de que quiero servirlo?

D. R.—¿Treinta y ocho machacantes por ese escarabajo...?

GI.—U treinta y siete: lo mesmo da. Quié desí que me jaré cuenta de que han subío la séula de vesindá. ¡Pajoleros gobiernos que de tó sacan jastillas! Con que ande usté ya por ellos, que me están jasiendo farta pa dí a la feria e San Migué, a ve si me repongo de esta sangría. No rebaje usté ni un séntimo ¿estasté? ¡Misté que en llegando a Flande no hay más Flande!

D. R.—¡La cosa es que no me gusta!... ¡Tiene el pelo tan negro!...

GI.—¿Y cómo quié usté que lo tenga, si ése es er suyo...? ¿Pueo yo tenerlo rubio, siendo cañí, ni usté tenerlo cano con veintisinco o treinta años que tendrá usté a to reven-tá? Po pa que vea usté lo que son las cosas. A mí me gustan más las burras pelinegras que las pardas. Jasta la copla lo dice:

Lo moreno lo hizo Dios,
lo blanco lo hizo un platero.

¡No era parda la otra que le ro-

baron a usté?... Po ésta de ahora va a ser negra, y en la variación consiste er gusto.

D. R.—Pero si pides un disparate. Si lo que vale esa burra a todo tirar será... unos quince duros, digo, napoleones...

GI. —No me jaga usté reí, que tengo er labio partío.

¿Quinse napoleones la fló de la maravilla...? Eso es queré una Girarda por lo que vale una maja pa el armiré, o er palacio e San Termo por lo que vale un tinglao pa un puesto e calentitos. ¡Ponse usté en rasón, ponse usté en rasón!, o diga usté de una vez que no quié usté la burra, y no pierdamos er tiempo en pamplinas pa canarios... ¡Da usté los treinta y tres duros, la edá e Cristo?

D. R.—Quince, ni un perro más, y eso porque ya he empeñado mi palabra.

GI.—¿De moo que no quise cuarenta en la feria e la Parma, y tiene usté való pa ofreserme ni la mitá? Usté ispense si lo he jecho alevantarse de la mesa pa muar de aires. Pa viajes como éste no se necesitan arforjas. ¡Abur y hasta la vista! ¡Vámonos, madre! (*Canturreando*).

Por querer a una morena
estoy perdiendo er sentío;
lo mejón será orviarla,
y lo perdío, perdío...

Y a propósito de pérdias, señó on on Rafaé: a arriero perdío, atajarres e sea. ¿Quea en los veintisinco y un Padrenuestro ar santo que le ha traído a usté a su casa un premio gordo a la lotería, sin meté?

D. R.—Los quince, y punto en boca.

GI.—Los diesinueve siquierá, que es el número e San José.

D. R.—Los quince, y gracias.

GI.—Espérase usté que tome resuello. Ma queao engollipao con la oferta, y me va a entrá jasta jipo. (*Pausa*). Con que quince, ¿no es verdá usté...? Y de ahí, ni un ochavo moruno ni pa er pastó... Güeno; po usté no llevará a mal que yo me tome tiempo pa pensarlo... La cosa, como usté comprenderá, no es un güevo que se echa a fréí, y contó con

mil y pico reales, y encontrarse con quince duros na más, es lo mismo que en mitá de un chaparrón contá con un paragua y encontrarse na más que con las varillas... (*Gran pausa*).

¡De modo que quince duros por la luna de enero!... ¡Quince duros pelaos y mondaos por la torre de Babé jecha de carne humana!... ¡Quince duros cochinos, por... er sabio Salomón venío a menos!... ¡Cuándo se suisidia uno, Dios eterno...? (*Grandísima pausa.*)

¡A que no sabe usté lo que estoy pensando, señó on Rafaé?

D. R.—Tú dirás.

GI.—Que como lo siga pensando me voy a arrepentir. Damusté los quince duros, y que no lo chanele ni el aire, porque esto es un escrédito.

D. R.—Voy por ellos; espera.

ESCENA 4.^a

Gitano y D. Rafael

D. R.—Toma. (*Le da los quince duros contando*). Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince.

GI.—(*Se abraza llorando al cuello de la burra, y le da un beso en la frente*). Adiós, ramillete e clavelinas, prenda der arma, no me muero yo en mi vía, si hoy no me muero. Er Señó no me demande er pecao mortá de haberte vendío por estas quince rajita de berengena. ¡Várgame Dió, la burra e la huía a Egipto por quince duros!...

(*Aparte*). Si supías tú, gaché, que la burra que tē he vendío es la misma que te choré pa la Virgen de agosto, na más que te la he pintao con nogalina...

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

N.º 6

UN PEQUEÑO DETALLE

(CUENTO de Tirso Medina, arreglado para la escena)

PERSONAJES: *Un tío, naturalmente viejo. El confiesa que tiene setenta y fuma en pipa.*

Un Sobrino. Un pollo cariñoso y absolutamente desinteresado.
Un Notario. Resuelto, rápido, listo.

CUADRO I

Decoración: *La habitación del Tío.*

El Tío aparece sentado en su butaca y fumando en pipa. Y ante él, el Sobrino en actitud de confianza familiar, de cariño sobrina, y de absoluto desinterés, con las manos en los bolsillos.

S.—Tío Juan; que no está usted bueno.

T.—¡Pamplinas!

S.—Que no, que no está usted bueno.

T.—Mejor que nunca.

S.—Ilusiones.

T.—¿Pero de veras crees tú...?

S.—Yo no digo ni que sea esto ni que sea lo otro. Lo que digo es que hace una temporadilla que tiene usted mala cara.

T.—¿Una temporadilla? Setenta

años. Fué lo primero que dijo la comadrona cuando me vió.

S.—No lo tome a broma.

T.—Bueno: ¿y cómo crees tú que se me quitará esto de la mala cara?

S.—Al detalle no sé. Eso, el médico. Pero debe usted cuidarse.

T.—No me traigas médico. Fíjate y observa cuántos que llaman al médico se mueren.

S.—Es que da la casualidad de que el que llama al médico está enfermo.

T.—¿Y yo lo estoy?

S.—Lo que es la cara...

T.—¡Dale con el demontre de la cara!

S.—No digo que esté usted grave.

T.—Sólo falta que lo dijeras.

S.—Pero yo que usted me cuidaría.

T.—Yo que tú, también.

S.—Y tendría bien arreglados mis asuntos.

T.—Mis asuntos no hay quien los arregle.

S.—Sin embargo...

T.—Habla: ¿qué me aconsejas tú?

S.—Qué se yo. Por ejemplo, tío: ¿ha hecho usted su testamento?

T.—No hace falta.

S.—¿Pero lo ha hecho usted?

T.—No.

S.—¿Y está usted tranquilo?

T.—Completamente. ¿Le pasa a uno algo después de morirle por no haberlo hecho?

S.—Claro que no; pero es muy conveniente. Se dispone todo... Y usted que tiene esa cabeza...

T.—Esa sí que no es buena: lo reconozco. De la cara no sabía nada; de la cabeza, sí. Nunca ha valido dos cuartos. Y ahora menos. Todo se olvida.

S.—Pues, por eso...

T.—Pero no hace falta.

S.—Siempre hace falta.

T.—¿Crees tú que siempre?

S.—Siempre.

T.—¿En todo caso?

S.—En todo caso.

T.—Bueno, pues por mí... Para que no digas, lo haré.

S.—Sí, es mejor.

T.—Conste que tú te has empeñado. No vayas luego a...

S.—No hablo por interés personal.

T.—Ya me lo figuro.

S.—Sino porque nadie tenga después que decir que era usted un desarreglado.

T.—Bueno, bueno.

S.—Estudia usted bien el caso; toma usted sus notas...

T.—Yo nunca tomo notas.

S.—Es para que no se olvide nada.

T.—Bueno, bueno.

S.—Y el día que usted quiera...

T.—¿A casa del notario?

S.—Sí, señor.

T.—Bueno, bueno.

(Telón)

CUADRO II

Decoración: *Despacho del Notario; éste aparece sentado, y entra el Sobrino y a la entrada misma pregunta:*

S.—¿No ha venido mi tío?

N.—No, señor.

S.—¡Caramba! Quiso que nos citara nos aquí, en la notaría... Eso es que se le ha olvidado que tenía que venir. ¡Si está más chiflado!

N.—¿Pero estará en disposición de testar?

S.—Desde luego. Sólo se trata de que es muy distraído. Voy corriendo por él. *(Sale y vuelve en seguida con el Tío).*

T.—¿Es usted el notario?

N.—Servidor de usted.

T.—Muy señor mío. Pues, aquí mi sobrino, que se ha empeñado en que haga testamento.

N.—Muy bien hecho.

T.—Sí, señor; ya que lo hago, lo quiero muy bien hecho.

N.—Pues dígame cuáles son sus disposiciones.

T.—El caso es que había tomado unas notas... Aquí las debo traer. Dispense un momento. No, pues no están en este bolsillo. Estarán en el otro. No, no están. ¿A que me las he dejado en casa? ¿A que eran unos papeles que he roto antes de marcharme? ¿Se apuesta usted a que sí? Pero, no importa.

N.—¿Se acuerda usted de todo?

T.—Sí, sí.

N.—¿Qué dice usted de su entierro?

T.—Que, por ahora, no me corre prisa.

N.—¿Dónde quiere que lo entierren?

T.—En sagrado, desde luego. Pero donde quieran... o donde puedan.

N.—¿Dispone usted algunas mandas?

T.—¿Es necesario?

N.—No, señor.

T.—Entonces, ninguna. Si ya le he dicho a usted que yo... Es porque mi sobrino se ha empeñado.

N.—¿Y heredero?

T.—Cualquiera. Mi sobrino, si quiere.

S.—Tío, por Dios, con mucho gusto. No faltaba más, tratándose de usted...

T.—Gracias, hombre. Pues, mi sobrino.

N.—¿Tiene que poner usted alguna condición a la herencia?

T.—No; ¿para qué?

N.—¿Le encomienda usted a él lo referente a funeral y sufragios?

T.—Bueno; sí, señor.

N.—¿Y albaceas?

T.—¿Hacen falta?

N.—No son indispensables.

T.—Entonces, no, señor; ¿para qué?

N.—¿Alguna otra cosa?

T.—Nada más.

S.—¿No se le olvida nada, tío?

T.—No, nada.

N.—¿Está usted seguro?

T.—Seguro.

N.—Pues voy a redactarlo, y se podrá firmar en seguida. *(Sale un momento el Notario y quedan Tío y Sobrino).*

S.—Querido tío, no sabe usted cuánto le agradezco...

T.—Calla, hombre; no tiene importancia.

S.—Haberse acordado de mí...

T.—¡Si te tenía delante! Hasta ahí no llega mi mala cabeza.

S.—Puede usted estar seguro de que no he de olvidarle nunca.

T.—Y si me olvidas, no lo he de notar.

S.—Ahora puedo decirle con más libertad que se cuide.

T.—¿No tengo mejor cara?

S.—Quizá... un poco...

T.—Sin embargo, voy a seguir tu consejo; me cuidaré.

S.—Bien hecho.

T.—Soy capaz hasta de llamar al médico, si quieres.

S.—Como usted guste; pero, si realmente no se encuentra mal...

T.—Por si acaso. Estoy muy satisfecho. Mira tú qué cosa; yo no había pensado nunca en hacer testamento. Era una cosa que me tenía sin cuidado. Es más; me parecía que eso no era bueno más que para traer complicaciones. ¡Se han visto tantos pleitos porque si la cláusula dice o quiere decir! ¡Ha habido tantas disensiones en las familias por esta causa! Pero ahora ya no me parece tan mal. Le he perdido el miedo. Si quieres, hago otro.

S.—No, no; no hace falta.

T.—¡Porque lo hago! ¡Te advierto que soy capaz de hacer mil, si quieres! ¡Si hasta resulta entretenido!

S.—No habiendo olvidado nada, ¿para qué?

T.—Estoy muy satisfecho. La verdad, es que era una tontería morirse sin probar esta emoción.

S.—¿Ve usted? ¡Y no quería!

T.—Pero tú te has empeñado. A ti te debo la tranquilidad que voy a disfrutar desde ahora.

(Telón)

CUADRO III

Decoración: La misma sala del principio, que es la del Tío.

Al principio el Sobrino solo, y luego entra el Tío.

S.—Pobre tío mío, ya se ve que flaquea su cabeza. Sería curioso que tuviese que hacer otra vez testamento. No sé qué será eso que se le ha olvidado. Y qué preocupado que está el pobre. A ver la carta: voy a repasarla para preparar un poco lo que haya que responderle. *(Saca una carta y la lee en alta voz como deletreando a veces para penetrar el sentido de algunas cosas).* Querido sobrino: Como no has venido ayer ni anteayer, no he podido decirte lo muy preocupado que estoy. ¡Siempre me había parecido a mí que los testamentos traen complicaciones! ¡Y gracias a que todavía no me he muerto, y que cualquier defecto puede remediarse! Es el caso que yo tenía una cosa importante que decir en el testamento y se me olvidó. Seguramente lo había apuntado en mis notas, pero como las rompí... Y lo peor no es que se me olvidara, sino que ahora lo único que sé, es que se me olvidó, pero no puedo recordar de qué se trataba. Mi miedo es que sea algo grave y pueda resultar nulo el testamento. Figúrate qué apuro. Llevo dos noches sin dormir y dos días sin comer. ¡Pero que si quieres! ¡Yo que vivía tan tranquilo! ¿Para qué me habré metido a hacer testamento? Tú tienes la culpa. Y como tienes la culpa, estás en la obligación de ayudarme a salir del atranco. Ven. Mi cabeza no da más de sí. ¡Y yo no puedo vivir si no recuerdo qué era lo que se me olvidó! *(Se oye carraspear y venir).* Parece que llega

ya mi tío. (*Espera el Sobrino; llega el Tío.*)

S.—Pero, tío; he recibido su carta... Estoy alarmadísimo.

T.—No te alteres; ya pasó el apuro.

S.—¿Sabe usted ya...?

T.—Sí, sí; brotó la chispa en esta cabeza, y se hizo la luz. ¡Qué días he pasado! Gracias a Dios, al fin he podido recordar.

S.—¿Y qué?

T.—En cuanto cacé la idea, me fuí con ella a casa del notario. Ya no era tiempo de añadirla al testamento, ni tenía la importancia suficiente para hacer otro.

S.—¡Ah! ¿No tiene importancia?

T.—Por lo visto, no. Y sin embargo, yo quería haberlo dicho.

S.—¿Qué es?

T.—Un detalle que lo dejaba todo muy claro.

S.—¿Qué detalle?

T.—Nada; que yo no tengo bienes de ninguna clase. Pero, no te apures; me ha dicho el notario que esta circunstancia no hace nulo el testamento. De modo que podemos estar tranquilos.

S.—¡Caramba con el pequeño detalle! ¿Qué les parece a ustedes este pequeño detalle? ¿Altera o no altera el testamento?

(*Telón*)

«DE BROMA Y DE VERAS»

N.º 7

LAS HABLADORAS

PERSONAJES: Micaela: *que habla muy despacio, pero sin parar.*

Agustina: *habla muy aprisa; sólo va despacio cuando imita a Micaela.*

AG.—(*Burlándose*).

Allí viene Micae...la,
con su calma abrumadora
y su charla, que es carreta
(*Imita el andar de la carreta*),
de bueyes muy des...pa...cio...sa.
Habla en el juego, el estudio,
en la mesa habla por todas,
pero con tanta fortuna
y con tal maña ¡la tonta!,
que nunca la ven hablando
las más listas celadoras.
Pero habla tan des...pa...ci...to
que es fuente que no se corta,
y está chorreando un año
su palabra quejumbrosa.
¿Quién la aguanta, Dios del Cielo?
¿Quién la escucha y no se enoja?
¿Quién la oye y no revienta
como un cartucho de pólvora?

MI.—(*Que no ha de perder nunca ni su calma ni su tonillo melancólico*).

¡Hola, mi querida amiga!

¡Mi querida amiga, hola!

AG.—(*Aparte*).

Yo me consumo, ¡Dios mío!

MI.—¡Hola, incesante habladora!

AG.—¡Hola, mi querida muda!

MI.—Junto a ti, cierro mi boca,
porque tú charlas por quince

cotorricos y cotorras.

Y eso de hablar como hablas,
como una locomotora,
sin dejar que metan baza
ni niñas ni otras personas,
es falta de educación,
que nadie te la soporta.
(*Agustina se impacienta y quiere hablar. Micaela no la deja*).
Y tú debes corregirte,
porque esa es muy fea cosa
que en sociedad no la aguantan
ni plebeyas ni señoras.
Y mientras estás hablando
como habla el Tonto de Coria,
el que a ti te escucha y quiere
responderte... se alborota
porque tú sigues hablando
(*Agustina se impacienta más y quiere volver a hablar*)
y nunca cierras la boca,
ni dejas que te contesten
a tus palabras indoctas.

¡Si tú supieras qué rabia,
si tú supieras qué cólera!
(*Agustina que oye decir lo que a ella misma le está pasando, se desespera por hablar, y no la deja Micaela*).
se siente andar por el pecho,
y hasta asomarse a las órbitas,
cuando se oyen necedades

y hasta insultos que incomodan
y contestar no nos deja
la charlatana habladora...
no enredarás la madeja
de tu charla estrepitosa,
ni te estuvieras hablando
una, quince y veinte horas.

AG.—Sí...

MI.—(*Interrumpiendo*).

Sí que eres charlatana
sempiterna, empalagosa,
desconsiderada, inútil,
sin semejanza de estólida,
que achicharras, que fatigas,
que revientas, que incomodas,
que descompones, que afliges,
que impacientas, que amontonas,
que atosigas, que enfureces
y que nos pones nerviosas;
(*Estornudando*) y... ¡Hachís!

AG.—¡Me salvó la vida
este estornudo a deshora!
¡Cuidado, qué calma!
¡Cuidado, qué posma!
Por poco te mueres,
por poco me ahoga
tu charla, poniendo
tapón a mi boca.

¡Ay qué tren... carreta!

¡Qué locomotora

con vapor de alcuza

y carbón de albóndigas!

¡Ay qué calma... chicha
más inflamatoria!

Mira, Micaela,
no te hablo de broma:

tú no tienes alma;

se fué a Babilonia.

Tú tienes por sangre

agua de achicorias;

y es tu vida cándida

canjilón de noria

que, mientras que baja

y otra vez retorna

de dormir la siesta,

hay tiempo de sobra.

Tú tienes por genio

zumo de algarobas;

te hablo en confianza,

si es que no te enojas.

MI.—No me eno... ¡jo nun...ca.

AN.—Sí, que te incomodas.

MI.—Eso de enfadarse

es para ti sola,

que eres dinamita,

que estallas de cólera,
que eres un torrente
que todo lo estorba,
que eres toro bravo,
que eres una tromba,
que eres un cohete,
que eres una corza.

AG.—(*Gritando con gracia*)

¡Ay! ¡Favor al Rey!

Venga mucha tropa,

que esta catapulta

todo me lo arroja,

y pone mordaza

de hierro a mi boca.

(*Burlándose*).

¡Favor! ¡Que me matan!

¡Favor! ¡Que me ahorcan!

(*Cómicamente*).

Mi sangre se hiela,

la voz se me ahoga,

me tiemblan las piernas,

se moja la ropa

con frios sudores;

yo siento congojas.

(*Pulsándose*).

Los pulsos me fallan,

se nublan mis órbitas,

los pies me hormiguean;

parece que copas

me dan de Jamaica,

una, y luego otra.

Yo siento ya el vértigo,

yo me pongo loca,

porque no permito

que haya otra habladora.

MI.—Ni yo, que me escapo
de esta jerigonza.

(*Sale muy despacito del escenario,
seguida de cerca de Agustina, que
declama y acciona con viveza los si-
guientes versos*).

AG.—Yo mato a las tórtolas

de arrullos eternos,

y mato a las posmas,

que a mí me achicharran

y a mí me encocoran;

y mato las ranas

que cantan monótonas;

y mato los grillos,

que causan modorra;

y mato abejorros,

y mato abejorras. (*Desaparecen*).

P. J. CAMPAÑA, escolapio

DIÁLOGO ENTRE PERICO Y SU SASTRE

—Señor de...

—(Interrumpiéndole). ¡Ah... qué sorpresa!

—¡Sorpresa!

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque acabo de levantarme, y me encuentra Vd. vestido, y un hombre vestido no necesita para nada a un sastre.

—Cierto, pero hace ya tres años que estaba Vd. desnudo.

—¡Ya lo creo! y esa es precisamente una cosa que hago todas las noches al acostarme. ¡Desnudo!... ¡Friolera!... Ese es precisamente el destino del hombre: nacer sin camisa.

¿Conoce Vd. alguien que haya venido al mundo ni siquiera en bata?

—Bien, pero yo soy sastre.

—(Interrumpiéndole). Perfectamente; quiere decir que está Vd. encargado de la decencia pública; es una cuestión de policía urbana, y yo nada tengo que ver con el Ayuntamiento.

—Enhorabuena; pero yo le estoy vistiendo a Vd. hace tres años, y ya la cuenta es larga.

—Vea Vd. qué exigencia tan singular... ¡Todos los días me visto yo a mí mismo, y jamás he tenido ninguna cuenta conmigo! Además, si la cuenta es larga, córtela Vd. por donde quiera; cabalmente es Vd. sastre, y tiene las tijeras en la mano.

—No nos entendemos; lo que yo digo es que le he hecho ropa por valor de...

—(Interrumpiéndole). No siga usted adelante... Es un principio de derecho providencial que el que la hace la paga... Usted la ha hecho, pues páguela Vd., y asunto concluido.

—De manera que Vd. quiere vestirse de balde.

—Lógica, señor maestro, lógica... y sobre todo, moral... La desnudez no está permitida desde el día en que Adán y Eva, por razones que no son de este momento, descubrieron que se hallaban desnudos; entonces

la parra, más instruída que Vd. en las obras de misericordia, les ofreció una hoja. Ahora bien, ¿quiere usted ser menos que una parra? Declárese Vd. alcornoque, y estamos del otro lado.

—Señor mío, eso es andarse por las ramas... Yo no soy más que un maestro de sastre acreditado, que viene a pedir su cuenta.

—¡A pedir su cuenta!... ¡Santo Dios! ¡No me queda más que ver!... ¡Pedir su cuenta cuando es él el que la trae!

—Es lo mismo; yo la traigo para que Vd. la pague.

—Ahí tiene Vd. lo que es la desmoralización de estos tiempos: vestir al desnudo ha sido siempre una obra de misericordia. ¿Qué quiere V? ¿Poner a precio a la virtud?... ¿Y a título de qué? ¿A título de que es Vd. sastre?... ¿Quién le ha concedido a Vd. el derecho de especular con la decencia pública?... ¿Qué especie de usura es la que pretende Vd. imponer al pudor?... En resumen, ¿qué es lo que usted quiere?

—Quiero sencillamente que Vd. se haga cargo...

—(Interrumpiéndole). ¡Cargo!... Señor mío, si yo he de hacerme cargo, ¿por qué se toma Vd. la molestia de traérmelo hecho?

—La cuestión está reducida a que afloje Vd. el bolsillo.

—¿Yo?...

—Eso es.

—Pero ¡hombre de Dios!, yo no tengo más bolsillos que los que Vd. me corta y me cose... Esto no tiene vuelta de hoja... ¿Le parece a Vd. que alguno de ellos está estrecho? ¿Sí? Pues a Vd. es a quien le toca aflojar el bolsillo.

—Vamos, Vd. habla como un descosido.

—He ahí porque no puedo con los sastres.

Para ellos no hay más que coser y cantar...

—Todo se arregla con que Vd. se cosa la boca...

—¡Ah! ¡La boca de un sastre!... No conozco nada más descosido.

—Muy bien; pero no es ese el punto...

—¿Y qué tengo yo que ver con las costuras, para que me suscite Vd. una cuestión de puntos?

—Señor mío, no es eso, ni por el forro.

—¡Eh!... Ya ha vuelto Vd. la cuestión del revés.

—Eso es salirse por la bocamanga.

—¡Y qué!... ¿No es Ud. mismo el que facilita la salida?... Bocamangas... ¡Buenas me las ha puesto Vd. en la última levita!

—Vamos a un acuerdo.

—Jamás... Yo estoy en mi casa, y yo no tengo necesidad de ir con Vd. a ninguna parte.

—Quiero decir que todo puede arreglarse con un corte de cuenta.

—¡Oh!... eso es distinto... ¡Corte

de cuenta!... Si es tela que está de moda... me conviene: cabalmente necesito un gabán... Hágamelo Vd. de ese corte.

—Esto pasa ya de castaño oscuro; no hay fuerza de entenderse con Vd. Quiero decir que yo tomaré mis medidas.

—Al instante, señor maestro: en la medida está el secreto del traje... Fíjese Vd. bien; manga ancha... falzones largos... mucha solapa... Eso es lo último.

—Basta... No hablemos más... Ahora me voy, pero yo le probaré a usted...

—(Interrumpiéndole). ¡Qué duda tiene! Nunca me he negado a que Vd. me pruebe la ropa... Es una operación fastidiosa, pero indispensable... No dirá Vd. que no soy concendiente. Me someto a la prueba.

SELGAS

N.º 9

CUATRO TIROS

PERSONAJES: *Basilio, paisano.*

Juanelo, bandido

JU.—¡Qué noche más perra! El otro día tantos, y hoy ¡tan pocos! El otro día, tonto de mí, me vine sin pistola, y ¿quién acometía a toda aquella gente?... Pero, sí, aquel día tantos y hoy no asoma por aquí el hocico ni el hijo del albéitar, que está pasando todos los días. Basta que yo venga con mis cuatro tiros para que deje de venir todo el mundo. Ni los tordos escarmentados huelen mejor la pólvora... Pero... ya (*mirando por la puerta a lo lejos*). ¡Qué gusto! Veo que viene alguno... Siempre será algún pobrete a quien a lo mejor tengo que dar limosna; o un valiente que me escabecha... (*Fijándose*). No, no; tiene trazas de burgués, y no tiene trazas de valiente. (*Se hace el distraído y paseante*).

BA.—(*Entra con recelo, y va a pasar adelante; pero ve a Juanelo*). ¡Buenos días nos dé Dios!

JU.—Buenos nos dé. Pero qué... ¿así se va usted sin detenerse un ratillo?...

BA.—Tengo prisa; perdone, hermano.

JU.—¿Hermano y todo? Eso no. Primo. Deténgase, deténgase, por favor...

BA.—No puedo, tengo prisa. Mi amo me ha dicho...

JU.—¡Amo, amo! Si vas por amos, el amo soy yo aquí. Y como amo te digo que te quedas a cenar conmigo. Porque supongo que me traes la cena.

BA.—¿Yo la cena? Pues ¿quién es usted? ¿Es el sobrino de mi amo? Se le parece a usted. Mire cómo lo he adivinado. Me tendrá que dar usted propina.

JU.—Sí, hombre, sí, propina y todo lo que quieras te daré. Ya sé que me traes el dinero.

BA.—¿Yo?... ¿dinero?... ¿para usted?

JU.—Pues ¡claro, hombre! para alguno había de ser. Es de tu amo; tu amo soy aquí yo; luego es... para tu amo. Así que ya puedes dármele cuando quieras.

BA.—La verdad, no entiendo lo que me dices. (*Haciéndose el tonto*).

¿Quieres que te diga lo que me ocurre?

JU.—Bien, puedes decir lo que te ocurre, con tal que hagas lo que me ocurre a mí.

BA.—Pues me ocurre que tú te pareces a un ladrón, y quieres que yo me parezca a un inocente; sin duda porque hoy es día de los inocentes.

JU.—(Con cinismo y guasa). Pues mira, no me parece mal lo que te se ocurre. Por lo cual harás muy bien en entregarme todo el dinero que llevas, y pensar que yo soy el ladrón, y como tú eres un inocente, no podrás hacer nada mejor que lo que yo te digo.

BA.—¡Ay, ay, ay de mí!... Yo no tengo dificultad en entregarte el dinero. Al fin y al cabo no es mío. Pero lo peor es que mi amo en cuanto se entere, porque se enterará, va a creer que yo me he guardado el dinero. Y me despacha y pierdo el pan para toda la vida, despachado, desacreditado, difamado... (Se muestra abatido; con resolución, cambiando de cara). Voy a darte todo el dinero; pero ¡con una condición!

JU.—¿Cuál?

BA.—Mira, para que mi amo crea que yo he defendido con peligro de mi vida sus intereses me vas a dar un tiro.

JU.—Hombre, yo no quería tanto; pero si lo quieres tú... ¿Y dónde te daré el tiro? ¿En una pierna?

BA.—¡No, hombre, no!

JU.—¿En el pecho? ¿En la frente?

BA.—Quita, quita. En el capote, en los pantalones, en el chaleco... ¡Vaya, ten el dinero! Te lo doy todo. Luego ya me darás tú alguna propina, si quieres. Pero, anda, prepara la pistola. Echame un tiro aquí (extiende el brazo derecho y presenta la chaqueta). Que atraviere de parte a parte la chaqueta.

JU.—¡Ahí va! (Dispara a quemaropa un tiro a la chaqueta).

BA.—(Mira la chaqueta). Muy

bien. Ahora otro aquí, que atraviere de parte a parte el pantalón. (Estira un poco el pantalón para que le tiren).

JU.—¡Ahí va! (Dispara a quemaropa sobre el pantalón otro tiro).

BA.—¡Qué bien lo estamos preparando! Gracias, mi amigo. Ya no me importa que te lleves todo el dinero. Otro tirito en la manga no me vendría mal. A ver, tirame otro aquí. (Señalando la manga).

JU.—Con mucho gusto. ¿Dónde ¿Aquí?... ¡Que no te haga daño!

BA.—No, hombre. Tira sin miedo. JU.—(Dispara a la manga a boca jarro). ¡Qué bien queda esto! Pareces una criba.

BA.—Quedaría completo si me dieras aún otros dos tiritos en el cuello, uno que me atravesase la chaqueta por este hombro, y otro por el otro.

JU.—El caso es que no tengo ya dos tiros; no me queda más que uno.

BA.—Bueno, pues, no te apures, uno basta. Va a creer mi amo que he tenido una lucha campal. Aquí, junto al gazzate. (Levanta un poco la hombrera, para que dispare).

JU.—Ahí va el último, amigo.

BA.—Muy bien. Lástima no tener otro. ¿De veras no te queda siquiera uno?

JU.—Ni uno, querido, ni uno.

BA.—(De repente y con dominio rápido, le echa mano a la solapa, saca un revólver y le dice). Pues ahora me quedan a mí seis. Y ahora yo soy el ladrón y usted es el inocente. ¡Sueeltas en seguida todo el dinero o te escabecho! ¡Bandido!

JU.—¡Perdón, perdón! ¡Ay mi madre!

BA.—¡Ay tu madre! ¿eh?... También antes había... ¡A ver, suelta el dinero!... (JUANELO lo saca y hace lo que le dice). Déjalo en el suelo... Deja ahí tu revólver... Lárgate, tuante... Señores, con los bandidos, bandido y medio. Gracias, muchas gracias por los aplausos.

«DE BROMA Y DE VERAS»



CON CLORURO

PERSONAJES: Tiburcio, aldeano.
Pedro, sacamuelas.
Miguel, mozo.

PE.—No voy mal con el oficio. Este invento del cloruro me ha dado la suerte. Yo creo que con cloruro lo mismo duelen las muelas cuando las saco. Pero un poco que hace la imaginación, otro poco que hace mi palique, otro poco que hace la música, ello es que he adquirido ya fama en todo el distrito. ¡Viva el cloruro!

TI.—(Dentro y acercándose y cada vez más alto). ¡Ayy!... ¡¡Ayyy!... ¡¡¡Ayyyy!!!... ¡¡¡¡Ayyyyy!!!!... (Entrando, y cada vez más bajo). ¡¡¡Ayyyy!!!... ¡¡Ayyy!... ¡¡Ayy!... ¡Ay! (Como cansado).

PE.—Pero, ¿qué le pasa, buen hombre? ¿Qué le pasa?

TI.—¿Qué me pasa?... Quisiera que le pasase a usted este dolor que pasa por mis muelas, y vería usted lo que le pasaba a usted, que es lo que me pasa a mí. Que esta condenada muela me está doliendo más que los cincuenta dolores de Mahoma, y no me deja vivir... (Otra vez se queja, subiendo y bajando como antes). ¡Ay! ¡¡Ay!! ¡¡¡Ay!!!

PE.—¡Vamos! ¡vamos! ¿Quiere usted que se la saque?

TI.—Sí, señor; sí, señor; y cuanti antes, mejor. (O si se quiere suponer que es un gitano, zi zeño).

PE.—¡Pues vamos allá, Miguel!

MI.—Mande usted, señor amo.

PE.—Que este señor quiere sacarse una muela. Prepara pronto los chismes.

MI.—¡Voy allá! (Se pone a preparar por allá las cosas).

PE.—Diga usted, buen hombre, ¿lo quiere usted con dolor o sin dolor?

TI.—Condenado, sin dolor... ¡¡Ayy!! Bastante me ha dolido ya.

PE.—Bien... pero... le costará a usted un poco más.

TI.—¿Qué costará?

PE.—Poco más. Dos pesetas, más las tres que cuesta la muela. Cinco chirilas.

TI.—¡Usted me quiere robar!

PE.—¡Hombre! ¡Ya ve usted que hay que darle cloruro... y eso cuesta...

TI.—Pues sáqueme con clo...¿que?

PE.—Con cloruro. Eso que quita todo dolor.

TI.—Pues venga el cloruro.

PE.—¡Miguel! Con cloruro ¿eh? prepara.

MI.—Está bien. Prepararé el cloruro. Hace muy bien ese señor en sacarse con cloruro. Con cloruro no duele. Ha sido una invención magnífica. ¡El cloruro! ¡el cloruro! y por dos cochinas pesetas. ¡Vaya! ¿Qué tonto se deja arrancar las muelas con dolor?

TI.—Es verdad. Pues con cloruro. ¡¡Ay!... ¡¡¡Ayyyyyyyyy!!!

PE.—A ver. Siéntese usted.

TI.—(Sentándose en una silla). ¡Ay!, sáqueme usted pronto esta condenada muela. ¡Ay!, que no puedo más. ¡¡¡Ayyy!!! que duele terriblemente.

PE.—Miguel, pronto, el cloruro.

MI.—Aquí está. (Le da un frasquito).

PE.—No tenga usted cuidado, que con esto no le duele. Abra usted la boca. (Tiburcio la abre). Dos gotitas. (Se las hecha en la boca). Quietos ahora. (Toma los alicates y saca la muela con muchos esfuerzos y tiros y chillidos de Tiburcio. Cómicamente, sin excederse).

TI.—¡¡¡Ayyyyy!!!

PE.—No es nada. Ya está.

TI.—¡¡¡Ayyyyyyyyy!!!

PE.—No tenga usted miedo. Ya sale.

TI.—¡¡¡Ayyyyyyyyyyyyy!!!

PE.—¡Ya está aquí! (Enseña la muela). ¿Ve usted qué bien? ¡Con cloruro!...

TI.—¿Bien? ¡Con un dolor de mil demonios!

PE.—¡Si no le ha podido a usted doler!

TI.—A usted, no. ¿Pero a mí?

PE.—¡Si se la he sacado a usted con cloruro!

TI.—¿Y qué es cloruro?

PE.—¡Miguel! Trae al señor un poco de cloruro para que lo vea.

MI.—Voy allá. *(Coge un frasquito y lo trae y lo muestra con énfasis y dice)*. ¡Señor! Cloruro es un elixir maravilloso con el cual ha progresado la humanidad de tal manera, que en todas las esferas terrenales ya a ninguno le es lícito tener dolor ni pena, por amargos que sean los trances en que se encuentre sumergido durante su larga navegación al puerto de su destino a través de las espumosas olas de la tribulación que, saltando de popa y de proa, a babor y a estribor su desquiciada carabela, pretenden sumergir en el abismo el bajel cargado de las riquezas que una vida laboriosa ha ido amontonando en las anchurosas bodegas de su navío.

TI.—¿Quiere decir que no duele con eso más?

MI.—Exactamente. Y que no sólo no duele, sino que con esto la humanidad levanta la cabeza; la humanidad prospera; la humanidad triunfa; la humanidad...

TI.—¿Quién es esa señora? A ver, eche usted aquí un poco de cloruro. *(Presenta su mano, teniendo al propio tiempo un bastón bajo el brazo, o como quiera o pueda)*.

MI.—Véalo usted. Esto es cloruro.

(Le echa unas gotas en las manos).

TI.—¿Esto es? *(Se frota las manos con ello y luego entre ellas frota el palo como untando)*.

PE.—¿Qué está usted haciendo? ¿Para que frota usted el palo con cloruro?

TI.—Para esto. *(Arremete contra él y les da una soberana paliza a Pedro y a Miguel)*.

PE.—*(Chillando y pugnando por desprenderse de Tiburcio)*. ¡Ay!... ¡¡Ay!!!... ¡¡¡Ay!!!

TI.—*(Al mismo tiempo pegando palos)*.

Toma... Tunante... Ladrón... Toma cloruro.

MI.—¿Qué hace usted? *(Queriendo contenerle)*.

TI.—*(Arremetiendo con Miguel)*. Ahora usted. Toma... Pillo... Charlatán... Bandido...

MI.—*(Al mismo tiempo)*. ¡Ay!... ¡¡Ay!!!... ¡¡¡Ay!!!... *(Chilla mientras le pega)*.

PE. y MI.—*(Los dos se quedan retirados y molidos, reclinados en la barandilla haciendo gestos de dolor y fatiga y diciendo fatigados)*. ¡Jay! ¡¡Jay!! ¡¡¡Jay!!!...

TI.—*(Entre los dos)*. ¿De qué se quejan? Si no les puede doler. ¿Les he hecho daño?

PE. y MI.—¡No, sin hacer daño!... ¡Bárbaro!

TI.—Si no es posible... ¡Si les he dado a ustedes con cloruro!

N.º 11

EL AMIGO SERVICIAL

Don Paco y Don Canuto

—¡D. Paco, muy buenas tardes!

—¡Buenas tardes, don Canito, digo, Canuto!

—¿Ya estamos

con los nervios?

—Mecho... micho,

digo, mucho. Cuando el tiempo cambia un poco, digo, un poco ¡vamos, un poco!

—¡Enterado!

—Yo no sé cómo me pingo, digo, me pongo.

—¡Caramba!

¡Está usted atroz, amigo!

¿Y qué hace usted?

—Lo de siempre.

Encargotes... encarguitos.

He recibido una carta haciéndome unos pedidos, y voy a ver si despacho, digo, despacho... despicho...

—¡Despacho!

—¡Justo, eso es!

Tengo que mandar hoy mismo unas casas, digo, cosas.

—Vamos, usted, por lo visto, goza con estos encargos.

—Hombre, hay ciertos compromi-
y a mí me gusta cumplir [sos,
con los amagos... amigos.
No haciéndolo así... no bebo...

—¿Cómo, no bebe?

—¡No vivo!

—¡Ah, ya!

—Mire usted la nota
de lo que yo necesito:
una visita de encajes;
una copata de filtro,
digo, de fieltro; unas flores
para adornar un vestido,
de beda, digo, de boda;
seis camisetas de lino;
digo, de lona... ¡de lana!

—¡Pues, está usted divertido!

¿Y quién pide tanta cosa?

¿Quién te mete en tanto lío?

—¿Que quién?... Doña Patrizonio

—¿Cómo?

—¡Doña Patrocinio!

la espesa, digo, la esposa
de un señor amigo mío,
que es boticario de Punto,
digo, de Panto... ¡de Pinto!
¡Y no es esto sólo!

—¿No?

—Pide además un abrigo,
y un juguete para el ojo...

—¿Cómo para el ojo?

—¡El hijo!

—¡Ah, vamos!

—Es un machucho,
digo, un muchacho muy listo.
Pues también tengo otro encargo;
unos trajes de pañito,
digo, de pañete, y gorras
de moruno... de marino;
tres docenas de camisas,
y unos guantes de cabrito
con sus botines... botones...

—¡Botones! Ya he comprendido.
Pues ya tiene usted trabajo
para unos días de fijo.

—Quíá, ¡no, señor! esta tarde
ya estará todo en camino.
Voy, y presento la nota
en la tienda de un amigo,
y la despachan al panto
en unos cuantos monitos;
con que abur, que tengo prosas
presa... prisa... dogo... digo.

—Calle Vd., por Dios, don Peco,
digo, don Poco... don Pico...
¡Don demonio! ¿Lo ve usted?

¡Yo también me he equivocado!

—Pues lo siento mecho.

—¡Macho!

¡Ay, qué lengua! ¡Es un trabajo!

VITAL AZA

N.º 12

UN DISCIPULO APROVECHADO DE CATECISMO

Maestro y Discípulo

MA.—¿Sabéis, hijos míos, la doc-
trina cristiana?

DI.—Yo, sí, señor.

MA.—¿Pero la sabes bien? Mira
que hay que decirla delante de los
papás y las mamás, ¿eh?

DI.—Sí, señor, la sé muy bien: al
derecho, al revés, seguido, salpicado,
como Vd. quiera (*accionando viva-
mente*).

MA.—Dime, pues, ¿cuántos dioses
hay?

DI.—(*Con mucha zalamería*). ¿Que
cuántos dioses hay? Me parece que
es Vd. adivino, señor. La única pre-
gunta que no he estudiado me pre-
gunta Vd.

MA.—Vaya, ¿con que no sabes
cuántos dioses hay?

DI.—No señor, eso no lo sé.

MA.—Y lo demás, ¿lo sabes todo?

DI.—Sí, señor, todito el catecismo:
al derecho, al revés, seguido, salpi-
cado, como Vd. quiera.

MA.—¿Cuántos son los manda-
mientos de la ley de Dios?

DI.—¡Ay! señor; ya decía yo que
era Vd. adivino. Las dos únicas pre-
guntas que no he estudiado me
pregunta Vd. (*Con zalamería*).

MA.—Cuánto lo siento. ¿El Credo
ya sabrás decirme?

DI.—¿Qué cosas tiene Vd.! ¿no he
de saberlo? Lo único que desde Pon-
cio Pilato, me paso a la Salve, pero
luego le pongo un remiendico del
Señor mío Jesucristo y sale pintipa-
rado.

MA.—Pero ¡hijo mío! ¿ni el Cre-
do sabes? ¿y decías que sabías todo
el Catecismo?

DI.—(*Con mucha viveza y zalame-*

ria). ¡Señor! ¿sabe Vd. lo que sé muy bien, y mejor que todo lo demás del Catecismo?: la letanía.

MA.—Vamos a ver, di la letanía.

DI.—Señor, vaya Vd. por delante

diciendo los Santos y yo diré los *ora pro nobis*.

MA.—¡Vaya! ¡vaya! siéntate, zalamero.

N.º 13

EL TONTO ALCALDE DISCRETO

Alcalde, Viuda, Escribano, Alguacil, Asesor, Oficial

VI.—A pedir amparo vengo
De una injusticia notoria.

ALC.—Y ¿cuál es?

VI.—Que el heredero
De mi difunto marido,
Dicen que está aquí pidiendo
Lo que no dejó el difunto;
Y es preciso que este exceso
Se le castigue, llevando
Hacia allá algún escarmiento
Que le obligue a no volver.
¡Ah, quién me dijera esto
A mí, después que su tío
Disipó cinco mil pesos
Que traje de dote!

ALC.—Y vos, —Y vos,
¿No pudisteis contenerlo?
A las mujeres prudentes,
Como vos, no faltan medios
De impedir que sus maridos
Hagan tales desarreglos.

VI.—Es verdad; pero los hombres
Obran siempre como dueños,
Y más viéndose queridos,
Como él, que era el espejo
Solo en que yo me miraba.

ALC.—Y ¿nada quedó?

VI.—Os protesto
Que ni aquello más preciso
A mis cortos alimentos.

ALC.—Pero ¿en qué los gastó?

VI.—El,
Señor Alcalde, era bueno;
Pero como el pobrecito
Era tonto y avariento,
Dió en ser químico, tratando
Con unos hombres perversos,
Que se llevaron el oro
Y nos dejaron el hierro.

ALC.—Pues, señora, descansad,
Y dejad que el heredero
Pida y acepte, que así
Le obligaréis al reintegro
De vuestra dote.

VI.—Eso pido

ES.—Pues meted un pedimento,
Y se le dará traslado.

ALC.—Eso era largo y yo quiero
Los pleitos breves. ¡Qué tos
Me da! (Tose).

Todos.—¿Cómo?
(*Alborotan y tocan a fuego*).

ALG.—(Dentro). —¡Fuego! ¡Fue-
(*Se levantan todos*). [go!

VI.—¡Ay, Jesús!
ALC.—¿Dónde será?

AS.—Vamos allá.
ALG. (Sale). —¡Fuego! ¡Fuego!
¡Señores, toda la casa
De la tahona está ardiendo
Por la parte que confina
Con la que fué de don Diego
Segundo, que Dios perdone.

VI.—¡Ay, San Antón, yo te ofrez-
Cien misas! ¡Yo estoy perdida! [co
ALC.—Sosegaos, que acudiremos
Todos.

VI.—Ya estará enterrado
O robado. ¡Ay mi dinero
De mi alma! ¡Desgraciada
Mujer!

ES.—¿Queréis que os salvemos
Algo?

VI.—Diamantes, papeles,
La plata; y en un puchero,
Quinientos doblones de a ocho,
Como quinientos luceros
Matutinos; dos calcetas
De oro falto; y el talego
De escuditos; ya estará
La pared maestra en el suelo,
Adonde estaba escondido.
¡Yo estoy perdida! San Pedro,
Cien misas, y por las almas
Del purgatorio, otras ciento.

ALC.—Sosegaos.

VI.—¿Cómo es posible,
Con más de treinta mil pesos
Perdidos?

ALC.—Este oficial
Y yo los encontraremos.

Todos.—Vamos al socorro.

ALC.—Fuf.
¡De un soplo apagué el incendio!

Di que dejen de tocar.

ALG.—Ya la señal les he hecho.
(Para el toque).

AS.—¿Estáis loco?

ALC. —Asómense

Y verán que no hay tal fuego.

VI.—¡Ay de mí!

ALC. —Reconoced

Vuestro sobrino.

VI. —¿Qué es esto?

¿Dónde me he metido yo?

ALC.—Donde os saquen del infier-

OF.—Y nada perdáis, segura [no.

Que se guardará el secreto.

VI.—Yo, con el susto, no sé

Lo que me dije, ni pienso

Que hay la mitad.

OF. —En contando

Lo que haya, partiremos.

D. RAMÓN DE LA CRUZ

N.º 14

¡ATIENDE A RAZONES!

PERSONAJES: Juan, zapatero

Enrique, Clara y Elena, clientes.

Don Jacinto, visitante importuno.

JU.—(Aparece remendando un zapato y cantando algo a media voz o a su gusto). Hoy me dejan en paz, voy a ver si termino este remiendo, porque quiero cobrar siquiera cuatro pesetas que me hacen falta. (Mira a la puerta donde aparece don Jacinto, con un gran abrigo). Adiós, mi madre. Ya viene este posma, y Dios sabe lo que querrá. (Alto). Buenos días, don Jacinto.

JA.—No me hables, no me hables, que vengo de mal humor. Dale una voz a Bartolo, el del cuarto piso, que tiene que venir en seguida conmigo.

JU.—¿A Bartolo? ¿El del cuarto piso?

JA.—Sí, hombre, sí (impaciente); pronto, que traigo prisa.

JU.—Pero don Jacinto...

JA.—(Impaciente, interrumpiéndole duramente). Te he dicho que le llames, hombre. ¡Qué posma! ¡No me hables, que no estoy para hablar!

JU.—(Aparte). ¿Cuándo está para hablar? (Alto, gritando). Bartoloooo.. (Se sienta don Jacinto y también Juan, que reanuda su trabajo. Los dos un rato en silencio).

JA.—(Impaciente). ¡Cuánto tarda ese Bartolo! Llámelo otra vez.

JU.—Pero don Jacinto...

JA.—¡Llámele! (Imperioso).

JU.—Bartoloooo! (Sigue trabajando, machacando; rato de silencio, martilleo del zapatero).

JA.—Llámele más fuerte, hombre.

JU.—(Más fuerte). ¡Bartoloooooooo!

(Sigue machacando).

EL.—(Entra alegrilla). Juanelo, tiene usted que arreglarme estos zapatitos, que me hacen mucho daño en esta punta. A ver si me los arregla pronto, ¿eh? Para pasado mañana, que hay fiesta y tengo que ir a la romería. Sin falta ¿eh?

JU.—Sí, preciosa. Pierde cuidado. (Recoge el zapato de Elenita, lo mira y lo pone a un lado).

JA.—A ver, dale otro grito a ese Bartolo.

JU.—¡Bartooloooo! (Muy fuerte; reanuda su trabajo).

EN.—(Entra). A ver, Juan, hazme un par de zapatos bonitos, baratos, y prontitos, ¿eh? (Se sienta y pone el pie para la medida).

JU.—No hace falta; tengo las medidas de la otra vez. ¿Para cuándo los quieres?

EN.—Para el domingo a todo trance.

JU.—No va a poder ser, Enrique. Hay mucho que hacer.

EN.—¡Diablos!, pues me hacen falta el domingo. ¡Anda, hombre!, si tú quieres...

JU.—Yo haré lo que pueda; pero lo dudo.

EN.—Bueno, si haces lo que puedes estoy seguro. Tú eres el zapatero más honrado de todo este pueblo de Quisquilloso. Con que hasta el sábado, ¿eh? Con Dios. (Se va; saluda a don Jacinto).

JA.—Ande, dé usted otro grito a ese Bartolo, que no acaba de venir.

Con la prisa que yo traigo, y el mal humor que se me ha metido. ¡Grite!, pero mucho.

JU.—¡Bartoloooo! ¡Bartoloooo! (Gritando).

JA.—Grítele que le espero yo.

JU.—¡Que te espera don Jacinto! (Silencio, trabajo, mutis los dos).

CL.—(Muy zaragatera y habladora). ¿Qué zapatos me ha hecho usted el mes pasado, Juan? Aun no se han cumplido cuatro semanas y ya están rotas las puntas, torcidos los tacones, sueltos los enganches, los cartones que puso usted en vez de suela, al descubierto. ¡Vaya, vaya, estoy muy enfadada! A Ambrosia ¡bien le ha hecho usted los zapatitos! ¡Más lindos!... y los lleva puestos dos meses y como nuevos. Ya, ya se ven las preferencias. Claro como aquella tiene tanta labia, le evapora a usted! Y las demás, como no tenemos pico, no podemos embozarle. ¡Nada, nada!, que ya está visto que aquí lo que conviene es tener pico y nada más.

JU.—Pico y dinerito, Clarita, que también yo soy Clarito. Que hace cinco meses que me debe usted una cuentecita.

CL.—¡Anda, que desagerao es usted! ¡Cinco meses!... Si sólo debo desde la semana pasada. ¡Pero qué cosas dicen estos remendones!... Gracias a que no está aquí sino ese señor, que parece de confianza... Si no, cualquiera creería que soy una mala pagadora... Si pago al contado siempre. Precisamente es una de las cosas que a mí me gustan más.

JU.—También a mí. Pero, amiguita mía, hay muchas cosas que nos gustan y no las hacemos. Yo gusto de que me paguen en seguida y no lo puedo lograr muchas veces. Usted dice que gusta de pagar al contado; pero no lo hace. (Revolviendo un cuaderno le dice). Mire usted, Clarita apreciada, aquí está usted apun-

tada desde el 14 de agosto, un par de medias suelas, cinco pesetas.

CL.—¡Además vea usted qué caro! Cinco pesetas por un par de medias suelas. Pero, Juan, por Dios, eso no es tener conciencia, porque mire usted, después que le doy tanto que hacer, y una que no es rica, y habiendo tanto en qué gastar, y tantos zapateros que la desean calzar a una, y en fin, por todas estas razones y ¡cinco pesetas!... y ¡si se retrasa una unos días!...

JU.—Por Dios, que son unos meses, y muchos meses, y yo soy más pobre que usted.

JA.—(Se acerca y dice). Es muy interesante lo de ustedes, pero haga el favor de llamar a Bartolo.

JU.—¡Ah! sí, señor. (Poniendo las manos en bocina). ¡¡¡Bartoloooo!!! (Don Jacinto se sienta). Con que Clarita usted, y Clarito yo. Pague lo de agosto y verá que le arreglo estos zapatos como nuevos.

CL.—Bien, adiós, Juan. Ya nos arreglaremos, ¿eh?

JU.—¿Eso quiere decir que me pagará usted pronto? Adiós, Clarita. (Reanuda su tarea, machaca).

JA.—Ese Bartolo no viene. ¿Sabes que se me ocurre que no debe de estar en casa?

JU.—No, señor, no está. Se embarcó hace dos semanas para Fernando Póo.

JA.—Pues ¡canastos!, podía usted haber aguardado al siglo veintiuno para decírmelo.

JU.—Pues ¡recanastos!, podría usted haberme dejado hablar al principio y se lo hubiera dicho. Pero no me dejó usted ni respirar. ¿Quién diablo tiene la culpa sino usted? Yo ya había resuelto estar llamando a Bartolo hasta que volviese de Fernando Póo. Cuando le hablan a uno hay que atender a razones, y si no, esperar sinrazones.

P. VILARIÑO



LOS HUEVOS

PERSONAJES: Senequilla, jovenzuelo petulante y vanidoso, que llega de la ciudad de examinarse.

Toñón y Pancho, baturros auténticos, con poca ciencia y mucho sentido común.

TO.—(A Senequilla). ¿Con que ya has venido?

SE.—Ya ve usted: ya he venido y por eso estoy aquí.

PA.—Muy bien hablao: estás aquí porque has venido. Estos chicos que estudian, se pierden de vista.

TO.—Y ¿qué es eso que te ha salido en el morro?

SE.—¡Vaya una pregunta! El bigote. (Le toca el bigote Toñón).

TO.—Lo llevas empegau con pez.

SE.—Quite allá...

TO.—Y ¡qué majo vas!... (Lo soba). Mira, nosotros como siempre, pobrecicos.

PA.—No te fíes del vestido, que en su casa, por llevar majo al chico éste, van bien estrechicos.

SE.—¡Y tan estrechicos!

PA.—Pues eso no se hace.

SE.—Quite usted allá, hombre. En cambio yo traigo ciencia.

PA.—Si la trajeras al menos.

TO.—Y tú ¿sabes mucha ciencia?

SE.—Una barbaridad.

TO.—A vela.

SE.—Quita, hombre. Esto no se ve, se comprende; lo comprende la gente de estudio, pero vosotros ¿qué habéis de comprender?

TO.—Es verdá que nosotros no somos gente.

PA.—¿Y has hecho buenos exámenes en la ciudad?

SE.—He dejado a los catedráticos boquiabiertos.

PA.—¿De qué te has examináu?

SE.—De matemáticas.

PA.—¿Qué es eso?

SE.—Una ciencia que enseña a sacar cuentas sin números.

PA.—¿Qué dices?

TO.—Pues ¿con qué saca las cuentas?

SE.—Con letras, y a veces sin letras, con unas rayicas.

PA.—A ver, a ver un ejemplico.

SE.—Por ejemplo. Yo le debo a us-

ted cinco duros... ¿Verdad?

PA.—Bueno: me debes cinco duros.

SE.—Pues, no le doy a usted cinco duros: le doy *equis*.

PA.—¿Equis?

SE.—Sí, *equis* y en paz.

PA.—¡Quía, hombre! Me das *equis*, y yo te doy zeta con una estaca; y si no pagas los cinco duros, te llevo a la cárcel. Esas son mis matemáticas.

SE.—¡Psss! ¡qué cosas tiene usted!

TO.—Déjalo estar, Senequilla, que no entiende más que de majar terrones.

SE.—Además las matemáticas enseñan a dividir hasta la *enésima* parte.

TO.—Ene... ¡psche! (Estornuda) Difícil es de pronunciar la palabrica.

SE.—En eso hacen maravillas las matemáticas.

TO.—Y ¿con qué parten las matemáticas? ¿con un cuchillo fino?

SE.—Con letras y rayas, siempre con letras y rayas.

PA.—Amos a ver. Yo traigo en el bolsillo dos huevos duros que han sobrao de la merienda... Míralos: aquí están. (Los saca). Ya se pueden comer: están limpios. (Senequilla se apodera de uno; Pancho se lo quita). No, maño, no. Espérate. Nos los hemos de partir entre los tres... A ver tú cómo lo arreglas con letricas y rayas. (Deja los huevos encima de la mesa).

SE.—Pues, muy sencillo: esto las matemáticas lo resuelven en un periquete. Voy a demostraros que aquí hay tres huevos.

PA.—Yo no veo más que dos.

SE.—Dos hay, pero por las matemáticas...

PA.—¿Se convertirán en tres?

SE.—Justo.

PA.—A ver, a ver.

TO.—Rediez, rediez... vamos a ver un milagro.

SE.—Nada de milagro: matemáticas puras; fíjense bien. Aquí hay dos huevos.

PA.—Justos y cabales.

SE.—Donde hay dos, hay uno.

PA.—Claro.

SE.—Dos y uno, tres. Luego aquí hay tres huevos.

PA.—Enredos de lengua y ná más. Aquí hay dos huevos.

TO.—Déjalo estar, hombre. Repite, Senequilla, repite; que no he entendido mucho.

SE.—El discurso no falla. Aquí hay dos huevos; donde hay dos, hay uno; dos y uno, tres. Luego aquí hay

tres huevos.

TO.—¿Dónde está el otro?

SE.—Aquí.

TO.—Aquí sólo hay dos.

SE.—Pero, por las matemáticas, hay tres, hombre.

PA.—Chicos: dejemos de disputas. Yo voy a resolver el problema de otro modo. Cómete tú este huevo. *(Se lo da a Toñón que se lo coma)*. Yo me como el otro. *(Empiezan a comerlo y con la boca llena dice a Senequilla)*: Ahora tú, cómete el huevo de las matemáticas.

(Senequilla queda con la boca abierta, sin saber qué decirse).

PA. y TO.—¡Jú, jú, júuuu!...

FR. M. SANCHO, O. S. M.

N.º 16

LA CESTA DE COLES

(Diálogo baturro, en un coche del tren)

Un Viajero, Baturro 1.º, Baturro 2.º, Jefe de la Estación, dos Guardias civiles

VI.—*(Entrando)*. Buenas tardes, señores.

BA. 1.º—Buenas tardes tenga usted.

BA. 2.º—Bien venido sea usted.

BA. 1.º—*(Dirigiéndose al 2.º)*. ¿Pues no dormías?

BA. 2.º—Con que me despierto para saludar a este señor—*(dirigiéndose al viajero)*—y aún te quejas? Ya no me lo dirás más *(se vuelve a dormir)*.

VI.—*(Dirigiéndose al baturro 1.º)*. ¿Me hace usted el favor de quitar de ahí esa cesta?

BA. 1.º—No, señor.

VI.—¿Cómo que no?

BA. 1.º—Que no señor, he dicho.

VI.—Se lo digo a usted porque van a venir dos señoras y hace falta espacio y las cestas no van en el espacio de las personas.

BA. 1.º—Verdad es que no van.

VI.—Pues entonces no sé por qué se niega usted a quitar esa cesta. Póngala usted arriba en la red, si cabe.

BA. 1.º—No la pongo.

VI.—¿Por qué?

BA. 1.º—Porque no quiero.

VI.—Pues estamos frescos con este hombre.

BA. 1.º—Más de lo que a usted le parece.

VI.—Vaya, amigo, basta de consideraciones: ¿quiere usted quitar la cesta o no?

BA. 1.º—Que no señor, que no me da la gana.

VI.—Mire usted que llamo al Jefe de estación.

BA. 1.º—¿Y a mí qué me importa? De hombre a hombre no va nada: llámele usted.

VI.—¿Quita usted la cesta? *(algo enfadado)*.

BA. 1.º—Paice mentira que lleve usted corbata.

VI.—¿Qué tiene que ver?

BA. 1.º—Sí señor que tiene, porque que no entienda, ni tenga principios, ni se haga cargo de lo que le icen un cualquiera, o un focín del campo, todavía pué ocurrir. Pero un señor con corbata... ¡Amos, hombre, que lo que es usted no debe ser le-trao!

VI.—Ahora mismo voy a llamar al Jefe.

BA. 1.º—Bueno, bueno.

VI.—¡Señor Jefe! Aquí ¡Haga usted el favor!

JE.—¿Qué desea usted? El tren va a salir.

VI.—Ese hombre que no quiere quitar del asiento esa cesta.

JE.—A ver, quite usted la cesta, no puede ir ahí.

BA. 1.º—¿No puede ir?

JE.—No, señor.

BA. 1.º—¡Pues que no vaya! Lo que es yo no la quito.

JE.—Le advierto a usted que soy aquí el Jefe, soy el que mando. Mire usted que llamo a la pareja de la guardia civil.

BA. 1.º—¿Quiusté que la llame yo? Ni le tengo miedo a ella ni a usted. De hombre a hombre no va nada.

JE.—(Llamando). ¡¡Aquí!! La guardia civil.

GU. 1.º—Quite usted esa cesta de ahí en seguida.

BA. 1.º—No me da la gana.

GU. 2.º—La quita usted.

BA. 1.º—No la quito.

VI.—Pero, hombre de Dios, por la Virgen Santísima, no sea usted tozudo; ¿por qué razón prefiere usted ir a la cárcel que hacer lo que le mandan? ¿Por qué no ha de sacar usted la cesta y se acabó todo esto?

BA. 1.º—Porque no es mía, recontra.

JE.—Pues ¿de quién es?

BA. 1.º—De éste que está dormido. A ver, tú, ¿estás dormido? (dirigiéndose al 2.º).

BA. 2.º—Según pa lo que sea.

BA. 1.º—Pa que quites esta cesta desde el asiento.

BA. 2.º—Ahora mismísimamente. (Quita la cesta). Ya están ustedes servidos.

JE.—¿Y por qué no lo dijo usted desde el principio?

BA. 1.º—Porque el señor no me lo ha preguntao; porque estos que llevan corbata tienen menos gramática que uno. Lo primero e todo se dice: ¿De quién es esta cesta? Y al amo e la cesta se le dice: ¿Quiusté quitarla de ahí? ¡Too lo arreglan ustedes con mandar! A mí no me mandan ustedes. De hombre a hombre no va nada.

JE.—Bueno, hombre, bueno.

BA. 1.º—Ya pué usted tocar el pito y ámonos pronto, que me están esperando en Ricla para matar el tocino. ¿Quién quíe un cigarro? Arre...

N.º 17

LAS ACEITUNAS

Decoración: Habitación pobre con puerta al fondo que da a la calle, lateral derecha que comunica con el piso vecino, y lateral izquierda que lleva a la cocina.

PERSONAJES: Toruvio, viejo simple, que viene del monte, donde ha cortado una carga de leña y plantado un olivo.

Agueda de Toruécano, su mujer.

Mencigüela, su hija.

Aloja, un vecino.

TO.—(Entrando por el fondo). ¡Válgame Dios, y qué tempestad! Desde el requebrajo del monte acá, no parecía sino que el cielo se quería hundir y las nubes venir abajo. Y ahora, ¿qué nos habrá preparado para cenar la señora de mi mujer? (Llama). ¡Muchacha! ¡Mencigüela! Todos duermen en Zamora. ¡Agueda de Toruécano! (Da más palmas).

ME.—(Saliendo por la izquierda). ¡Jesús padre!, ¡vais a hundir la casa!

TO.—¡Mira qué pico! ¡Mira qué

pico! ¿Y dónde está vuestra señora madre?

ME.—Allá está, en casa de la vecina, que le ha ido a ayudar a coser unas madejillas.

TO.—¡Malas madejillas vengan por ella y por vos! Andad y llama.

AG.—(Saliendo por la derecha). ¡Vaya, vaya, cuánto aparato! Ya viene de hacer una negra carguilla de leña.

TO.—¡Sí!, ¿carguilla de leña le parece a la señora? Juro que éramos yo y vestro ahijado a cargarla y no

podíamos. (*Mencigüela sale por el fondo a ver la carga de leña*).

AG.—Bien, hombre, pues enhorabuena. ¡Y qué mojado venís!

TO.—Vengo hecho una sopa de agua. ¡Mujer, por vuestra vida, dadme algo bueno de cenar!

AG.—¿Yo qué diablos os tengo que dar, si no tengo cosa ninguna?

ME.—(*Entrando*). ¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!

TO.—Sí, después dirá tu madre que hace sol.

AG.—Corre, Mencigüela, prepara un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama (*sale Mencigüela por la izquierda*). (*A su marido*). Supongo que no te habrás acordado de plantar aquel renuevo de aceitunas que te dije que plantases.

TO.—¿Pues qué otra cosa he estado haciendo para venir tan tarde?

AG.—Y dime, marido, ¿dónde lo plantaste?

TO.—Allí, junto a la higuera breval del ribazo.

ME.—(*Saliendo de la cocina*). Padre, ya puede usted entrar a cenar, que está todo preparado.

AG.—Marido, ¿no sabéis lo que he pensado? Que ese renuevo de aceitunas que has plantado hoy, de aquí a seis o siete años, traerá cuatro o cinco fanegas de aceitunas; y que poniendo plantas acá y allá, de aquí a veinticinco o treinta años tendréis un olivar hecho y derecho.

TO.—Eso es la pura verdad, mujer; que no está mal pensado.

AG.—Mira, marido, ¿sabes lo que he pensado también? Que yo cogeré la aceituna, vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, muchacha, que te mando que no me des menos el celemin de a dos reales castellanos.

TO.—¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No veis que es cargo de conciencia, y que basta pedir a catorce o quince dineros por celemin?

AG.—Calla, marido, si es el olivo de la mejor casta de Andalucía.

TO.—Pues aunque sea de la mejor casta de Andalucía, basta pedir lo que tengo dicho.

AG.—Déjame en paz. (*Dirigiéndose a Mencigüela*). Mira, muchacha,

que te mando que no las des menos el celemin de a dos reales castellanos.

TO.—¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá, muchacha. (*Se acerca Mencigüela*). ¿A cómo has de pedir?

ME.—A como quisieréis, padre.

TO.—A catorce o quince dineros.

ME.—Así lo haré, padre.

AG.—¿Cómo «así lo haré, padre»? Ven acá, muchacha (*se acerca*). ¿A cómo has de pedir?

ME.—A como mandareis, madre.

AG.—A dos reales castellanos.

TO.—¿Cómo a dos reales castellanos? Yo os prometo que si no hacéis lo que os mando que os tengo de dar más de doscientos correonazos. (*Acercándose a Mencigüela, que queda entre los dos*). ¿A cómo has de pedir?

ME.—A como decís vos, padre.

TO.—A catorce o quince dineros.

ME.—Así lo haré, padre.

AG.—¿Cómo «así lo haré, padre»? (*Pegando a Mencigüela*). Toma, toma; haz lo que yo te mando.

TO.—Dejad a la muchacha.

ME.—¡Ay madre, ay padre, que me mata! (*gritando y llorando*).

AL.—(*Entrando por la derecha*). ¿Qué es esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis así a la muchacha?

AG.—¡Ay, señor! ¡Este mal hombre, que me quiere dar las cosas a menos precio, y quiere echar a perder mi casa! ¡Unas aceitunas que son como nueces!

TO.—Yo juro a los huesos de mi linaje, que no son ni aun como piñones.

AG.—Sí son.

TO.—No son.

AL.—(*Dirigiéndose a Agueda*). Señora, hacedme el favor de retiraros allá dentro, que yo lo averiguaré todo. (*Agueda se retira a la cocina*). (*Dirigiéndose a Toruvió*). Señor vecino, ¿qué hay de las aceitunas? Sacadlas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte fanegas.

TO.—¡Qué! ¡no señor!; que no es como usted se piensa; que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

AL.—Pues traedlas aquí, que yo os las compraré al precio que fuere justo.

ME.—A dos reales quiere mi madre que se venda el celemin.

AL.—Cosa cara es esa.

TO.—¿No le parece a usted?

ME.—Y mi padre a quince dineros.

AL.—Traedme una muestra de ellas.

TO.—¡Válgame Dios, señor! Usted no acaba de entenderme. Hoy he plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años, llevará cuatro o cinco fanegas de aceitunas; y que ella las cogería, y que yo las acarrearé, y la muchacha las vendiese, y que a fuerza de derecho había de pedir a dos reales por cada celemin; yo que no, y ella que sí, y sobre esto ha sido la cuestión.

AL.—¡Oh qué cosa más graciosa!

Nunca se ha visto tal: ¡Las aceitunas no están plantadas, y ya le han costado caras a la muchacha!

ME.—¿Qué le parece, señor? (*Llorando todavía*).

TO.—No llores, rapaza. (*A Aloja*). La muchacha, señor, es de oro. (*A Mencigueta*). Ahora, hija mía, anda y ponme la mesa; que yo prometo hacerte un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendan.

AL.—Ahora, vecino, entraros allá dentro y tened paz con vuestra mujer.

TO.—Adiós, señor.

AL.—Por cierto. ¡Qué cosas vemos en esta vida! ¡Las aceitunas no están plantadas y ya las hemos visto reñidas!

LOPE DE RUEDA

N.º 18

CUESTION DE UÑAS

(*Arreglo de un Color de mi cristal, de Tirso de Medina*)

Tomasa. *Aparece leyendo el periódico.*

Matías: *Sentado y mirando por la ventana.*

T.—¿Has leído esto, Matías?

M.—¿A qué te refieres, Tomasa?

T.—A lo que dice este periódico: que un doctor de no sé dónde, el doctor Ullman, ha inventado un nuevo modo de rejuvenecer.

M.—¿Y quieres aplicártelo?

T.—No, hombre. verás: es que hoy te noto —quizá sea ilusión—, un poco más joven; vamos, menos viejo.

M.—Es que acabo de afeitarme.

T.—Y te has cortado el pelo también. Puede que contribuya.

M.—Además no llevo la trinchera, que ya sabes lo que envejece.

T.—Y el aspecto sucio que da. No, no es eso. Yo me figuro que es por otra cosa.

M.—¿Sospechas de mí? ¿Crees que me he aplicado el sistema de ese doctor que dices?

T.—¡Si no sabes en qué consiste!

M.—Pues ya ves.

T.—No sospecho. Es que a veces... Sin querer se acierta.

M.—No te entiendo.

T.—¿Te acuerdas del otro día cuando tuvimos aquella discusión?

M.—¿Discusión? Eso es todos los días.

T.—Porque eres muy terco.

M.—A ver si empezamos.

T.—No, no. Me refiero a la discusión gorda, cuando tú me querías tirar la silla y no sé si me la tiraste.

M.—No me acuerdo.

T.—Y yo, sin saber lo que hacía, fui y te clavé las uñas.

M.—De eso sí que me acuerdo.

T.—Te advierto que luego lo sentí.

M.—Yo lo sentí cuando me las clavaste.

T.—Bueno, pues a lo que voy. Ese doctor Ullman de que hablan los periódicos, dice que se rejuvenece insertando pedazos de uña en el cuerpo.

M.—¡Qué barbaridad!

T.—Sin duda es que hay en las uñas alguna cosa que tiene mucho mérito para eso de dar la juventud.

M.—¡Se inventa hoy cada cosa!

T.—Y digo yo...

M.—Me figuro lo que dices.

T.—Que si te habré rejuvenecido el otro día sin querer.

M.—¿De veras me notas más joven?

T.—Me parece que sí.

M.—Serán tus ojos.

T.—¿Qué te miran mejor?

M.—O que ven menos.

T.—El caso es que me gustas más.

M.—Eso es ya cuestión de gustos.

T.—Y ya ves que llevamos veinticinco años de matrimonio.

M.—Pero tú no me dejaste incrustado ningún pedazo de uña.

T.—Creo que no.

M.—Entonces...

T.—¿Quién sabe si por eso no te he rejuvenecido del todo?

M.—Mira, Tomasa, te veo venir. Tú te estás preparando para que me consuele si me las clavas otra vez.

T.—Te juro que no lo he pensado.

M.—Es que siempre lo haces sin pensar. Y eso no. Que te pintes las

uñas de encarnado, tonto es, pero pase. Lo que no puede pasar es que mi sangre te sirva de pintura. Prefiero la decrepitud.

T.—Pero es que si poniéndote unos pedacitos de uña en la carne...

M.—¡No! ¿Para qué quiero yo ahora ser un chiquillo? ¿Para volver a la escuela? ¿Para que me dé la parálisis? ¿Para seguir casado contigo cincuenta años más? ¡No!

T.—Bueno, hombre; no te pongas así.

M.—Es que te conozco. Y haz el favor de cortarte las uñas todos los días. Si no yo te las limaré. Y si es preciso me pondré careta.

T.—Puede que estés mejor.

M.—¡Tomasa, que me sacas de quicio!

T.—¡Matías..., que te rejuvenezco!

DE BROMA Y DE VERAS

N.º 19

D. QUIJOTE Y SANCHE PANZA

(Don Quijote y Sancho Panza, su escudero. Llega el primero a pie, por la derecha, con su lanzón y marcial talante; tras él aparece el mozo, tirando los ramales de las bestias, que quedan entre bastidores)

SA.—Hágame la merced de hacer alto, señor mío; que el Rucio cojea, Rocinante va hecho cuartos, yo no puedo con mi alma, y al amigo y al caballo no cansallo. (*D. Quijote se detiene. Sancho ata los ramales en el primer palo que encuentra*). Atemos aquí a entrambos, sentémonos en el colchón de esta verde hierba y demos buena cuenta del pan y del queso que traigo en la repostería de mis alforjas. (*Saca algo y come*).

D. Q.—Cuán para poco eres, y qué luego te vas a lo tuyo. Mas yo me avengo a sentarme y a descansar contigo, para que todo te sean regalos y almíbar mientras a mi lado estuvieres.

SA.—¡Válame Dios, y con qué me venís ahora! ¿Pues no ha sido por causa de vuestra merced y a su lado todo lo que llevan sufrido mis espaldas dende que salimos del lugar? (*Come*).

D. Q.—No te me quejes, Sancho, hijo. Yo velo mientras tú duermes, yo ayuno mientras tú comes, yo no

ceso de discurrir cómo podré mejorar tu escudril estado y cumplirte mis promesas.

SA.—Bueno va; pero más vale un toma, que dos te daré y el pájaro en la mano que el buitre volando. ¿Hasta ahora qué lleva ganado en vuestro servicio el hijo de mi madre, sino pedradas, manteamientos, hambres y soles? A fe que si no por la ley que le tengo y porque, como decía el barbero Nicolás, más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, que ya me había dejado yo de estas andanzas y aventuras para *in secula seculorum* y el muerto al hoyo y el vivo al bollo, y amigo que no da y cuchillo que no corta, que se pierda, poco importa. (*Come*).

D. Q.—Déjate de refranes, Sancho, no te vuelvas al *sicut erat*. Por mí tuviste un gobierno, y ten por cierto que en cuanto yo me vea emperador, no pararé hasta verte marqués o arzobispo. Ahora, hijo, mira cómo el sitio y la soledad te invitan a que prosigas la obra que tienes comen-

zada con entrañas de tanta misericordia: quiero decir los tres mil trescientos azotes, que prometiste por el desencantamiento de Dulcinea. Así, pues, desvíate algún trecho de aquí y con buen ánimo y denuedo agradecido date 300 ó 400 a buena cuenta, que yo desde aquí los contaré. Luego pasaremos la noche, yo cantando mi ausencia, tú, tu firmeza bajo la luz de la luna.

SA.—*Abernuncio*. No soy yo cartujo para pasar la noche entre azotes y cánticos. Déjeme ahora vuestra merced descansar a gusto, que yo cumpliré mi promesa: cada cosa a su tiempo; a fin de año San Silvestre; y no por mucho madrugar amanece más temprano. (*Come*).

D. Q.—(*Con mucho sentimiento*). ¡Oh alma endurecida, oh escudero sin piedad, oh pan mal empleado y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te tragaras una docena de sapos, dos lagartos y tres culebras; si te persuadieran a que mataras a tu mujer y a tus hijos con algún agudo y truculento alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo, pero hacer caso de tres mil y trescientos azotes, que no hay chiquillo de la doctrina, por ruin que sea, que no los lleve cada semana, admira, absorta y espanta a todas las entrañas

piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren a saber con el discurso del tiempo. (*Se enjuga una lágrima*).

SA.—Basta, señor, que ponéis el dedo en la llaga y no es el león tan fiero como lo pintan. Yo proseguiré el *vapuleo* que comencé hace pocos días; pero ha de ser entre los árboles, que parece me acompañan y se conducen y (*con malicia*) me ayudan a llevar la carga. Mirad hacia allá, señor mío, que ya empiezo. (*Toma una correa de las alforjas y da fuertes golpes en el tronco*). Si de esta no se desencanta Dulcinea, ¡que se le caigan todas las barbas a Merlín!

D. Q.—(*Dándole la espalda*). Mira, amigo, que no te hagas pedazos.

SA.—Al buen pagador no le dueles prendas. ¡Animo, Sancho!

D. Q.—(*Suspira*). El cielo te ayude, hijo, que ya llevas ciento siete.

SA.—(*Dando uno muy fuerte*). Aquí morirá Sansón y cuantos con él son.

D. Q.—(*Alarmado*). ¡No, no! No te quites la vida, que la necesitas para darte de palos y para sostener tu familia.

SA.—Déjeme vuestra merced, que las cosas en caliente: a Dios rogando y con el mazo dando. ¡Muera Merlín y viva Dulcinea! (*Sigue azotando el tronco*. D. Quijote está muy conmovido).

MAR

N.º 20

¡QUIEN FUERA OBISPO!

PERSONAJES: Antón, un Familiar, Caballero 1.º, Caballero 2.º,
Don Roque, un Obrero.

La escena representa el cuarto de un seminarista. Una mesa en medio con muchos libros; algunas sillas; puerta al fondo. Aparece Antón estudiando en un libro. Es de noche y en la mesa hay una vela o un quinqué.

ESCENA 1.ª

Antón

(*Repasando de memoria*).

—Nominativo, qui, quæ, quod, vel

[quid...

genitivo, cujus... (*cierra el libro*)

¡Jesús, Jesús qué latín!

¡Qué lengua más endiablada!

¡Por más que estudio y estudio, no aprendo ni una palabra!

(*repasando*). Nominativo... qui...

[quæ... quod...

(*distráido*). ¡Cuándo seré sacerdote para hablar latín, caramba!

Ya no tendré que estudiar ni quedarme hasta las tantas

para aprender la lección...
(*dan las once*).
¡Las once! ¡Jesús me valga!
(*bosteza*)
¡Y tengo un sueño mayúsculo!
¡Y... la lección, ni patata!
(*pausa larga*) ¿Y cuando sea ya obis-
¡Santa Plácida me valga! [po?
(*cierra el libro*)

Me llamarán su ilustrísima...
y me darán serenatas...
y tendré... palacio... y coche...
y... ¡aa! (*bosteza*) tendré mucha
(*Va inclinando la cabeza*) [plata...
Nominativo... qui... quæ... quod...
¡Pobre lección de mañana!...
¡Qué sueño tan grande tengo! ...
Genitivo... nada... nada...
Dios mío... quién... fuera... Obispo.
(*Se queda dormido. Pausa larga.*)
Aparece un familiar a la puerta del foro.

ESCENA 2.^a

Antón, Familiar; luego dos
caballeros.

FA.—(*Con respeto*) ¿Señor Obis-
po?

AN. —¿Qué quiere?

FA.—Unos señores aguardan
para hablar con su Ilustrísima.
¿Les digo que entren?

AN.—(*Levantándose espantado*).
¡Caramba!

¿Yo Ilustrísima? ¿Yo Obispo?

¡Oh, qué sorpresa tan grata!

Que pasen, que pasen.

FA. —Bien.

(*Se va; entran dos caballeros*).

CA. 1.^o—¡Señor Obispo!

CA. 2.^o —¿Cómo anda
Su Ilustrísima?

AN.—(*Toma un tono jovial*). Muy
[bien.

(*ap.*) ¡Y esto va de veras, cáspita!

CA. 1.^o—Venimos...

AN. —Tomen asiento.

(*ap.*) ¡Y qué respeto me guardan!

CA. 1.^o—Como sabrá su Ilustrísi-
nuestro periódico «El Sátropa» [ma,
va a publicar un artículo
contra la moral cristiana;
también contra su Ilustrísima,
y contra su clero en masa.

AN.—¿Pero, señores, qué es eso?
¿Con tal respeto me tratan
para decir...?

CA. 1.^o—(*Muy meloso*) No se apu-

CA. 2.^o—(*Muy meloso*). [re.

¡No, Monseñor, si no es nada!
Si hoy mismo su Ilustrísima
diez mil pesetas nos manda
no pasarán los artículos.

AN.—(*Levantándose furioso*)
¡Váyanse pronto, canallas!
¡Bribones! ¡eh! Familiar
(*llamando*)
échelos por la ventana.

CA. 1.^o—(*Haciéndole profunda*
cortesía) Ilustrísimo Señor,
¿con que nada nos da?

AN.—(*Enfadado*) ¡Nada!

CA. 1.^o—Está bien; siempre a sus
[órdenes.

Ya nos veremos las caras (*vase*)

CA. 2.^o—(*Haciéndole cortesía*)

Si no quiere su Ilustrísima
buscar ruido con su plata,
denos las diez mil pesetas,
que nos hacen mucha falta.

AN.—(*Enojado*) ¡Ladrón! ¡Infa-
[me!

CA. 2.^o—(*Muy meloso*). Está bien.
Mañana saldrá en «El Sátropa».
(*Vase haciendo cumplimientos*).

ESCENA 3.^a

Antón, Familiar; luego D. Roque.

AN.—¡Habránse visto bribones!

¡Pues, señor, vaya un disgusto!

¡Y mañana echarán chispas

en ese periodicucho,

y lo peor es que luego

les va a creer todo el mundo!

y hablará contra la fe...

Contra su Obispo... ¡hum! ¡Presu-

que estos dos son dos masones! [mo

¡Ay! ¡Pobre Obispo! Esos tunos,

esos hombres sin conciencia

te han de matar a disgustos.

FA.—Ilustrísimo Señor...

AN. —¿Qué quiere?

FA.—Un señor muy pulcro
desea hablarle.

Vendrá a quitarme el disgusto

AN. —Que pase.

de estos otros.

D. R.—(*Desde la puerta*) Si permi-
[te...

AN.—Sí, señor, con mucho gusto.
Entre usted.

D. R.—(*Desde la puerta con mu-
cha finura*). Yo soy D. Roque
Ramos Rodríguez Repulgo.

AN.—Lo celebro. Tome asiento.

D. R.—(*Sentándose*)

Vengo a hablarle de un asunto
de capital importancia.

AN.—Pues hable, que ya le escudo. R.—Yo soy diputado. [cho.
AN.—(Tomando aire grave) Bien; lo celebro.

D. R.—Y yo presumo, que ya sabrá su Ilustrísima mi proyecto.

AN.—D. Repulgo.
¿Como usted no me lo diga!...
D. R.—Un proyecto cual ninguno. Proponer en el Congreso, y lo obtendré de seguro, el quitarle su palacio y hacer un cuartel.

AN.—(Asustado) ¿Qué escucho? ¿Quitarme el... palacio a mí? Vamos. ¡Este sí es disgusto!
D. R.—No se enfade su Ilustrísima pues saldrá ganando mucho.

AN.—(Serenándose)
Me han de indemnizar. ¿Verdad?
D. R.—Es muy lógico, es muy justo. ¡Un Obispo tan benéfico! tan sabio... y luego tan... ducho. Por eso he de proponer, para indemnizarlo al punto, dejarle de su palacio aquel corral que está adjunto, y comprarle la cochera que tiene D. Restituto.

AN.—¿Y qué haré con la cochera?
D. R.—Poner su coche y sus mulos cuando los tenga. [los...

AN.—(Levantándose) ¡Gandul!
D. R.—(Levantándose)
¿Se enoja? Lo siento mucho; se quedará sin palacio, y sin cochera y sin mulos. Abur. Soy de usted, don Roque Ramos Rodríguez Repulgo.

(Sale haciendo muchas cortesías)

ESCENA 4.^a

Antón, el Familiar; luego un Obrero

AN.—¡Habrás visto tunante! (pausa)

Pues señor, ¿qué es un Obispo? ¡sólo es cabeza de turco donde estos politiquillos ensayan planes y planes para llenar su bolsillo! ¿Cómo me pesa la mitra! ¿Cómo me aprieta el anillo! ¿Qué tiempo aquel tan dichoso! cuando era niño, muy niño, y estudiaba el «qui, quae, quod», hasta oír las once y pico! ¡Ni soñar podía entonces

lo que cuesta ser Obispo!
FA.—Señor, hablarle desean con urgencia.

AN.—(Ap.) ¡Ay, Dios mío! de seguro es otra prueba. (Al fam.)

¿Quién es? ¿Viene bien vestido?
FA.—No, señor; es un obrero.

AN.—¡Vamos! al cabo respiro; porque la gente sencilla no trae asuntos políticos. Dile que pase.

OB.—(Entra muy respetuoso: es más bien un trabajador del campo) Señor,

dispense que haya venido a molestar a vucencia, pero en la aldea en que vivo hace ya bastantes años que sin párroco vivimos.

AN.—¿Sin párroco?
OB.—Sí, señor.

No hay quien haga los bautismos, ni quien case a los mozuelos, ni quien celebre el domingo.

AN.—Esa sí que es pena grande, la mayor para un Obispo, que por falta de pastores se le pierda el rebaño.

OB.—¡Un cura, por Dios, un pá-mire usted, señor Obispo, [¡rrco! que queremos ser cristianos, y confesarnos toditos, y cumplir los mandamientos. Somos ovejas de Cristo y queremos un pastor, que nos tome el Catecismo, nos diga nuestros deberes, nos guíe por buen camino, ¡un párroco, por favor! (hincándose de rodillas ante Antón) ¡por las entrañas de Cristo! que si el pueblo se condena ¿qué cuenta dará su Obispo?

AN. (Emocionado).
—Levántate, que me partes el corazón, hijo mío.

FA.—Señor Obispo, eso mismo le digo yo a su Ilustrísima. Que su clero es escasísimo, que pide pasto el rebaño, pero... ¿quién va a repartírselo?

AN.—¡Esto es cruel! (Se oye un ruido fuera)
¿Quién se acerca?

FA.—Me voy a verlo ahora mismo. (Vase el Familiar; a poco aparece el coro de pobres)

ESCENA 5.^a

Antón, Familiar, un obrero,
un coro de pobres.

OB.—Señor, un párroco,

ANT. —Espera,
te mandaré uno prontito,
y si no, para tu pueblo
marcharé mañana mismo.
(*Entran los pobres en tropel y detrás el Familiar*)

P. 1.^o—¡Que nos moriremos de
por piedad, señor Obispo, [hambre!
sólo usted es nuestro padre,
a usted tan sólo acudimos.

Todos.—Pan, señor Obispo, pan.

AN.—Aguardad, hijitos míos.
(*al Familiar*)

Dale limosna a estos pobres.

FA.—¿Y con qué? Por Jesucristo;
si apenas le da el Gobierno
para que viva usted mismo.
¡Si no repite el milagro
del desierto, nos lucimos!

PO. 1.^o—Pan, que se muere mi es-
[posa.

PO. 2.^o—Pan, que se mueren mis
[hijos.

PO. 3.^o—Pan, que se muere mi pa-
[dre.

Todos.—Pan, pan, que sois nues-
[tro Obispo.

AN.—Por Dios, hijos, déjenme.
(*vanse los pobres*)

que estoy más muerto que vivo.
¿Con que esta es la dignidad
que goza todo un Obispo?
¡vaya con las dignidades!

FA.—Señor, la de Jesucristo;
una corona de espinas,
un calvario y un martirio.

ESCENA 6.^a

Antón, Familiar, un Criado

CR.—(*Entra precipitadamente*)

—¡Huya; huya su Ilustrísima
al punto, señor Obispo!

AN.—¿Pero qué pasa?

CR. —Friolera,
que ha triunfado el anarquismo
y van a pegarle fuego
a su palacio ahora mismo.
(*Muy animado todo hasta la escena
última*)

AN.—¡Qué brutos! (*se oyen
¡muertas!*)

FA.—(*Con calma*) No debe huir.
Debe arrostrar el martirio
defendiendo a sus ovejas.

VOCES (*Fuera*).

—¡Abajo el señor Obispo!

¡Muera! ¡Muera!

AN. —¡Santa Rita!

¿Por dónde me escapo?

CR.

—¡Listo!

Por la puerta.

(*Va a salir Antón; el Familiar se
interpone, cerrándole el paso: el
criado se va; las voces arrecian*)

AN. —¡Ya voy!

FA.

—¡Alto!

No salga, señor Obispo,
es inútil. ¿Ve? ¡Ya llegan
a asesinarle!

AN.—(*Cae como abatido en una si-
lla donde quedó dormido. Se oye un
estrépito fuerte en la misma puerta
del foro*).

¡Dios mío!

¡Vaya una vida que llevan
los Prelados!

FA.

—La de Cristo:
una corona de espinas,
un calvario y un martirio.

(*Vase; cesa el ruido. Antón des-
pierta*).

ESCENA ULTIMA

Antón

¿Dónde estoy?... ¡Bah! ¡Ha sido un
¡Y qué sueño más pesado! [sueño!
Ya sé lo que es ser Obispo,
ya sé lo que es ser Prelado.
Una corona de espinas,
un martirio y un calvario.

(*Se levanta y se dirige al Prelado
que esté presente o simplemente al
público*).

Ahora quisiera ser Papa,
aunque fuera por un rato.
¿Sabéis, señor, para qué?
para llamar a mi lado
a los Obispos del mundo
y a todos canonizarlos
como a mártires de Cristo
que mueren crucificados.

(*Telón rápido*)

ALBERTO RISCO, S. J.

A CADA CUAL SU PUESTO

EL UNO: *Niño con un uno grande de cartón sobre el pecho*EL CERO: *Otro niño con un cero grande sobre el pecho.*MAESTRO: *Niño que hace de*

UN.—Mis negocios andan mal:
un día y otro se pasa,
y no mejora mi casa,
ni se aumenta mi caudal.

Hace un mes traje un muchacho
que trabajase en mi hacienda,
mientras yo cuido la tienda,
y otras cosillas despacho.

Pues yo, rudo campesino,
que ahora esta tienda heredo,
con los números me enredo,
y en los cálculos no atino.

Mas ni así triunfante salgo,
pues no hay progreso ninguno:
mi valor era antes *Uno*,
y... lo mismo que antes valgo.

Veamos si por fin hoy
medrar conseguimos.

(Llamando) ¡Cero!

CE.—¡Señor! (Dentro)

UN.—Sube, que te espero.

CE.—En este momento voy. (En-
[tra])

UN.—¿En qué labor te entretie-
[nes?]

CE.—Yo, señor, todos los días
empleo mis energías
en aumentar vuestros bienes.

Yo, como veis, subo y bajo;
no me paro ni un minuto.

UN.—Sí; pero ¿cuál es el fruto
que sacas de tu trabajo?

Veamos lo que hoy has hecho,
y si al fin mis arcas llenas.

CE.—El fruto de mis faenas
aquí lo traigo en el pecho.

(Mostrando el cero)

UN.—¡Cómo! ¡Valiente ganancia!
¿Hoy también cero? ¡Insensato!

¡No sé cómo no te mato,
en castigo a tu vagancia!

CE.—Esto algo vale, señor.

UN.—¡Nada vale, por mi cuenta!
Ven: ponlo aquí, a ver si aumenta
con el tuyo mi valor.

(El Cero se pone al lado derecho del

Nada gano, ya lo ves: Uno)

Uno era y *Uno* me quedo;

¡ni un ápice solo excedo

a lo que tuve hace un mes!

¡Vete!, a ver si trabajas,
y con tu esfuerzo algo gano.

CE.—¡Ay, mi señor! Será en vano
que bregue hasta hacerme rajás.

Aunque oírlo desconsuela,
no creáis, señor, que ignoro
lo que los niños a coro
de mí cantan en la escuela.

¿No dicen en su tonada
que *Cero* por dos, por tres...
era *Cero* y *Cero* es,
y nunca produce nada?

Pues de aquí, señor, infiero
que, aunque me sirva de afrenta,
yo, con cualquier herramienta,
daré por producto... *Cero*! (Llora).

UN.—¡Oh, no! que algo me has
al menos de dos hachazos [de dar:
hacerte puedo pedazos
que den lumbré en el hogar.

CE.—¡Oh, señor! Si aunque re-

UN.—¡Calla! [viente..]

CE.—Ya me voy sumiso. (Se va)

UN.—¡Ay de ti!... Será preciso
despedir a este sirviente.

Números hay bien pequeños
que el valor han aumentado,
desde el día en que a un criado
pueden mandar como dueños.

Otro *Uno*, un hermano mío,
tomó a su servicio un *Tres*,
¿y quién no ha visto después
su coruplencia y su brío?

Cuando el *Tres* con humildad
del *Uno* llegó delante,
ganó el *Uno* en un instante
Dios sabe qué cantidad.

¡Yo sólo pierdo en mi empresa!

¡Yo sólo no me levanto,
cuando todo cuesta tanto,
y todo el mundo progresa!

MA.—¡Hola, amigo! ¿Qué le pa-
¿Qué le perturba? [sa?]

UN.—¡Ay, Maestro!
¡Que es muchacho nada diestro
el que usted trajo a mi casa!

MA.—Que no valdrá mucho es cla-
pues vino casi de balde. [ro,

UN.—Cuando yo las cuentas salde,
verá cómo sale caro.

MA.—Usted me dijo: «Yo quiero criado que cueste poco». Y yo me dije: «Coloco aquí de sirviente... un Cero».

Pues, aunque sea tan ruín, que no hay número más pobre, harán que prodigios obre, si le encauzan a su fin.

Fuí con usted a la plaza; y al ver que era tan barato, usted dijo: «Cierro el trato, pues tiene muy buena traza».

UN.—¡Pero si es un holgazán, y no salgo de miseria!

¡Desde el tiempo de la feria no ha ganado ni aun el pan!

MA.—Calma: le ruego a usted véa en qué le ocupa, y en dónde: tal vez no le corresponde el sitio en que usted le emplea.

Acaso su actividad requiere otra dirección.

UN.—¡En cualquier ocupación va a ser una nulidad!

MA.—¡No, señor! Tenemos todas cualidades diferentes: ser podemos eminentes; pero de diversos modos.

Padre de familia he visto que dice al hijo primero: «Tú vas a ser ingeniero, seas torpe, o seas listo».

«Tú —dice al hijo menor— tienes que ser militar».

¡Y a ministro de su altar le destinaba el Señor!

¿Y será buen arquitecto quién nació para legista?

El que debe ser artista, ¿será abogado perfecto?

Pues mire usted, le suplico, si también en nuestro caso lamenta usted un fracaso por no emplear bien al chico.

Llámele usted.

UN. —Al momento va a venir a su presencia.

¡Ojalá que con su ciencia obre usted hoy un portentoso!

¡Cero! (Llamando)

CE.—(Entra)—¿Qué manda?

UN.

—Que digas,

sin que nada te acobarde, cuál ha sido en esta tarde el fruto de tus fatigas.

CE.—Aquí en las manos lo muestro, que yo nada disimulo. [tro,

UN.—¡Es decir, que será nulo!

¡Nada! ¿Lo ve usted, Maestro?

Ven, colócate a mi lado, para que vea el señor que no aumenta mi valor con lo que gana el criado.

CE.—(Se coloca a la derecha del [Uno)

Señor, le doy cuanto puedo; si es muy poco, no se alarme.

UN.—¿Ve usted? No aumento un Uno era, y Uno me quedo. [adarme:

MA.—¡Cómo! Lo que no se oculta al ingenio más obtuso, es que ese Cero se puso donde inútil nos resulta.

Va usted a ver con sus ojos cómo el saber colocar a un súbdito en su lugar, da rendimientos no flojos.

¡Ea! su influjo no pierda el Cero así estacionario; gire en sentido contrario, y colóquese a la izquierda. (Lo hace)

Usted mismo será Juez, sin fiarse de ninguno; antes valía usted Uno. ¿Cuánto vale ahora?

UN.

—¡Diez!

¡Señor! ¡Esto es colosal!

Del Cero que nada vale, ¿cómo es que aumentado sale en diez veces mi caudal?

¡Tiene usted ciencia profética! ¡Usted obra maravillas!

MA.—No; son cosas muy sencillas que prescribe la Aritmética. [llas

UN.—Yo estallo de admiración. ¿Cómo ha podido ser esto?

MA.—Eso es dar a un ser el pues que exige su condición. [to

UN.—Perdone usted mi rudeza; yo, como pobre aldeano, soy en las ciencias profano, y me turban la cabeza.

Yo juzgaba, con error, que fuera de más provecho, ponerle al lado derecho, porque es el lado mejor.

MA.—No, señor; se le coloca en su puesto a cada cual; que a todos nos pega mal estar donde no nos toca.

UN.—Sí; su lección fué sublime; me salgo hoy mismo a la calle, y traigo los Ceros que halle, aunque nadie los estime.

MA.—Y advierta usted que, aun otro Cero, en un momento, [que vil,

le sube a usted hasta ciento,
y otro le sube hasta mil.

CE.—¡Ved lo que importa atinar
dónde puede uno valer,
y al más diminuto ser
darle su propio lugar!

MA. (Al público)

—Todos tenemos, señores,
dotes de naturaleza,
que empleadas con destreza

podieran hacer primores.

Y es la ciencia consumada
que ocupemos aquel puesto
que el mismo Dios ha dispuesto,
pues fuera de él somos nada.

Y que el *Cero*, el *Uno*, el *Dos*,
cumplamos bien nuestro oficio,
de los hombres en servicio,
y A MAYOR GLORIA DE DIOS.

P. GASPAR G. PINTADO, S. J.

N.º 22

LOS LACAYOS LADRONES

Decoración: *Habitación con un escritorio; dentro del escritorio, una libra de
turrones de Alicante.*

Personajes: Dalagón, amo.

Pancorvo, criado simple.

Periquillo, Gastón y Guillermino, también criados.

DAL.—(Agarrando y zarandeando
a Pancorvo). ¡Y aun será verdad,
pícaro bellaco!

PAN.—Sí pienso que será, pues
vuestra merced lo dice; pero déje-
me, por su vida.

DAL.—En fin, ¿que es verdad?

PAN.—¿Lo qué, señor?

DAL.—¿Lo qué, dices? Comerme
la libra de turrones de Alicante, que
estaban encima del escritorio.

PAN.—Eso no.

DAL.—En fin, ¿que miento?

PAN.—Yo no digo que miente, si-
no que no es verdad.

DAL.—¿Que no? Espera un poco
(le golpea).

PAN.—¡Ah!, señor; suélteme, que
yo le diré quién se los ha comido.

DAL.—Veamos quién; acaba.

PAN.—Vuestra merced ha de sa-
ber que yo no; sino que... que se
los ha comido... se los ha comido...
¿cómo se llama?... Desvíese un po-
co de la puerta, para que no nos
oiga nadie... El Periquillo se los ha
comido.

DAL.—¿Qué dices?

PAN.—Lo que oye. Porque yo sé
que es gran comedor de turrones.
Mochacho es que se los come sin
respirar.

DAL.—(Llamando). ¡Periquillo!

PER.—(Desde dentro). ¿Quién lla-
ma?

PAN.—Salid acá, Periquillo; el se-
ñor es, que os quiere hablar en se-
creto.

PER.—(Saliendo). ¿Qué manda?

DAL.—(Pegándole). ¿Qué mando?
¡Toma, don bellaco, goloso!

PER.—Señor, ¿por qué me pega?

PAN.—Llevaos eso entre tanto que
lo sepáis.

PER.—(Gritando). ¡Válgame Dios,
señor! ¿Y no sabremos por qué?

DAL.—Porque os comisteis...

PAN.—(Interrumpiéndole). Sí, por
eso, porque os engullisteis...

DAL.—(A Pancorvo). ¡Calla tú!
(A Periquillo). Porque os comisteis
una libra de turrones que estaban
encima del escritorio.

PER.—¿Yo? ¿Quién lo dice?

DAL.—Este.

PER.—¿Tú lo dices?

PAN.—Yo lo dije, pero no creo
que será Periquillo, señor, porque es
mozo honrado y de prendas. Erré,
pecador de mí, que por decir Gas-
concillo dije Periquillo.

PER.—En fin, que tu yerro había
de caer sobre mis espaldas.

PAN.—Calla, hermanico, y ten pa-
ciencia, que algún día pagaré qui-
zá por ti.

DAL.—Anda, pues, llama al Gas-
concillo.

PAN.—(Llamando). ¡Gasconcillo!

GAS.—(Desde dentro). ¿Qué os

pasa... qué queréis? Aguardad un poco.

PAN.—Creo que se los está comiendo; llámelo vuestra merced.

DAL.—¡Gasconcillo!

GAS.—(*Apareciendo*). ¿Qué mandáis? (*Dalagón empieza a golpearle*). ¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué cuentas tenéis, señor, conmigo? ¿Por qué me golpeáis así?

PAN.—Dele, señor, dele ...no parece... adelante; una primero, otra por mí, que bien lo merece.

GAS.—Pero ¿no me diréis por qué me sacudís de esta forma las costillas?

DAL.—Porque os habéis comido los turrones de Alicante.

GAS. — ¡Jesús, Jesús! ¡Santa Bárbara! ¿Yo los turrones?

DAL.—Sí, tú, los turrones que estaban encima del escritorio.

GAS.—¿Y quién os lo ha dicho?

PAN.—Yo sé quién lo ha visto.

GAS.—Pues os aseguro por Dios que es mentira... ¡Yo no he comido los turrones del escritorio! (*Dirigiéndose a Pancorvo*). ¿Has sido tú quien lo ha visto, pedazo de bruto?

PAN.—No, no creo que sea él, pues que lo jura. Perdona, Gasconcillo.

GAS.—¿Ahora me dices que te perdone. ¡Yo he sido quien ha pagado las consecuencias!

PAN.—¿Y de eso te enojas? Antes te debieras holgar por ello.

GAS.—¿Y por qué me he de holgar?

PAN.—Porque tendrás anticipado el recibo, para cuando debas algo al señor.

GAS.—Pues toma tú el recibo, pedazo de alcornoque.

DAL.—(*Dirigiéndose a Pancorvo*). Acabemos ya. Pues dices que ninguno de estos dos se los ha comido, sepamos quién se los comió. Salgan estos turrones, si no, yo te los sacaré de las costillas.

PAN.—No me perturbe vuestra merced, que yo se lo diré punto por punto. (*Llamando aparte a Gasconcillo*). Ven acá, Gasconcillo.

GAS.—¿Para qué me llamas?

PAN.—¿No te parece a ti que se los habrá comido Guillermillo?

GAS.—¿Gallamillo? ¿el que me

«apañó» ayer la butifarra?

PAN.—Sí, ese.

GAS.—Tienes razón; ese se los ha comido.

PAN.—Ya ve vuestra merced cómo Gasconcillo dice que a Guillermillo se los vió comer.

GAS.—Sí, Gallamillo.

DAL.—Llámale, vamos a ver si desmarañamos este negocio de los turrones.

PAN (*Llamando*). —¡Guillermillo!

GAS.—¡Gallamillo!

GUI.—¿Qué voces son estas?

DAL.—¿Y no saldrás?

GUI.—(*Saliendo*). Ya salgo. ¿Qué quiere, señor?

DAL.—Lo que quiero es esto (*golpeándole*). ¡Toma, don rapaz!

GUI.—¡Ay, ay, señor... por amor de Dios!

PAN.—Dele, señor, no pare, pues por amor de Dios lo pide.

GAS.—Dele más, señor, y así pagará a la vez los turrones y la butifarra.

GUI.—¡Pecador de mí! Señor, ¿por qué me ha pegado?

DAL.—¿Que por qué?... ¡cara sin vergüenza!

PAN.—Bien lo sabréis, ¡vergüenza sin cara!

GAS.—En seguida te lo va a decir el señor.

DAL.—¿De modo que no se os puede fiar ninguna cosa de comer?

GUI.—¿Qué cosa?

DAL.—¿Qué cosa? Dime, desvergonzado: los turrones que estaban encima del escritorio, ¿qué es de ellos?

GUI.—¿Los turrones? Señor, ¿no me pidió usted que se los diese, y los encerró de su propia mano dentro del escritorio?

DAL.—(*Recordando*). ¡Por vida mía que tenéis razón!... Gran descuido ha sido el mío.

GUI.—(*Reprochándole*). ¿Y le parece bien haberme pegado sin culpa?

PAN.—¿Y a mí molerme las espaldas, que no parecía sino molino batán, según descargaba?

PER.—Sí, y a mí pajas...

GAS.—(*Contrariado*). ¿Qué le parece de este negocio, señor amo?

DAL.—¿Qué me parece? Pues... para que no estéis quejosos de mí,

que se partan los turrones en cuatro partes, y en pago de la disciplina se lleve cada uno su pedazo. (*Va al escritorio por los turrones*).

PAN.—Eso es, señor. En cuanto a su propósito, aguarde un poquito. (*Dirigiéndose a los otros*). ¡Mochachos a consulta!... Tú, Perico, ¿quién turrone?

PER.—Yo, ni verlos.

PAN.—¿Y tú, Guillermino?

GUI.—Yo, ni probarlos.

PAN.—¿Y tú, Gasconcillo?

GAS.—Yo, ni ahorcado.

PAN.—¿Queréis que nos desquitemos todos de la paliza?

TODOS.—¡Sí!

PAN.—(*A Periquillo*). ¿Tú no le volverás tu parte?

PER.—¡Pues no!

PAN.—Aguardad, pues. (*Dirigiéndose al amo*): Oiga, señor.

DAL.—¿Qué quieres?

PAN.—Escúchenos, que ya nos hemos puesto de acuerdo.

DAL.—¿Y es?...

GAS.—Señor, de acuerdo y en consonancia. ¿No pediais turrones?... Pues tomad kirieleisón y kirieleisones (*pegándole al amo*).

DAL.—(*Escapando de los golpes de todos los criados*). ¡Paso, paso!...

PAN.—¿Pasáis? Pues yo envido... (*aludiendo al juego del Mus*).

GUI.—Yo lo que puedo...

PER.—Yo lo que alcanzo...

LOPE DE RUEDA



Narraciones, Cuentos y Monólogos

(en prosa)

N.º 23

DIABLURAS DE PERIQUILLO

...El señor cura era aficionadísimo a la fruta, y, sobre todo, a los higos. En la rama más alta de la higuera de su huerta quedaban unas cuantas docenas de higos, que no sabía cómo coger, y que eran riquísimos, pues reunían las tres condiciones que han de tener los higos buenos, es decir, cuello de ahorcado, ropa de pobre y ojo de viuda, o lo que es lo mismo, el cuello o pezón seco, pelleja resquebrajada y ojo llorando almíbar.

—Cosa muy fácil —le dijo el ama—: llame usted al chico de Mari-Juana y verá usted qué pronto los coge todos, que donde aquél no suba, no suben las ardillas.

—Verdad es —contestó el señor cura—: pero el tal Periquillo tiene para eso un inconveniente, y es que, como es tan pillo y tan tragafruta, me va a comer la mitad de los higos mientras coge la otra mitad.

El ama del señor cura, que era lista como un demonche, encontró al instante modo de remediar el inconveniente.

—¡Jesús —dijo—, en qué poca agua se ahoga usted, señor! ¿Tiene usted más que imponer al chico la obligación de no dejar de cantar mientras coge los higos, y así no tendrá tiempo de comer uno siquiera?

—¡Pues es verdad! —exclamó el señor cura—. ¡Qué cosas les ocurren a esas pícaras mujeres!

El ama llamó a Periquillo, y éste, tan despabilado y tan listo como siempre, corrió a ponerse a las órdenes del señor cura.

—Vamos a ver, chiquito —le dijo éste—. ¿Te atreves a subir a aquella rama y coger todos los higos que tiene?

—¡Pues no me he de atrever! Sí, señor. ¡Demontre, y qué ricos son! —añadió Periquillo, relamiéndose al ver los higos.

—Pero oye —le dijo el señor cura, alarmado con la codicia que los higos despertaban en Periquillo—; es indispensable que mientras coges los higos cantes sin cesar un momento.

—Y ¿qué quiere usted que cante?

—Lo que tú quieras, con tal que sea cosa buena. Canta la Letanía, la Salve, el Credo, en fin, canta lo que te dé la gana, con tal que cantes.

—Está muy bien, señor.

Periquillo se colgó del brazo una cestita de asa, y en menos que uno lo cuenta se plantó en lo más alto de la higuera y empezó a coger higos, canta que canta.

Quería embaularse los mejores, pero para comer tenía que dejar de cantar, y así que interrumpía el canto, ya estaba el señor cura gritándole que cantase y amenazándole con un terrón que tenía en la mano.

Cavilaba Periquillo a ver si encontraba medio de jugársela de puño al señor cura, y al fin, creyó haberlo encontrado. Púsose a cantar un responso, y naturalmente, al llegar al *Pater noster* guardó silencio.

—¿Qué es eso? —le gritó el señor cura alarmado.

—Que estoy rezando el *Padre nuestro* —contestó Periquillo con la boca llena de higos.

—¡Rézale cantando, condenado a muerte!

—Ca, no, señor: el *Padre nuestro* lo reza usted siempre en voz baja.

El señor cura arrojó al suelo el terrón que tenía en la mano, y dijo, soltando la carcajada:

—Hombre, por lo pillo que eres se te puede perdonar el que te comas la mitad de los higos.

La mitad de los higos no se comió Periquillo, pero, vamos, que no se dió mal atracón de ellos mientras suponía rezar el *Padre nuestro*...

ANTONIO DE TRUEBA

LA BUENA MANZANA

En una fonda habían comido en una mesa un sacerdote y una dama. Y por desgracia, la dama estaba más desvestida de lo que convenía.

Hablando poco y guardando el sacerdote la conveniente modestia, algo violento por aquella presencia un tanto descarada, llegaron a los postres, en los cuales sirvieron medianas frutas, pero entre ellas una preciosa manzana, que la dama cortésmente dejó, con la idea de que la tomase el sacerdote. Mas el sacerdote, aunque quizá advirtió la delicadeza de la dama, no la tomó tampoco para sí.

—Señor cura —dijo la dama—, tome usted esa manzana, que está muy buena.

—Señora, tómela usted... Se la cedo con mucho gusto.

—No, no; si precisamente la dejaba yo para que usted la tomase.

—Me lo figuraba, señora; pero no, hágame usted el obsequio de tomarla.

—De ningún modo, señor cura. Usted ha de tomarla. Deje usted esa naranja que no está muy en sazón.

—Señora, permítame: usted ha comido poco. La vendrá bien esa manzana. Esta mía no está tan mala como usted se figura.

—¡Qué terco es usted, señor cura, y perdóneme!

—No puede usted figurárselo bien, señora. Aunque no soy de Aragón, en lo terco y en lo franco, como si lo fuera.

—Pues hoy he de vencer yo, señor cura; usted ha de tomar la manzana, pues de lo contrario, me tendré que enfadar.

—Eso, no, señora; no se disguste usted; pero no me desaire tampoco y tómesela usted la manzana. ¡Vaya!

Y diciendo y haciendo, el señor cura tomó la manzana y se la puso en su plato a la señora, diciendo maliciosamente.

—Esta manzana se la come usted hoy sin remedio; la vendrá muy bien.

La cual, admirada del empeño que tenía el cura de que ella comiese la manzana, comenzando a partirla, le dijo:

—¡Pero qué empeño tiene usted en que me coma la manzana! ¿Por qué dice usted tan marcadamente que me vendrá bien?

—Señora, perdóneme si soy indiscreto. Pero le diré que estaba pensando en la historia del paraíso, y me acordaba que, cuando Eva comió la manzana, cayó en la cuenta de que estaba desnuda. Perdóneme, y que le aproveche.

P. SEBASTIÁN, S. J.

TIO CURRO EL DE LA PORRA

Pues, señor, ha de saber usted que había una vez un hombre que vivía alegremente, sin pensar en el día de mañana, y como el *gastar, deber y no pagar es el camino del hospital*, en breve se quedó nuestro hombre sin su hacienda y sin tener más que treinta días al mes, ni qué comer más que las uñas. Por tanto, se fué poniendo con los ánimos tan caídos, que cuando no traía para su casa, la mujer le pegaba y los chiquillos le decían denuestos, hasta que se aburríó, le pidió un cordel prestado a su compadre y se fué al

campo a ahorcarse; ató el cordel a un olivo, y cuando se lo iba a echar al pescuezo, se le apareció un duendecito vestido de fraile, que le dijo:

—Hombre, ¿qué vas a hacer?

—Ahorcarme, ¿no lo está viendo su merced?

—¿Con que tú, cristiano, vas a hacer lo que hizo Judas? Quitá allá, que no está bien. Toma esta bolsa que nunca se vacía, y remédiate.

Nuestro hombre tomó la bolsa sacó un duro, y otro, y vio que era la bolsa como la boca de las mujeres, que echan palabras y más

palabras y no se agotan éstas en la vida de Dios. Visto lo cual desató y lió el cordel y tomó la vereda para su casa. En el camino había una venta, en la que se entró y empezó a pedir de comer y de beber de cuanto había, pagando sobre la marcha, porque, visto su pergenio, el ventero no le quería fiar tan gran consumo; y tanto comió y tanto bebió, que se cayó borracho debajo de la mesa y se quedó más dormido que los muertos en el camposanto.

El ventero, que se había enterado de que la bolsa de donde sacaba los dineros nunca se veía vacía, le dijo a su mujer que hiciese otra semejante; le sacó la suya al tío Curro y le puso la que su mujer había hecho en el bolsillo.

Cuando despertó el tío Curro se puso en camino y llegó a su casa más alegre que un día de sol.

—¡Alegraos! —les gritó a la mujer y a los hijos—. Aquí hay dinero largo; se acabaron las miserias.

Metió la mano en su bolsa y la sacó vacía, la volvió a meter, pero ¿qué había de sacar? Al ver esto, fué tal el coraje de la mujer, que le pegó una templea que lo puso como nuevo.

Más desesperado que nunca, cogió el cordel y se fué a ahorcar. Llegó al propio sitio de la otra vez y ató el cordel a la rama del olivo.

—¿Qué vas a hacer, cristiano? —le dijo la voz del duendecito, que se le apareció caballero sobre la cruz del olivo.

—Colgarme aquí como ristra de ajos en el techo de una cocina —contestó muy en sí el tío Curro.

—¿Con que te ha vuelto a faltar otra vez la paciencia?

—¡Señor, si no tengo qué comer!

—Tu culpa es, tu culpa es; pero... adelante. Toma este mantel, que con él nunca te ha de faltar qué comer.

Dióle el duende un mantel y desapareció por entre las ramas.

Extendió el tío Curro el mantel en el suelo, y no bien estuvo extendido cuando se cubrió de manjares, que eran uno rico y otro más, que ni que los hubiese guisado el cocinero del rey.

El tío Curro, después de darse un

hartagón de los de no puedo más, dobló el mantel y se fué a su casa.

En la venta le entró sueño, y se acostó a dormir. El ventero, que le reconoció, se sospechó desde luego que algo bueno traería, y birlándole el mantel con el salero del mundo, le puso otro en su lugar.

Cuando llegó a su casa, les gritó a la mujer y a los hijos:

—Vamos, vamos a comer, y esta vez por mí la cuenta que os habéis de hartar.

En seguida desdobló el mantel, que en lugar de manjares, se vió cubierto de lamparones de todos los tamaños y de todos los colores.

¡Ahí fué ella! Madre e hijos le cayeron encima y le dejaron para las andas de la caridad.

El tío Curro cogió el cordel y se fué a ahorcar.

El, que se había de ahorcar y el frailecito que no. Le dió éste una porrita, asegurándole que con ella todo el mundo le dejaría el alma quieta, y que no tenía más que decirle: *Porrita descomponte*, para que todos echasen a correr y le dejasen en paz y a sus anchas.

Cogió nuestro hombre el camino de su casa con su porra, más en sí que un alcalde con su vara, y apenas vió venir hacia él a los chiquillos pidiéndoles pan con vituperios y denuestos, tal como lo veían hacer a su madre, cuando le dijo a su porra: *Porrita, descomponte*. No bien lo hubo dicho, cuando empezó la porrita a sacudir trancazos a los muchachos, que me los destemporizó. Acudió la mujer en socorro de los hijos; a ella, *porrita*, dijo el tío Curro, a ella y con coraje, y tal felpa le dió la porrita, que la mató.

Avisaron a la justicia y se presentó el alcalde con los alguaciles. *Porrita, descomponte*, dijo el tío Curro conforme los vió, y la porrita empezó a sacudirles tales cachiporrazos, que cada uno valía un duro; de forma que mató al alcalde, y los alguaciles apretaron a correr, que sueña no les quedó bajo los pies.

Mandóse un propio al rey, avisándole lo que pasaba, y el rey mandó un regimiento de ganaderos para prender al tío Curro el de la porra.

No bien éste lo vió venir, cuando dijo: *Porrita, descomponete*, y la tiró en medio de las filas. Empezó ésta su baile sobre las costillas de los granaderos, que había un ruido como en un batán; a aquél dejó cojo, a aquél manco, al comandante le saltó un ojo; para acabar pronto, los granaderos todos tiraron los fusiles y las mochilas, y echaron a correr que no veían la vereda, creyendo que el demonio andaba suelto.

Libre de cuidado, el tío Curro se echó a dormir guardándose su porrita en el pecho para que no se la robaran.

Cuando se despertó se halló pierni y maniatado y que se lo llevaban a la cárcel, donde le fué leída su sentencia, que era de muerte en garrote vil.

A la mañana siguiente lo sacaron del calabozo, y estando ya subido en el cadalso le desataron las manos; sacó entonces su porrita y dijo: *Porrita, descomponete*, y se la tiró al verdugo, que quedó muerto a cachi-porrazos.

—Que suelten a ese hombre —dijo el rey—, porque si no, va a acabar con todos mis vasallos; decidle que le doy un estado en América con tal que se largue.

Así sucedió; le dió S. M. un Estado en la Isla de Cuba, donde labró una ciudad, y en ésta hizo el tío Curro tantas muertes con su porrita, que le quedó por nombre *Matanzas*.

FERNÁN CABALLERO

N.º 26

SENTENCIA DE SABIO

Un pobre hombre iba cierto día al monte por una carga de leña para venderla y después comprar con su producto pan para alimentar a sus hijos, cuando se encontró en el camino una bolsa y dentro de ella cien doblones de oro, cuya vista alegró el corazón.

El aldeano los contó con placer, formó proyectos, echó cálculos agradables, descubriendo delante de sí un porvenir de abundancia y de felicidad.

Después, reflexionando que aquel dinero tenía dueño, se avergonzó de sus proyectos y, escondiendo la bolsa, se marchó al campo a su trabajo.

Pero al llegar la noche la leña no se había podido vender, y el aldeano y su familia no tenían pan.

—Terrible tentación —decía el pobre hombre—; pero ese dinero no es mío, y no debo gastarlo. Dios que cuida de las aves del campo, cuidará de mí y de mis hijos.

Por la mañana se pregonó por las calles de la inmediata ciudad el nombre del que había perdido el dinero, ofreciendo 30 doblones al que lo entregase.

—Aquí tenéis vuestro dinero —dijo el aldeano, presentándose al dueño.

Pero éste, por librarse de pagar la oferta, examinó la bolsa, contó el dinero y dijo fingiendo enojo:

—Mi bolsa es ésta, pero el dinero no está completo, porque yo tenía en ella 130 doblones, y sólo me trae 100; con que os habéis guardado lo demás, y esto no puede quedar así. Voy a pedir os castiguen por ladrón.

Los dos contendientes fueron conducidos a presencia del Juez, quien comenzó diciendo al aldeano que le hiciese una relación sencilla y verdadera del suceso.

—Yo, señor —contestó—, encontré la bolsa yendo al monte; conté el dinero, y sólo había 100 doblones.

—¿Y no has pensado que con ese dinero podías ser feliz?

—Tenía en mi casa a mi mujer e hijos esperando la leña que había de llevar a vender y comprar pan. Perdonadme, señor, si miré con codicia ese dinero. Después reflexioné que tendría dueño, tal vez con más obligaciones que yo; lo escondí, y en vez de volver a mi casa me fui a trabajar.

—¿Has dado cuenta a tu mujer del hallazgo?

—He temido su codicia y me he callado.

—¿Y nada, absolutamente nada has tomado de la bolsa?

—Señor, mi familia, mis pobres hijos han quedado sin comer, porque la leña no se pudo vender?

—¿Qué decís? —preguntó al dueño del dinero.

—Señor, que todo lo que dice ese hombre es falso, porque mi bolsa tenía 130 doblones, y sólo él se ha podido quedar con los que faltan.

—Por ninguna parte hay pruebas —dijo el Juez—; sin embargo, creo que este pleito es fácil de sentenciar. Tú, pobre aldeano, refieres el hecho con tal naturalidad, que no es posible dudar de lo que dices, mucho más cuando pudiste guardarte todo o una pequeña parte. Tú, comerciante, gozas de una buena posición, y

de mucho crédito para que podamos presumir de ti un engaño. Diciendo los dos verdad, es claro que el bolsillo que se ha hallado este hombre con 100 doblones es distinto al tuyo, que tenía 130. Recoge, pues, el bolsillo, buen hombre —dijo al leñador—, y llévalo hasta tu casa hasta que aparezca su dueño, y si por casualidad te vuelves a encontrar otro con 130, llévalo a este honrado comerciante, que entonces, como será el suyo, te dará los treinta doblones que ofreció. Entretanto, como premio a la honradez con que te has portado en medio de tu pobreza, señalo para ti y tu familia 30 doblones al año de mis rentas.

El tal Juez fué el Duque Alejandro de Médicis.

N.º 27

ORIGEN DE UN REFRÁN

Comiendo en una aldea un capellán un palomino asado, rogábale un caminante que le dejase comer con él, y que él pagaría su parte; y no queriendo, el caminante comía su pan a secas. Y después dijo: «Habéis de saber, reverendo, que vos al sabor y yo al olor, entrambos hemos comido del palomino, aunque no queráis». Respondió el capellán: «Si eso es así, vuestra parte quiero que paguéis del palomino». El otro que no, y él que sí, pusieron por juez al

sacristán que estaba presente. El cual dijo al capellán que cuánto le había costado el palomino. Dijo que medio real. Mandó que sacase un cuartillo el caminante, y el mismo sacristán lo tomó, y sonándolo encima de la mesa, dijo: «Reverendo, tenéis por pagado del sonido, así como él del olor ha comido». Dijo entonces el huésped a los dos: «A buen capellán, mejor sacristán».

JUAN DE TIMONEDA

N.º 28

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO

Pues, señores, vengamos al caso: era éste, que vivían enamorados doña Fortuna y don Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro. Tras de la sogá anda el caldero; tras doña Fortuna andaba don Dinero; así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era don Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid.

Doña Fortuna era una locona, sin fe ni ley muy raspagosa, muy rara, y más ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina; la mujer quería mandar, pero don Dinero, que es engreído y soberbio, no estaba por ese gusto.

Señores, decía mi padre (en gloria esté) que si el mar se casase había de perder su braveza; pero don Dinero es más soberbio que el mar, y no perdía sus ínfulas.

Como ambos querían ser más y

mejor, y ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendría más poder.

—Mira —le dijo la mujer al marido— ¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos a ver cuál de los dos, tú o yo, le hacemos mejor suerte.

Convino el marido; enderezaron hacia el olivo, y allí se encamparon; él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guarde! —dijo don Dinero.

—Y a usía también, —contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco a su merced, sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues, qué, ¿nada posees?

—Sí, señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto a bienes, no tengo más que un coge y come cuando lo hay.

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma! Porque no hallo trabajo. ¡Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido, como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me había caído la helada, y soy la *prosulta* de la desdicha, señor. Ahí nos puso un amo a labrarle un pozo a destajo, *aprometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba una maravedí; *asina* fué el trato.

—Y bien que lo pensó el dueño, —dijo sentenciosamente su interlocutor—, pues dice el refrán: dineros tomados, brazos quebrados. Sigue, hombre.

—Nos pusimos a trabajar echando el alma, porque aquí donde su merced me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre, señor.

—¡Ya! —dijo don Dinero—, en eso estoy.

—Es, señor —repuso el pobre—, que hay cuatro clases de hombres:

hay hombres como son los *hombres*; hay *hombrecillos*, hay *monicacos*, y hay *monicaquillos*, que no merecen ni el agua que beben. Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por más que ahondamos, ni una gota de agua hallamos. No parecía sino que se habían secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, al fin y al postre, sino un zapatero de viejo.

—¡En las entrañas de la tierra! —exclamó don Dinero, indignado de saber tan mal avecindado su palacio solariego.

—No, señor —respondió el pobre—; no en las entrañas de la tierra, sino en la otra banda, en la tierra de la otra gente.

—¿Qué gentes, hombre?

—Las *antripulas*, señor.

—Quiero favorecerte, amigo —dijo don Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó a correr que volaba, que la alegría le puso alas a los pies; arribó derecho a una panadería y compró pan; pero cuando fué a sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso a buscarlo; pero ¡qué había de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Antón que le guarde.

Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia, y se puso a echarle a su mala fortuna cada maldición que habría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa; la cara de don Dinero se puso aún más amarilla de coraje; pero no tuvo más remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

Esta vez no fué por pan, sino a una tienda en que mercó telas para echarles a la mujer y a los hijos un rocioncito de ropa encima.

Pero cuando fué a pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos, diciendo que aquella era una mala moneda; que, por lo tanto, sería su dueño un monedero falso, y que lo iba a delatar a la justicia.

El pobre, al oír esto, se abochornó y se le puso la cara tan encendida,

que se podían tostar habas en ella; tocó de suela, y fué a contarle a don Dinero lo que le pasaba, llorando por su cara abajo.

Al oírlo doña Fortuna, se desternillaba de risa, y a don Dinero se le iba subiendo la mostaza a las narices.

—Toma —le dijo al pobre, dándole dos mil reales—; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante o he de perder poco.

El pobre se fué tan enajenado, que no vió, hasta que se dió de narices con ellos, unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacía la mamola a su marido, y éste estaba más corrido que una mona.

—Ahora me toca a mí —le dijo—, y hemos de ver quién puede más, las faldas o los calzones.

Acercóse entonces al pobre, que se había tirado al suelo y se arrancaba los cabellos, y sopló sobre él. Al punto se halló éste debajo de la mano el duro que se le había perdido.

—Algo es algo —dijo para sí—; vamos a comprarles pan a mis hijos, que ha tres días que andan a medio sueldo, y tendrán los estómagos más limpios que una *paterna*.

Al pasar frente a la tienda en la que había mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él, que se le figuró que la onza era

mala, pero que habiendo acertado a entrar allá el contrastador, le había asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que más bien le sobraba que no le faltaba; que ahí la tenía, y además toda la ropa que había apartado que le daba en cambio de lo que había hecho con él.

El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de napoleones de la Guardia Civil traían presos a los ladrones que le habían robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien había ahondado tres varas, cuando se hallaron un filón de oro, otro de plomo, y otro de hierro. A poco le dijeron *Don*; luego *Usía*, y luego *Excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna a su marido amilanado y metido en un zapato, y ella, más casquivana, más desatinada que nunca, sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, a tontas y a locas, a ojo de buen cubero, a la buena de Dios, a cara y cruz, a manera de palo ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

FERNÁN CABALLERO

N.º 29

PÍO, PÍO...

El ama criaba gallinas en el corral, y yo tenía ganas de comerla una. Tenía doce o trece pollos grandecitos; y un día, estando dándoles de comer, comenzó a decir: *pío, pío...*, y esto muchas veces. Yo, que oí el modo de llamar, comencé a dar voces y dije: —¡Oh cuerpo de tal, ama! ¡No hubiérades muerto un hombre o hurtado moneda al Rey, —cosa que yo pudiera callar—, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir! ¡Malaventurado de mí y de vos!

Ella, como me vió hacer extremos en tantas veras, turbóse algún tanto y dijo: —Pues, Pablos, yo ¿qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más.

—¿Cómo burlas? ¡Pese a tal!, yo no puedo dejar de dar parte a la Inquisición, porque si no, estaré descomulgado.

—¿Inquisición? —dijo ella y empezó a temblar—; ¿pues yo he hecho algo contra la fe?

—Eso es lo peor, —decía yo—; no os burléis con los inquisidores; de-

cid que fuisteis una boba y que os desdecís, y no neguéis la blasfemia y desacato.

Ella, con el miedo, dijo: —Pues, Pablos, si me desdigo ¿castigarán-me?

Respondíle: —No, porque sólo os absolverán.

—Pues yo me desdigo, —dijo—; pero dime tú de qué, que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.

—¿Es posible que no advertís en qué? No sé cómo me lo diga, que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordáis que dijisteis a los pollos, *pío, pío...*? y es Pío nombre de los Papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia. Papaos ese pe-cadillo.

Ella quedó como muerta, y dijo: —Pablos, yo lo dije; pero no me perdona Dios si fué con malicia; yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré, si me veo en la Inquisición.

—Como vos juréis en una ara consagrada, que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos, que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los Pontífices, me los deis para que yo los

lleve a un familiar, que los queme, porque están dañados; y tras esto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo.

Ella, muy contenta, dijo: —Pues, llevátelos, Pablos, ahora, que mañana juraré.

Yo, por más asegurarla, dije: —Lo peor es, Cipriana (que así se llamaba), que yo voy a riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejación; llevadlos vos, que yo pardiez que temo.

—Pablos, —decía, cuando me oyó esto—, por amor de Dios, que te due-las de mí y los lleves; que a ti no te puede suceder nada.

Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin, que era lo que quería, determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: —Mejor se ha hecho que yo pensaba; quería el familiarcito venirse tras mí a ver la mujer; pero lindamente le he engañado y negociado.

Dióme mil abrazos, y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde había dejado a sus compañeros, e hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demás criados.

FRANCISCO DE QUEVEDO

N.º 30

LA VIEJECITA IMPORTUNA

Una viejecita casi centenaria era la pesadilla del cura del lugar; constantemente se acercaba a su confesionario con impertinencias y escrúpulos, sin que el pobre cura lograra librarla de sus vanos temores.

Al llegar al pueblo un nuevo coadjutor, el anciano párroco quiso enviarle a la buena viejecita, por si él, con mayor fortuna, pudiera curarla de su mal.

—¿Qué le sucede, abuelita? —le preguntó el nuevo sacerdote.

—¡Ay, Padre, que siempre pienso que he de ir al infierno!

—Si no es más que eso, veamos.

Abra usted bien la boca.

Tímidamente obedeció en su sencillez. Entonces le dijo sonriendo el nuevo cura:

—¡Pero si usted no puede ir al infierno!

—¿Cómo así? —replicó la abuelita.

—Pues ¿no ha leído usted en el Evangelio que en el infierno habrá rechinar y crujir de dientes, y usted no tiene en la boca ni uno para muestra?

Al oír tan sabia respuesta, la abuelita se marchó muy consolada.

LOS DOS CIEGOS

Era un ciego tan avariento, que por su sobrada mezquindad iba solo por la ciudad, sin llevar mozo que le guiase, y, al comer, comía donde le tomaba el hambre, por ahorrar de costa y no comer tanto, y para recogerse de noche tenía alquilada una pobre casilla, en la cual, a la noche, cuando se retraía, se encerraba en ella sin lumbrer, como aquel que no la había menester, y cerradas las puertas, desenvainaba de una espadilla corta que tenía, y por reconocer si había alguno daba cuchilladas y estocadas por los rincones y bajo de la cama, diciendo: «Ladrones bellacos, esperad, aguardad, ¿ahí estáis?» Y viendo que no había nadie, sacaba de una cajuela que tenía un talegón de reales, y hacía reseña por retozar y regocijarse con ellos, y ver si le faltaba alguno. Tantas veces continuaba este avaricioso ejercicio, que tuvo dello sentimiento un vecino suyo, el cual hizo un agujero en la pared para de allí ver lo que podía ser aquello de dar cuchilladas por la casa, y como viniese la noche y el ciego siguiese su necia y acostumbra da costumbre de acuchillar el aire, y él no pudiese ver ninguna cosa a causa que estaba a oscuras, estúvose quedo, y escuchando a cabo de rato sintió contar reales, y después cerrar una cajita. Por lo cual determinó por la mañana, no estando el ciego en casa, de entrar por el terrado y hurtarle los dineros. Quitado que se los hubo, la no-

che venidera estuvo acechando por ver lo que hacía el ciego.

Pues como los hallase menos, maldecíase y quejábale de su mala suerte, diciendo: «¡Ay dineros míos de mi corazón! ¿Y dónde estáis vosotros agora, habiéndoos ganado en oraciones, por lo cual os llamaba benditos? No habíades de sufrir que me maldijesen». En que con estas quejas y otras se acostó en su cama. Levantóse por la mañana; al salir de casa, el ladrón fuéle detrás por ver si se iba a quejar a la justicia, y vido que encontró con otro ciego que era su compadre, y contándole cómo le habían hurtado los dineros, respondió: «A osadas, compadre, que no me lo hurtan a mí como a Vos». Dijo el otro: «¿Por qué?» Respondió: «Porque los traigo conmigo». Y en oír que el ciego los traía consigo, juntó más con ellos el ladrón para oírlos mejor. El otro, importunándole que le dijese dónde, díjole: «Compadre, habéis de saber que los llevo en el aforro de mi bonete». No lo hubo acabado de decir cuando el ladrón apañó del bonete y dió a huir. El ciego, en sentir que le quitaron el bonete, apañó del otro ciego, diciéndole que le volviese su bonete, que le había hurtado. El otro, diciendo que mentía, sobre esto vinieron a tal competencia, que se dieron de palos, y el ladrón se fué con los dineros de los dos ciegos.

JUAN DE TIMONEDA

EL DIABLO EN EL SEMINARIO

Era un colegial del Seminario de Pamplona, de los más ejemplares, y a la vez de los más despejados y graciosos.

Tenía el inocente plan de obsequiar el día de su cumpleaños a dos de sus condiscípulos amigos íntimos; y al efecto, el día anterior encargó a un amigo externo le trajese seis

pasteles de a medio real, una botella de vino de Jerez y una cajetilla de cigarrillos susinis; dándole esta orden precisa: «Al dar las diez de la noche en el reloj de la torre del Seminario, echaré una cuerda de la ventana de mi cuarto: seas puntual; ata bien el asa de la cesta con los encargos, y yo me entenderé con ella».

Efectivamente, al sonar las diez en el reloj de la torre, el colegial echó la cuerda desde la ventana de su cuarto, que estaba en el tercer piso; el externo, que fué también muy puntual, ató a su extremidad el asa de la cestita, y ésta empezó a subir. Pero... el señor Rector había salido, como de costumbre, a dar una vuelta por los tránsitos a la hora de acostarse los colegiales, y por casualidad estaba junto a la ventana del primer piso perpendicular a la del colegial en cuestión, cuando la cestita subía por allí; instintivamente sacó los brazos, y se apoderó del contrabando soltando la cuerda.

Acto continuo subió al tercer piso para sorprender al pícaro colegial. Mas éste, al ver que la cesta no subía, imaginóse lo sucedido; tiró la cuerda por la ventana para que no fuese testigo de su travesura; se metió en la cama sin desnudarse por no perder tiempo, y se hizo el dormido, teniendo cuidado de apagar con saliba el pábilo de la vela para mayor disimulo.

Apenas había pasado un minuto, cuando el Rector entró, encendió la luz, y le llamó:

—¡¡Fulano!! ¡¡Fulano!!

—Uuu..., qué... quién... qué hay... —y se frotaba los ojos como si le costara espabilarse.

—Parece que estaba usted en un sueño muy profundo.

—Sí, señor; estaba soñando.

—Pues, ¿qué soñaba usted?

—Pues, soñaba que estaba yo sacando un alma del purgatorio con una cuerda; pero el demonio ha sacado las manos por una ventana, ha cortado la cuerda, y la pobre alma ha quedado otra vez en prisiones.

El señor Rector, que casi nunca se reía, salió del cuarto riéndose estrepitosamente; bajó, registró la cesta y encontró pasteles, botella, cigarros, y una esquelita del externo en que le decía al colegial: «Ahí te mando lo que me encargaste; te felicito tu cumpleaños, y deseo pases el día alegremente con tus amigos».

Al leer esto el señor Rector, dijo para sí: «Por lo visto, mañana es su cumpleaños: ¡pobre chico! pensando pasar un día alegre, lo va a pasar triste».

Al día siguiente, al salir de la clase de la mañana, el famoso colegial, cabizbajo y meditabundo, entra en su cuarto, y encuentra sobre la mesa una bandeja con dos docenas de variados pasteles, y una tarjeta del señor Rector, en cuyo reverso decía:

«Pase usted buen día, y no tenga pena; yo le perdono la travesura de tratarme de demonio».

Fué aquel un día de los más felices de su carrera para el gracioso colegial.

JUAN ALBIZU, Pbro.

N.º 33

EL ARCA DE NOÉ

El «señó» Jeromo es un niño de ochenta años, con unos ojillos vivos y azules, que se quedan pasmados en un poema de incomprensión e incertidumbre en cuanto se le dice una palabra de doble sentido. Sabe el señó Jeromo cuatro o cinco cuentos. Los aprendió seguramente a los diez años, y todavía le producen, al contarlos, la misma hilaridad... Vais a formar conmigo parte del corro ante el cual el señó Jeromo va a contar uno de sus cuentos. Mucha atención,

porque la cosa tiene toda la seriedad de una ceremonia ritual y antigua.

—Señó Jeromo, cuéntenos el cuento del Arca de Noé.

Los ojillos azules del señó Jeromo pasean primero una mirada escrutadora sobre el auditorio. Es avaro de su gracia sencilla. Sabe que es poseedor de un tesoro, inestimable ya por su rareza. Le preocupa que pueda haber en el corro un «señorito sombrón» que no se ría. Si es así, el señó Jeromo se evade con esta fórmula inapelable: «Hoy no hay hu-

mó...» Y no hay manera de sacarlo de ahí.

En cambio, si se decide a contarlo, empieza con esta advertencia sacramental:

—Güeno. Allá va. Pero cuidado con no reírse hasta el final...

En seguida el señó Jeromo empieza a liar un cigarro. Es el rito pausado y solemne que acompaña al cuento. Uno y otro duran matemáticamente el mismo tiempo.

Se echa tabaco en la mano, y mientras lo va restregando con ceremoniosa lentitud, empieza.

—Pues, señó, esto fué cuando el Diluvio Universal. Los hombres habían sido muy malisimos. Y, en castigo, dijo Dios: ¡Agua va!... Y empieza a llover, llueve que te llueve, cuarenta días con sus cuarenta noches... ¡Casi ná!

Pero Dios, para que no pereciera el mundo entero en aquella «esaborición», había permitido que Noé llevara en el Arca una collera de cada clase de animales: una de codornices, una de gallinas, una de carneros...

Uno de los aciertos más geniales del señó Jeromo, es este de prolongar las enumeraciones hasta producir tensión vibrante en los oyentes. Es el efecto wagneriano de la repetición obsesionante de un mismo tema. Cuando ve que el auditorio ha llegado a la saturación, hace una pausa, echa el tabaco en el papel, y prosigue:

—Pues güeno, parece ser que los animales chicos iban en el piso alto del Arca; la hormiga, el lagarto, el ciempiés, el bichito de lú... y abajo, separados por un techo de madera, los animales grandes: el león, el toro, el camello, la jirafa...

Llega, en esto, la primera noche, la hora de dormir; y el señor Noé, por toda el Arca tocando las palmas: «¡ea, señores, señores; a acostarse que es muy tardísimo!...»

Se mete cada animalito en su cama, y se disponen a dormir. Pero en esto, los del piso bajo empiezan a oír sobre el techo de madera, uno tras otro, una serie de golpes, iguales y seguidos: pún, uno; pún, dos; pún, tres; pún, cuatro...

Aquí el señó Jeromo hace sonar pausadamente hasta catorce o quince golpes. Empieza a liar con lentitud el cigarrillo. Prosigue:

—Hasta que el león, harto ya de coles, levanta la cabeza y le dice a la jirafa: «Mira, niña, tú, que tienes el cuello largo, a ver si sacas la jeta por la ventana y te enteras de lo que pasa arriba, que no se puede pegar un ojo...»

La jirafa, muy obediente, alarga el cuello por el ventanuco, lo estira hasta el del piso alto y registra lo que ocurre. Mientras tanto, siguen oyéndose en el techo los golpes, seguidos e iguales, como los de un batán: pún, diez y seis; pún, diez y siete; pún, diez y ocho...

Hasta que, al fin, la jirafa encoge el cuello, y con los ojos llenos de resignación ante lo irremediable, le comunica al león el resultado de su pesquisa.

—«Na, hijo... ¡El ciempiés que se está quitando las botas!»

Al llegar aquí, el señó Jeromo, dándonos ejemplo, rompe a reír de un modo inmenso y ensordecedor, temblándole entre los labios el cigarrillo acabado ya de liar...

JOSÉ MARÍA PEMÁN

N.º 34

YO TRES Y TU DOS

Mucho tiempo hacía que se habían casado. El era un buen viejo, pacífico y bonachón, incapaz de hacer mal ni a una mosca, aunque le picara la calva. Ella era aún fuerte y robusta, más tiesa que una vara de cortina, y

más terca y taruga que una burra vieja. Llevaba la batuta en su casa, y el único músico de aquella orquesta tocaba siempre al compás que ella quería.

Y así iban viviendo, en paz; sí,

como que no había ni aun asomo de rebelión.

Pero una noche, sentados al amor de la lumbre: —¿Cenamos? dijo él.

—Mira —contestó ella— aquí tengo cinco huevos, los haré fritos y nos los comeremos en amor y compañía.

Efectivamente; puso ella la sartén al fuego, se frieron los huevos, y en un mismo plato, como siempre, se prepararon a cenar.

—Tú —dijo ella— te comerás dos y yo tres.

—Mujer —replicó él sonriéndose— yo soy el hombre; soy cabeza de de la casa; por eso me comeré tres y tú dos.

Y esto lo dijo sin intención de llevar a efecto su amenaza.

Pero la vieja, que necesitaba poco para enseñar los dientes de su terquedad, repuso, ya amoscada:

—He dicho que yo tres y tú dos, y así será.

—Pues yo digo —gritó el viejo, sosteniendo su opinión contra la de su mujer por primera vez en su vida—, que tú dos y yo tres.

—Eso será lo que tase un sastre o una sastra. Ya me conoces, y sabes que no cedo nunca: yo tres y tú dos.

—Pues aunque te murieras —dijo él con desusado acento de autoridad—; tú dos y yo tres.

—Pues me muero.

—Pues muérete.

—Ahora verás.

Y la terca vieja pone en tierra una manta y se tiende boca arriba y cruza las manos.

—Vamos, mujer, no juegues, levántate.

—Tú dos y yo tres.

—No —dijo el viejo—, yo tres y tú dos.

—Pues muerta me quedo, y ya puedes llamar para que me hagan la caja.

—Bueno, pues llamaré.

Y el viejo, después de titubear un poco, llamó a un carpintero vecino.

—Hombre —dijo éste cuando vió a la vieja—, ¡qué natural está! Nadie diría que es un cadáver.

—Sí —dijo el viejo apretando los puños—, nadie lo diría.

Tomó el carpintero medida del ataúd, y se marchó.

—Mujer —dijo el viejo cuando se quedó solo—: mira que ya te están haciendo la caja: ¿Tú dos y yo tres?

—No; yo tres y tú dos.

Y volvió el carpintero con el ataúd y colocaron en él a la vieja.

Y pasaron la noche, sin que la taruga vieja se moviese, y sin turbarse el silencio más que por la pregunta que de cuando en cuando hacía el viejo: ¿Yo tres y tú dos?, y por la invariable respuesta de la vieja. —No; tú dos y yo tres.

Y entre tanto, los huevos, causa inocente de aquel sainetesco drama, helados y quietos en el plato.

Y el viejo dió parte al clero de la muerte de su costilla. Y ya se oían los cánticos.

—¡Mujer, que ya cantan!

—Pues más que lloren. ¿Yo tres y tú dos?

—No —contestó con los dientes apretados el viejo—: tú dos y yo tres.

Y el sacristán, que era amigo de la casa, dió la mano al viejo y el pésame.

—¡Y qué color tiene la difunta! ¡Parece que está viva!

—Sí —contestó el viejo, ya enterrecido—; cualquiera diría que está viva.

—¡Y era tan buena mujer! —añadió el sacristán—; no tenía más sino que era un poco terca.

—Sí —afirmó el viejo, dando un suspiro que le arrancaba de los talones—; era un poco terca... un poco terca.

Y entraba gente en la habitación de la difunta. Y la vieja taimada, quieta que quieta. Y ya iban los enterradores a echársela al hombro, cuando el marido se arrodilló como para besar a su esposa, y le dijo al oído:

—Mira que te llevan, mira que te llevan: ¿Tú dos y yo tres?

—No —contestó imperceptiblemente la vieja— yo tres y tú dos.

Y decían los que lo presenciaban: —¡cómo quería a su mujer!

Echó a andar el cortejo, y el viejo presidiendo. Y concluyeron los cánticos de la iglesia. Y antes de poner-

le la tapa al ataúd, volvió a arro-
dillarse junto a él, y muy quedo:

—Mira que vamos camino del ce-
menterio —dijo—; aun es tiempo.
¿Tú dos y yo tres?

—Que no, y que no —respondió
ella.

—Adelante —dijo el marido sollo-
zando.

Y así llegaron al camposanto.

—Dejádmela ver por última vez
—gimió el viejo.

Y destaparon la caja, se apartaron
los cuatro que la llevaban y el que
tenía la tapa; los cinco se quedaron
mirando al viejecito lloroso, y con-
doliéndose al ver que con tanto sen-
timiento se despedía para siempre de
su querida esposa.

Y él, poniedo su boca junto a la
nariz de la gran taruga:

—Mira —dijo quedito—, mira que
está abierta la fosa; mira que te van
a echar al hoyo; llorando te lo su-
plico: ¿tú dos y yo tres?

—No; cien veces no, yo tres y tú
dos.

Los cinco hombres miraban con-
movidos.

—Pues por última vez ¿oyes?, por
última vez, ¿tú dos y yo tres?

—No; re no, y recontra no. Yo
tres y tú dos.

—Pues, pues —gritó el viejo, sin
poder aguantar más, y echando ca-
da lágrima como un dátil—, ¡cómete
los cinco!

Y la vieja, como movida por un
resorte, se levanta y se sienta en el
ataúd. Aquellos cinco enterradores
que oyeron decir «cómete los cin-
co», y vieron a la muerta levantarse
de pronto, creyeron que eran ellos
cinco a quienes había de comerse la
muerta, y echaron a correr tan des-
esperadamente, que los talones les
tocaban en las posaderas, gritando:
«¡La muerta nos come!»: y así lle-
garon al pueblo, sin dejar de gritar:
«¡Que nos come la muerta!»

Entre tanto, la vieja salió del
ataúd. Se agarró del brazo de su vie-
jo —ambos muy satisfechos—, poco
a poco llegaron a casa, buscaron el
plato de los huevos, y encontraron el
plato, pero no los huevos. Se los ha-
bía comido el gato.

JOAQUÍN MARTÍNEZ LOZANO

N.º 35

TODOS RICOS

Una vez Dios Nuestro Señor llamó
a San Pedro y le dijo:

—Todos los hombres claman por
ser ricos. Anda, Pedro, a la tierra y
dales gusto. A ver si se hartan de
una vez ¡Qué ignorantes son!

Ni sordo ni perezoso, bajó a la tie-
rra el bueno del Apóstol e hizo que
un ángel tocara una trompeta, con-
vocando a todo el género humano a
una gran llanura. Algo medrosicos
acudieron los mortales, sospechando
si aquel trompetazo sería anuncio
del juicio final; pero cuando oyeron
de boca del Apóstol que venía para
colmarlos a todos y a cada uno de
riquezas, aquello fué el acabóse del
jaleo y tracamundana. Gritaron has-
ta enronquecer y bailaron hasta des-
coyuntarse.

Cuando se hubo sosegado un po-
co el cotarro, empezó la repartición,
en la cual no se observó otra justicia

distributiva que la voluntad de cada
cual. Ya lo había dicho San Pedro:
«Pedid por esas bocas lo que queráis,
y cuanto queráis, que vuestros de-
seos serán colmados». Unos querían
dinero, otros campos, otros casas;
quién ganados, quién navíos, quién
todo junto. Uno pidió mil millones
en oro. Cuando vió semejante mon-
tón del metal amarillo, le tuvo mie-
do, y se contentó con la mitad.

—¿No quieres nada más?

—No, señor don San Pedro —dijo
el atortolado multimillonario, que
antes era matarife.

—Te pesará tanto oro —dijo el
Apóstol con segunda intención.

—Lo llevaré en carros —contestó
el otro, entendiendo la objeción al
pie de la letra.

Otro pidió tierras, muchas tierras,
con ganados, masías, sembrados, ar-
boledas...

—¿No quieres más? —preguntó San Pedro.

—No, señor.

Al principio cada rico íbase arreglando como podía. Los más positivistas, que habían pedido mucho de comer y de vestir, con los inmensos almacenes de comestibles y de ropas, iban pasando tal cual la vida. Sin embargo, empezaron a aparecer sus nubecillas en el cielo de los más afortunados.

—Mujer —decía a su costilla uno de estos ricos almacenistas, antes zapatero remendón—, llama a la criada y que nos traiga la comida.

—¿Qué estás diciendo?, ¿no sabes que ya se acabaron las criadas?

—¿Cómo es eso? No puede ser.

—¿No ves que todos son ricos?...

¿Quién sirve a otro siendo rico?

—Pues arréglate tú misma, y sirve a la mesa.

—Antes no servía, siendo *maestra zapatera*, y ¿serviré ahora siendo millonaria?

—Tienes razón; no debes hacerlo. Sería rebajarte. Pero busquemos quien sirva.

Salieron afuera y toparon con un archimillonario, que hacía centinela junto a su montón de oro, porque no se lo robaran.

—¿Qué haces ahí? —preguntaron los cónyuges zapateros.

—No encuentro quien me transporte ese oro, ni hay carromatos, ni hay carreteros, ni policías, ni nadie que trabaje y sirva. Y tengo hambre, y con mi oro en la mano, no encuentro qué comer. No hay mercados, ni gente que venda; todos son señores, todos millonarios. Estoy desesperado.

—Vente a comer a casa —dijo el ex. zapatero.

—Coged un puñado de oro en cambio.

—No queremos tu oro, queremos que nos sirvas; nos prepararás la comida; barrerás; lavarás...

—Pero ¿te estás burlando de mí?

—Nunca hablé con más formalidad; tenemos hambre y no podemos comer, porque no hay quien nos sirva.

—Pues que os sirva un cuerno. Yo

soy archimillonario, y teniendo lo que tengo, no voy a hacer de criado de nadie; mucho menos que, ni antes, cuando era pobre, lo hice.

Los cónyuges se marchaban con la música a otra parte cuando el archimillonario, que con su montón de oro se moriría de hambre probablemente, los llamó.

—Iré; os serviré —dijo— y comeré. ¡Malditos millones! Y los siguió, llevándose cuanto oro pudo. Lo demás allí quedó; nadie quería guardárselo. También le ayudaron al transporte, con un buen capazo del precioso metal, el ex zapatero y su mujer. Y el pobre rico hubo de servir para poder comer.

El dueño de las inmensas campiñas, con ganados, masías y toda clase de productos de la tierra, dijo a su mujer:

—Manda matar un becerro para comer.

—No hay matarifes; todos son ricos.

—Mándaselo a un pastor.

—No hay pastores; todos son ricos, y nadie sirve a nadie.

Estaban lejos del poblado; los de las otras fincas lindantes con la suya estaban en las mismas condiciones que ellos. ¿A quién llamarían? Y había que comer. Comieron fruta de los árboles como tristes salvajes. Pero aquello no podía durar. No tenían pan, pero tenían trigo. ¿Quién lo molería? Había un molino, pero el molinero era millonario. ¿Cómo iba a moler? El marido agarró un cuchillo, y, ayudado de sus dos rollizos muchachos, mataron un becerro. Negros se vieron para despelejarlo y descuartizarlo. No lo entendían ni tenían las herramientas necesarias. Cortaron buenos trozos de carne palpitante, asáronla y la comieron con buena gana. Estaban peor que antes. Y la cosa no parecía tener remedio; y hasta aquellas fincas magníficas se volverían yermas, sin brazos que las trabajaran.

Un riquísimo almacenista buscaba quien le sirviera. ¡Como si no! Otro buscaba un par de zapatos. No había zapaterías. ¿Para qué, si todos eran ricos? Otro millonario preguntaba por un sastre, pues tenía ras-

gadas las rodilleras, y como no vendían trajes, al menos hallaría quien le remendara aquellas brechas que parecían bocas que se reían con desdicho del pobre rico... Hubo de apañarse él mismo como pudo.

No había quien lavara, no había quien cosiera, no había quien vendiera, no había, en fin, quien trabajara; porque todos eran ricos, ¡enormemente ricos!

Cundió la miseria; tuvieron que trabajar los millonarios, pero sin orden ni concierto, sin aquella ordenada división del trabajo de antes... El hambre se hizo general; hubo crímenes; hubo desgracias, y se elevó al fin hasta el cielo este universal clamoreo:

—¡San Pedro, remédianos!

No se hizo esperar el Apóstol; bajó del cielo a la llanura de marras,

donde estaban todos los humanos en actitud suplicante, y dijo:

—Al fin os convencisteis. ¿No veis, desgraciados, que el ser todos ricos no sólo es imposible, sino que sería un enorme disparate? ¿No veis palpablemente que es preciso que haya pobres y ricos, quien sirva y quien pague? Desengañaos: volved a vuestra antigua condición, y será lo mejor. Procurad huir de la miseria; pero no os quejéis por una pobre medianía. Si sois ricos, emplead bien vuestras riquezas; si sois pobres, contentaos con vuestro estado, con el cual es más fácil entrar en el reino de los cielos. Además, mi compañero Pablo lo ha dicho: «Teniendo con qué comer y con qué cubrirnos, contentémonos con ello».

Dijo, y echando su bendición sobre las turbas, cada cual volvió a la antigua condición que antes tuvo, y el santo Apóstol se volvió al cielo.

FR. M. SANCHO, Mercedario

N.º 36

POR SÍ, O POR NO

Pues señor: había por esos pueblos de Dios un traficante en vinos, que con un mal borriquillo, del tamaño de los de cartón que se venden en las tiendas de juguetes de la Alcaicería de Sevilla, y dos pellejos, se ganaba la vida tan guapamente. Iba a Bollullos muy de mañana. Llenaba sus pellejos, de a dos arrobas cada uno, en la atarazana de su predilección, y, en este pueblo una arroba, y en el otro media, una pinta en este otro, y en el de más allá un azumbre, colocaba diariamente su mercancía; con lo que, si no medraba cosa mayor, tampoco andaba a bofetadas con el hambre.

Ten qué vender y tendrás qué comer, dice el refrán, y aquí era el evangelio. Y fuérase porque el Cura de aquel lugar fuese un tanto cuanto mal pensado, fuérase porque le hubiesen zumbado los oídos sobre la moralidad de nuestro traficante, lo cierto de ello fué que entablaron este diálogo en la cocina de la casa rectoral:

—Mira, Antonio José, que la me-

dia arroba de vino que te compro, no es para mi mesa ni para ningún convite. Por cierto que, aun dando de barato que fuese para eso tendría derecho de sobra a que me lo dieras puro; pues, así como yo no te escatimo ni te cicatemo ni un cuarto de su importe, sino que lo pago por sus cabales, así tú me lo debes dar puro y sin mezcla.

Pero no es para mi mesa, como te he dicho, ni para ningún bateo. Es nada menos que para la Santa Misa, para la que toda reverencia debe parecerse poca.

Ya ves: en cuanto el pan no sea verdaderamente pan, o el vino no sea verdaderamente vino, aquél de trigo, y éste de uva, las palabras de la consagración quedan en el aire. La transubstanciación, o sea, la conversión de toda la substancia del pan y del vino en la substancia respectivamente del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo no tiene lugar, y ni el sacrificio a Dios es tal sacrificio, ni el sufragio por los fieles difuntos es tal sufragio.

Ni es esto solamente, hijo del alma. Sino, como después de la consagración se alzan la hostia y el cáliz, para que el pueblo los adore, si no ha habido consagración, por defecto de la materia, se le hace comer al pueblo pecado de idolatría; pecado el más abominable a los divinos ojos, pues se le roba a Dios la adoración, a que tiene derecho, para tributársela a la criatura.

Con ser esto tan grave, tan monstruoso, todavía se corre otro peligro de no menor trascendencia. Tú sabes que por la aplicación de la Misa, se recibe por el sacerdote una limosna. No un precio, ¿estás?, sino una limosna solamente, pero que no por ser limosna deja de ser limosna «en tanto en cuanto» el santo sacrificio es aplicado por la intención del donante.

Donde figúrate tú la responsabilidad tan regrandísima que es hacer suya una limosna que no se ha merecido... ¡Pues pecado contra justicia nada menos, que no puede perdonarse sino mediante restitución, si no por parte del sacerdote que lo cometió por ignorancia, por parte del que se lo hizo cometer!

Así, pues, hijo mío, si por alguna razón o... algún motivo que yo desconozco, el vino que me vendes no fuese todo lo puro que fuere de desear, llévatelo y tráemelo mañana, aunque haya que pagarlo a mayor precio. ¡Todo, antes que exponernos a una serie de pecados tan gravísimos sobre todo tú, pues yo, con descansar en tu palabra de hombre bueno y en tu conciencia de cristiano, me quedo con mi conciencia tan tranquila.

—Po miusté, padre cura. Ese vino está ahora mismo, lo mismito que salió de la madre esta mañana. Yo me he criado en mu güenos pañale, como sabe Dios y to er mundo, y mi madre que esté en gloria, me educó en er temó de Dios, mejorando lo presente. Yo soy un hombre mú cabá, y no quió ni un ochavo ma venío. Peazo e pan que yo me coma, me lo e comé ganao con mi suó. Escanse usté en mi conciencia, y di usté la misa con é a ojos cerraos... ¡Ese vino va a misa, y aquí está

quien lo dice!

—Bueno; pues no hay más que hablar. Toma los treinta reales, y que Dios nuestro Señor te los aumente.

—¿Quié usté quearse ya con una pinta e vinagre que me quea?

—Eso, allá señá María Antonia.

—¡Andusté!, pa las aceitunas en aobo.

—Pues bueno, déjala... ¡María Antonia!... Recoja usté ese vino para las misas, y ese poco de vinagre.

Por algo la inmortal sabiduría ha puesto en el alma humana eso que se llama la conciencia: voz de Dios, que como al patricida Caín en las afueras del paraíso, nos pregunta por nuestro hermano Abel, siempre que nos manchamos en sangre nuestras manos... o en fango nuestra alma.

Y tío Antonio José, que, a pesar de los trapicheos de su vida pecadora, también tenía su conciencia, se llevó toda la noche sin catar el sueño... El sermón sin paño que le había endilgado el cura se la había desasosegado por entero, y por más que se volvía de un lado para otro, y hacía por dormir, se le podía aplicar la copla:

«A la nanita, nana,
Mi niño duerme,
Con los ojos abiertos
Como las liebres.»

Oyó todas las horas del reloj, dale que dale con que si «idolatría» para arriba; con que si «pecado contra justicia» para abajo; con que si «palabras de la consagración en el aire»; con que si sufragios por los fieles difuntos en matas y por rozar...; hasta que no bien vinieron las claras del día, aparejó su borrico, y antes de echar a andar camino de Bollullos por su mercancía diaria, se pasó por la puerta de la rectoral, llamó con fuertes aldabonazos, y sin más preámbulos y a voz en cuello le dijo al ama:

—Dile usté ar padre cura de mi parte que... por sí, o por no, ¿estáté?... la miseria de agua que le echa ar cali, que no se la eche ¿estáté?...

JUAN F. MUÑOZ PABÓN

AGUDEZA DE UN LABRADOR

Un rústico labrador, deseoso de ver al rey, pensando que era más que hombre, despidióse de su amo pidiéndole su salario. El cual yendo a la corte, con el largo camino, acabáronse las blanquillas.

Llegando a la corte y visto al rey, viendo que era hombre como él, dijo: «¡Oh, por vida mía, que por ver a un hombre he gastado todo lo que tenía, que no me queda sino medio real en mi poder!»

Y del enojo que tomó le empezó a doler una muela, y con la pasión del hambre que le aquejaba no sabía qué remedio se tomase, porque decía: «Si yo me saco la muela, y doy este medio real, quedaré muerto de hambre; si me como el medio real, dolerme ha la muela». Con esta contienda arrimóse a la tabla de un pastelero, por irsele los ojos tras los pasteles que sacaba.

Y por casualidad vinieron a pasar por allí dos lacayos, y como le vieron tan embebecido en los pasteles, por burlarse de él, dijéronle: «Villano, ¿qué tantos pasteles te atreverías a comer en una comida?» —«Pardiez, que me comiese quinientos».

Dijeron: «¿Quinientos? Líbrenos Dios del diablo». —Ellos que no, y él que sí, dijeron: «¿Qué apostaréis?» —«¿Qué, señores? Que si no me los comiese, que me saquéis esta primera muela», el cual señaló la que le dolía.

Contentos, el villano empezó de jugar de diente el hambre que tenía muy a sabor. Ya que estuvo harto, paró y dijo: «Yo he perdido, señores». Los otros dos muy regocijados y chacoteando llamaron a un barbero y se la sacaron, aunque el villano fingidamente hacía grandes extremos; y por más burlarse de él decían: «¿Habéis visto este necio de villano, que por hartarse de pasteles se dejó sacar una muela?»

Respondió él: «Mayor necedad es la vuestra, que me habéis muerto el hambre y sacado una muela que toda esta mañana me dolía». En oír esto, los que estaban presentes tomaron a reír de la burla que el villano les había hecho, y los lacayos pagaron, y de afrentados volvieron las espaldas y se fueron.

JUAN DE TIMONEDA

EL ZAPATERO REMENDÓN

Es el caso, y va de cuento, que un zapatero y su mujer habitaban un sotabanco en cierto callejón de mala muerte, al que caían algunas ventanas del palacio episcopal. Tan pobres eran los zapateros como observador y caritativo el señor Obispo, su vecino; pero no fué la extremada pobreza, sino la imperturbable conformidad y buen humor del matrimonio zapateril, lo que chocó al señor Obispo.

Levantábanse los zapateros al romper el alba, abrían la puerta de su choza, y en tanto que su marido recogía y ordenaba para el trabajo

las herramientas de su oficio, la mujer barría y regaba el trozo de calle fronterizo a su morada. Sentábanse después sobre el umbral de la puerta, y machaca que te machacarás él, y cose que te coserás ella, con tachuelas y cáñamo encerado remendaban botas y zapatos, que a su dueño llevaba la zapatera presurosa, para con el producto del remiendo cubrir después los nada blancos manteles.

Útil es advertir que continuas canciones entonadas a dúo, con el monótono repiqueteo del martillo por acompañamiento, y conversacio-

nes animadas y picantes, sazonzaban el trabajo del día. Apenas el toque de oraciones anunciaba en la torre de la inmediata catedral la hora de comer, recogían sus bártulos, y sin pasar al comedor, sobre la mesita de las herramientas colocaban sus cebollas o sardinas asadas, que con un pan moreno de a libra, repartían entre los dos amigablemente y devoraban en pocos segundos, con tanto placer como provecho. Levantados los manteles del banquete opíparo, repetíanse las canciones, la charla, el martilleo y las idas y venidas de la zapatera para el servicio de sus parroquianos. La cena, semejante a la comida, daba por terminado el jornal; y cuando todo mochuelo regresaba a su olivo, recogíanse los zapateros a su choza, durmiendo en ella a pierna suelta el sueño de los felices.

El señor Obispo, que desde las ventanas de su palacio espiaba a sus vecinos, al ver tanta resignación unida a pobreza tanta, se compadeció del matrimonio, y llamando al zapatero, le dijo:

—Me han dicho que usted es maestro en el oficio; ¿por qué, pues, no pone zapatería de nuevo?

—Señor —contestó el zapatero—, si no tenemos para comer, ¿cómo quiere su ilustrísima que compre los materiales necesarios?

—No hay que apurarse por tan poca cosa. Tome usted cien duros y empléelos en lo que tenga por conveniente.

—Pero, señor ¿cómo he de pagar yo...?

—Ya están pagados. Con que a trabajar, continuando tan buen hombre de bien como hasta el presente, y a ver si logra usted reunir un capitalillo para la vejez.

Lleno el zapatero de asombro, dió torpemente las gracias a su ilustrísima, bajó de cuatro en cuatro las escaleras de palacio, y voló en busca

de su mujer, la cual medio perdió el juicio al ver tanto dinero en sus manos. Recogieron las herramientas y las botas y zapatos a medio remendar, y entraron en casa a resolver el arduo problema.

¿Qué iban a hacer con aquellos cien duros?

Por de pronto, concluyó el trabajo, dejaron el umbral de la puerta, callaron sus gargantas y huyeron las conversaciones picantes de sus labios. Verdad es que aquel día no comieron sardinas y cebollas asadas, según inveterada costumbre; pero también es cierto que desveláronse de tal manera pensando en que podían robarles durante la noche su tesoro, pues no había llave ni cerradura alguna en la casa, que a la postre se coló la aurora, no por las rosadas puertas de Oriente, sino por la lóbrega de la habitación zapateril, sorprendiendo al matrimonio con algunos reales más que de costumbre, pero con mucha menos calma y alegría que de ordinario.

Transcurrieron varios días en situación tan angustiosa y sin que ninguno de los dos cónyuges se atreviese a tomar una resolución definitiva, hasta que cayendo al fin el marido en la cuenta, y obtenido el beneplácito de su mujer, tomó el dinero y se lo devolvió al señor Obispo, diciéndole:

—Señor, cuando éramos más pobres que las ratas, sobraban en mi casa tranquilidad, alegría, y buen humor. Desde que su ilustrísima nos dió estos dos mil reales, no hemos vuelto a ver hora buena. Con que aquí los tiene su ilustrísima, y Dios premie en la gloria su caridad.

Suspense el señor Obispo, tomó el dinero instintivamente, y por primera vez en su vida dudó de la exactitud del proverbio salomónico: *Nadie está contento con su suerte.*

MANUEL POLO Y PEYROLÓN



CUENTO DEL REBUZNO

En un lugar que está cuatro leguas y media de esta venta, sucedió que a un regidor de él le faltó un asno; y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdido, otro regidor del mismo pueblo le dijo:

—Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha aparecido.

—Yo os las mando y buenas, compadre —respondió el otro—, pero sepamos dónde ha aparecido.

—En el monte —respondió el hallador—, le vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión mirarle: quísele antecoger delante de mí y traérselo; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué a él, se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte; si queréis que volvamos los dos a buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo.

—Mucho placer me haréis —dijo el del jumento—, y yo procuraré pagároslo en la misma moneda.

Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad de este caso. En resolución, los dos regidores, a pie, y mano a mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio, donde pensaron hallar al asno, no le hallaron, ni apareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron.

Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro: —Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que... yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido.

—¿Algún tanto decís, compadre? —dijo el otro—. Por Dios, que no dé

la ventaja a nadie ni aun a los mismos asnos.

—Ahora lo veremos —respondió el regidor segundo—, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo; y de trecho en trecho, rebuznaréis vos y rebuznaré yo; y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda; si es que está en el monte.

A lo que respondió el dueño del jumento: —«Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio»; y dividiéndose los dos, según el acuerdo, sucedió que casi a un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno, engañado del rebuzno del otro, acudieron los dos a buscarle, pensando que ya el jumento había parecido; y en viéndose, dijo el perdidoso: —¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó?

—No fué, sino yo —respondió el otro.

—Ahora digo —dijo el dueño— que de vos a un asno, compadre, no hay ninguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.

—Esas alabanzas y encarecimientos —respondió el de la traza— mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre; que, por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz a su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera de esta rara habilidad.

—Ahora digo —respondió el dueño— que me tendré y estimaré en más de aquí en adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensaba que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís.

—También diré yo ahora —respondió el segundo— que hay raras

habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas.

—Las nuestras —respondió el dueño—, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros; y aun en éste, plega a Dios que nos sean de provecho.

Esto dicho, se tornaron a dividir y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, ro-

dearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo había de responder el pobre y malogrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque, comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño: —Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o no fuera asno; pero a trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto.

MIGUEL DE CERVANTES.—*Don Quijote*.

N.º 40

LA HACHE

Las letras viven en una estrecha comunidad llamada alfabeto; pero ¡mujeres al fin!, rabian de verse juntas y arman cada zipizape que da miedo.

Un día el alboroto adquirió proporciones de escándalo: aquello ya podía calificarse de verdadera revolución.

Las cinco vocales, separadas de las consonantes porque su importancia les da mayor categoría, acudieron presurosas para averiguar la causa de aquella algarada.

—Eh —gritó adelantándose y diciendo su propio nombre le segunda vocal— basta de riñas y sepamos lo que ha sucedido.

Las consonantes, que estaban vociferando e insultándose mutuamente, callaron al ver llegar a las vocales.

—Ah —exclamó la primera de éstas— va a ser necesario que no nos separemos de vosotras ni un solo instante, si habéis de entenderos y servir para algo. En cuanto os dejamos solas, ya está armada la gresca.

—Oh —dijo la cuarta vocal— esto no puede continuar así. Debe castigarse a las culpables para que no se repita el alboroto.

La I, tiesa y rígida como siempre, asintió a lo dicho por la O; y la U, con su carácter sombrío y hosco, gruñó por lo bajo.

—Ea, señoras consonantes, —dijeron las dos primeras vocales— refiéranos lo sucedido.

Las amotinadas empezaron a hablar a un tiempo, armando tal guirigay, que no era posible entenderlas.

—Yo lo diré —gritaban unas.

—Nosotras lo explicaremos— decían otras.

La autoridad de la A se impuso pronto; sentáronse las cinco vocales a manera de tribunal, y restablecióse por fin la calma.

—Que hable la B, por ser la primera de las consonantes, y que nos cuente todo lo sucedido.

La B, humilde y dulce siempre, se inclinó, dió un balido, como agradeciendo la preferencia con que la honraban, y dijo así:

—Señoras vocales: debo ante todo manifestar que no tiene gravedad alguna cuanto ha pasado entre nosotras, y que todo ello ha nacido de apreciaciones que pueden ser erróneas. La Ch, hija de la C y de la H, salió en defensa de ésta al oír que la K decía que la H era una letra inútil, y que si no se hubiera casado con la C, no serviría absolutamente para nada.

—¡Mentira! —gritó la K, interrumpiendo a la oradora.

—Silencio! —exclamó la A—. Siempre has de ser tú la que lo niegas todo.

Las consonantes soltaron la car-

cajada, y la A, para imponer el orden, agitó la campanilla... la campanilla de la garganta, que es la única que agitan las letras.

Restablecióse el silencio, y continuó la B:

La H, que oyó hablar de su inutilidad, procuró defenderse, pero lo hizo en términos tan vivos, que se dieron por ofendidas varias compañeras.

—¿Y qué clase de insultos le habían dirigido antes? —preguntó la O.

—Pues le dijeron que no servía más que de estorbo, y lo mismo podía escribirse todo con ella que sin ella.

—Y además —dijo entonces la H—, la G, que es una insolente, me ha dicho que para probar lo poco que valgo, basta reparar en que, cuando no se da importancia a una cosa, exclaman todos: ¡Llámele usted hache!

—Ge, ge —dijo socarronamente la letra aludida.

—¡Silencio! —volvió a gritar la A—. Continúe la B.

—Yo —dijo ésta reanudando el interrumpido discurso— creo que la H, a pesar de los insultos que ha recibido, debe dar en el acto una satisfacción a las letras ofendidas por ella.

—¡Basta! —exclamó la A—. Yo debería castigar esa insolencia, pero

comprendo que la H se haya incomodado al oír que no servía para nada. Están en un error las que sostengan esto. Ninguna de vosotras, sin unirse a una vocal cualquiera, sirve absolutamente para nada, por lo cual debéis todas ser humildes; pero si a alguna puede disculpársele la vanidad es a la H. Esta letra representa la educación, la cultura. Es la que demuestra si la persona que escribe es o no es instruida. ¡Cómo os reís todas al ver, por ejemplo, «ombre» escrito así, sin esa letra que consideráis inútil!

—Con la H o sin la H —dijo la R—, siempre será un hombre.

—Sí, pero un hombre sin educación. Basta, pues —añadió la A, levantándose—; traten todas a su compañera la H con las consideraciones que merece, y no vuelvan a reproducirse estas escenas lamentables.

Retiráronse las vocales y, para probar que el fallo de la A les parecía justo, todas las consonantes bailaron la J.

—Sólo la R seguía murmurando:

—No me convenzo; la H es completamente inútil.

Como era natural, la R tenía que seguir erre que erre.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

N.º 41

EL LOCO Y EL PERRO

Había en Córdoba un loco que tenía por costumbre traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, o un canto no muy liviano, y en topando con algún perro descuidado se le ponía junto, y a plomo dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles.

Sucedió, pues, que entre los perros en que descargó la carga, fué uno un perro de un bonetero, a quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, vióle y sintióle su amo, asíó de una vara de medir y salió al loco y no le dejó hueso sano, y a cada palo que le daba, decía: «¿Pe-

rrero ladrón, a mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?» Y repitiéndole el nombre del podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña.

Escarmentó el loco y retiróse, y en más de un mes no salió a la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse a descargar la piedra, decía: «Este es podenco, guarda». En efecto: todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos o gozques, decía que eran podencos, y así no soltó más el canto.

CERVANTES.—*Don Quijote*.

ORIGEN DE ALGUNOS REFRANES

—*Ahí me las den todas.*

Había una vez un tramposo que a todo el mundo debía y no pagaba a nadie. Uno de sus acreedores se fué a quejar al juez, el que mandó al deudor un alguacil con la intimación de que pagase al punto.

El alguacil era muy grave, y por respuesta a la intimación recibió una bofetada. Volvióse al juzgado y le dijo al juez: —Señor, cuando voy a notificar algo de parte de Vuestra Señoría, ¿a quién represento? —A mí —contestó el juez—. Pues, señor —prosiguió el alguacil señalando su carrillo— a esta cara de V. S. han dado una bofetada. —Ahí me las den todas —repuso el juez.

—*Quien no te conozca, te compre.*

Tres estudiantes pobres llegaron a un pueblo en el que había feria. —¿Cómo haríamos para divertirnos? —dijo el uno al pasar por una huerta en la que estaba un borrico sacando agua de la noria. —Ya di con el medio —contestó otro de los tres—: ponedme en la noria y llevaos el borrico, que venderéis en seguida en el Rastro. Como fue dicho fue hecho.

Después que se hubieron alejado sus compañeros con el borrico, se paró el que había quedado en su lugar... —¡Arre! —gritó el hortelano que trabajaba a alguna distancia. El

borrico improvisado no se movió ni sonó la esquila. El hortelano subió a la noria, y cuál sería su sorpresa al hallarse su borrico convertido en estudiante. —¿Qué es esto? —exclamó—. Mi amo, dijo el estudiante, unas pícaras brujas me convirtieron en borrico, pero ya cumplí el tiempo de mi encantamiento, y he vuelto a mi primitivo ser.

El pobre hortelano se desesperó; pero ¿qué había de hacer? le quitó los arreos, y le dijo que se fuese con Dios. En seguida tomó tristemente el camino de la feria para comprar otro burro. El primero que le presentaron unos gitanos que lo habían adquirido, fué su propio borrico; apenas lo vió, cuando echó a correr exclamando: *Quien no te conozca, te compre.*

—*Yo te conocí ciruelo.*

En un pueblo quisieron tener una efigie de San Pedro y para el efecto le compraron a un hortelano un ciruelo. Cuando estuvo concluida la efigie, y puesto en su lugar fué el hortelano a verla, y notando lo pintado y dorado de su ropaje, le dijo:

Gloriosísimo San Pedro,

Yo te conocí ciruelo,

Y de tu fruta comí;

Los milagros que tú hagas

Que me los cuelguen a mí.

FERNÁN CABALLERO

EL LAZARILLO DE TORMES Y EL CIEGO

Acaeció que llegando mi ciego y yo a un lugar que llaman Almorox, al tiempo que cosechaban las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna; y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábase el racimo en la mano. Al echarle en el fardel, tornábase mosto; y lo que a él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no poder llevarlo, co-

mo por contentarse; que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes.

Sentámonos en un valladar, y dijo: «Ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es, que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo. Partir lo hemos de esta manera; tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más que una uva; yo haré lo mismo

hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño».

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él, mas aun pasada adelante, dos a dos y tres a tres, y como podía las comía.

Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: «Lázaro, engañado me has; juraré yo que tú has comido las uvas tres a tres» —«No comí, dije yo, mas ¿por qué sospecháis eso?» —Respondió el sagacísimo ciego: «¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres?, en que comía yo dos a dos, y callabas.»

HURTADO DE MENDOZA

N.º 44

JUAQUINILLO

Era Juaquiniyo tan feo, que, junto a él, Picio, Chuchi y el famoso sargento de Utrera, a quien, de puro feo, hubo que darle el santo óleo con una caña, fueron las mismísimas tres gracias de la Mitología, o las mismísimas tres diosas que se disputaron la manzana de oro.

A la verdad, Juaquiniyo, que tenía la sal por arrobos y andaba siempre del más bendito humor del mundo, (en especial cuando estaba algo *asomado*, y estábalo ordinariamente un par de veces al día), no se resignaba sino a duras penas con aquella fealdad colmada que le había caído en suerte, y eso que, herrero como era, la disimulaba algún tanto con la tizne propia del oficio que él, con masculina coquetería, conservaba adrede en el rostro, para que los pocos avisados achacasen en parte a lo extraño y pegadizo de la fragua lo que no era sino natural y congénito.

En cierta ocasión, como Juaquiniyo, dejándose un poco del vino, hubiese trabajado de firme todo un verano y se encontrase con buen acopio de obra en su herrería, se dispuso a llevarla a la feria de Ecija (21 de septiembre), en donde esperaba salir de ella pronto y ventajosamente; y para hacer el viaje como Dios mandaba, fuése un día a las casas capitulares, a fin de obtener un pasaporte o carta de seguridad; aquel indispensable documento de policía que desnaturalizó pocos años después la pericia económica de nues-

tros gobiernos, convirtiéndolo para *in aeternum* en la antipática cédula personal, mera carta de pago de la más odiosa de las socaliñas fiscales.

El negociado en que se expedían los pasaportes estaba a cargo de un don fulano Pozo, hombre serio, donde serios los hubiese, pero a quien venía como de molde aquello de que «debajo del sayal hay al»; porque el buen boletero, a pesar de su opulento *coram vobis*, de sus grandes bigotes blancos y de sus gafas de cuatro cristales, las últimas que yo, siendo adolescente, alcancé a ver en servicio activo, era un grandísimo socarrón, capaz de burlarse de un entierro, todo sin perder la aparente seriedad de su gesto y el grave tono de su plática. Nadie lo conocía tan a fondo como el muchachuelo que tenía de tagarote en su mesa, ya muy acostumbrado a las frecuentes y disimuladas bromas de su taimado disimulo.

Pues digo, lector, o iba a decir, que llegó a esta oficina nuestro Juaquiniyo y, sombrero en mano, cuadróse respetuosamente a lo quinto y dijo lo que pretendía al señor Pozo, el cual lo miró de hito en hito por encima de las gafas un buen espacio de tiempo, y, al fin, abriendo un cajón de su mesa, sacó un pasaporte en blanco, alargólo al escribiente y con voz grave y reposada empezó a interrogar.

—¿Su gracia de usted?

Juaquiniyo clavó los diminutos pero vivísimos ojos en el semblante de

Pozo y respondió, más serio que un testamento:

—¿Mi gracia? No tengo ninguna. Cabaramente soy la desgracia andando.

—Por su nombre le pregunto —rugió Pozo, levantándose del sillón y haciendo ademán de acometer a Juaquiniyo.

Este, asustado, dió un paso atrás; mas cuadróse de nuevo, no sin mirar furtiva y precautoriamente hacia la puerta, y dijo su nombre y sus apellidos, y a preguntas consecutivas, su edad, estado, oficio, etc.; hecho lo cual, Pozo, que había comenzado a pasearse a lo largo de la oficina, paróse frente al discípulo de Vulcano, y mirándole al rostro con fijeza, dijo al amanuense:

—Niño, escribe: «Ojos, verdosos, chicos y hundidos».

Y tornó a su paseo. Juaquiniyo perdía la serenidad, bien que ya ella no se andaba muy ganada, e intentó interpelar al señor Pozo, pero volvió en seguida sobre su íntimo acuerdo, en tanto que el maleante oficinista,

parándosele otra vez cara a cara, dictaba al escribiente:

—«Nariz, quebrada, corta y respingona, de las que llaman de rabadilla de pato».

A Juaquiniyo se le podían tostar habas en la cara. Volvió a pasear el uno, volvió a trasudar el otro, y después de un nuevo alto y de otra mirada en hito por encima de la vidriera de sus gafas, Pozo retornó a su dictado, diciendo al tagarote:

—«Boca, hasta las orejas, sumida y sin dientes».

Agotóse a Juaquiniyo la paciencia. Ya no fué suyo, y encarándose a su vez con Pozo, gritóle:

—Don Poso, o don Charco, ¿tié usted más que pone ahí «Feo totá», y se espacha más pronto?

Y el hasta allí gravísimo Pozo rompió a reír a carcajadas, con estupor de Juaquiniyo, y sacando la petaca, alargó amistosamente un cigarro a aquel hombre feo, gracioso y, vamos al decir, cargado de este-ras.

F. RODRÍGUEZ MARÍN

N.º 45

¡PA REONDO!

Amparo la *Sorda* era la dueña de una casa de huéspedes que había en Sevilla hace veinte años. Como una tapia, la pobre no oía ni tres tiros que le pegaran en la oreja.

Como había de darle el viento amoroso en otra dirección, vino a fijársele la más grande de todas las afecciones en la personilla de un banderillero del barrio, que se llamaba *Reondo*. Estaba loca por su torero...

Había en la plaza de Sevilla un lleno formidable. No podía nadie moverse en aquella apretura de las gradas de sol.

Toreaba *Reondo* como banderillero de uno de los ases de las *corrias de abrí*, y apenas apareció el banderillero en la arena, Amparo empezó a gritar: ¡*Reondo*! ¡*Reondo*! ¡*Reondo*!... tan continuamente que los vecinos del graderío se pusieron pronto al cabo de la calle sobre los sentimientos de aquella mujer, y por va-

rias tentativas de diálogos con ella, vinieron también a comprender que la enamorada del torero era sorda *perdía*.

Manolete, el cochera famoso de Cádiz, que tiene la gracia por arrobas, sentado junto a la *sorda* en el tendido, estaba ya de ella y de *Reondo* hasta la punta del pelo.

—¡*Reondo*, *Reondo*!...

—*Deje usted tranquilo a eze hombre, señora, que lo va usted a secá a grito...*

El *mataó* de *Reondo* en su toro hace una faena cumbre de muleta. La multitud se pone en pie llena de emoción y el espada cita a recibir, clavando el estoque hasta los gavi-lanes en el morrillo de la bestia, que cae al suelo con las cuatro patas al aire.

La ovación fué como una inmensa avalancha de clamores dorados al fuego en la fragua del sol, de la luz,

de la alegría y de la sangre meridional.

¡La oreja, la oreja!, gritaba ronca la multitud, y Amparo, agitando nerviosa su pañuelo blanco, voceaba:

—¡La oreja pa Reondo, pa Reondo!... ¡Pa Reondo!...

—Los vecinos reían la inoportunidad de la Sorda.

—¡Pa Reondo!... ¡La oreja pa Reondo!...

Y Manolete, no pudiéndola sufrir más, la coge por el moño, le mete

la boca en el oído y gritando como un energúmeno, exclama:

—¡No pidas más la oreja pa Reondo; pídelo pa ti, que te jase cincuenta vece má farta que a naide!...

Todo el tendido prorrumpió en risas y en palmas a Manolete, lo cual no impidió que la Sorda, completamente embobada en su banderillero, siguiera gritando:

—¡Pa Reondo..., pa Reondo!...

M. SIUROT

N.º 46

COSAS DE NIÑOS

El señor Cristóbal, antiguo servidor de una rica casa de andaluces, tenía muy cerca de ochenta años, las piernas flojas y la cabeza fuerte.

Aunque no estaba ya para muchos trajines, ni aun para pocos, los señores, agradecidos a los favores que toda la vida les prestó, lo conservaban a su lado de muy buena gana. Añádase a esto que Cristóbal era pintiparado para entretener a la gente menuda, y que en casa había dos niños, Perico y María; nardo y rosa, como dijo el poeta.

Una tarde entre el niño y la niña agotaron, si no la paciencia, que era inagotable, la sabiduría del pobre viejo, que no lo era tanto.

—Cristóbal, ¿cuántas estrellas hay?

—Según... unas noches hay más... y otras noches hay menos.

—¿...?

—¡Toma!, porque... las noches de luna... las estrellas no salen toas.

—¿La luna no es una estrella, tú?

—No; la luna... es la luna.

—Y las estrellas, ¿dónde están sujetas?

—En el aire; mía éste.

—¿Y no se pueden caer?

—No tengas cuidao. Mira que viejo soy yo y no he visto caerse ninguna.

—Y el sol, ¿dónde está?

El señor Cristóbal, temeroso de meterse en un callejón sin salida, dió un silbido por respuesta.

—¿No lo sabes?

—¡No lo había e sabé! (Claro está que no lo sabía).

—Oye, Cristóbal, interrumpió la niña —a quien preocupaban en extremo las cosas santas—; ¿quién es más, el Papa o el rey?

—¿Qué?

—¿Que quién es más, el Papa o el rey?

—Er Papa.

—Pues Perico dice que el rey.

—¡Y es más el rey!, saltaba Perico con aplomo que hacía dudar al oráculo.

—¡Sí, porque tú quieras!, replicó éste como esquivando entrar en discusiones.

—Oye, Cristóbal, ¿y los curas qué son?

—Curas.

—Oye, Cristóbal, el tren ¿cómo anda?

—¿Er tren? ¿Tú no has visto er carbón que lleva dentro?

—Sí.

—¿Y er maquinista?

—También.

—¡Pos ahí lo tienes... No hay más que fijarse en las cosas!

—Oye, Cristóbal, ¿los fósforos son veneno?

—Oye, Cristóbal, ¿los moros son malos?

—Oye, Cristóbal, ¿qué es más grande, Sevilla o España?

—Oye, Cristóbal, ¿por qué llueve?

—Oye, Cristóbal, ¿quién ha sembrado los árboles?

—Oye, Cristóbal, ¿quién puede más, un toro o un caballo?

—Oye, Cristóbal...

—Oye, Cristóbal...

Cristóbal tuvo que acabar por taparse los oídos.

Cuando era más vivo el tiroteo, acertó a pasar por allí la señora de la casa y preguntó, acariciándoles:

—¿Son malos, Cristóbal? Porque

si son malos, desde mañana van a la escuela. ¡No hay vacaciones!

—Y el señor Cristóbal, suspirando y riendo a la vez, se atrevió a constatar:

—Srta. Carmen, er que va a la escuela desde mañana soy yo.

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

N.º 47

PALIQUE

Señoras y caballeros: ¡No! No es aquello de decir: aquí estoy yo, porque he venido; o como soy del campo aquí me zampo; o dónde vas Clemente, donde va la gente.

¡No, y mil veces no! Quien tal creyera, se equivocaría de pe a pa, y demostraría ante la faz del universo mundo que toma el rábano por las hojas, que ha oído campanas y no sabe dónde, y qué discurre lo mismo que un municipal.

No soy de aquéllos que, poniéndose el mundo por montera, y echándose el alma a las espaldas, de buenas a primeras, sin decir oste ni moste, se lían la manta y se cuelan, como Pedro por su casa, allí donde no los llaman, y donde hacen la misma falta que los perros en Misa, y donde nada se les ha perdido, y pretenden meterse en camisa de once varas, diciendo para su capote: dame pan y llámame tonto, o lo que es lo mismo, aquí me las den todas, me alegro verte bueno, y si te he visto no me acuerdo.

Hay quienes se atienen al refrán: comamos y bebamos y pongámonos gordos, y si nos riñen, hagámonos sordos, y pasen días y vengan ollas. ¡No, yo no soy de esos tales!

Pero es el caso, señoras y caballeros, es el caso que donde menos se piensa salta la liebre, porque vivir para ver. Y como soy hombre que nunca se para en barras, ni jamás dijo miedo, ni se ahoga en poca agua; ya que la ocasión la pintan calva, y los hombres son para las ocasiones, yo, haciendo de mi capa un sayo y de tripas corazón, he de echar mi cuarto a espadas en la presente ocasión, y he de meter baza en

este asunto, diga el mundo lo que quiera y salga el sol por Antequera. Porque hay que tirar de la manta para todos o para ninguno.

Y aunque es verdad que al buen callar llaman Sancho, y que en boca cerrada no entran moscas, y bien está San Pedro en Roma, y agua que no has de beber, déjala correr; también es cierto que no hay regla sin excepción; y ya que la excepción viene aquí como de perillas y cae como pedrada en ojo de boticario, no he de coser yo mis labios, sin decir siquiera esta boca es mía; pues el que calla, nada dice; y en cambio, hablando se entiende la gente.

Y no es que yo pretenda poner una pica en Flandes, ni subirme a mayores (no se diga de mí que hasta los gatos quieren zapatos y los ratones calzones). Nada de eso, señoras y caballeros; porque al fin y al cabo, el que nació para ochavo, nunca llegará a ser cuarto, ni hay que pedir peras al olmo, ni a las ranas pelo, pues nadie da lo que no tiene y aunque la mona se vista de seda, mona se queda, y en fin, en mi pobre mollera, no hay más cera que la que arde.

Diréis que esto es hablar a humo de pajas, y que con tantos dimes y diretes y tantos distingos y considerandos, aun está la pelota en el tejado, y que para este viaje no necesitaba alforjas; que esto es andarse por las ramas y marcharse por la tangente y machacar en hierro frío, y que es más el ruido que las nueces; y que, en fin, este es el cuento de la buena pipa.

¡Ah, señoras y caballeros! No detirirse; no queráis ser más papis-

tas que el Papa. Paciencia y barajar, que no se ha muerto Dios de viejo, y hay más días que longanizas; que principio quieren las cosas, y como dijo el otro; vísteme despacio, porque estoy de prisa. Demos tiempo al tiempo, que no por mucho madrugar amanece más temprano. Despacio y buena letra, que poco a poco hila la vieja el copo. Y con el tiempo maduran las uvas. Dejad a cada maestrillo con su librillo, pues más sabe el tonto en su casa que el sabio en la ajena. Cada uno se entiende y baila solo, y yo sé bailar al son que toquen. Cada cual en su casa y Dios en la de todos.

Que no es lo mismo ver los toros

desde la barrera, que verse uno en las astas del toro, con el alma en un hilo, el corazón en un puño, sudando el quilo, y sin que apenas la camisa le llegue al cuerpo.

Y no digo más por noirme del seguro, porque no respondo de mí mismo, ni las tengo todas conmigo; a lo mejor salgo de quicio, y como tengo malas pulgas...

En fin, para no encontrarme con la horma de mi zapato, y para evitar caerme con todo el equipo, quiero curarme en salud, haciendo punto final y ofreciéndome de ustedes afectísimos s. s. que sus manos y sus pies besa.

P. BONIFACIO SÁINZ, Escolapio

N.º 48

EL «CICERONE»

(Aparece en escena un turista alto, de sombrero y monóculo, que observa atentamente los edificios artísticos de Sevilla; sale el «cicero» por la izquierda y empieza sus explicaciones; los edificios y monumentos descritos pueden imaginarse a la derecha, fondo e izquierda del escenario; si el monólogo resulta demasiado largo, pueden suprimirse algunos trozos).

—¿Caballero?... ¿Caballero?... ¡Servidó!... ¿Gusta er señó que un servidó acompañe ar señó y le enseñe ar señó Sevilla y sus morumentó?... Si quiere er señó que le enseñe er carné ar señó... ¡Po a la orden!...

Este es er patio de los naranjo: ¿sabusté? digo ¿sabe er señó?... Se llama de los naranjo, porque aquí no verá er señó na má que naranjo... durce u agrios, pero naranjo. Lo cuá que esa pila que está ahí er medio, tié un mérito atró, porque en ella se bañaban los moro, ante de entrá a oír misa, porque esto era su ilesia protestante...

La nave del Lagarto... Ese cuerno, er cuerno de un güey, que estuvo el animalito acarreado titita la piedra e la catedrá, y, cuando reventó el animalito —Dios lo tenga en gloria—, los señores canónigos cor-

garon er cuerno ahí, pa que sirva de ejemplo a tititos los animales querencioso... Ese lagarto que ve ahí er señó, era un lagarto que había por estos arreore, que se comía toas las mañana cien doncella; y San Jorge, cuando vino pa la niguración de la ilesia de la Caridá, que por eso se llama capilla de San Jorge, lo mató endeje encima der caballo, y los señores canónigo lo corgaron tamié, pa que sirviera de escarmiento.

Esa puerta que ve ahí er señó es de la biloteca colombina, porque acá llamamo biloteca a toas las habitacione atestá e libro... y alospué a ésta la llamamo colombina, porque tititos los libro que ve ahí er señó, ¡po los trajo Cristóbar Colón cuando vino de la Habana!... ¡Otavía güelen a la brea de los barco!...

¡La Catedrá!... ¡La ortava maravilla!... ¡Misté qué nave, misté qué nave!... ¡Po toas las cinco que tie-ne son iguá de largas!...

¡Er artá mayó... con toa la vía der Señó y tó el año cristiano, jecho de burto... que por eso se arre-mata con er Señó en la crú! ¡Un millón de andilugencia tié concedía por un cachillo e creo que se le rece!...

La capilla reá, ande está el cuerpo incorruto der rey San Fernando,

ahí en esa urnia, jecha de plata a martillo... y ahí abajo, en esa cirta, los resto de don Pedro er Crué y de doña María la Padilla... ¡habrá oío er señó hablá de ella!... Po parmó la infeli cuando le llegó la hora, y ahí está mascando tierra... ¡No semos naide!

¡La sacristía mayó! Ahí están toas las alhaja; pero es menesté sacá un permiso, y es jasta un contra Dió de gastá dos pesetas pa no ve na. Lo mejoncillo que hay es la custodia de un tar Juan de Arfe, y pa eso la pue ver er señó de cuerpo presente cuando pasemo polante er morumento, que otavía no se ha quitao.

¡Er sepurcro de Colón!... llevao a cuesta por los Reyes Mago... que por lo visto eran cuatro anlugá de tré... Este, er San Cristóbar de la Catedrá, que, ¡cudiaio con el hombre, la estatura que tenía!...

¡Er Morumento!... ¡Por titito é de arriba abajo está pintao a brocha por Murillo!... ¡Había que ve cómo pintaba aquel hombre y los güenos materiales que gastaba!... ¡De aquí!... ¡Butizao en la Madalena!... ¡Ya se murió!...

Esto cuando tié que vé y explicá es pa Semana Santa, cuando se jace la ceremonia de la vesila.

Sale der coro er señó canónigo, dirnidad de sorchantre, y sube al artá mayó, a ondeá de acá pa allá una bandera negra con una crú colorá... tanmientra están cantando víspera... Eso es porque en la ciudá de Jerusalén, ¿sabusté?, siempre que llevaban a ajusticiá argün reo, iba un señó canónigo llevando la bandera, porque era en los tiempo de la Inquisición, y aquí ha queao la costumbre y se jace la ceremonia los día de los arreore de la Semana Santa...

A esto le dicen er San Antonio... ¡Tamié de Murillo!... ¡El hombre, por lo visto, tamié pintaba cuadros!... Tiene tan oscura la capilla, porque dieron los pájaro en vení a posarse encima de la mesa, creyendo que era de verdá, y entonces los señore canónigo, ar ve que estaban echando er cuadro por ahí, con lo iscremento, po han puesto esa cortina tapando la ventana, lo cuá que no se ve ná...

Si acaso yo llamaré a un peón, que venga con la llave de la capilla y escorra la cortina, anque haiga que darle una pesetilla pa café. ¡Son padres e familia los infelice!

¡Er patio de Bandera!... asín llamado, porque aquí las ponían a secá.

¡El Arcáza!... Obra de los reyes moro... Na má que San Fernando los echó fuera pa ciento y un día, y se queó aquí a viví...

Esta mancha que ven aquí los señore, que parece de jierro, ¡po e de sangre!... de la sangre de un hermano de leche del rey D. Pedro er Crué, que se llamaba don Fradique... Tuvieron unas palabrilla, dicen, hija de la confianza... y el rey don Pedro lo mandó matá, que no arcanzó ni er santolio... ¡Pronóstico reservado!

¡Er salón de Embajadore, con toa la corte celestía!... pintá en er techo...

¡Er patio de las Doncella! porque ahí se pagaba er tributo de las cien doncella... jasta que vinieron los cantonale, y dijeron que qué iba aquí jugao...

¡Ese, er patio de las Muñeca!... Se llama de las Muñeca porque... un... día... ¡ejem!... ¡ejem!... se cayó un porrazo en é la reina mora, y se dislocó las dos muñeca, que por poquito se las parte, ¿sabusté?... ¡Le iban a poné er patio de las Roíllas, porque se las jizo porvo del roílazo que pegó!... pero alospué parció más bonita la nombraía de er patio de las Muñeca, y se le queó er patio de las Muñeca.

¡Los jardine!... ¡El estanque, con sus peces e colore!... ¡No ha oío decí er señó «ríase usté de los peces e colore?» ¡Po de ahí dimana!... Estas dos manolia las trajo Colón de América en dos maceta, y ér mismo las sembró; lo cuá que al instantito tomaron la tierra, ¡y mire er señó cómo s'han puesto!... Ese es: «Er baño de Doña María Padilla»... na má que está mu oscurísimo y no se pue entrá.

«Er pabellón de Carlos V». Aquí dice la historia der P. Mariano que se venía por las tarde a tomá er té... jasta que dió en padecé del estóma-

go, y se tuvo que dí a tomó las aguas de Marmolejo ar convento de... ¿cómo es la nombradía, Curro del arma?... Ello es cosa de tela... ¡Ah sí! ¡ar monasterio der Yute!

Esto cuando tié que vé es cuando se le da la llave a los juegos de agua y empiezan a salí chorros... por toas partes... ¡Un chaparrón pa arriba!...

«La casa de Pilato»... Palacio árabe de la época de Renacimiento.

Estas cuatro estautas son cuatro diosa de una religión que se llamaba er paganismo, porque se pagaba to; de móo que allí er que debía, pagaba, y en pá... Que otavía, ar que paga... ¡po le llaman pagano!

En la meseta de la escalera está er gallo de la Pasión, y adentro de la capilla, la columnia de los azote... ¡Es un palacio mu güeno, y hecho a tó lujo! ¡Tenía el hombre mucho parné!

—¿...?

—Po er mismo nombre lo dice. Porque lo hizo Pilato. Al hombre no le gustaban los hotele, ¿sabusté?... Y como era mu aficionaísimo, ¡vamo, que le gustaba mucho la Semana Santa y feria! po se venía tóo los años, allá por lo reore del Carnavá, y ya no había quien le echara, jasta que pasaba *er Corpu*.

JUAN F. MUÑOZ PABÓN

N.º 49

EL COSARIO DE POZOBLANCO

Tipo curioso era el tío Antón (a) «el Pacífico», *cosario*, o como en otras partes llaman, ordinario, arriero, o recadero, entre Pozoblanco y Córdoba. Hombre regordete, de cara ancha, coloradote y de buena pasta.

Ganábase honradamente la vida llevando y trayendo cosas y recados entre ambas poblaciones. Si algunos no saben vivir en paz con nadie, ni aun consigo mismos, y en todo hallan ocasión de dar y recibir disgustos, el tío Antón, a pesar de tratar diariamente con toda clase de personas, por lo que a él tocaba se llevaba bien con todos, gracias a su honradez, habilidad y buen genio.

Era muy exacto ¡cosa rara! en transmitir los recados, y fiel en los negocios; pero conocía bien a la gente, y sin desconfiar de nadie, obraba como si de nadie se fiase. Se atenía a aquello de «cuentas claras, amigos viejos».

Sabiendo por experiencia propia y ajena que es más fácil hacer encargos que pagar el importe de las prendas perdidas, se valía de un medio ingenioso, que puede tener aplicación a cosas de bien diferente índole y de mayor interés.

Vispera de la salida admitía toda clase de encargos. Tenía un paquete

de papelitos, como los que forman el taco de un calendario americano, y conforme le iban haciendo los encargos, los apuntaba en sendos papeles.

A la señá Juana una escoba fuerte y barata.

Al hijo del esquilador un pito, que pite mucho. Me dió un cuarto.

A Toñito, el del panadero, un trompo grande que baile bien. Me entregó dos cuartos.

Al señor maestro una caja de obleas de varios colores, un tintero de latón y media docena de plumas. A buena cuenta recibí cinco reales.

Por este estilo iba anotando los recados y encargos, extendía los papelitos sobre la mesa, y sobre cada uno ponía el dinero, si se lo entregaban.

Poco antes de salir para Córdoba se acercaba a la mesa, daba tres fenomenales resoplidos, y los papelillos que no tenían dinero iban revoloteando por el cuarto.

Reíase él pacífico al verlos volar sin alas, y decía para su colete: Es más cómodo hacer encargos que pagarlos; y más fácilmente se promete que se cumple.

Recogía los papeles que hallaba sobre la mesa, liaba en cada uno el dinero correspondiente y al avío:

Al volver era como un enjambre la gente que le acosaba.

—Tío Antón, mi pito.

—Tómale. Mira qué guapo.

—Tío Antón, mi trompo.

—Aquí está, que baila solo.

—¿Y mi escoba?

—¿Qué escoba?

—La que le encargué, que fuese fuerte y barata.

—¡Caramba!, se debió de llevar el viento el papelillo en que tomé la apuntación. ¡Como no tenía peso encima!

Así iba despachando la gente, entregando los objetos a los que le habían dado su importe, y echando la culpa al viento de los recados no cumplidos.

En viéndose solo, mientras liaba un cigarro gordo, muy gordo, decía lleno de satisfacción:

—Si digo yo que mi cuarto es como el mundo. Unos hacen propósitos buenos, muy buenos, y los cumplen.

Otros los hacen de palabra, pero no ponen los medios para cumplirlos y luego viene el diablo, y sopla, y se lo lleva todo la trampa, y el diablo se ríe de los tontos.

Y el tío Antón soltaba una carcajada, encendía su cigarro y cantaba con fruición:

Si Dios al mundo juzgara

Por los votos y promesas,

Fueran grandes las remesas

De gente que al cielo entrara.

C. G. RODELES, S. J.

N.º 50

LA PALABRA

(Al levantar el telón, aparece un niño de diez años. A corta distancia una mesita, algunos papeles en ella y una silla. El protagonista saluda ceremoniosamente a la concurrencia)

Se dice... pero os aseguro que no es verdad, ¡vaya usted a hacer caso de los decires del vulgo! Mas lo cierto es que no faltan lenguas desocupadas e imprudentes, —de esas que destrazan la buena reputación del prójimo con la tranquilidad con que se despluma una gallina—, que van publicando a cuantos quieren oírlo que soy un grandísimo hablador, un charlatán consumado, en fin, ¡pasmaos! un verdadero sacamuelas...

Y, realmente, yo no he hecho nada para merecer calificativos tan absurdos. *(Reflexionando)*. Si dijeran que soy víctima de una persecución, tal vez dirían la verdad... ¿Queréis una prueba?... Pues escuchadme unos momentos.

Entramos en clase a eso de las nueve de la mañana. Con la mejor voluntad abro los libros y me pongo a estudiar. Por desgracia, mi pobre compañero empieza a contarme... ¡nada!... ¡uno de esos apurillos tan frecuentes en la vida de estudiante!... ¿Qué haríais en lugar mío?

Consolarlo, estoy seguro.

Pues bien, mi profesor juzga de muy distinto modo, y, sin sospechar siquiera que mi intención no es otra que practicar una obra de caridad... piensa ¡quién sabe lo que pensará! Lo cierto es que a mí me toca pagar los vidrios rotos.

—Señorito Pérez, está usted faltando a su deber.

—Pero oiga usted, si yo...

—Nada, lo de siempre, que es usted muy charlatán.

Lo gracioso, por no decir lo tristísimo del caso, es que mi familia participa de tan funestas preocupaciones, y, cuando al regresar a casa, sediento de expansión y libertad, comienzo a despegar los labios, cae sobre mí un chaparrón de quejas. *(Imita el tono de la mamá)*.

—Niño, en la mesa se come y se calla. *(Cambia de tono)*.

¡Jesús, qué aburrido! Así lo hacen el perro y el gato, y yo creo que el hombre debe espiritualizar un poco más sus refecciones. *(Voz del padre)*.

—Enrique, hijo mío, estás mareando con tu charla; déjanos descansar unos momentos. *(Cambia de voz)*.

Triste recompensa, por cierto. Yo

que me afanaba por enterar a mi padre de los asuntos del día... he ahí lo que he obtenido. ¡Vamos! Está visto que tanto en la escuela como en casa desconocen el beneficio inestimable de la palabra. A cualquier parte que vuelvo los ojos, siempre encuentro un dedo sobre los labios, emblema del nunca bien ponderado silencio, que usurpa la fama de ser más precioso que el oro, cuando en realidad no pasa de ser... vil estaño.

¿Queréis que os lo demuestre? Voy a complaceros en el acto, pero... ¿verdad que no cortaréis el hilo de mi discurso con el molesto ¡chist! ¡chist! que tan aborrecido tengo?

Reteced con vuestra imaginación a los hermosos tiempos de la creación del universo, y decidme: para sacar Dios al mundo de la nada, ¿recurrió al silencio por ventura?

No, señores míos; bien clarito lo dicen los Libros Santos (*Sentencioso*): «Por medio de su palabra omnipotente, el Señor dió ser a todo lo que existe». Y si hubiere permanecido callado, creedme, sin temor de que os engañe, ni vosotros ni yo nos encontraríamos hoy en este sitio. ¡Qué deuda de gratitud tenemos con la palabra! Y en cambio, ¿qué es lo que en este punto debemos al silencio?

Además, la vida del hombre comienza y acaba con una palabra. ¿Queréis la prueba? Por rollizo que sea un bebé de tres o cuatro meses no pasa de ser... un precioso animalito que come, duerme y llora: ngné... ngné... ngné (*Imitando*). Pero llega un día en que el niño comienza a balbucear, y tartamudeando pronuncia una palabra... ¡El pequeñuelo habla!, dicen los padres satisfechos y orgullosos. Habla, es decir, se hace hombre, discurre, comprende, demuestra inteligencia. ¡Quién sabe lo que llegará a ser!

Y no es esto solo: ¡podrían alegarse tantos argumentos en favor de la palabra!

Todos los grandes hombres que han pasado a la Historia pronuncian alguna frase memorable; y ésta

ha bastado para inmortalizar su recuerdo. ¿Quién no ha oído hablar del «Tanto monta, monta tanto Isabel como Fernando», que de una pincelada retrata a los católicos reyes de Aragón y Castilla? ¿Y el famoso «España quiere más honra sin barcos que barcos sin honra», de Méndez Núñez en la batalla del Callao? Y... tantos otros que mi trabajo me ha costado retener en la cabeza... ¡Nada! Lo que yo he dicho centenares de veces por lo menos: la palabra hace ilustres a los hombres; ¡el silencio los llena de polvo y telarañas!

¡Oh! ¡¡la palabra!! ¿Queréis que os haga su mejor elogio? De Norte a Sur, de Oriente a Occidente, el hombre atribuye a la palabra la misma importancia que a la reputación y al honor. Recordad aquel proverbio castellano: «Al buey, por el asta, y al hombre por la palabra», señal inequívoca de que ésta posee sobre el silencio ventajas universalmente admitidas. (*Cambia de tono. Burlón*). ¡Paso, paso a Su Majestad el Silencio! ¿Para qué sirve tan encofetado y molesto personaje?... (*Desdeñoso*). ¡Ps! Como no sea para castigar...

Cuando el profesor quiere corregir a alguno de mis compañeros, lo manda a un rincón donde permanece callado algunas horas. Y no es sólo en las clases donde acontecen cosas semejantes, según he oído.

Sin ir más lejos, esta mañana me enteré de que en el Congreso, cuando un diputado se muestra incorrecto, el Presidente le quita la palabra, y al pobre diputado, a pesar de sus interiores protestas, le toca guardar silencio... Lo mismo que me sucede a mí en varias ocasiones. ¿Qué vamos a hacer? ¡Al vencedor, la palabra; el silencio al que es vencido! Si en un examen os quedáis callados, si no contestáis con soltura a las preguntas del tribunal, ¡adiós! Suspense o calabaza, de seguro. ¿Dónde están, pues, las renombradas ventajas del silencio?

Tan soso es, aun considerado como un simple nombre sustantivo, que cuantos adjetivos se unen a él,

es para hacerlo más desagradable y fastidioso; en cambio, ¡qué lujo de calificativos para la palabra! ¡Oh! Es buena, suave, dulce, consoladora; creedme, ¡hay para escoger! En esas encantadoras reuniones de familia, donde se charla alegremente sin ofender a Dios ni molestar a nadie, aunque no toméis parte, de seguro que os distraéis a maravilla; pero ¿quien asistiría con gusto a una reunión, por más espléndida que fuese, donde nadie absolutamente pronunciara una palabra? Y si no, una prueba al canto. ¿Verdad que habríais abandonado vuestros asientos

si me hubiese presentado mudo delante de vosotros, contentándome con miraros, pero sin dirigiros la palabra? En cambio, os he convencido con mis irrefutables argumentos, y de seguro que en adelante no juzgaréis del silencio como otros muchos.

Decidme únicamente si os divertíó mi larga perorata, y en ese caso daré por bien empleado el renombre de charlatán que, —podéis creerme—, sin justicia me atribuyen. (*Saluda ceremoniosamente y se retira.*)

J. M.

N.º 51

UN DESESPERADO

(La escena representa la habitación de don Pelegrín, un pobre señor que padece desde hace dos semanas un horrible dolor de muelas. —Mejilla hinchada como una pelota de goma.—Voz lacrimosa.—Figura de difunto.—Lleva un pañuelo de seda que le pasa por debajo de la barba y está atado encima de la cabeza.—Gorra y traje de casa.—Tiene en la mano un pañuelo de bolsillo que de vez en cuando apoya en su mejilla enferma.—En las pausas, va y viene nervioso por la habitación. El tono, la actitud, los gestos y la fisonomía indican un dolor extremo.)

¡Ay! Los poetas que han calificado la peste como el más terrible azote de la humanidad, de seguro que no sabían lo que era un dolor de muelas. No, señores poetas y literatos ignorantes, no; la venganza más grande que se haya podido inventar para castigar los crímenes de los hombres, es este mal que hace dos semanas me martiriza: ¡el detestable, el abominable, el implacable, el insoportable y espantable dolor de muelas!

(Pausa.)

(Suspiro.) Diría que me pinchan las encías con millones de alfileres, o que me están pasando la mandíbula por una máquina de coser. *(Pausa breve.)*

Que me siento, el dolor se sienta conmigo. Que me levantó, se levanta

él. Echo a correr, y apresura el paso. Si me pongo al sol, insufrible. Si me pongo a la sombra, más insufrible. Que bebo caliente, mal. Que bebo frío, peor. Que no bebo ni frío ni caliente, pésimo. He probado el acostarme, el mordirme los labios, el tragarme la saliva, el escupirla; todo inútil. Si me agito, como ahora, es espantoso. Si me estoy quieto, es espantosísimo. *(Pausa.)*

A lo menos ¡si el dolor me acometiese de día solamente! Pero ¡ay!, que parece que cobra bríos con la noche. ¡Las noches! ¡Qué suplicio, santo cielo! Llamo al sueño, y como si cantara. Enciendo la luz para leer: ¡vano empeño! Me acuesto del lado derecho, y aquello no son colchones, sino costales de guijarros. Me acuesto del lado izquierdo, y los guijarros se convierten en puntas de bayonetas. Me echo de espaldas, y como si me echara sobre unas parrillas al rojo blanco. Me vuelvo boca abajo, y el efecto es como si nadara en un zarzal. A veces me encasqueto hasta el cuello el gorro de dormir: el alivio, nulo. Otras, aprieto el carrillo contra la almohada, o la emprendo a mordiscos con las sábanas: el dolor se ceba. Otras, en fin, salto de la cama frenético, y diría que entonces me saltan la dentadura con un barrero. *(Pausa.)*

Y no vayan ustedes a creer que me haya descuidado, no; lo he probado

todo, absolutamente todo: leche caliente, leche fría, leche tibia, leche pura, leche cortada, vejigatorios, emplastos, compresas, buches, sinapismos, tónicos, cepillo eléctrico para paralizar el dolor, insecticidas, desinfectantes, licor del Polo, mentolina, todos los dentífricos conocidos, revólver sistema Pasteur para matar los microbios, causa principal de las afecciones bucales; pediluvios, baños de asiento, ducha, baños de vapor, infusiones de adormidera, creosota, gotas de láudano, hilachas empapadas en cloroformo, enjuagues de aguardiente y de vinagre, agua de malvavisco, cataplasmas de miga de pan, aceite ricino, caldo de ciruelas... ¿qué sé yo? Sería el cuento de nunca acabar. ¡Ay! ¡Ay! Que el dolor aprieta otra vez!... (Pausa).

Y si ustedes supiesen lo que estoy condenado a oír todo el santo día, de labios de unos y de otros... ¿Conocen ustedes a don Emeterio, el sargento de carabineros retirado? Sin duda. Pues bien, el tal señor me ha tenido parado esta mañana, en mitad de la calle, por espacio... —oh, no exagero, no!...—, por espacio de treinta y siete minutos, para explicarme que mi mal desaparecería en un abrir y cerrar de ojos, con sólo que me aplicase a la mejilla... no lo adivinarían ustedes... ¡una cataplasma de mosquitos, saltamontes y caracoles machacados juntos, con cáscaras y todo!... Al cabo, no es más extraño que el remedio de uno de los aparceros de mis fincas. Me ha aconsejado este sujeto que me harte de vino blanco, mezclado, mitad por mitad, con sal de la higuera... ¡Si será bárbaro!... ¿Y aun dirán ustedes que no soy digno de lástima? (Pausa).

Pero es que, para colmo de mis males, se cree todo el mundo con derecho a burlarse de mí. Escuchen ustedes lo que hace un rato me ha sucedido. Apenas salgo a la calle, se me acerca un joven, me saluda con la más exquisita cortesía y me dice: Caballero, por la simpatía que usted me inspira, me tomo la libertad de advertirle que, si usted padece, es únicamente por su culpa. —¿Por mi culpa? —Sí, señor, por su culpa.

¿Por qué no emplea usted ese remedio maravilloso, que se acaba de descubrir, y que en unos pocos minutos quita de raíz para siempre el dolor de muelas? —¿Cuál es ese remedio? — ¡Cómo! ¿No lo conoce usted? ¡Parece mentira! ¡Si ha armado una revolución en el mundo médico; si es el tema de todas las conversaciones!... ¡Para que sea más admirable, además de radical e instantáneo, resulta baratísimo. ¡No cuesta nada! —¿Y usted lo conoce? ¿Me lo podría usted indicar? —En seguida, amigo mío. —¡Reconozco a usted por mi salvador! ¡Déjeme que le dé un abrazo! ¡Oh... dígame el remedio! —Muy sencillo. Toma usted una patata cruda, cuanto más gorda, mejor... Se la mete usted en la boca; luego... mete usted la cabeza en un horno, bien adentro, porque así obrará más rápidamente... —¿Y qué más? —Nada más, el remedio. Cuando se haya cocido la patata, ¡estará usted curado!... —¡Ah, señores! Ustedes se rien, pero yo no veo que la cosa tenga nada de risible; a mí más bien me dan ganas de llorar... (Pausa).

¡Todo se se conjura contra mí! ¿Creerían ustedes que anteayer, no pudiendo aguantar más, voy a casa del dentista, le pido que me arranque la muela picada, y el imbécil se equivoca y me arranca la de al lado? No es cuento, no. ¡Hasta ahí ha llegado la torpeza de ese enemigo de mi persona! En vez del raigón que me martirizaba, me extrajo una muela sana, blanca como la leche; una muela capaz de resistir doscientos años, una muela que era el honor de mi mandíbula, el orgullo de mi boca, la esperanza de mi vida, que yo conservaba para consuelo de mi vejez y a la cual quería como a las niñas de mis ojos. ¿Que no? Aquí la guardo, y se la voy a mostrar para que no digan que miento. (Sacar del bolsillo del chaleco una muela enorme, cuidadosamente envuelta, que enseña al público). Vean ustedes si me excedo al afirmar que me han despojado del mejor ornamento de mi persona. (Pausa).

Y es lo más triste, que a la par que la mejilla se me hincha a ojos

vistas en proporciones inquietantes, en el resto de mi ser físico sucede todo lo contrario, y con tal prisa, que me veo amenazado de morir a corto plazo por consunción. Sí, mientras mi cara se redondea como una calabaza, se me estira el cuerpo como un espárrago. Y no puede ser de otra manera. Hace ocho días que no ha entrado alimento sólido en mi pobre estómago. Caldo y leche, leche y caldo; a veces, una semolilla tan clara, que se podría tomar con botejo; como si hubiese retrocedido a

la infancia. Convengan ustedes conmigo en que esto ya no puede durar. Estoy perdido, absolutamente perdido. A veces, se me antoja oír el ruido del coche fúnebre que me ha de conducir a mi última morada. ¡Dichoso el caballo al que toque llevarme a mí! Pues tan poco pesará mi cadáver, que será aquel un viaje de recreo. Porque al paso que vamos, de mi maltratado ser no va a quedar otro residuo de sustancia que esta hermosa muela que guardo en el bolsillo del chaleco.

N.º 52

EL HILO Y LA AGUJA

(Monólogo para una niña)

Cierta vez, una aguja dijo a un ovillo de hilo:

—¿Por qué está usted con ese aire tan orgulloso y enrollado? ¿Acaso es para fingir que vale alguna cosa en este mundo?

—Déjeme, señora.

—¿Que lo deje? ¿Que lo deje? ¿Por qué? ¿Porque le digo que está con un aire insostenible? Repito que sí, y hablaré siempre lo que me venga a la cabeza.

—¿Qué cabeza, señora? Usted no es alfiler: es aguja. No tiene la aguja cabeza. ¿Qué le importa mi aire? Cada cual tiene lo que Dios le dió. Ocuétese de su vida y no de la de otros.

—Pero usted es orgulloso.

—Por cierto que lo soy.

—Pero, ¿por qué?

—¡Esta sí que es buena! Porque coso. Ahí están los vestidos y los adornos de nuestra ama; porque ¿quién los cose sino yo?

—¿Usted? ¡Esta sí que es mejor! ¿Es usted quien los cose? Usted ignora que quien los cose soy yo, y muy yo.

—Usted agujerea el paño, y nada más. Yo coso, prendo un pedazo con otro, doy forma a los babadores...

—Sí; más, ¿qué vale eso? Yo soy quien agujerea el paño; voy siempre adelante, empujando para que usted pase; usted me obedece en lo que hago y mando.

—También los batidores van de-

lante del emperador.

—¿Usted emperador?

—No digo eso. Mas, la verdad es que usted hace un papel subalterno, yendo delante; sólo va mostrando el camino; hace un trabajo oscuro e insignificante. Yo soy el que prendo, ligo, junto...

Estaban en esto cuando la costurera llegó a casa de la baronesa.

No sé si dije que este suceso pasaba en casa de una baronesa, que tenía a la modista muy cerca de sí para no andar detrás de ella.

Llegó la costurera, tomó el paño, cogió la aguja y comenzó a coser. El uno y la otra iban orgullosos, andando adelante por el paño de riquísima seda, por entre los dedos de la costurera, como los ágiles galgos de Diana, si se me permite esto a guisa de color poético.

La aguja habló:

—¿Aun se atreve, señor hilo, a repetir lo que decía ha poco? Fíjese usted que esta distinguida costurera sólo se entiende conmigo. Yo voy aquí entre los dedos de ella, unida a ellos, agujereando abajo y arriba...

El hilo no respondía; iba andando. El agujerito abierto por la aguja era luego tapado por él, silencioso y activo, como el que sabe lo que hace y no quiere oír las palabras locas. Al ver que no le respondía la aguja también se calló y continuó su camino.

Había silencio en la salita de cos-

tura; no se oía más que el plic, plic, plic, de la aguja en el paño.

A la entrada del sol, la costurera dobló la costura para retirarse. En el cuarto día acabó la obra, y quedó esperando el baile. Llegó la noche de la fiesta, y la baronesa se vistió. La modista, que le ayudó a vestirse, llevaba la aguja clavada en el corpiño, para dar algún punto necesario. Y cuando componía el vestido de la bella dama, tiraba a un lado y a otro, y arremangaba de aquí y de allí, lisando, abotonando, acorcheando; el hilo, para mofarse de la aguja, le preguntó:

—Ahora, dígame: ¿quién es el que va al baile, en el cuerpo de la baronesa, formando parte del vestido y de la elegancia? ¿Quién es el que va

a danzar con ministros y diplomáticos? En vez de estar usted en la cajita de la costura, irá al canasto de la criada. ¡Vamos! ¿Qué dirá ella?

Parece que la aguja no dijo nada, pero un alfiler de cabeza grande y de no poca experiencia, habló a la aguja:

—Anda, aprende, tonta. Te cansas de abrirle camino para que vaya a gozar de la vida, y te quedas en la cajita de la costura. Haz tú como yo, que no abro camino para nadie. Donde me clavan, quedo.

Conté esta historia a un viejo profesor, quien me dijo, moviendo la cabeza:

—¡También yo he servido de aguja a mucho hilo ordinario!

MACHADO DE ASSIS (*Brasileño*)

N.º 53

EL GALLO DEL CAMPANARIO

Un día, el gallo de maese Colás caminaba luciendo su gallarda figura, sin saber dónde dirigirse. Habíase escapado del gallinero; creíase el rey de los de su especie y deseaba correr mundo.

Después de dos días de marcha, encontró en su camino un arroyuelo, cuyo curso obstruían algunas hojas secas que el viento había amontonado.

—Amigo mío —le suplicó el arroyuelo con voz humilde— ¿si fueses tan amable que con tu pico separases estas hojas que no me dejan pasar?...

—¿Por quién me tomas tú?... —contestó el gallo con orgullo.

Y prosiguió su marcha sin dar oídos a las quejas del arroyo.

Al llegar a una gran llanura escuchó una voz terrible. Era el viento que, tendido sobre el suelo, hallábase moribundo.

—Querido gallo, —le decía— ayúdame a levantarme agitando tus alas y te juro que algún día te recomendaré ese favor.

—Señor viento, sabed que no soy criado de nadie —contestó el gallo cada vez más altanero. Y se fué sin volver la cabeza.

En un campo, nuestro viajero vió

una nube de humo que se elevaba por el espacio. El fuego hallábase casi extinguido.

—Buen amigo, —exclamó el fuego— echadme alguna paja para reanimarme, porque sin tu ayuda moriré.

—Ni os conozco, ni jamás pienso llevar mi mano al fuego —contestó agriamente el egoísta.

Siguiendo este camino, llegó por fin a una gran capital. Una iglesia alzábase ante él.

Nuestro héroe preguntó a una gallina de las cercanías a quién se halla dedicada la iglesia.

—A San Pedro —contestó aquella.

Su madre le había siempre recomendado no detenerse delante de la efigie del Santo Apóstol, puesto que éste tenía motivos para no mostrarse muy amigo de los gallos. Pero no queriendo seguir ningún consejo, comenzó a cantar alegremente.

Un vecino que por allí pasaba logró echarle mano y le llevó a su casa, comenzando por meterle en agua hirviendo para palarle.

—¡Agua, por favor!, ¡ten piedad de mí! —gritó el gallo en el colmo del sufrimiento.

—La que tú tuviste de mí —contestó el agua inundándole.

El cocinero le puso después al fuego.

—¡Oh fuego, no me abrases! —suplicó el gallo.

—Tendré la misma complacencia que el otro día tú para conmigo.

Y en unos minutos le dejó completamente carbonizado.

El cocinero, furioso, al verle hecho un tostón, cogió al gallo y lo arrojó por la ventana.

Entonces, el viento, del que no había querido hacerse amigo, se apoderó de él, y haciéndole girar vertiginosamente por el aire, le arrojó sobre el techo de la iglesia.

De allí le recogió San Pedro, y dándole un golpe con la llave, lo colgó en la punta del campanario.

Desde aquel día el gallo está allí clavado, y todavía se le puede ver negro, aplastado, atormentado por la lluvia, tostado por el sol, agitado por el viento.

Esta leyenda fué escrita para aquellos que no han sabido poner en práctica el precepto divino... «Ayudaos los unos a los otros».

Reducción del cuento «Medio-Pollito», de FERNÁN CABALLERO

N.º 54

ESO TAMBIÉN LO HAGO YO

Tenía yo doce años y estudiaba segundo de bachillerato en un afamado Colegio de religiosos, y como buen chico, cada vez que iba de vacaciones, procuraba ganar a conciencia el *jubileo de las pestañas*: cines, teatros, football, circo... ¡Uy, el circo me traía loco! ¡Y la casa de fieras era mi delirio!

Mi tío, que me quería de veras, y me pagaba la carrera, explotaba a maravilla esta mi debilidad por los espectáculos. Aquel año, al ir al colegio me dijo:

—Si sacas nota en Historia, te llevaré en vacaciones a todas las barracas.

—¿A todas, a todas?

—¡A todas!

Bien sabía mi tío que mi punto flaco era la Historia, porque un buen día se puso a examinarme, y me cogió pez del todo. Por *chufarse* de mi ignorancia, me preguntó:

—¿De qué color eran las zapatillas del rey Wamba?

—Verdes —respondí yo muy decidido.

—No, señorito; que eran amarillas.

—Es que tenía dos pares —añadió yo, admirándome de mi propia inventiva.

—¡Dos pares de calabazas son las que te vas a llevar tú, si sigues así! ¡Parece mentira!

El caso es que picado en mi amor propio, y con el acicate de las barracas, prometí y cumplí estudiar de *firme* la Historia. Y al final de curso vi coronados mis esfuerzos con un *sobresaliente* como un templo.

Mi tío quedó contentísimo; me llevó de excursión donde quise, me obsequió con ricos pasteles y bombones, siempre que me apetecían; y por fin llegó la época de fiestas, y montaron unas cuantas barracas: la ilusión de todos los chicos y chicas de mi edad.

Claro está que todavía no estaban las cosas tan adelantadas como ahora, en que el Circo Krone se da pisto porque puede presentar cinco pistas, que le dan mucha pasta; pero tampoco estaban mal del todo.

Monté en todos los caballitos, cebras, cerdos y columpios de los *tíos-vivos*, que se movían al airoso compás de un pasodoble de organillo, que mi tío calificaba de inaguantable, pero que a mí me parecía delicioso. Tiré al blanco, y al *pim, pam, pum*, escuché a León Salvador, el mago de los vendedores ambulantes; sólo me faltaba entrar en la *casa de fieras*, cuyos roncós bramidos había escuchado, al pasar, más de una vez.

Y llegó el día: íbamos mi tío y yo paseando ante las barracas; se oía de vez en cuando el bramido de las

fieras; una musiquita de zingaros desengranaba las notas lánguidas de esas mazurcas de circo, y un señor de levita, de cara *cosmopolita*, invitaba a entrar a ver la gran colección de fieras traídas de no sé qué partes remotas del globo —yo sólo me quedé con el Sahara y la Melanesia— y sobre todo, a contemplar el arriesgado ejercicio de Miss Rosina, la domadora, con sus diez leones y el tigre de Bengala.

Mi tío accedió a mis instancias, y entramos. Grandes jaulas con recios barrotes de hierro guardaban a las fieras. Nos entretuvimos viendo hacer unas cuantas *monerías* a los monos, contemplamos con cierto respeto a los leones, acariciamos la trompa de un elefante, y por fin llegó la hora y nos sentamos en nuestras respectivas localidades de primera fila. ¡No sabíamos el numerito que nos esperaba, fuera de programa!

Unos cuantos números de música de circo, mucha monería inofensiva, regocijo de niñeras con intermedio de lloros de críos, y por fin, dos *números de fuerza* con Miss Rosina, la domadora.

Miss Rosina vestía traje negro de artista de circo, manejaba una fusta muy fina, y a pesar de rugidos y bramidos, ante aquella mirada de hipnotizadora, que taladraba las paredes, los leones se rendían a sus pies, después de haber hecho una cuantas piruetas y acrobacias.

Al terminar el número salieron de la jaula los leones en medio de una atronadora salva de aplausos, y entró un hermoso tigre de Bengala, de remos finos y paso cauteloso, con dos brasas encendidas en sus ojos, y un relamerse de gusto, como si le esperara un exquisito bocado. Era el número sensacional.

Miss Rosina lo miró con fijeza, puso en sus finos labios de mujer un terrón de azúcar y alargando el cuello, como quien se lo ofrece a un niño, se lo brindó al tigre.

Este, a la vez, alargando sus fauces, cogió el terrón de azúcar de los

labios de la domadora y deglutiéndolo y saboreándolo a placer, se echó a los pies de Miss Rosina, que sonreía triunfadora.

La ovación fué imponente. Aun se escuchaban los últimos aplausos, cuando un vozarrón estentóreo empezó a gritar:

—¡Eso también lo hago yo!

Todo el público se volvió a mirarle, mientras él, un hombrachón, tipo de hombre de la calle, campechano y socarrón, repetía una y otra vez:

—¡Eso lo hago yo! ¡Si, señor!

—¡Que suba! —empezaron a jalearle unos cuantos.

—¡Arriba el faquir! —gritaban otros.

—¡Hip, hip, hurra!

—¡Eso lo hago yo! —repetía él, incansable.

El tigre seguía quieto a los pies de Miss Rosina. Hasta que el empresario, molesto ya por aquel número inesperado, le gritó a su vez:

—¿Que esto lo hace usted?

—Sí, señor, ¡y gratis!

—¡Que suba! —, volvieron a gritar los del público.

Subió nuestro *domador espontáneo* entre aplausos y hurras entusiastas. Después reinó ese silencio precursor de las grandes emociones, y cuando el empresario se disponía ya a abrir la puerta de barrotes de la jaula del tigre, el del vozarrón volvió a gritar:

—¡Que saquen al tigre!

—¿Cómo que saquen al tigre?...

—Sí, señor; ¡que saquen al tigre!

—Pues entonces, ¿qué hace usted?

—preguntó el empresario.

—¡Yo hago lo del tigre!

La carcajada que estalló fué algo épico, y el *pitorreo*, cumbre. Gracias a que uno de Seguridad, que veía la que se iba a armar, a fin de que no tuviera «averías personales», se lo llevó, diciendo: ¡Que me siga esa *fiera corrupta*!

Y al día siguiente, con gran regocijo de mi tío, vimos a la *fiera corrupta* vendiendo por las calles el *rico cacahuet*.

C. Cía., S. J.

EL ABAD Y EL REY

Queriendo cierto rey quitar el abad a un muy honrado abad y darla a otro, por ciertos revolvedores, llámole y díjole: «reverendo padre, porque soy informado que no sois tan docto cual conviene y el estado vuestro requiere, por pacificación de mi reino y descargo de mi conciencia, os quiero preguntar tres preguntas, las cuales, si por vos me son declaradas, haréis dos cosas; la una, que queden mentirosas las personas que tal os han levantado; la otra, que os confirmaré para toda vuestra vida el abadía, y si no, habréis de perdonar». A lo cual respondió el abad: «diga vuestra alteza, que yo haré toda mi posibilidad de habellas de declarar. —Pues, sus, dijo el rey. La primera que quiero que me declaréis es que me digáis, yo cuánto valgo; y la segunda, que a dónde está el medio del mundo; y la tercera, qué es lo que yo pienso. Y porque no penséis que os quiero apremiar que me las declaréis de improviso, andad, que un mes os doy de tiempo para pensar en ello».

Vuelto el abad a su monasterio, por más que miró sus libros y diversos autores, por jamás halló para las tres preguntas respuesta ninguna que suficiente fuese. Con esta imaginación, como fuese por el monasterio argumentando entre sí mismo muy elevado, díjole un día su cocinero: «¿qué es lo que tiene su paternidad?». Celándose el abad, tornó a replicar el cocinero diciendo: «no deje de decírmelo, señor, porque a veces debajo de ruin capa yace buen bebedor, y las piedras chicas suelen mover las grandes carretas». Tanto se lo importunó que se lo hubo de decir. Dicho, dijo el cocinero: «vues-

tra paternidad haga una cosa, y es, que me preste sus ropas y rasparéme esta barba, y como le parezco algún tanto, y vaya de par de noche en la presencia del rey no se dará a cato del engaño; así que, teniéndome por su paternidad, yo le prometo de sacarle deste trabajo a fe de quien soy».

Concediéndoselo el abad, vistió el cocinero de sus ropas, y con su criada detrás, con toda aquella cerimonia que convenia, vino en presencia del rey. El rey, como lo vido, hizolo sentar cabe de sí diciendo: «¿Pues qué hay de nuevo, abad?» Respondió el cocinero: «Vengo delante de vuestra alteza para satisfacer por mi honra. —¿Así? dijo el rey: veamos qué respuesta traéis a mis tres preguntas». Respondió el cocinero: «primeramente a lo que me preguntó vuestra alteza, que cuánto valía, digo que vale veinte y nueve dineros, porque Cristo valió treinta. Lo segundo, que dónde está el medio mundo, es a do tiene su alteza los pies; la causa que, como sea redondo como bola, adonde pusieren el pie es el medio dél, y esto no se puede negar. Lo tercero, que dice vuestra alteza, que diga qué es lo que piensa, es que cree hablar con el abad y está hablando con su cocinero». Admirado el rey desto dijo: «Qué, ¿eso pasa en verdad?» Respondió: «Sí, señor, que yo soy su cocinero, que para semejantes preguntas era yo suficiente, y no mi señor el abad». Viendo el rey la osadía y viveza del cocinero, no sólo le confirmó la abadía, para todos los días de su vida, pero hizole infinitas mercedes al cocinero.

JUAN DE TIMONEDA

Un tamborinero tenía una mujer tan contraria a su opinión, que nunca cosa que le rogaba podía acabar con ella que la hiciese. Una vez, yendo de un lugar para otro (porque había de tañer en unos desposorios), y ella caballera en un asno, con su tamborino encima: al pasar un río, díjole:

—Mujer, cantad; mas no tangáis el tamborino, que se espantará el asno.

Como si dijera táñelo, en ser en el río, sonó el tamborino, y el asno, espantándose, púsose en el fondo, y echó a la mujer al río; y él; por bien que quiso

ayudalle, no tuvo remedio. Viendo que se había ahogado, fuéla a buscar río arriba. Díjole uno que estaba mirando:

—Buen hombre, ¿qué buscáis?

—Mi mujer —respondió—, que se es ahogada.

—Señor, ¿y al contrario la habéis de buscar?

—Sí, señor; porque mi mujer siempre fué contraria a mis opiniones.

JUAN DE TIMONEDA

N.º 56

LA NIÑA DE LOS TRES MARIDOS

Había un padre que tenía una hija muy hermosa, pero muy voluntariosa y terca. Se presentaron tres novios, a cual más apuestos, que le pidieron su hija; él contestó que los tres tenían sus beneplácito, y que preguntaría a su hija a cuál de ellos prefería.

Así lo hizo, y la niña le contestó que a los tres.

—Pero hija, si eso no puede ser.

—Elijo a los tres, contestó la niña.

—Habla en razón, mujer —volvió a decir el padre—; ¿a cuál de ellos doy el sí?

—A los tres —volvió a contestar la niña y no hubo quien la sacase de ahí.

El pobre padre se fué mohino, y les dijo a los tres pretendientes que su hija los quería a los tres; pero que como eso no era posible, que él había determinado que se fuesen, por esos mundos de Dios, a buscar y traerle una cosa única en su especie, y aquel que trajese la mejor y más rara, sería el que se casase con su hija.

Pusieronse en camino, cada cual por su lado, y al cabo de mucho tiempo se volvieron a reunir allende los mares, en lejanas tierras, sin que ninguno hubiese hallado cosa hermosa y única en su especie. Estando en estas tribulaciones, sin cesar de procurar lo que buscaban, se encontró el primero que había llegado con un viejecito que le dijo si le quería comprar un espejito.

Contestó que no, pues que para nada le podía servir aquel espejo tan chico y tan feo.

Entonces el vendedor le dijo que tenía aquel espejo una gran virtud, y era que se veían en él las perso-

nas que su dueño deseaba ver, y habiéndose cerciorado de que ello era cierto, se lo compró por lo que le pidió.

El que había llegado el segundo, al pasar por una calle, se encontró al mismo viejecito, que le preguntó si quería comprarle un botecito con bálsamo.

—¿Para qué me ha de servir ese bálsamo? —preguntó al viejecito.

—Dios sabe —respondió éste— pues este bálsamo tiene una gran virtud, que es la de hacer resucitar a los muertos.

En aquel momento acertó a pasar por allí un entierro; se fué a la caja, le echó una gota de bálsamo en la boca del difunto, que se levantó tan bueno y dispuesto, cargó con su ataúd y se fué a su casa; lo que visto por el segundo pretendiente, compró al viejecito su bálsamo por lo que le pidió.

Mientras el tercer pretendiente paseaba metido en sus conflictos por la orilla del mar, vió llegar sobre las olas una arca muy grande, y acercándose a la playa se abrió, y salieron saltando en tierra ininidad de pasajeros.

El último, que era un viejecito, se acercó a él, y le dijo que si le quería comprar aquella arca.

—¿Para qué la quiero yo —respondió el pretendiente— si no puede servir sino para hacer una hoguera?

—No, señor —repuso el viejecito— que posee una gran virtud, pues que en pocas horas lleva a su dueño y a los que con él se embarcan adonde apetecen ir y donde deseen: ello es cierto; puede usted cerciorarse por estos pasajeros, que hace pocas ho-

ras se hallaban en las playas de España.

Cercioróse el caballero, y compró el arca por lo que le pidió su dueño.

Al día siguiente se reunieron los tres y cada cual contó muy satisfecho que ya había hallado lo que deseaba, y que iba, pues, a regresar a España.

El primero dijo cómo había comprado un espejo, en el que se veía, con sólo desearlo, la persona ausente que se quería ver; y para probarlo, presentó su espejo, deseando ver a la niña que todos tres pretendían.

¡Pero cuál sería su asombro cuando la vieron tendida en un ataúd y muerta!

—Yo tengo —exclamó el que había comprado el bote— un bálsamo que la resucitará; pero de aquí a que lleguemos, ya estará enterrada y comida de gusanos.

Pues yo tengo —dijo a su vez el

que había comprado el arca— un arca que en pocas horas nos pondrá en España.

Corrieron entonces a embarcarse en el arca, y a las pocas horas saltaron en tierra y se encaminaron al pueblo en que se hallaba el padre de su pretendida.

Hallaron a éste en el mayor desconsuelo por la muerte de su hija que aun se hallaba de cuerpo presente.

Ellos le pidieron que los llevase a verla, y cuando estuvieron en el cuarto en que se encontraba el féretro, se acercó el que tenía el bálsamo, echó unas gotas sobre los labios de la difunta, la que se levantó tan buena y risueña de su ataúd, y volviéndose a su padre le dijo:

—¿Lo ve usted, padre, cómo los necesitaba a los tres?

FERNÁN CABALLERO

N.º 57

DESDE LAS BATUECAS

...Y para confirmación de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de éstos tuve no ha mucho, en que todos vinieron a contestarme en sustancia una misma cosa, concluyendo cada uno a su tono y como quiera.

—Aprenda usted la lengua del país —les decía—; coja usted la Gramática.

—La «parda» es la que yo necesito —me interrumpió el más desembarazado, con aire zumbo y de chulo, fruta del país—; lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.

—Escriba usted la lengua con corrección.

—¡Nonadas! ¿Qué más dará escribir «vino» con b que con v? ¿Si pasará por eso de ser vino?

—Cultive usted el latín.

—Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.

—El griego.

—¿Para qué, si nadie me lo ha de entender?

—Dése usted a las matemáticas.

—Ya sé sumar y restar, que es

todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.

—Aprenda usted Física. Le enseñará a conocer los fenómenos de la Naturaleza.

—¿Quiere usted todavía más fenómenos que los que está uno viendo todos los días?

—Historia Natural. La Botánica le enseñará el conocimiento de las plantas.

—¿Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer, guisadas me las han de dar.

—La Zoología le enseñará a conocer los animales y sus...

—¡Ay! ¡Si viera usted cuántos animales conozco ya!

—La Mineralogía le enseñará el conocimiento de los metales, de los...

—Mientras no me enseñe dónde tengo de encontrarme una mina, no hacemos nada.

—Estudie usted la Geografía.

—Ande usted, que si el día de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no Geografía; ya sabrá el postillón el ca-

mino, que esa es su obligación, y dónde está el pueblo adonde voy.

—Lenguas.

—No estudio para intérprete; si voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que es la lengua universal.

—Humanidades. Bellas letras...

—¿Letras?... De cambio; todo lo demás es broma.

—Siquiera un poco de Retórica y Poética.

—Sí, sí; venga usted con coplas. ¡Para retórica estoy yo! Y si por las comedias me lo dice usted, yo no las tengo que hacer; traducidas del francés me las han de dar en el teatro.

—La Historia.

—Demasiadas historias tengo yo en la cabeza.

—Sabrá usted lo que han hecho los hombres...

—¡Calle usted, por Dios! ¿Quién le ha dicho a usted que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sepa uno lo que pasa en casa!

Y, por último, concluyeron: «Mire usted —dijo el uno—, déjeme usted de quebraderos de cabeza; ma-

yorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos». «Mire usted —dijo otro—, mi tío es general, y ya tengo una charretera a los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo más, sin necesidad de quemarse las cejas; para llevar el chafarote al lado y lucir la casaca, no se necesita mucha ciencia». «Mire usted —dijo el tercero—, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de la sangre azul no han de ser médicos, ni abogados, ni han de trabajar como la canalla... Si me quiere usted decir que don «Fulano» se granjeó un grande empleo por su ciencia y su saber, ¡buen provecho! ¿Quién será él cuando ha estudiado? Yo no quiero degradarme». «Mire usted —concluyó el último—, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal cual letra; ya he logrado «meter la cabeza» en rentas por empeño de mi madre; un amigo nunca me ha de faltar, ni un empleillo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningún catedrático de Alcalá ni de Salamanca»...

MARIANO J. DE LARRA

N.º 58

HORAS DE SOL

Una llanura inmensa, desarbolada, estéril. Un sol de agosto calcinador, achicharrante. Una carretera angosta, polvorienta, que se pierde a lo lejos...

En el cielo, de un intenso azul, ni una nubecilla bienhechora. En el suelo, casi humeante, ni un arroyo, ni una fuente, ni siquiera un macizo de verdura.

Tiembla el aire irisado por el fuego solar. Canta una chicharra sus monótonas estridencias. Zumba un moscardón, que vuela zigzagueando como ebrio de luz... Muy lentamente, avanza por la carretera un tosco carro, arrastrado en reata por una mula fámélica y una borriquilla de lomo huesudo y ojos lacrimosos.

Atada en corto a la trasera del carro, una perra grisosa, delgaducha y

enteca, camina pesarosa, cabizbaja.

Dentro del vehículo, el carretero duerme. Junto al carretero y echado sobre unos sacos vacíos, un cachorrillo de muy pocos días asoma su cabeza inexpresiva y mira con ojos lánguidos, unas veces al lejano horizonte y otras a la perra grisosa, su madre.

La mula (levantando la cabeza, entreabriendo los ojos y resoplando débilmente):

—¡Qué tardecita, Lucera!

La burra (sacudiéndose las moscas):

—No me hables. Y menos mal que vamos de vacío.

La mula (por el carretero).

—¿Duerme aún el tirano?

La burra.—De seguro; ¿cómo íbamos si no a caminar tan despacio?

¡Bueno es él! ¡Aun viéndonos morir nos obligaría a acelerar la marcha! ¡Es un despota!

La mula.—Como todos los hombres.

La burra.—Como todos, no. A mi padre, que vivió en grandes ciudades, le oí decir que existían hombres buenos para con nosotros. Cien veces me repitió: «Hija mía, cuando veas a unos hombres que conducen coches y carros sin que animal alguno tire de ellos, humíllate y respétalos; son nuestros redentores. Tanto nos aman, que por imitarnos cubren sus rostros con orejas como las nuestras; remedan al mono durante el verano, y en invierno se visten con pieles de oso y cifran su orgullo en asemejarse a dicho animal».

La mula (incrédula, como otras muchas mulas).

—¡Es raro!... Jamás vi a esos hombres. ¿No te engañaría tu padre?

La burra (gravemente).

—No; mi padre siempre dijo la verdad; por eso fué un gran burro.

El cachorro (estirándose, bostezando y alargando la cabeza hasta asomarla fuera del carro).

—¡Madre!...

La perra (mirándole amorosamente).

—¿Qué?...

El cachorro.—Ven, sube; tengo hambre.

La perra (tristemente).

—No puedo, hijo mío; estoy atada. ¡Qué dolor!

El cachorro (poniéndose de pie, tras un gran esfuerzo y tambaleándose).

—Yo iré entonces a ti.

La perra (horrorizada).

—¡No!

El cachorro (ingenuo).

—¡Puedo muy bien!

La perra.—¡No, no te muevas, por Dios!

El cachorro (mirándola con ojos de codicia).

—¡Si tengo hambre, madre mía!

¿Por qué no quieres que baje?

La perra (angustiadísima).

—Porque te harías daño al caer; porque aun no sabes andar y no podrías seguirnos; porque te quedarías

en el camino abandonado y solo, mientras el carro, más fuerte que yo, me arrastraría lejos de ti... ¡Calla, tiéndete, duermes, hijo mío, duermes!

El cachorro (asomando aún más su cuerpo).

—¡Tengo hambre!

La perra (aterrada).

—¡Vete!... ¡Quítate!... (Un profundo bache hace oscilar el carro, pierde el cachorro su torpe equilibrio y cae a la carretera).

El cachorro (muy contento).

—¿Ves? No me he lastimado.

La perra (clavando sus patas en el suelo, como pretendiendo con tan débil esfuerzo detener la marcha del vehículo).

—¡Ven! ¡Acércate a mí! ¡Pronto! ¡Que yo pueda apresarte con mis dientes!...

El cachorro (pugnando por levantarse).

—Sí; espera.

La perra (como antes, haciendo un esfuerzo inverosímil; sintiendo que el cordel que la sujeta la hiere, la ahoga).

—¡¡Ven!!

El cachorro (sollozando).

—¡No puedo!

(Al ver que el carro se aleja arrastrando el cuerpo casi exámine de su madre):

—¡Madre! ¡Madre mía, no me dejes aquí!

La perra (gritando con suprema angustia).

—¡Lucera, por tus hijos, para!

La burra.—¿Eh? ¿Qué te ocurre?

La perra.—¡Mi cachorro! ¡Se ha caído! ¡No puede andar!...

La burra (a la mula).

—Aguarda, tú.

La mula.—¡Eso! Para que el tirano despierte y nos mueva a palos; estás tú fresca.

La perra.—¡Por favor!

La burra (a la mula).

—¡Para, te digo!

La mula (terquísima).

—¡Que no!

La burra.—¡Es su hijo!

La mula.—¿Y a mí qué? No haberlo tenido.

La burra (indignada).

—¡Qué sabes tú de hijos ni de

amores, raza estéril, maldita! ¡Para o te destrozo a coces el pecho!

La mula (deteniéndose ante la amenaza).

—Sea; puedes ahora más que yo y me obligas a hacer tu voluntad; pero, ¡ay de ti si el tirano me pega! Yo seré entonces la que deshaga a coces tu pecho.

La perra (al cachorrillo, que muy poco a poco se acerca tambaleándose).

—¡Ven, hijo mío, ven, no descanses; aquí a mi lado descansarás.

El cachorro (muy contento de nuevo).

—Sí, madre; mira qué bien ando.

La mula (entre dientes).

—Veremos lo que nos cuesta esta bromita.

La burra.—No temas; el hombre, al ver al cachorro en el suelo, comprenderá el motivo de nuestra parada.

La mula.—¡Qué ha de comprender siendo hombre!

La burra.—Entonces yo sesgaré cuanto pueda y me cruzaré en el camino para hacer ver que soy la única culpable.

La mula (más conforme).

—Eso ya es otra cosa.

(*La burra* sesga, cruza, casi se vuelve, y ve cómo el cachorrillo llega, ¡por fin!, al lado de su madre, y ve cómo ésta se tumba en el suelo y le acaricia y le muerde y le atrae hacia sí y le ofrece sus ubres repletas).

La burra (conmovida, recordando dolores y alegrías pasados).

—¡Los hijos!

(De sus ojos apagados brotan unas lágrimas. Una mosca aviesa se posa en ellas. Pausa).

La mula (cabeceando y haciendo sonar con estrépito los cascabeles de su collarón).

—¿Pero es que vamos a pasarnos aquí la vida?

El hombre (despertando e incorporándose extrañado).

—¿Qué es esto? (empuñando la vara). ¡Lucera!

La mula (para su capote).

—¡Ahora verás!

La burra (sin moverse).

—¡Sea lo que Dios quiera!

El hombre.—¡Burra! (Se apea del carro; al apearse ve al cachorrillo que, harto ya, juguetea con su madre).

—¡Este animal!... ¡A pique de haberse matado!...

(Coge al cachorro y lo arroja dentro del carro. La perra, agradecida, pretende saltar a él y acariciarle; la burra, satisfecha, vuelve dócilmente a la reata. El carro rueda nuevamente).

La burra (a la mula).

—Ha visto al cachorrillo en el suelo; debe habernos comprendido.

El hombre (descargando sobre el huesudo lomo de Lucera dos varazos terribles).

—¡Burra! ¿Te vas a parar en pleno camino con este sol! (*La burra* arquea su cuerpo y resopla de dolor. *La mula* sonríe. *La perra* baja la cabeza contristada). ¿Será floja? ¡Al fin y al cabo, burra!

La burra (sintiendo, más que el dolor, la injusticia del castigo).

—¡Al fin y al cabo, hombre!

(Avanza el carro trepidando, cruzando. El carretero, sentado en uno de los vales, fuma y canturrea; piensa la mula en el codiciado pesebre; la buena burra añora tristemente las caricias de un ruchillo, lucero como ella, que unos hombres sin corazón le arrebataron para siempre, y un moscardón que zumba, vuela zigzagueando, como ebrio de luz).

II

Una cuadra oscura junto a un corral muy claro. En la cuadra, la mula y la burra comen en pesebres vecinos. En el corral, unos chiclelos, sucios y haraposos, acarician y besuquean al cachorrillo. Echada al pie de la burra, la perra grisosa mira con amor al corral y lame de vez en vez las patas de Lucera. La burra deja de comer un instante y contempla con satisfacción a la pobre madre agradecida. La mula, la estéril mula, la privada de la Naturaleza del más puro de los goces, aprovecha el momento para meter su hocico en el pesebre de Lucera y robarle unos granzones...

PEDRO MUÑOZ SECA

MORAL GITANA

I

—Esto está mû remalo, Salomé. ¡Pero mû remalísimo! ¡Esto es está uno en Sevilla... con premiso e el enterraó! Y lo que es la Pelona, esa te deja viua antes e Pascua e er Niño.

—¡Cállate, Rafaé, y no me jinques más clavos timoneros en metá er corazón! Eso no es na má que una mala tó, que la tié cualisquiera, y con una mala juntura e injundia e gallinas te queas como pa cantá er Miserere en la catreá esta Semana Santa... Anda; güérvete al otro lao y já por dormí... Está su Divina Majestá mû contento contigo, pa mandarte a criá marvas ar cimiterio.

—No, Salomé; lo que tengo no se cura con enjundia e gallina. Asín murió er probeso e mi pare, que se queó como un pollito, sin decí Jesú... Y lo que vas a jacé, pero en el ite, es dí a llamá ar Pare Cura e la parroquia pa que me confiese y me dé Su Divina Majestá y su divino santolio y... titito lo güeno que tenga su mercé... Yo me quiero poné a bien con Dió... y con la Virgen... y con tititos los santos der armanaque... Y que me se jaga mi intierro manque sea de caridá, y que me se digan misitas e aguinaldo, que toos tenemos pecados y yo er primero... y yo he tenío mû güenos precípios porque mi agüela Reye le jacía los mandao a las monjas, y yo he gastao siempre mi escapulario er Carme, y he comío tititos los años mis torrijas pa Semana Santa, y le he cantao mis saetas ar Señó der Gran Podé y a la Virgen de la Esperanza... ¡Madre mía de mi arma, que tan jermosísima eres, ende er primer instante de su sé naturá, amén!...

¡Que eso digo yo, Marecita mía! ¡Titito er mundo se pone malo, porque se lo merece; por chanaitas más o menos ocultas que habrá jecho en este mundo... Y un hombre tan regüeno como yo, tan honrao y tan cabá ¡no debía de está malo! ¡y tan remalo! que no sé qué dará pa morirse... ¿No te da lástima, Madre-

cita mía de la O, Jesú der Cachorro, Señá Santana (con lo que yo he bailao en tu velá tos los años, a la bajá de aquer puente), de verme jechecito una argarroba, tuese que tuese titita la noche, que ni que lo hubiá tomao por contrata?

De moo y manera, Salomé de mi corazón, que ¡ahorita mismo te pones tu pañoleta y te plantas en tu parroquia y te traes a tu Pae Cura!... Er mar camino andarlo pronto, que de ningún cobarde se ha escrito ná, y más vale un por si acaso, que cien veces quien pensara.

II

—De moo, Pare e mi arma, que ya lo sabe usté. Pajé der Corro, 7: en la segunda sala, conforme se sube la escalera. Usté no tiene má que llegá a su casa, que tó está como una sea, y él esperándolo a usté como al agua de mayo. De él solito ha salío er mandarlo a usté llamá. Porque hombres güenos los habrá en er mundo; pero como mi Rafaé, ¡er patrón de Córdoba, mejorando lo presente!

Y pa que usté se entere, él lo quíe recibí tó; porque es mû recristiano. Acá nuestras poleás pa Carnestolendas..., acá nuestras espinacas pa los días santos... acá nuestras batatas pa Pascua er Niño... ¡Antes se cae una estrella der firmamento que no oír yo tres Misas er día e Defuntos!... Lo primerito que verá usté en mi sala es una estampa de la Virgen de Araceli, porque acá semos encendientes é Lucena y nos tiran muchísimo los Santos, ¿sabusté?, y aquí, ande usté me ve, no he perdío una cofradía de madrugá en la edá que tengo, ni una entrá de la Hermanda der Rocío... Semos mu güenos, Pare, y nos va usté a tené que mentá.

Y una cosa le voy a desí a usté pa que usté se la diga como que sale de usté: que ya que se lo quíe llevá to polante, que jaga testamento. Nosotros no tenemos hijos, ¿sabusté?, y titito lo poco que tenemos es gnao honradamente en vía der matrimonio. Y será un contra-Dió, ¡pe-

ro un contra-Dió mu regrande!, que venga aluego su gente queriéndose llevá la mitá e lo que haiga... Que si él ha ganao sus güenos napoleones con sus bestias, yo no he tenío metías las manos debajo der delan-tá... Yo me he ganao con mi trabajo lo que me he comío en este mundo, y jasta empresa estuve una vez, por una mardita yegua, que fué nuestra ruina. ¡Misté yo, meterme en esas cosas! Lo que tiene es que una no lo iba a escubrí, y por eso me metieron en la carce, que no sé cómo lo cuento... Con que quee usted con Dió, y que no se le esorvíe mi encarguito.

III

—¿Nada más, hijo mío?

—Na más... Pare e mi arma.

—¿Nada más..., nada más..., nada más?

—¡Ná más, ná más, ná más! ¡Le parece a usted poco?

—No es que me parezca poco, hijo del alma. Por muy leve que en comparación de otros nos parezca un pecado siempre lleva dentro de sí una malicia infinita... Sino, como de cierta especie de pecados no ha confesado usted ninguno..., temo que lo haya hecho por mal entendida vergüenza o falta de memoria...

—Po pregunte usted, Pare mío; meta usted la escoba, a ve si sale alguna basura más.

—Bueno. ¿Y recuerda usted... haberse alguna vez... ¡vaya!, enconado en algo?

—¿Soy yo argún deo malo para enconarme en ná? ¡Como usted no se explique mejón!...

—Lo digo, hijo mío, porque es público y notorio en todo Triana que... (no sé cómo decirlo sin faltar a la caridad ni al respeto que merece el penitente); pero por el barrío corre la voz de que usted no ha hecho otra cosa en su vida que..., ¡vaya! así..., robar bestias..., asnos..., caballos... Y como nada de eso me había usted confesado, temía...

—Catusté ahí una cosa que es verdad; en mi vida he jecho otra cosa. Endeje mozuelo, que robé en la feria e abrí una potranca y la vendí en feria e Manzanilla en setenta oblonne, de eso he vivío siempre en pá y grasia de Dió, y sin jaserle daño ni a un mosquito; pero no creía yo que eso era cosa pa confesá. ¡Viví pa vé!

—De modo que tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño...; desposeer al prójimo de lo que es suyo...; ¡robar, en una palabra!, ¿no va a ser materia de confesión?

—Oigasté, Pare: ¿Se ha confesao usted alguna vez de dar santolios y de jase casamientos?

—¡Ese es mi ministerio, hijo del alma!

—Su oficio, ¡vaya!

—Justo y cabal.

—Po si er mío ha sío robá, y no he tenío otro, ¿quié usted que me confiese?

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

N.º 60

EL CUENTO DE «¡NO ES VERDAD!»

Una vez en el desierto de Sahara, nos refirió un japonés el siguiente cuento ruso:

Erase una vez un campesino que tenía tres hijos pequeños. Un día fueron al bosque, y se les hizo de noche en el bosque, adonde habían ido por leña; así que, al volver a casa, se perdieron. Después de dar muchas vueltas sin encontrar el camino, se subió uno de ellos, el mayor, a lo alto de un árbol y distinguió allá a lo lejos una luz: la luz de la ventana de una casa. El mayor

de los hermanos conoció en seguida la casa: era la casa del viejo Camastrón, un viejo muy roñica y miserable. Se encaminaron hacia ella y cuando llegaron a la casa llamaron. Salió a la puerta un viejo, el viejo Camastrón, y los chicos le dijeron lo que les había pasado.

—Déjenos —dijo el mayor—, que pasemos la noche junto al fuego, y mañana nos iremos.

El viejo no quería tener a nadie en su casa; pero no se atrevía a decirles que no, porque luego dirían

las gentes que había dejado en el bosque y con el frío a tres criaturitas como aquéllas. Así que fué y les dijo:

—Os dejaré que paséis la noche aquí, junto a los leños del hogar, si me contáis un cuento nunca oído y nunca visto; un cuento maravilloso, que no se parezca a nada y que no le pueda ocurrir a nadie en este mundo.

* * *

El mayor de los hermanos se quedó un momento pensativo al oír aquella salida del viejo. De sobra comprendió que el viejo le ponía aquella condición como pretexto para no darles asilo, porque esperaba que al muchacho no se le podría ocurrir un cuento semejante, y no tendría, por tanto, que ofrecerles la casa para que pasaran la noche. El chico, sin embargo, le contestó.

—Sí, conformes; yo te contaré ese cuento. Será un cuento nunca visto, un cuento en el que pase lo que nadie se pueda figurar. Tú mismo habrás de decir: «Esto no es posible..., no es verdad... Eso que estás contando no es verdad...». Tan extraordinario será el cuento. Pero oye: si yo te cuento el cuento y lo acabo sin que tú digas: «¡No es verdad! Eso es mentira... Eso no puede haber pasado... ¡No es verdad!», si tú no dices eso, me darás cincuenta palos; pero si tú me lo dices, tendré que dártelos yo a ti. ¿Te conviene?

—Me conviene —dijo el viejo—. Puedes empezar cuando quieras.

Y el mozo se puso a contar el cuento:

—»Mi padre y mi madre tuvieron tres hijos con tres piernas, y yo tenía un caballo con tres patas y media. Un día monté en el caballo y me fui al fondo del mar. Allí corté leña y la puse a secar. Cuando ya estuvo bien seca, la cargué en el caballo y quise volverme a casa. El hacha que llevaba colgando de la silla, le iba dando al caballo conforme andaba, y resultó que a fuerza de darle golpes fué el hacha cortando el caballo, hasta que lo cortó por la mitad. Entonces yo, ¿qué hice? En

una mitad del caballo me puse yo y en la otra mitad cargué la leña.

—»Ve a casa y lleva la leña —le dije a la mitad del caballo que tenía la carga—. Y a la otra mitad le dije: ¡Arre! Vamos a correr por el mundo.

»El caballo se fué por los aires cantando mientras volaba y fuma que te fuma de su pipa.

»Tres días anduve en la mitad de mi caballo, cuando, de pronto, me encontré con la otra mitad, los cuartos traseros del caballo, que había yo mandado a casa con la carga de leña, y que ahora estaba allí en medio de un prado, pastando tranquilamente. Entonces volví a juntarlo con la otra mitad. Cosí una mitad con la otra con una aguja, y seguí andando.

»Fuí después con mis hermanos al país donde los ríos corren contra la corriente y donde algunas veces se suben a los árboles.

»Vamos a ver —dije yo a los primeros hombres de aquel país que me encontré en mi camino—, ¿qué hay aquí más caro y qué hay más barato?

»Las moscas son baratas y los bueyes son caros; pero allí, en la tierra azul, detrás del mar azul, las vacas y los bueyes se venden por cualquier cosa y, en cambio, las moscas se pagan a precio de oro.

»Yo entonces ya supe qué hacer: cazar moscas para luego ir y venderlas allí en el otro lado, en la costa azul de allá.

»Nosotros nos pusimos a cazar moscas, y cuando tuvimos un buen saco nos preparamos para ir a la tierra azul. Pero ¿cómo pasar el mar? Nosotros habíamos estado muchas veces andando por el fondo del mar siete y ocho días; pero andar más de una semana por el fondo del mar cansa mucho, y para llegar a la tierra azul hacía falta estar andando más de quince días. Mis hermanos estaban muy afligidos porque no podían ir al país azul; pero yo me monté en el saco de moscas, echaron todas a volar y me llevaron al otro lado en menos que se cuenta. Una vez allí, cambié el saco de moscas por un rebaño de vacas.

»Entonces apareció otra dificultad: para llevarse las vacas al otro lado haría falta un barco, y si alquilaba un barco iba a gastar en el alquiler el dinero que pudiera ganar vendiendo las vacas luego. Si me echo a nadar —pensé yo—, el rebaño se irá al fondo del mar, y si hago el camino a pie, por el fondo, las vacas no van a saber andar como por esa tierra y se van a quedar a lo mejor por el camino».

El viejo de las barbas grises dejaba hablar al mozo y le escuchaba, acariciándose de cuando en cuando la barba tranquilamente, sin decir palabra.

El mozo siguió diciendo el cuento con la misma tranquilidad que el viejo.

* *
*

—»Entonces —siguió el mozo—, se me ocurrió una cosa: cogí una vaca por la cola, y, dándole vueltas en el aire con todas mis fuerzas, la tiré hacia la otra orilla. Dió dos vueltas en el aire y cayó justamente en el sitio de la orilla donde mis hermanos esperaban. Así fui pasando el rebaño todo. Sólo me quedaba un buey. Con ese buey hice lo mismo que con las otras reses; le di vueltas y vueltas para tirarle al aire con fuerza; pero, en vez de soltarle, seguí agarrado a la cola y, como llevaba tanta fuerza, me llevó a mí también.

»Ahora que sucedió una cosa entonces con la que yo no contaba. Llevaba el buey tanta fuerza y fuimos por los aires tan arriba, tan alto, tan alto, que entramos en las nubes. Allí vi que la gente iba descalza, y se me ocurrió dedicarme a zapatero. No tenía más que bajar por las vacas, quitarles la piel y subir allí otra vez con las pieles ya curtidas.

»Pero ¿cómo subir y bajar? Entonces se me ocurrió una cosa: con la piel del buey que me quedaba hice correas muy largas, que até unas a otras. Las colgué de una nube y me bajé escurriéndome por ellas. Faltaban ya solamente dos o tres kilómetros para llegar al suelo, cuando vi que un ratón que había

bajado de la luna por la correa la estaba royendo, royendo.

»Tanto royó el ratón, que rompió la correa; caí entonces en un charco. Había mucho fango y me quedé allí sin poder salir, atascado, con sólo la cabeza fuera del barro del charco. Una zorra vino volando por los aires y puso el nido encima de mi cabeza.

»Entonces vino un lobo a querer-se comer a la zorra, y la zorra echó a volar; pero yo aproveché aquel momento para agarrarme a la cola y, al echar a volar, tiré de mí, sacándome del barro. Cuando ya estaba fuera del barro, tiré más de la cola y se la arranqué. La zorra siguió volando y yo me quedé con la cola entre los dientes. Dentro de la cola había un paraguas; lo abrí y me sirvió de paracaídas para bajar a la tierra sin hacerme daño.

»Caí al pie de una montaña que era tan alta, tan alta, que no se veía el final; en mitad de la montaña estaba el dragón «Traganiños» dejando que el Pez-Tijera le cortase los pelos de las barbas. En cuanto el dragón me vió, se preparó para tirarse sobre mí y tragarme. Pero yo entonces me monté en un saltamontes y, de un brinco saltamos el monte, cayendo a dos metros de aquí, al pie de una encina. Partí una nuez; había dentro una caja y en la caja un papel que decía:

—»Haz lo que está escrito por la otra cara del papel y verás cómo el viejo Camastrón te da la mitad del dinero que tiene guardado en sus arcas, porque ese dinero no es suyo.»

—Eso es mentira, ¡mentira! —gritó furioso el viejo Camastrón.

Pero el pequeño le dijo:

—¿Cómo que es mentira? Es verdad y muy verdad...

—No es verdad, no, señor...

—¿Que no es verdad?

—No es verdad.

—Pues entonces, ¡he ganado!

—dijo el chico—. Te he ganado la apuesta. Prepara las costillas. Si es mentira, he ganado la apuesta y tengo derecho a darte los cien palos que me ibas a dar tú y a que pasemos la noche junto al fuego.

El viejo Camastrón le dió la mitad de aquel dinero con tal de que no le diera los cien palos, y el mozo y sus hermanos compraron con aquel dinero unas tierras y pudieron en adelante ser ricos y felices.

*Y colorín, colorín, — el cuento de Camastrón,
roñica, ruin, y bribón, — y del listo pequeñín
llegó, por fin, a su fin, — y se fueron a Chinchón
haciendo chin chin, chin chin, — y haciendo tolón, tolón.*

MANUEL ABRIL

N.º 61

HISTORIA DE UNA DOCENA DE QUESOS

—¡Hasta la vuelta!

—¡Hasta más ver!...

—Lo más tarde posible... (Esta última frase fué dicha por lo bajo por la señora N...).

Mientras, Mufflo se alejaba, ruda-mente traqueteado por los muelles férreos de un coche de campo, que parecían indignados de estas carga máxima. Por otra parte, no había recorrido un kilómetro de aquel camino, estriado de baches endurecidos, cuando Mufflo sintió una viva inquietud por los saltos del carricoche...

—Diga usted, mayoral... ¿No engrasa usted a menudo sus ruedas?

—La grasa... para la sopa...

—Ya lo noto.

—¡Pues la suya no debe estar muy sobrando de ella... porque usted se la debe llevar toda!

Y el campesino, con el látigo colgado del cuello, guiñó maliciosamente un ojo, como aludiendo a las rechonchas carnes en que se abrigaba el alma de Mufflo.

Esa alma estaba aquel día de un humor detestable... ¡No me hablen ustedes del campo en primavera!... Hace calor al sol, frío a la sombra... ¡Agua, barro, nubarradas!... ¡Puach!

De sus vacaciones de Pascuas Mufflo no conserva sino un buen recuerdo: una caja con doce quesos, que conduce amorosamente en sus rodillas, como una madre llevaría la cuna de su primer hijo, desprendiéndose de la caja un perfume talmente fuerte y pesado, que el mismo mayoral, a pesar de la incómoda carretera, barrida por todos los vientos, se siente atraído por él.

—Son de Maironelle, ¿no es verdad?

—¡Y de los buenos!

Respuesta inútil; el bulto hablaba por sí mismo con la lengua elocuente de las cosas. Ustedes sabrán ya que el Munster es una fina caja de polvos de arroz en comparación de los poderosos medios de acción de que dispone un simple Maironelle en el estado normal de su adolescencia; yo digo honradamente las cosas.

Adulto, obliga a retroceder a los bravos. Y en el otoño de su vida hace, sin asombrarse, sus dieciocho nudos por hora, y posee un radio de acción que no alcanza ninguno de los quesos actualmente conocidos.

En el andén de la estación de Tergnier, Mufflo, como las gentes que no tienen nada que hacer, pasea sus quesos, esperando la formación del tren.

Instintivamente todo el mundo se aparta, atisbándose con desconfianza los unos a los otros... Hay esa tarde algo de anormal en el aire, y nadie quiere ser sospechado.

Y Mufflo piensa en lo más hondo de sus meninges, y se habla a sí mismo:

—¿Será preciso colocar mis bultos en el furgón de equipajes?... ¡Pero hacerlo así, querido, es lo mismo que declararlos!... ¡Luego, cuesta diez céntimos... y, en fin, que corren el riesgo de que los aplasten!... ¡Por otro lado, si subes con ellos al coche, todo el compartimento se va a rebelar... a amotinarse!...

Y la irresolución atenaza el espíritu de Mufflo.

De pronto, una idea.

—He ahí un sacerdote que pone el pie en los estribos de un compartimento de segunda clase, colocando

su maleta en la red y bajándose luego a pasearse tranquilamente por el andén... ¡Perfectamente! ¡Oh quesos amigos! ¡Deslizaos bajo su asiento suavemente!... ¡No habléis!... ¡No oláis!... ¡Hacerme traición sería un gran pecado!... ¡Iréis solos con él!... ¡Yo me instalo en el compartimento de al lado!... ¡Una sola tabla, un simple delgado tabique me separará de vosotros!... ¡Y cuando todo el mundo se baje en París, me acercaré con disimulo y os recobraré!... ¡Ea! ¡Apretaos un poco!... ¡No os golpeéis!...

Y en el mismo momento en que el señora cura se disponía a subir, Mufflo, con su aire cándido terminaba su operación,

Noyon... Compiègne... Creil... Chantilly... París. ¡Al coche!

En un abrir y cerrar los ojos el tren se llena; el señor cura sube a su compartimento, y tras él dos señoras... una señora, una niña, luego un tercer viajero... Un silbido... una lejana respuesta de la locomotora, y el tren se pone en movimiento y se lanza hacia Channy a una velocidad de expreso.

Al cabo de tres minutos todos se miran con ojos interrogadores..., ojos sospechosos, indignados... Luego aumenta la inquietud... se suceden la ansiedad y la angustia... Abren las ventanillas... se abanicen..., y de pronto el pie del sacerdote encuentra la caja bajo el asiento, adivinando en el acto.

Hombre decidido, toma en seguida su partido:

—Perdón, señora, ¿es de usted esta... cosa?

—¡Oh señor cura!...

—¿Y de usted, señor?

—¡De ningún modo!

—¿Ni de usted, señor?

—¡Tampoco!...

Entonces el señor cura coge la caja con la punta de los dedos, y, ayudado por un animoso vecino, la coloca en el reborde de la portezuela, balanceándola unos segundos.

—A la una..., a las dos... ¡Suéltela!...

Y de lo alto de la vía los doce Maironelles describieron una larga

trayectoria y fueron a caer en un campo de trigo.

En su compartimento Mufflo piensa con los ojos hundidos en una especie de beatitud, en la campiña, que parece huir ante la ventanilla del tren.

—Esos quesos me son doblemente queridos... ¡Se convierten en verdaderos amigos para mí, casi en compañeros de armas!...

Se levanta de su sitio, y por el pequeño ventanillo triangular en que pende irónicamente el timbre de alarma, atisba el compartimento vecino. El señor cura lee tranquilamente su breviario... Todos parecen satisfechos, algunos charlan riendo... Deben ser todos unos sandios... ¡A tales gentes se les puede confiar todo!... ¡Bah! Hasta hubiera podido colocar al cura mis doce Maironelles sobre las rodillas diciéndole:

—¡Lléveme usted eso! ¡Yo voy aquí al lado!

Y a cada momento observa, asombrado, la tranquilidad de los viajeros.

—¡Pues no creo que se hayan asfixiado!

Dos horas después el tren entra, al fin, en la estación.

—¡París!, ¡París! ¡Todo el mundo abajo!...

Los viajeros saltan de los vagones. Mufflo, uno de los primeros, se planta en el andén, y oculto tras una columna de fundición, vigila el compartimento donde duermen sus quesos.

El señor cura se va a apeaar el último. En ese instante, suprema coquetería, siente el deseo de gloriificarse de su hazaña y se acerca a mirar bajo la banqueta.

—...???

—¿Busca usted algo, señor? —dice sencillamente el sacerdote.

Y, después de que Mufflo, todo sofocado, explora, aunque en vano, bajo las dos banquetas, mira al señor cura con aire desconcertado, pasmado, estupefacto:

—¡Esto sí que es chusco! —gruñe para sus bigotes.

—¡Vaya una cosa nueva! ¡Se han evaporado!

PIERRE L'ERMITTE

LOS TRES CUERVOS

(cuento escenificable)

—¡Mi general!
—¡Coronel!
—Es mi deber comunicarle que ocurren cosas muy particulares en el campamento.

—Diga usted, coronel.

—Se sabe, de una manera positiva, que uno de nuestros soldados se sintió ligeramente indispuesto, en un principio; luego creció su malestar; más tarde experimentó una terrible angustia en el estómago, y por fin, vomitó tres cuervos vivos.

—¿Vomitó qué?

—Tres cuervos, mi general.

—¡Cáspita!

—¿No le parece a mi general que este es un caso muy particular?

—¡Particular, en efecto!

—¿Y qué opina usted de ello?

—¡Coronel, no sé qué opinar! Voy a comunicarlo en seguida al Ministerio. Con que son...

—Tres cuervos, mi general.

—¡Habrá alguna equivocación!

—No, mi general; son tres cuervos.

—¿Usted lo ha visto?

—No, mi general; pero son tres cuervos.

—Bueno, convengo en ello, aunque no me explico; ¿quién le informó a usted?

—El comandante Epaminondas.

—Hágale usted venir en seguida, mientras yo transmito la noticia.

—Al momento, mi general.

—¡Comandante Epaminondas!

—¡Presente, mi general!

—¿Qué historia es aquella de los tres cuervos que ha vomitado uno de nuestros soldados enfermos?

—¿Tres cuervos?

—Sí, comandante.

—Yo sé de dos, nada más, mi general; pero no de tres.

—Bueno, dos o tres, poco importa. La cuestión está en averiguar si, en realidad figuran verdaderos cuervos en el caso de que se trata.

—De figurar, figuran, mi general.

—¿Dos cuervos?

—Sí, mi general.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Pues la cosa más sencilla, mi general. El soldado Pantaleón dejó una novia en su pueblo que, según la fama, es una muchacha morena con mucha sal y pimienta. ¡Qué ojos aquéllos, mi general, que parecen dos estrellas! ¡Qué boca!

—¡Comandante!

—¡Presente, mi general!

—Sea breve y omita todo detalle inoficioso.

—¡A la orden, mi general!

—¿Qué hubo, al fin, de los cuervos?

—Pues bien; el muchacho estaba triste por la dolorosa ausencia de aquélla que sabemos, y no quería probar el rancho ni probar nada, hasta que cayó enfermo del estómago y le dió por vomitar sin término. En una de esas, ¡puf!..., dos cuervos.

—¿Usted tuvo ocasión de verlos?

—No, mi general; soy referente.

—¿Y quién le dió a usted la noticia?

—El capitán Aristófanes.

—¡Acabáramos! Dígale usted que venga inmediatamente.

—¡En seguida, mi general!

—¡Capitán Aristófanes!

—¡Presente, mi general!

—¿Cuántos cuervos ha vomitado el soldado Pantaleón?

—Uno, mi general.

—Acabo de saber que son dos, y antes me habían dicho que tres.

—No, mi general; no es más que uno afortunadamente; pero con todo, salvo la respetable opinión de mi jefe, me parece que basta uno para considerar el caso como un fenómeno inaudito...

—Pienso lo mismo, capitán.

—Un cuervo, mi general, nada tiene de particular, si le consideramos

desde el punto de vista zoológico. ¿Qué es el cuervo? No le confundamos con el cuervo europeo, mi general, que es el «corvus corax de Linneo». La especie que aquí conocemos está incluida en la numerosa familia de las rapaces diurnas, y yo tengo para mí que se trata del verdadero y legítimo «Sarcoranfus», puesto que representa las respectivas cararúnculas alrededor de la base del pico, en lo cual se diferencia del «vultur papa», del «catartus» y aun del mismo «californianus». Difieren, no obstante, las ilustradas opiniones de los zoólogos en la palabra gallinazo.

—¡Capitán!

—¡Presente, mi general!

—¿Estamos en clase de Historia Natural!

—No, mi general.

—Entonces, vamos al grano. ¿Qué hubo del cuervo que vomitó el soldado Pantaleón?

—Es positivo, mi general.

—¿Usted lo vió?

—Tanto como verlo, no, mi general; pero lo supe por el teniente Pitágoras, que fué testigo del hecho.

—Está bien. Quiero ver en seguida al teniente Pitágoras.

—¡Será usted servido, mi general!

—¡Teniente Pitágoras!

—¡Presente, mi general!

—¿Qué sabe usted del cuervo?...

—Ya, mi general; el caso es raro en verdad, pero ha sido muy exagerado.

—¿Cómo así?

—Porque no es un cuervo entero el de la ocurrencia, sino parte de un cuervo, nada más. Lo que vomitó el enfermo fué un ala de cuervo, mi general. Yo, como es natural, me sorprendí mucho y corrí a darle aviso a mi capitán Aristófanes; pero parece que él no me oyó la palabra ala y creyó que era un cuervo entero; a su vez, llevó el dato a mi Comandante Epaminondas, quien entendió que eran dos cuervos, y pasó

la voz al coronel Anaximandro, quien creyó que eran tres.

—Pero... ¿y esa ala o lo que sea?

—Yo no la he visto, mi general, sino el sargento Esopo. A él se debe la noticia.

—¡Ah, diablos! ¡Que venga ahora mismo el sargento Esopo!

—¡Vendrá al instante, mi general!

—¿Sargento Esopo?

—¡Presente, mi general!

—¿Qué tiene el soldado Pantaleón?

—Está enfermo, mi general.

—Pero, ¿qué tiene?

—Está trasbocando.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche, mi general.

—¿A qué hora vomitó el ala del cuervo que dicen?

—No ha vomitado ningún ala, mi general.

—Entonces, pedazo de jumento, ¿cómo has relatado la noticia de que el soldado Pantaleón había vomitado un ala de cuervo?

—Con perdón, mi general, yo desde chico sé un versito que dice:

Yo tengo una muchachita
que tiene los ojos negros
y negra la cabellera
como las alas del cuervo.

Yo tengo una muchachita

—¡Basta, majadero!

—Bueno, mi general; lo que pasó fué que cuando vide a mi compañero que estaba gomitando una cosa oscura, me acordé del versito, y dije que había gomitado negro como el ala del cuervo.

—¡Ah, diantres!

—¡Eso fué todo, mi general, y he corrido la boquilla!

—¡Retírate al instante, zopenco!

Dióse luego un golpe en la frente el bravo jefe y dijo:

—¡Buena la hemos hecho! ¡Creo que puse cinco o seis cuervos en mi información como suceso extraordinario de campaña!

JOSÉ ANTONIO CAMPOS
(ecuatoriano)

ARROZ CON ALMEJAS

(escenificable)

—¡Hombre! ¡arró con armeja!...
 ¡Y que no me gusta a mí ná el arró con armeja!... ¡Y que no jace mucho tiempo que no me güele a mí la boca a arró con armeja!... Y que no va a sé banquete er que me voy a da!... ¡Eres una mujé de las de rejastallí!

—Perico, er der pescao, ha traído de Güerva unas poquita, y como sé que te gustan tanto, dije: po le compraré al arma mía una cuarta si quiera, y se las guisaré con arró pa que armuerce... ¡Y que están poco frescas!...

—Dame una, pa probarla, sin arró ni ná.

—Anda; acaba la tarea, y entonces te pues sentá a comé, jasta que te lo atientes con er deo... No me gusta andá zaranguteando las comías.

—¡Mujé, un bichito na más, a moo de tapa!

—¡Acaba, y te jartarás!...

—Le habrás echao su poquito e perejé.

—¡Po no que no!

—Y su dientecito e ajo.

—¿Su diente?... ¡Una entaúra!

—¡Anda, mujé, dame un bicho!

—¡Pero qué atestao ere!... Acaba y siéntate... Cabarmente lo acabo de arretirá de la jornilla, y pué esperá lo menos media hora. ¡Mía tú el arró, con lo que tarda en enfriarse!

—Jasta er reflán lo dice, ¡córcholis!: si tu mujé te dice que te tires de un tejao abajo. píele a Dió que sea bajo... Acabaré la faena y nos veremos las caras con esa señá cazuela... ¡Jasta aquí llega el oló...! ¡Dios, qué banquete!...

—¡Ar primer tapón, zurrapa!... ¡La primera que he cogió no tiene bicho! ¿Qué es eso? ¿Tú no armuerzas?

—¡No he amaneció güena del estógamo, y quizá me purgue cuantito que llegue a casa!

—¡Por vía é!... ¡¡otra sin bicho!!

—¿Y tú no sabe que a muchas se le salen con er meneo, y a lo mejón

hay una con dos o tré, y dos o tré con ninguno?... Descudia, que los que no estén en la cáscara, en el arró tienen que está...

—¡Ahí está la cosa, ¡córcholi!, que rebusco con la cuchara, y no encuentro ni uno.

—Pontonce va a sé mesté darle la razón a lo que me dijo Perico er pescaero: que le parecía que eran machos...

—¿Macho?... ¿Pero hay armejas macho?

—¡A ve!... ¿Y no los hay en toa clase de animales?... Po unas serán macho y otras serán jembras... ¡Como las personas, vaya... aunque en mala comparación!

—¿Y entonces las macho no tienen bichos?

¿Qué habían de tené, criatura? Has visto tú en er mundo ningún caballo con potriquitos, ni ningún güey con becerros, ni ningún gallo con pollitos alreó?... Po los bichos son los hijo de las armeja y por eso las macho no los tienen...

—¡Lo que sabe este cuerpo!

—¡No hombre, no es sabiduría, sino que las mujeres, que semos las que guisamos, entendemos más de esas cosas que los hombre.

—¡La cosa es que el arró está atró de güeno, y que a farta de los bichos, ¡de primera!... ¡vaya un salero que tienes pa guisá!... ¡de esto a los bodrios e mi madrastra!

—¡Viví pa vé! ¡Miusté que no haberse enterao uno, con treinta y tres años a la cola —¡la edá de Cristo!— que hay armejas jembras y armejas macho!... ¡Y así debe de sé, bien mirao!... sus machos y sus jembras, pa... que no se acabe er mundo! Catusté ahí una cosa que es de clavo pasao y que uno no había echao cuenta en ella!... Y lo que dice mi mujé: los bichos serán las crías y por eso no andarán alreó de los machos. ¡Justo!... como los pollos alreó de las gallinas... como los potricos a la rastra de las yeguas...

como los becerrillos etrás e las vacas!... ¿Ande han de está los animalitos más que ar caló de la madre?... ¡Viví pa vé, viví pa vé!... ¡Misté que no sabe uno más que cavá!... ¡Cudiao con el atraso!...

— ¡Hombre, Perico: ar propósito!
¿Con que hay sus armeja jembra y sus armeja macho?

— ¡Es natural!

— ¿Y en qué se le conocen antes e guisarla?

— ...Po... ¡en ná!... ¿En qué se le van a conocé?...

— ¿Po tú no le dijiste esta mañana a mi mujé que las que había traído de Güerva eran toas macho y que por eso no tenían bichos?

— ¡Vamos! ¡Tú estás peó!... ¿Ande has visto tú en er mundo armejas sin bicho? ¡Machos, o jembras, o como quieran sé!... ¿Pero armejas sin bicho? ¡Cuando se han comío ya y se han tirao las cáscaras al istierco!... Las armejas que yo

he traído de Güerva, y que le he vendío esta mañana a tu mujé (lo cuá que se comió unas pocas en er puesto), tenían toas sus bichos correspondiente, como Dios manda, y cá bicho der grandó de una castaña pilonga, porque eran de las negras de Isla Cristina. Ahora, si tu mujé, que ha sío siempre mu lambrucioncísima y mu chupetona, se ha comío los bichos y te ha guisao a ti las cáscara, como ustedes decéis, o las conche-na, como decimo las persona que sabemos hablá, eso no tiene la culpa er comerciante.

— ¡Po si ella me dijo que tú le dijiste que eran toas macho y que por eso no tenían bicho!...

— Po te ha tomao er pelo: pa que te entere.

— ¿Con que así?

— Como lo oyas!

— ¡Déjate que llegue a casa, que le voy a poné las narices... como un cascabé pisao!...

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

N.º 64

PETICIÓN DESINTERESADA

...Tendría su medio siglo. Pero si se le querían añadir de cominitos media docena de años, también los admitía tan guapamente; no pondríamos la mano en el fuego porque no hubiese cumplido los sesenta. Era hombre desmedrado de estatura, desgastado de indumentaria, limpia como si estuviese loco y tuviese la monomanía del aseo, muy rapado de barba, muy peinado de pelambre y muy pintado de bigote, por donde ¡vaya usted a poner puertas al campo... de la imaginación! hubiéramos roto lanzas porque fuese barbero.

Estaba de rodillas ante el altar, y por ende de espaldas a la colecturía; con el sombrero bombín sobre las corvas, los ojos en la imagen, los brazos en cruz y el alma en los labios; y como se viese solo y sin testigos de vista ni de oído, he aquí que empezó a decir, exhalando un suspiro como si el alma se le arrancase:

— Señor mío Jesucristo... Dios y hombre verdadero... Criador y Re-

dentor mío... Jesús mío del perdón, de mi alma... Padre de mi corazón. ¡Por tu pasión y muerte, Jesús mío! ¡Por... las lágrimas de tu Madre y Señora mía... de la Soledad, que yo soy hermano suyo de la cofradía de San Lorenzo y salgo todos los años de hermano de canastilla!... ¡¡Por el Santísimo Sacramento del Altar!! ¡¡¡Por lo que Tú más quieras en el mundo... y en el otro!!... ¡¡¡Por la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero!!... ¡¡¡Que mañana se juega, Jesús mío!!... ¡Que no se te olvide el número!... ¡¡Catorce mil novecientos treinta y siete!!

¡No por mí, Jesús mío de mi alma del Perdón, sino por aquella casa de familia, sin más amparo en el mundo que la miseria que viene uno a ganar! ¡Ocho, ocho, Jesús mío, contando con mi suegra, y la casa nueva! ¡¡Nueve bocas... abiertas en mi corazón, todas a la clemencia del

cielo, como Tú no lo remedies con tu poder divino!! ¡¡Que no se te olvide el número, por el amor de Dios!! ¡Catorce mil novecientos treinta y siete! ¡Jesús mío de mi alma! ¡¡Compasión de este infeliz!!

—¡Vaya!— decía yo entre tanto, compadecido del novenario de bocas abiertas en el corazón del cuitado—, habrá jugado a la lotería de mañana y viene a pedir al Señor el *apósito* de un premio. Dios premie tanta fe y acoja benignamente tan ahincada oración. ¡Pobrecito!

Cuál no sería mi sorpresa, cuando oí que decía, con las manos cruzadas sobre el pecho:

—¡Que yo no quiero ni pensar que venga premiado! ¡¡Jesús mío de mis entrañas, que no llegue a venir ni en la pedrea!! ¡¡Catorce mil novecientos treinta y siete!!! ¡¡Que no se te olvide, por los clavos de... tuyos!!!

—Yo me hacía cruces. ¡Pedir con tanta instancia hombre tan necesitado que no fuera a tocarle la lotería!... ¿Era una de esas almas desasidas de todo lo terreno, que ven en la riqueza un obstáculo insuperable para la salvación, candidatos seguros para la bienaventuranza, como supremos pobres?... Pero si no quería dineros, ¿por qué demontres jugaba a la lotería? Y si estaba tan enamorado de la pobreza voluntaria, ¿por qué se lamentaba de las nueve bocas con que le había agasajado el Dios que todo lo dispone con suavidad? Yo estaba aturrullado.

Y prosiguió mi hombre la siguiente letanía, con la voz entrecortada por los sollozos, golpeándose el pecho a cada jaculatoria:

—¡Por tu oración del huerto! ¡¡Que no me salga!!

¡Por tu columna y azotes! ¡¡Que no me salga!!

¡Por tus tres caídas... que también soy hermano de la cofradía de San Isidoro! ¡¡Que no me salga!!

¡Por la Santa Mujer Verónica! ¡¡Que no me salga!!

¡Por tus siete Palabras en la Cruz! ¡¡Que no me salga!!

¡Por tu muerte santísima! ¡¡Que no me salga!!

¡Por la soledad de tu Madre! ¡¡Que no me salga!!

¡Por San José de Arimatea, y Nicodemus, y San Juan Evangelista, y las tres Marías, y el Santo Sepulcro! ¡¡Que no me salga!!

¡¡Por... las sibilas del Santo Entierro!! ¡¡Que no me salga!!

—Pero ¿por qué ese horror? —seguía yo diciéndome— a que le salga la lotería? ¿Tiene más que repartir entre los pobres lo que le toque, y hasta romper el décimo para que le sea imposible el cobro, ya que tanto parece repugnarle el poder llegar a ser infiel a la pobreza, con la que se ha desposado a lo Francisco de Asís?

Y añadía el sin ventura, con el afán con que el naufrago se agarra a la tabla salvadora:

—¡Cinco años, Jesús mío! ¡cinco años, en memoria de tus cinco llagas, prometo venir a verte día por día, que llueva, que ventee! Pero no me desampares, por las ánimas benditas del purgatorio! ¡Que no se te olvide el número! ¡¡Catorce mil novecientos treinta y siete!!

Como en esto llegasen por distinto lado una vieja encorvada y angulosa y un caballero de noble porte, y una y otro se arrodillasen ante el altar, nuestro orante dejó de orar en alto. Tornó a ponerse en cruz por espacio de tres credos; besó el suelo tres veces con la mayor humildad y compostura; recogió el bombín, que se le había rodado de sobre las corvas; se alzó del suelo y se limpió las rodilleras, y, santiguándose de despedida, desapareció de la escena en derecho de la puerta del Lagarto.

Al día siguiente

—¡Sinvergüenza! ¡Ladrón! ¡Afeitamueertos!

—¡A la cárcel! ¡Al pópulo! ¡A la casilla!

—¡Dale un trancazo! ¡Pégale un tiro!

—¡Bribón! ¡Reladronazo! ¡Diego Corriente!

—Pero ¿qué ocurre? —preguntamos al remendón de la esquina, que arengaba a la turba sediciosa como Marat.

—¡Ahí es ná lo del ojo! Que er

tío ese ha dao partisipación a medio barrio en un dêsimo e lotería que no compró; ha venio premiao con er gordo, y misté ponde nos vamos a esayuná con chuletas de barbero. ¡Anda ahí con él! ¡¡A cuarto la vara e tripa!!

—¿Y recuerda usted el número?
—¡Er catorse mi novesiento treinta y siete!
—¡¡Jesús mío del Perdón!!

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

N.º 65

INSTANTÁNEAS

EL GALLEGUITO

Había en Cádiz un galleguito muy pobre, que quería ir al Puerto para ver a un hermano suyo que era allí mandadero, pero quería ir de balde.

Púsose en la puerta del muelle a ver si algún patrón que fuese al Puerto lo quería llevar. Pasó un patrón que le dijo:

—Galleguño, ¿te vienes al Puerto?

—Eu non tengu dineriño; si me llevara de balde, patrón, iría.

—Yo no, contestó éste; pero estáte ahí, que detrás de mí viene el patrón Lechuga que lleva a la gente de balde.

A poco pasó el patrón Lechuga, y el galleguito le dijo que si le quería llevar al Puerto de balde, y el patrón le dijo que no.

—Patrón Lechuga, dijo el galleguito, ¿y si le canto a usted una copliña que le juste, me llevará?

—Sí; pero si no me gusta ninguna de las que cantes, me tienes que pagar el pasaje.

A lo que se convino el galleguito, y se hicieron a la vela.

Cuando llegaron a la barra, esto es, a la entrada del río, empezó el patrón a cobrar el pasaje a los que venían en el barco; y cuando llegó al galleguito, le dijo éste:

—Patrón Lechuga, allá va una copliña. Y empezó a cantar:

Si foras a miña terra
y preguntaren por mí,
eu dices que estoy en Cádiz
vendiendo ajua e anís.

—¿Ha justado, patrón?, preguntó en seguida.

—No, respondió el patrón.

—Pues, patrón, allá va otra.

Patrón Lechuga, por Dios,
jústete alguna copliña,
purque a lus cuartos míos
hanle entrado la murrña.

—¿Ha justado, patrón?

—No.

—Pues allá va otra:

Jalleguño, jalleguño,
non seas más retraecteiro,
mete a mano en a bossa;
paja al patrón su dineiro.

—¿Ha justado, patrón?

—Esa sí.

—Pues non paju, dijo alegre el galleguito. Y se fué sin pagar.

EL HOLGAZAN

Había una vez un hombre que le huía mucho al trabajo. Pasóse el verano holgando, no hizo su agosto, y cuando llegó el invierno, se encontró sin polainas y sin tener con qué mercarlas. En este apuro se fué a un compadre suyo, y le preguntó qué le parecía que hiciese. El compadre le respondió que se las fuese a pedir al *Cristo del Gran Poder*, que era un Señor muy milagroso. Así lo hizo el holgazán; fuése a la iglesia, y le dijo a la efigie del Salvador:

¡Oh Señor del Gran Poder!
que todo el mundo gobiernas,
dame, dame unas polainas,
para cubirme las piernas.

Pero la efigie le respondió:

Soy Señor del Gran Poder,
que todo el mundo gobierno;
compra polaina en verano,
y la tendrás en invierno.

FERNÁN CABALLERO

EL DE LAS ANIMAS

...Erase un cazador de esos que no tienen más que su escopeta, una casa de familia que mantener y un horror a la Guardia Civil, como el demonio a la cruz...

Pues señor, que mi hombre llevaba ya tres días sin salir a tirar, con todas las consecuencias «de casa y boca»; quiero decir: con la mujer, la suegra y cuatro chiquillos pasando cada carpanta que cantaba el credo, desde por la mañana a la noche a bofetada limpia con el hambre.

—Mamá, ¡que yo tengo hambre!

—Po yo también la tengo y me aguanto; de moo que si tienes hambre, róete un có.

—Mamá, yo quiero un durce, que va ahí un tío vendiéndolo. ¡Misté cómo apregona!

—¿Un durce? Er durcísimo nombre de Jesús: ¿lo quís más durce?

—Mamá, ¡que anoche no cenamo, y están tocando vísperas y estamo sin amorzá!...

—Mejón; con eso te ajorras de tené que purgarte... ¡Pero estos niños no sé qué se han creío!... Si tu padre no mata un conejo endeje que Dios nació, y se habéis comío ya tós los jigos del arca y tititas las papas que había en er soberao, y ¡la biblia... protestante, que fuá semenesté!... ¿qué me jago con ustede más que tirarme ar pozo, pa perderos e vista pa ciento y un día..., que no seis como otros niños, que se van por esos callejones y esas güertas..., y aquí unas pocas de jabas verdes y allí una lechuga, porque robá pa comé no es malo... allí una jarta de arazú y aquí manque sea er zancarrón de Mahoma, y no como ustede, que no querís na más que sus güenos potajes e chicharos y sus güenas cazolás e tomate... y eche usté cantos e pan, como si le dieran a una er trigo en la tajona?... ¡Andá! ¡Dirse!... Dirse ya de aquí, ande yo no los vea a ustedes, jasta que vengái jartos como trompos, aunque sea de pitas y jatunas, porque ¿qué sa-

be er cuerpo lo que se le echa?... La cosa es llená el estógeno, y jasta el reflán lo dice: —de paja o heno, er pancho lleno—. La cosa es comé, y que no me clavéis más cuchillos, piéndome lo que no tengo... ¿Veis la jacena?...

¡Masomé a la muralla,

respondió er viento!

¡po si es la orza'er pan, si se cae un ratón, se esnunca!...

—Mía, José, que de esta noche no pué pasá que sargas con la escopeta. Esto no se pué resistí, y en llegando a Flande no hay más Flande, y jasta er Seño lo dice: —«Ayúate tú, que yo te ayuaré»—. Es semenesté que sargas a recechá, a vé si quién las Animas benditas que mates argo, siquía pa que estas criaturas prueben la gracia de Dios antes e acostarse.

—Con un cartucho na más, que es tó lo que tengo, y pa eso emprestao, voy a poé matá to aquello... ¡Cuantico marre la puntería, ya está uno a pie!... Y si encima e tó lo barruntan a uno los civile, ya está emparrao er canasto... ¡vamos! ¡que no me atreivo!

—Po e semenesté que sargas, o que tomemos una eterminación. Las criaturas son criaturas, y sin comé no sé pué viví. Yo me estao encomendando a las Animas benditas, que jasta le he jecho una promesa, y me da er corazón que no van a dejá esampará a una casa de familia escaeciita e hambre. Y vas a matá ¡dos!... Como vengas con dos, Animas bendita de mi arma, ya lo sabéis: uno, pa ustede; pa echárselo en er cepillo lo más mucho o los más poco que se puea sacar por é; y el otro, pa esta casa de familia, ¡pa este mundo!, ¡porque cá casa es un mundo, y la mía, es mundo y medio!

Con que, anda, hermanito, vete a la entrá de los pinale y ponte a recechá, y verás cómo las Animas benditas nos jacen er milagro... Porque van a sé dos los que vas a matá

cuantito llegues. Uno, pa ellas, así se junta er mundo, que lo prometió es deuda; y el otro, pa nosotros, jecho pan. ¿Qué crees tú que tengo yo en er cuerpo, endeje esta mañana que me alevanté? ¡Po un botón! Un botón, que te lo iba a pegá en la chamarreta que te he estao lavando, y me lo eché en la boca pa que no me se perdiera, y me lo tragué sin sentí; ¡lo cuá que he tenío que peirle uno emprestao a mi Manuela!... ¡Mía qué fritá! Con que rézale a las Animas un Padrenuestro, con muchísima devoción, y muchísima fe, que es lo que mata o sana, y a tu entrá de tus pinale a recechá... ¡Dios aprieta, pero no ajoga!

—Güeno, sardré... Pero a vé qué jace un tiraó con un cartucho...

—¿Tú no sabes que Dió está en los cielo?... ¡A pares los ha de matar!

—
A José se le puso el pelo de punta, como se pone ante lo sobrenatural y milagroso... ¡Milagro más patente!..

¡Dos conejos!... ¡Dos conejos como... dos chivos, saliéndole a la vez

de dos matas distintas... en dirección encontrada, hacia un llanete que había en medio del palmar... ¡Dos conejos!... ¡El de las Animas y el suyo! ¡Su Francisca tenía que ser una santa para haber profetizado de aquel modo!

¡A ver, Animas benditas de su alma!... ¡A ver si se colocaban de manera que, con un disparo, se cobraran los dos!... ¡Padre nuestro que estás en los cielos!...

Y la escopeta a la cara, y el gatillo levantado... y el aliento contenido hasta la asfixia, y...

¡Y los dos conejos en línea recta con el punto, y ¡pluuu! una descarga que ensordeció los pinares!... ¡un conejo cayendo despatarrado sobre la arena, después de una voltereta en el aire sobre sí mismo... y otro... ¡ah! el otro corriendo como una exhalación, despavorido, desatentado!... ¡frenético! por entre los matorrales del apretado monte!...

—¡Dió! ¡¡Y qué móo de juí er de las Animas!!

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

N.º 67

NO HAY QUE PREOCUPARSE

(Soliloquio tranquilizador de un quinto)

De dos cosas, una es segura: que le movilicen a uno, o que no le movilicen.

Si no le movilizan... no hay por qué preocuparse.

Si le movilizan, es segura una de dos cosas: o que le dejen a uno a retaguardia, o que le pongan en el frente.

Si le dejan a uno a retaguardia... no hay por qué preocuparse.

Si le mandan a la línea de fuego, es segura una de dos cosas: que le pongan a uno en sitio seguro, o que le sitúen en lugar de peligro.

Si le ponen a uno en sitio seguro... no hay por qué preocuparse.

Si le ponen en sitio de peligro,

puede suceder una de dos cosas: que le hieran a uno, o que no le hieran.

Si no le hieren... no hay por qué preocuparse.

Si le hieren, es segura una de estas dos cosas: que le hieran de gravedad, o le hieran levemente.

Si le hieren a uno levemente... no hay por qué preocuparse.

Si le hieren gravemente, pueden ocurrir dos cosas: que se cure uno, o que se muera.

Si se cura... no hay por qué preocuparse. Y si se muere... ¡ya no puede preocuparse!

De una revista inglesa

LA PROMESA

(escenificable)

—¡Er Divino Nombre, qué par de arracás más jermosísimas, hija! ¡Sin sueño me traen!

—¡Madre, que la conosco a usté! ¡Quítese usté der sentío esas malas ideas y vamos a tené la fiesta en pa!

—Hija, Crotirde, es que es una cosa que me puede. ¡Como me llamo la Mejorana, que en mi vía he visto un par de sarsillos más relumbrantes!

—Bien están donde están, madre.

—¿Y quién dise lo contrario, Crotirde? ¡Que la médico los lusca toa su vía, y sea pa muchos años, porque, no esas arracás, una corona de estrellas y luseros se merese, por jermosa y buen tipo, y por tó: que tó lo tiene! Parese que dijo Dio: «¡Ea, voy a echá ar mundo una mujé guapa!» Y arremató, con ella, er tarro de la guapura. ¡Qué suerte de médico, hija! Porque ér vale poquita cosa.

—Feillo e.

—¿Feillo, niña, na má? ¡De esparda trasmina a feo! Pero ¿tú t'has fijao en su nari? ¡En dónde se ve, de barde, una nari tan diforme, y toa picá e viruelas? ¡Si parese que se l'han hecho a croché!

—¡Y es verdá!

—¿No es verdá? Y, alospués, tan canijo, tan torsío, tan pelúo... ¡Y pa remate, er bombín! ¿Dónde me dejas er bombín que gasta?

—Sí, lo que toca er bombín...

—¿Er bombín? ¡Er bombín es una «cosa»! ¡Un melón con alas es! Y hasta er mismito coló de los melones senisientos tiene. ¡Qué bombín más raro, hija! Porque yo... Tos los bombines que se ven son negros. ¿Coló de pansa de burra?... ¡Er suyo y na má que er suyo!

—Eso es verdá.

—¿No es verdá? Y er való que tiene el hombre. ¡Con lo refeo que e, plantificarse, ensima, ese bombín! ¡Se necesita való!

—¿Pos sabe usté qué le digo? Que argún resorte ocurto, arguna grasía, un «argo» debe er médico tené, por-

que cuando doña Pura era mosita, le paseaba la calle to er señorío del pueblo —y hasta er mismo teniente e la Remonta, que... ¡vaya planta de hombre, para una maseta con tan regüénisima tierra como doña Pura! —y ya ve usté: vino er médico y... En fin, que lo que le digo: argún don debe e tené.

—¿Qué don ni don? ¡«Din», «din», «din»! ¡Su dejesa, su cortijo y sus biyetes, que la encandilaron, hija! Ahora, que grasía a Dió, l'ha salío un marío que, hija mía, con bombín o sin bombín, eso es más güeno que una biscotela. Y no es que me l'han contaó, porque lo parpo y lo veo. Cuatro meses, que no son cuatro días, llevo «supliendo» en su casa y él, vamos, manque me vea, como me ve, remangá, jechesita una azacana, argosifando (aljofifando), como si fuera de su iguá me trata: sus «güenos días», sus «güenas tardes», su «usté lo pase bien», cuando dan las «oraciones» y me vengo pa casa... ¡Fino como un corá! Y con ella, con su mujé, ¡vayan mieles de los panales y asuca sernía y toíto lo durse que haiga en er mundo! ¡A qué quieres boca, la tiene! ¡El di a Sevilla sin vení con una presea? ¡Primero farta er so! ¡Antí le trajo un collá de arjofa que vale, bien vadrá... lo que se pía! ¡Y trasantié, una pursera con tres brillantes como tres amascos! (Damascos: albaricoques) ¡Pero lo que me tiene loquita son los pendientes, las arracás!

—¡Ya salieron las arracás!

—¡Qué arracás! ¡Si las vieras!... ¡Qué arracás!

—Milagrito será que no haga usté una de las suyas, madre. ¡Mire usté que es una casa mu güena y pa toa la vía, y a lo mejó se le enrean a usted las arracás en er fleco der mantón, y pierde usté la casa, y se pierde usté y nos perdemos tos!

—Tú déjame a mí.

—¡Mire usté, madre, que una cosa es traerse, por un descuido, una pa-

nilla de aseite, er pan que sobre, un puñao de asúca o una armorsá de garbansos, que eso casi lo manda Dio, y otra cosa es apandá una joya que, a lo peó, es la llave de un presidio!

—¡Déjate de presidios y no seas aspaventosa, niña, que eres tú mu niña pa darme a mí consejos!

—¡Madre, madre!...

—¡A ve si te callas! ¡Sincuenta años llevo yo roando por el mundo, y está por la primera ve que m'haigan a mí pillao enconá ni en tanto así!

—¡Pos encontrarse, s'ha enconao! ¡Con que... suerte que ha tenía!

—¡Religión es lo que tengo, pa que t'enteres, munchísima religión! Y si San Dermenegirdo (San Hermenegildo), rey de España, ese santo tan guapisimo, hija mía, que está, asín como se entra en la Parroquia, a la disquierda, metío en una hornasina del artá de mármol...

—¡Qué santo dise usted?

—¡San Dermenegildo, niña! ¡Por supuesto, no me extraña que no se pas!... ¡Ni nadie se fija en él! El pobre es tan menú y tan humirde y está tan escondiuto, que no hay quien l'haga caso. Unos, porque no lo ven, y otros porque se afiguran que es un sordao romano. Por eso yo, compadesía de él, soy su devota, y él, agradesío de mí, por sé la única persona que le resa, me consede toíto lo que pido. ¡Pregúntale y que te diga —que si pudiera hablá te lo diría— la de velas que le tengo yo ensendías, en mis casos apuraos, que de tos me saca en bien! ¡Tan chiquito, y es mi firme valedó! ¡Con un guiño na má, nos entendemos!

—¡Pero, madre!... Pero, ¿se figura usted que ni San Dermenegirdo, ni San Nadie, puede sé er valedó de sus... «enreos» de usted, por no desí sus...

—¡Te quieres callá esa boca? Pero ¿es que tú no crees en los milagros?

—¡No, señora! ¡En esos «milagros», no!

—¡Ya salió la «protestanta»! ¡Sí, hija, sí; «protestanta»; que seis toas las mositas de hoy en día «protes-

tantas» y na má que «protestantas»! ¡Qué poca religión!

* * *

—¡San Dermenegildo, rey! ¡Aquí me tienes, jincaíta de en roillas, mirándote embelesá! De casa der médico vengo. En er seno traigo las arracás de la médica. ¡Por los grandes martirios que te dieron!... ¡Por los siete luseros de tu manto, por los siete vangelitas, y los siete visios y las siete virtudes, mírame con compasión! Por lo pronto, ahí tienes una vela ya ensendia... y asina que echen de menos las arracás, y las busquen, y no las encuentren, y no den en er conque de que yo las tengo, y pase un mes, y se orvien y yo respire tranquila... ¡San Dermenegirdo, rey! te ofresco de ponerte una corona de oro fino, anlu-gá de esa vieja de latón enrenegrió que llevas, que ni una mano, siquie-ra, de porpurina l'han dao en lo que yo te conosco! Pero, óyelo bien, jermoso: mi corona va a sé de oro coronario, que no lo hay de más quilates. ¡D'oro coronario, rey! Y descuida, que yo siempre te he cumplío. Con que, si ar fin y a la postre, son pa mí las arracás, pa ti va se una corona, que ya verás qué corona. ¡Y no se hable más de esto! ¡Confía me voy en ti, y tú confía en mí, que te la traigo!

* * *

Lllaman a la puerta.

—¿Quién es?

—¿Está la Mejorana?

—Servidora.

—Abra usted a la Justicia.

—¿Qué Justicia? ¡Ah!... ¿Es usted, señó cabo de los siviles? ¿En qué puedo yo servirle? ¿Está usted güeno? ¿La familia güena?... ¡Mira qué casolidá! Ahora mismo me estaba preparando pa llevarle a su señora un puñao de alfajoritos, que los acabo de hasé, porque sé lo golosisima que es y lo mucho que le gustan...

—Menos palabras y vengán los pendientes de la médica.

—¡Señó cabo!...

—Por las buenas, el médico perdona, y aquí no pasa nada! Por las

malas, doy parte al sargento, y ya sabe usted quién es el sargento.

—No; mire usted... ¡No me miente usted al sargento! Ahí van las arracás, que aquí las llevo, y pa mí, lo que no es mío está sagrao!

—Tiene usted que acompañarme a entregárselas a doña Pura, y pedirle perdón. Es condición precisa.

—¡Eso sí que no! ¿Pasá yo, como er que dise «sin comerlo ni beberlo», por la vergüenza de?...

—Pues el sargento vendrá por usted.

—No, señó, ¡nada de sargento! —¡jinojo con el sargento!—, yo voy con usted a casa del médico y ar Monte Carvario que usted me lleve.

—Andando.

—Andando. ¿Quiere usted de demos un rodeo y pasemos por junto a la Parroquia?

—Es igual.

—Dio se lo pague a usted.

* * *

—¿Me deja usted, seño cabo, que entre en la iglesia —¡na, cuestión de na!— pa pedí fuersa y aguante en esta pesadumbre y esta angustia?

—Entre usted. Aquí la aguardo.

* * *

—¡Mira qué bien t'has portao, San Dermenegirido, rey! ¡Hombre..., si más pronto te digo que la de las arracás era yo, más pronto vas con er soplo a los siviles! ¡Está bien, hombre; está bien! Güeno; pos t'apagaré la vela... ¡Fu! Y de lo de la corona... ¿Yo?... ¿Corona? ¡Un bombín te voy a poné! (*Volviéndose ya en la puerta.*) ¡¡El bombín der médico!!

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ



POESÍAS HUMORÍSTICAS, EDUCATIVAS...

N.º 69

LOS CAZADORES Y LA PERRILLA

Es flaca sobre manera
toda humana previsión,
pues en más de una ocasión
sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana
un experto cazador,
el más hábil y el mejor
alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
de ejercitados monteros,
de ojeadores, ballesteros
y de mozos de trailla.

Van todos apercebidos
de las armas necesarias,
y llevan de castas varias
perros diestros y atrevidos,
caballos de noble raza,
cornetas de monte; en fin,
cuanto exige Moratín
en su poema *La Caza*.

Levantán pronto una pieza,
un jabalí corpulento,
que huye veloz, rabo a viento,
y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
tras la cerdosa alimaña,
pero ella se da tal maña
que a todos los aturrulla;
y aunque gastan todo el día
en paradas, idas, vueltas,
y carreras y revueltas,
es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
han visto de qué manera
pudo burlarse la fiera
de los tales cazadores,
oigan lo que aconteció,
y aunque es suceso que admira
no piensen, no, que es mentira,
que lo cuenta quien lo vió.

Al pie de uno de los cerros
que batieron aquel día,
una viejilla vivía,
que oyó ladrar a los perros;
y con gana de saber
en qué paraba la fiesta,
iba subiendo la cuesta
a eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla...
mas sin pasar adelante,
es preciso que un instante
gastemos en describilla.

Perra de canes decana
y entre perras protoperra,
era tenida en su tierra,
por perra antediluviana.

Flaco era el animalejo,
el más flaco de los canes,
era el rastro, eran los manes
de un cuasi-semi-ex-gozquejo.

Sarnosa era... digo mal:
no era una perra sarnosa,
era una sarna perrosa
y en figura de animal.

Era, otrosí, derrengada;
la derribaba un resuello;
puede decirse que aquello
no era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola
la vieja el cerro subía,
de la perra en compañía,
que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte
que se hubiese el jabalí
escondido, por sí así
se libraba de la muerte;
empero, sintiendo luego
que por allí andaba gente,
tuvo por cosa prudente
tomar las de Villadiego.

La vieja entonces al ver
que escapaba por la loma,
¡sus! dijo por pura broma,
y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,
sombra de perra que fué,
de la cual se dijo que
ni era perra ni era nada:
aquella perrilla, sí,
¡cosa es de volverse loco!
no pudo coger tampoco
al maldito jabalí.

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN
(colombiano)

LOS DOS CATARROS

En la calle de San Diego junto a una esquina se hallaron, al empezar un invierno, cierta noche dos catarros.

—¿A dónde vas? —dijo el uno al otro, que era paisano.

—Pues voy a meterme dentro del cuerpo de un magistrado, hombre de edad, regordete, y que tiene muchos cuartos.

¿Y tú? —Dentro de un cochero de punto, que es un borracho.

Pero, en fin, allá me mandan, y allá me voy resignado.

—¡Adiós, que te vaya bien!

—¡Abur, que sigas tan guapo! —

Al cabo de mucho tiempo, otra noche se encontraron; el uno, que iba hacia arriba, y el otro, que iba hacia abajo.

—¿Qué tal te va? —dijo el que se metió en el magistrado, al otro que se alojó

en el cochero borracho.

—¡Muy mal! ¡Pero muy remal!

¡Si vieras lo que he pasado!

El maldito de cochero

apenas me hacía caso.

No me dió la flor de malva

a que estoy acostumbrado,

ni me puso más abrigo

que un carrik hecho pedazos,

por el que me entraba el aire

completamente colado.

De día, siempre corriendo;

de noche, siempre trotando;

con un viento, con un frío,

y en medio de unos chubascos,

sin darme una pastillita

siquiera, de cuando en cuando.

Ni un solo día en la cama

me hizo pasar aquel ganso;

siempre en el pescante, siempre

bebiendo vino y fumando;

¡pero qué vino, y qué puros;

todo negro y todo amargo!

¡No se podía vivir

allí! ¡Qué sitio tan malo!

Así es que a los cuatro días,

¡zas! me salí de aquel bárbaro;

y yo me quedé tan fresco

y él se quedó sin catarro.

—Pues yo —contestóle el que

se metió en el magistrado—,

¡estoy en la gloria, chico!

A las diez nos acostamos.

Me ponen un edredón

de plumas de papagayo,

todo cubierto de seda,

tan suavecito, tan blando,

que da gusto estarse allí

quietito y acurrucado;

Tazas de leche y de flor

de malva con curazao,

pero muy azucaradas,

me propina al acostarnos.

Si le hago toser de noche,

y casi siempre le hago,

vengan pastillas de goma,

de las que nunca me canso;

y luego, por la mañana,

¡qué tarde nos levantamos!

¡Qué chocolate tan rico,

qué bizcochos tan tostados!

¡Y qué gabinete aquél

por donde nos paseamos!

Siempre encendida la estufa,

los cortinones echados,

y él metidito en su bata,

y con su gorro calado;

que a mí me da un calorcito

tan dulce, ¡que es un encanto!

La comida es un deleite,

la cena, de lo más sano,

y si alguna vez sallmos,

siempre en coche, muy despacio,

con mi mantita a los pies

y los cristales cerrados.

En fin, que estoy en la gloria

y casi voy engordando.

—¡Qué suerte tenéis algunos! —

le dijo el otro catarro—.

—Siempre donde yo me meto

es cuerpo de pobre; y ¡claro!

al ver que allí no me cuidan,

naturalmente, no paro.

—Pues yo —contestóle el otro—,

ya sabes cómo lo paso;

así es que el pobre señor

ya tiene tos para rato;

pues como siga cuidándome

tan bien, de allí no me salgo.

Y adiós, chico, que hace frío;

me vuelvo a mi magistrado.

—¡Adiós, que te vaya bien!

—¡Abur, que sigas tan guapo!

UN PLEITO

(cuento rimado)

I

Diz que dos gatos de Angola
en un mesón se metieron,
del cual sustraer pudieron
un rico queso de bola.

Como equitativamente
no lo pudieran partir,
acordaron recurrir
a un mono muy competente;
mono de mucha conciencia
y que gran fama tenía,
porque el animal sabía
toda la jurisprudencia.

—Aquí tenéis —dijo el gato
cuando ante el mono se vió—
lo que este compadre y yo
hemos robado hace rato;

y pues de los dos ladrones
es el robo, parte el queso
en mitades de igual peso
e idénticas proporciones—.

Aquí el mono inteligente
observa el queso de bola,
mientras meneaba la cola
muy filosóficamente.

—Recurrís a mi experiencia,
y el favor debo pagaros,
amigos, con demostraros
que soy mono de conciencia.

Voy a dividir el queso,
y, por hacerlo mejor,
rectificaré el error,
si hubiere, con este peso.
Por no suscitar agravios,
saca el mono una balanza,
mientras con dulce esperanza
se lame el gato los labios.

—Haz, buen mono, lo que quie-
[ras—

dice el otro con acento
muy grave, tomando asiento
sobre sus patas traseras.

II

Valiéndose de un cuchillo,
la bola el mono partió,
y en seguida colocó
un trozo en cada platillo;
pero no estuvo acertado
al hacer las particiones

y, tras dos oscilaciones,
se inclinó el peso hacia un lado.

Para conseguir mejor
la proporción que buscaba
en los trozos que pesaba,
le dió un mordisco al mayor;
pero como fué el bocado
mayor que en la diferencia
que había, en la otra experiencia
se vió el mismo resultado.

Y así, queriendo encontrar
la equidad que apetecía,
los dos trozos se comía,
sin poderlos nivelar.

No se pudo contener

el gato, y prorrumpió así:

—Yo no traje el queso aquí
para vértelo comer.

—Dice el otro con furor
mientras la cola meneaba:

—Dame esta parte, ya sea
la mayor o la menor;

que estoy furioso, y arguyo,
según lo que está pasando,
que, por lo nuestro mirando,
estás haciendo lo tuyo.

III

El juez habla de este modo
a los pobres litigantes:

—Hijos, la justicia es antes
que nosotros y que todo;

y otra vez vuelve a pesar,
y otra vez vuelve a morder;
los gatos a padecer;
y la balanza a oscilar.

Y el mono muy satisfecho
de su honrada profesión,
muestra su disposición
para ejercer su derecho.

Y cuando del queso aquel
quedan tan pocos pedazos
que apenas mueven los brazos
de la balanza en el fiel;

el mono se guarda el queso
y a los gatos les responde:

—Esto a mí me corresponde
por los gastos del proceso.

RUBÉN DARÍO

¡Oh! ¡qué buen país!

*Carta que en pleno verano
escribe un sietemesino
que no sabe el castellano
y habla el francés como un chino:*

«Mon cher ami Nicolás:
Je suis arrivé Biarri,
y je me divierto isí
lo que tú no sabes pas.
¡Oh! ¡La mer! ¡La mer, mon cher!
¡Haciendo de forse un tur,
me baño trúa fuá par jur!
¡Je no vive sin la mer!

Me monté sobre un peñasque;
ocún bañero me arréte;
y je me tire de tete
y doy a la gente un chasque.

¡Set una satisfacción!
¡no tengo temor ocún!
¡Je nade como un atún,
set a dir, como un puasón!

Aquí se truve ojorduí
tut le mond plus elegant.
Es una chosse charmant
paser le verano isí.

Je me hospéde en un hotel
donde hay bocú de confort.
¡Que bien mueblé! ¡Qué primor!
¡Jamé le he visto como él!
¡Oh, mon ami! ¡Qué servise!
¡Trúa garçons tengo pur muá!
¡y parlen fransé les trúa!
¡En fin, set una delise!

Rien hay que a manger me baste.
(¡Oh, mon Dié, que sa me dure!)

Voy a paseo en voiture
y bebo champán a paste.

¡Será trop caro, dirás?
¡Ouí! ¡Trop caro! ¡Lo sé bien!
Me como no tengo rién,
no pienso pagarlo pas.

No duda de mi personne:
tut le mond me considera,
y es de un efect de primera
le pisto que je me donne.

Hier suar dans le Casinó
dí un cup de sable a un monsié
le disant que era nevé
de Cánovas del Cható.

Y un español que es cesant,
—Constitutional, pe tété—
me pidió al punto una letre
par mon oncle el President.

Par muá se pírrren les belles:
hago isí le gran papié,
y soy el anfant mimé
de tutes les demoiselles.

Desde isí, je he confianse
de arriver jusque a París.
¡Oh, la Franse! ¡Gran país!
¡Qué gran país set la Franse!

De dinero je he besuán,
pues no tengo ni un sentime...
Veré de donner le time.

...¿Quién dijo miedo? ¡An a van!

Je truveré qui me pague.
¡Puatrine al ló!... y viajaré.
O revuar y sans adie,
tujur ton amí.—*Santiagoue.*»

VITAL AZA

El ahorcado

Un hombre tenía un talego
De doblones, y el cuitado
Por tenerle más seguro
Se salió con él al campo,
Y al pie de un árbol cavó,
Y le enterró con recato.

Amaneció el día siguiente
Un tahir desesperado
Porque no tenía un real,
Ni camino de buscarlo,
Sacudió las faltriqueras,
Y en una se encontró un cuarto:
Parte, y cómpralo de sogá;
Y desde allí como un rayo
Se fué al campo a que le quite
Los pesares el esparto.

Trataba de ahorcarse en fin,
Y escogió para esto el árbol
Adonde el tesoro estaba;
Y estando poniendo el lazo,
Se le hundió en el hoyo un pie,
Y vió el talego enterrado:
Cogióle, besóle y fuése,
Dejando pendiente el lazo
De la rama más robusta.

De allí a un poquito muy falso
El tal dueño del talego
Vino a besarle las manos,
Halló la tierra movida,
Y vió que le habían hurtado.

Hallóse la sogá allí,
Y por no sentir su daño
Mucho tiempo, se ahorcó
Con lindo desembarazo.

AGUSTÍN MORETO

ARTE DE DESCASARSE

I

¡Son dos cónyuges modelos
Doña Tecla y don Tomás!

Para evitar peloterías
Y poder quedarse en paz,
Se dicen el uno al otro
Que se deben descasar.

Consultan, pues, con el Cura
Su acuerdo trascendental,
Quien contesta, desde luego,
Sobre este particular,
Diciendo que, por su parte,
Aprueba tan noble plan
Y que él en ello no encuentra
Ninguna dificultad.

Y al día siguiente mismo,
Ebrios de felicidad,
Marcharon a descasarse
Doña Tecla y don Tomás.

II

Llegados los dos esposos
Que se iban a descasar
A la iglesia do esperaban
El Cura y el sacristán,
Y después de los saludos
Que enseña la urbanidad,
Son conducidos entrambos
A las gradas del altar,
Postrándose allí de hinojos
Con muestras de gran piedad.

Abrió luego el señor Cura
Un viejo ceremonial,
Y con voz muy compungida
Les comenzó a recitar
Las oraciones y preces
De los que se hallan ya
En el trance de la muerte
Y umbral de la eternidad;
Y a todo iba contestando
Conmovido el sacristán.

Y al fin, con súbita furia
Y con delirante afán,
Empuña bien en su diestra
Un hisopo de metal
Que tenía preparado,
Y comienza a descargar
Sobre aquellos dos esposos
Hisopazos sin piedad...
Y... ¡zás!, hisopazo viene

Y... ¡zás!, hisopazo va;
Golpe al uno, golpe al otro,
Si a uno fuerte, al otro más,
Procurando, sin embargo,
Dar a entrambos por igual
Por no traspasar los límites
De justicia y equidad.

Ponen el grito en el cielo
Doña Tecla y don Tomás
Protestando enfurecidos
De tan gran atrocidad.

—Quietos, quietos un momento,
Cuanto podáis, aguantad—
Dijo el Cura, prosiguiendo
Su labor sin descansar.

—¿No queréis que os descase?
Pues terminando estoy ya,
Y para poder hacerlo
Con toda legalidad,
Es preciso que uno u otro,
No importa de los dos cual,
Quede aquí mismo cadáver
Y muera sin rechistar,
Y así, aquel que sobreviva
Descasado quedará,
De otra suerte es imposible
Que yo os pueda descasar;
El matrimonio es un yugo
Que no se puede soltar
Si no con la muerte de uno
De los que le han de llevar.

Animo, pues, es cuestión
De un momento nada más,
Y en menos que canta un gallo
El caso resuelto está.

Y prosigue su faena
Siempre con creciente afán...
Y... ¡zás!, hisopazo viene,
Y... ¡zás!, hisopazo va;
Golpe al uno, golpe al otro,
Si a uno fuerte, al otro más.

Suerte fué que los esposos
Pudieron al fin lograr
Levantarse medio muertos
De las gradas del altar,
Y salieron de la iglesia
Con toda celeridad,
Sin conseguir sus deseos
De poderse descasar.

P. BONIFACIO SÁINZ

(escolapio)

La penúltima

Pues, señor, vaya de cuento:
 Dolíale a un hombre la muela,
 Vino un barbero a sacarla,
 Y estando la boca abierta,
 «¿Cuál es la que duele?», dijo.
 Dióle en culto la respuesta,
 «La penúltima», diciendo.
 El barbero que no era
 En penúltima muy ducho,
 La echó la última fuera.
 A informarse del dolor
 Acudió al punto la lengua,
 Y dijo en sangrientas voces:
 «La mala, maestro, no es esa».
 Disculpóse con decir:
 «¿No es la última de la hilera?»
 «Sí, respondió, mas yo dije
 Penúltima, y usted advierta
 Que penúltimo es el que
 Junto al último se asienta».

Volvió, mejor informado,
 A dar al gatillo vuelta
 Diciendo: «¿En efecto es
 De la última la más cerca?»
 «Sí», dijo —«Pues vela aquí»,
 Respondió con gran presteza,
 Sacándole la que estaba
 Penúltima, de manera
 Que quedó, por no hablar claro,
 Con la mala y sin dos buenas.

CALDERÓN DE LA BARCA

El Congreso de ratones

Juntáronse los ratones
 Para librarse del gato;
 Y después de un largo rato
 De disputas y opiniones,
 Dijeron que acertarían
 En ponerle un cascabel;
 Que, andando el gato con él,
 Librarse mejor podían.
 Salió un ratón barbicano,
 Colilargo, hociquirromo,
 Y, encrespando el grueso lomo,
 Dijo al senado romano,
 Después de hablar culto un rato:
 «¿Quién de todos ha de ser
 El que se atreva a poner
 Ese cascabel al gato?»

LOPE DE VEGA

Consejos higiénicos

El madrugar es sano
 lo mismo en el invierno que en vera-
 Madruga el jornalero [no.
 sólo por eso... y por ganar dinero.

El trabajo es salud y el ocio tedio.
 Trabaja si no tienes más remedio.

Sé en la labor constante cual la
 [hormiga,

sin excederte nunca en la fatiga.

Chi va piano, dijo el italiano,
 va sano e va lontano;

y aun se va, por milagros del pro-
 [greso,
 más lontano y más sano en un ex-
 [preso.

Procura ser frugal en tu alimento.
 Si te encuentras sediento,
 bebe agua del arroyo cristalino,
 y sobre todo si te falta el vino.

Cuando comas chuletas, deja el
 [hueso

(que el comérselo implica grave ex-
 y si tomas sardinas, [ceso),
 procura no tragarte las espinas.

No obstante, haz lo que quieras,
 si te encuentras con buenas traga-
 [deras;

que hay quien se traga hasta el La-
 [rousse en pasta,
 se queda tan orondo, y no le basta.

Si quieres disfrutar salud cumplida;
 nunca leas después de la comida;
 y si son traducciones del francés,
 ni antes ni después.

Los sabios lo dijeron, y es notorio:
 «Practica el ejercicio ambulatorio».
 (Esto quiere decir, según yo creo,
 que los sabios nos mandan a paseo).

Si estimas tu salud y tu alegría,
 no debes frecuentar la horchatería.
 Las horchatas son pésimas de veras,
 y suelen ser peor las horchateras.

En la alcoba capaz y ventilada
 tiene el tranquilo sueño su morada;
 de ella aparta braseros tentadores
 y la molicie de fragantes flores.

(El que no es quisquilloso y tiene
 [sueño,

duerme en cualquiera parte como un
 [leño.

No te acuestes encima de la cena,
 suele decir el vulgo a boca llena;
 en efecto, es horrible porquería,
 porque una cena, así, se aplastaría.

Más racional encuentro
el acostarse *con la cena dentro*.

Estos son los principios de la *Hi-*
que practicar conviene, [giene
y que han logrado suma perfección
gracias a Pero Grullo y Gedeón.
Todo el que los siguiere
llegará a una avanzada senectud,
si es que antes no se muere
de exceso de salud.

B. G.

N.º 78

Flacos y Gordos

¿Cómo	nunca
vive	gordos
gordo	se hacen
Paco,	flacos.
mientras	Otra
Roque	causa,
se halla	Paca
flaco?	mía
«Como	flacos
comen	hace,
—dice	gordos
Paca—	cría.
uno	Pero
berzas	callen
y otro	metros
vaca...»	sordos,
A eso	y hablen
dice	versos
doña	lucios,
Diega:	gordos.
«Eres	Unos
tonta	tienen
y eres	carne
ciega.	flaca,
Coman	aunque
vaca,	coman
coman	mucha
tordos,	vaca;
nunca	y otros
flacos	tienen
se hacen	gordas
gordos.	fuerzas,
Coman	aunque
berzas	coman
coman	muchas
tacos,	berzas».

Un pavo se almorzaba Juan Cli-
y estaba siempre flaco; [maco,
mientras Ruperto se almorzaba un
y estaba siempre gordo. [tordo,

Ten la naturaleza por amiga,
y, aunque no comas, tú criarás ba-
[rriga.

M. AGUSTÍN PRÍNCIPE

N.º 79

El balcón y la alacena

Caminando un relator
Del consejo de ultramar,
Hizo noche en un lugar,
En casa de un labrador.

Acompañaba al viajero
Un escribano aprendiz,
Mozo de experta nariz,
Pero insigne majadero.

Cenaron en paz de Dios;
Trataron de madrugar,
Y se fueron a acostar
A un mismo cuarto los dos.

Veíanse en los costados
De la alcoba, frente a frente,
Iguales perfectamente,
Cuatro postigos cerrados.

El un par era un balcón;
El otro correspondía
A una alacena en que había
Seis quesos de Villalón.

Cogió el sueño tarde y mal
El relator, y, durmiendo,
Creyó sentir el estruendo
De un turbión descomunal.

Cerca de la madrugada,
«Mire usted, dijo al badea,
Si va a clarear, y vea
Si huele a tierra mojada».

Saltó el joven de su lecho,
Y a tientas de mano y pie,
Por ir al balcón se fué
A la alacena derecho.

Miró, zampó la cabeza,
Y aunque miró y remiró,
Más a oscuras se encontró
Que al ir cruzando la pieza.

Pero un olor en seguida
Percibió en aquel recinto
Que le pareció distinto
Del de tierra humedecida.

Y entonces dijo el camueso
Con mucha formalidad:
«Ni aclara ni hay humedad;
Está oscuro y huele a queso.»

Así, ciega y tontamente,
Críticas hacen famosas
Los que no miran las cosas
Desde el punto conveniente.

Tacha de oscuro y condena
Tal concepto Santillana,
Y es que huye de la ventana
Y se asoma a la alacena.

HARTZENBUSCH

LA VENTA DEL JACO

Es la feria de Mairena,
y ya se eleva el confuso
hirviente, sordo rumor
de aquel portentoso mundo
que se revuelve en la vega
girando siempre en tumulto.

Es bello ver desde un cerro
tan animado concurso,
que bulle, canta, alborota,
y delira cual ninguno,
haciendo trueques y ventas,
promesas y engaños muchos,
sin que haya en unos cautela
ni en los otros disimulo...
y todo aquesto a la vez,
y todo en breves minutos,
y alegres, desordenados
desde el primero hasta el último,
divierte de tal manera
al que contempla en conjunto
ya en la altura los ganados,
ya en la llanura los frutos,
y en ruidosa bacanal
girando doquiera el vulgo,
que piensa que está en Oriente
y en algún mercado turco.

Y vense también allí
los por demás siempre chuscos
hijos sin par de Triana,
en el decir tan agudos
y en embaucar tan mañosos
como en el color oscuros.

Helos allí infatigables,
nunca faltos de recursos,
charlando como ellos solos
entre ganado sin número,
elevando hasta las nubes
ya la casta de los unos,
ya la bondad de los otros...
y en medio de todo, astutos
aprovechar la ocasión
y hacer pasar sin escrúpulo,
como si fuera un *Babieca*,
a algún macilento rucio.

«Zu mersé mire eza pieza...
¡este ez un bicho mu fiero!
¿y esta cola? ¿y la cabeza?
vamo... zi no tiene pero.

¿Puez y lo zojos?... ¡no ez ná!...
zon senteyas... ¡no hay más ver!...
miüsté: con eza mirá
está isiendo zu poer.

¿Y los piños?... ¡Jezucristo!
zon más blancos que el *marfin*...
y enjamáz aquí ze ha visto
un jaco con tanta *clin*.

¿Lo quié usté ve caminá?
lo mesmo sale que un taco...
¡je!... ¡Canina!... ven acá...
encarámate en el jaco;

y yévalo recogió
hasia el camino e Zan Roque...
¡corto!... Canina, hijo mío...
y cudiao no te zesboque.

¿Lo vousté? ¡juy... qué pujansa!...
es lo mejó que tenemos...
ni el mesmo viento lo alcanza...
¡zi zon muncho aqueyos remos!

Ahora e mano cambió...
vea lusté... ¡qué gayardía!
¡alabao zea el Zeñó,
que tales fortunas cría!

¡Canina!... ¡para! al avío;
arrepáre osté qué piel...
vamo, zi quié usté ir zervío
no hay más que quearse con él.

¿Que cuánto?... bien vale... azí
Dios ze olvíe e mis pecaos,
lo mismo que un maaveí...
zobre tresientos ducaos.

¡Qué ha e ze mucho!... ¡no vusté
que eze potro ez una fiera!
¡por Zan Juan! —Osté no ve
que ez e la casta e *Valera*?

Y que ze bebe los vientos,
y que los sielos escala...
vaya... vengan los dosientos
y pague osté la alcabala.

¡Ze acabó; no hay más que hablá!...
zi osté ez el amo, on José...
¡Luseriyo!... ¡paza ayá!...
¡qué bicho ze yeva osté!!!...

¡Qué animal!... ¡vaya unas ma-
que las jan pintao parese [nos!...
¡jay!... antes e zapartarnos
¡éjeme osté que lo beze!

¡Lusero, mantente tiezo!
anda, vete, pobrecico,
y toma mi último bezo,
¡vargame Dios, que jocico!
Zeñó on Jozé, no pueo má...
¡llévelo usté, por Jezú!...

que no lo güelva a mirá...
¡gástelo usted con zalú!

Canina... arrímate acá.
Ya lo ves, pazó el potriyo;
juerza el mojaló zará:
con que vamo al ventorriyo.

Güen golpe, ¿es verdad, chorre?
y en seguro lo hemos dao...
¡várgame Dios lo que pué
con los jácoz el *zalvao*!

Y el güen hombre no ha advertió...
¡zi ez esto una maraviya!
que el peyejo está cosío
maz acá e la paletilla.

Ni que la *clin*, ni la cola,
ni los piños zon verdá...
¡Canina! con mi parola
tó ze lo jize tragá.

¡Jezucristo!... ¡vaya un topo!...
no ze yeva mala ardiya...
¡ja, ja!... Dios jaga que el jopo
ze le tenga hasta Zeviya.

Y pues que tantos ducaos
al fin nos valió el potriyo,
¡chavó!... con nuestros pecaos
vámonoz al ventorriyo.

RODRÍGUEZ RUBÍ

N.º 81

Canciones populares

Quien canta su mal espanta,
y aquel que llora lo aumenta;
yo canto por divertir
penillas que me atormentan.

Sufre, si quieres gozar;
baja, si quieres subir;
pierde, si quieres ganar;
muere, si quieres vivir.

Si porque me ves caído
me señalas con el pie,
piensa que soy hombre, y puedo
volver a prevalecer.

Al pie de un árbol sin fruto
me puse a considerar,
qué pocos amigos tiene
el que no tiene que dar.

Siempre trabaja en su daño
el astuto engañador:
a un engaño hay otro engaño,
a un pícaro otro mayor.

En la puerta del presidio
hay escrito con carbón:
«aquí el bueno se hace malo,
y el malo se hace peor».

No hay plazo que no se cumpla,
ni deuda que no se pague,
ni mal que dure cien años,
ni un enfermo que lo aguante.

El que no sepa rezar,
que vaya por esos mares,
y verá qué pronto aprende
sin enseñárselo nadie.

Cuando doblan las campanas
no doblan por los que mueren:
doblan por los que están vivos
para que de ellos se acuerden.

Yo no la temo a la muerte,
aunque la encuentre en la calle;
que sin permiso de Dios
la muerte no mata a nadie.

Muchos hay que en este mundo
quieren coger sin sembrar;
el que no siembra no coge:
así lo dice el refrán.

Nadie murmure de nadie,
que somos de carne humana,
y no hay pellejo de aceite
que no tenga su botana.

Si de mis males te alegras,
ruégale a Dios por salud;
que puede ser que algún día
me ría yo y llores tú.

Nadie tenga su viña
junto al camino;
porque todo el que pasa
corta un racimo.

Y entre unos y otros,
se la van vendimiando
sin saber cómo.

Marchito se halla el árbol
de mi esperanza,
un traidor le ha cortado
sus verdes ramas.
Pero no advierte
que mudando terreno
mejor florece.

Hay gatos que mayando
no ven ratones;
y otros hay que callando
comen pichones.
De donde saco
que aquel que menos maya
es mejor gato.

Las glorias de este mundo
son transitorias:
pues duran mientras pasan
por la memoria.

Duérmete, niño mío,
duerme y no llores,
que te mira la Virgen
de los Dolores.

VIDA NUEVA

Disiento de mucha gente,
y lo digo francamente;
pues para mí no es creíble
que el hombre es impenitente,
es decir, incorregible.

Porque entiendo
que, en la senda
que todos vamos siguiendo,
el pecador más tremendo
se pasa la vida haciendo
propósitos de la enmienda.
Nuestra razón, advertida
por múltiples desengaños,
tanto de enmendarse cuida,
que todos los nuevos años
se propone nueva vida.
Y, como elocuente prueba
de este afán
que a corregirnos nos lleva,
repetimos el refrán:
«Año nuevo, vida nueva».

Mi vecino, don Tristán,
anda estos días tristón
con la consideración
de que al empezar el año
se impone la obligación
de una gran renovación
de sus costumbres de antaño.
Y como todo lo olvida
su cerebro de mosquito,
ha tomado la medida
de consignar por escrito
el nuevo plan de su vida.
Anoche me lo enseñó,
y aquí lo transcribo yo,
a fin de que pueda verse,
pues el plan que se formó
es digno de conocerse.
Fijaos en cómo empieza:
«Yo vengo siendo hasta el día
perezoso en demasía.
Con franqueza,
es demasiada pereza
levantarse al mediodía;
pero me reformaré
para probar que estoy harto
de la vida que llevé.
Desde hoy me levantaré...
a las doce menos cuarto.

También como con exceso.
Es gula y a más me pongo
excesivamente grueso,
por lo cual también en eso
reformarme me propongo.
Tras una sopa o puré,
cinco platos tomaré
nada más, que esto me basta;
luego queso, algunas pastas,
frutas, dulces y café.
También bebo sin medida,
y en mi salud hace mella.
Hay que acortar la bebida
y no pasar de botella
y media cada comida.
Soy del dinero avariento
y lo siento,
pues presto al treinta por ciento,
y esto es cruel y es aleve.
Nada, desde este momento
¡sólo presto al veintinueve!»
Y así prosigue el gran plan
del vecino don Tristán,
que es tristón, como verán;
demuestra claro su afán
de enmienda y de corrección.

Otro curioso ejemplar
es mi primo Apolinar,
un tumbón de cuerpo entero,
a quien el día primero
se me ocurrió preguntar:
—Chico, ¿no te da vergüenza
esa vida tan perdida?
¿No hay nadie que te convenza
de que hay que hacer nueva vida
este año que comienza?
—¡Ya lo creo! ¿cómo no?
—Contestó—.
¿Quién te piensas que soy yo?
Y para darme una prueba
del propósito, exclamó:
—Año nuevo, vida nueva.
—¡Bravo! —le dije encantado
sus frases al escuchar—.
¿Y qué plan «nuevo» has formado?
—Nuevo. ¡El del año pasado,
que aun está sin estrenar!

CARLOS LUIS DE CUENCA



El labrador y el maestro

Al colegio de la villa
llevó su hijo un labrador,
diciendo: —Vengo con éste,
para que le dé instrucción.
—¿Sabe leer? —Ni una letra.
—¿Escribir su nombre? —No.
—Entonces, amigo mío,
como el trabajo es atroz,
me dará V. doce duros
por todo. —¡Ca! no los doy;
en igual precio me venden
un burro. —Pues es mejor
que compre V. ese burro,
y con éste tendrá dos.

MANUEL DEL PALACIO

Madrid y el campo

¡Oh, qué linda es la pradera
un día de primavera,
cuando la rosada aurora
perlas y diamantes llora
sobre la yerba y la flor!—
Pero la cama es mejor.
¡Cómo es grato entre la sombra,
pisando la verde alfombra,
por la verita del río
caminar al caserío
del vecino labrador!—
Pero en un coche es mejor.
¡Oh, cómo en estiva siesta
regocijan la floresta
fresca, lozana y umbría,
con su dulce melodía,
el mirlo y el ruiseñor!—
La de Rossini es mejor.
¡Oh qué hermosa es la perdiz
con su galano matiz,
volando de ramo en ramo
hacia el mentido reclamo
del astuto cazador!—
Pero en la mesa es mejor.
¡Oh, cómo en la pura fuente,
bulliciosa y transparente,
entre las menudas guijas,
sin auxilio de botijas
brinda el agua!... —Sí, señor;
pero un sorbete es mejor.
Sí no sopla rudo cierzo,
¡oh, qué bien sabe el almuerzo
en campaña libre y rasa!...—
Sí, por cierto; pero en casa

de mi amigo el senador
se almuerza mucho mejor.

Buen provecho a los secuaces
de placeres montaraces;
mas yo a la corte me atengo;
que es bueno el campo, convengo;
delicioso, encantador...
Pero Madrid es mejor.

BRETÓN DE LOS HERREROS

Es un grande majadero

¿Ves aquel señor graduado,
roja borla, blanco guante,
que *némine discrepante*
fué en Salamanca aprobado?
Pues con su borla, su grado,
cátedra, renta y dinero,
es un grande majadero.

¿Ves servido un señorón
de pajes, en gran carroza,
que un rico título goza
porque acertó a ser varón?
Pues con su casa, blasón,
título, coche y cochero,
es un grande majadero.

¿Ves al jefe blasonado
que tiene el cuero cosido
de heridas que ha recibido
allá en Flandes batallando?
Pues con su escuadrón, su mando,
su honor, heridas y acero,
es un grande majadero.

¿Ves aquel paternidad
tan grande y tan reverendo,
que prior le está eligiendo
toda su comunidad?
Pues con su gran dignidad,
tan serio, ancho y entero,
es un grande majadero.

¿Ves al juez con fiera cara
en su tribunal sentado,
condenando al desdichado
reo, que en sus manos para?
Pues con sus ministros, vara,
audiencia y juicio severo,
es un grande majadero.

¿Ves al que esta satirilla
escribe con tal denuedo
que no cede ni a Quevedo
ni a ningún otro en Castilla?
Pues con su vena, letrilla,
pluma, papel y tintero,
es mucho más majadero.

IGLESIAS DE LA CASA

El Comendador Hernán Núñez

Aquel buen Comendador
Hernán Núñez, dicho el griego,
vivió con tanto primor
tanto recato y valor,
que mirara en ello un ciego.
A quien en su facultad
ninguna cosa fué manca;
una rara habilidad
para la Universidad
y estudio de Salamanca.

Este varón estudió
cuanto el que más en el mundo,
ninguna cosa ignoró;
y, en lo que más porfió,
no dicen tener segundo.
De cuando escribió Avicena,
Galién e Hipocrás
no le era cosa ajena;
ser la cosa mala, o buena,
no se le quedaba atrás.

En cuantos años vivió,
que fueron más de noventa,
no se sangró ni purgó,
ni jaroque recibió,
según por verdad se cuenta.
Y, en fin, pasó su carrera
hasta morir de viejo,
teniendo siempre manera
de echar con gran tino fuera
al médico y su consejo.

Un día, estando doliente,
vino el doctor Aguilera,
un hombre muy eminente,
médico muy excelente,
que su grande amigo era.
Comenzóle a importunar
que a la sazón se purgase;
y, después de porfiar,
al fin, por le contentar,
le dijo que lo ordenase.

Y así, para le purgar
ordenó sus tres jarabes,
qu'eran buenos de tomar,
sin desgusto al paladar,
antes dulces y suaves.
El día, pues, ya llegado
de la purga, proveyó
qu'en un bacín vidriado
todo aquello fuese echado
quanto el médico mandó.

Cosa ninguna de aquello
quiso meter en su boca,
ni tan solamente vello;

mas de en el bacín tenello
para lo que el caso toca.
A la tarde, pues, del día
vino el doctor Aguilera
a ver cómo se sentía;
y si bien purgado había
con la purga que le diera.

El hizo luego sacar
el servidor tras la sarga,
y al médico lo mostrar,
el cuál con medio mirar
no hizo visita larga.
Diziendo: «quien tal tuviera
dentro en su cuerpo, señor,
no sé yo, cómo viviera».
—«Por eso está mejor fuera»—;
dijo el buen Comendador.

Comienzan luego a reyllo,
y quedó el señor doctor
algún tanto corridillo,
y aun después, en solo oyllo,
se le mudaba el color.
Así que no se ha de usar
jamás de la medicina
ni de sangrar, ni purgar,
si la enfermedad, al dar
no es aguda y repentina.

Y, algunas veces se aplica
la medicina al doliente,
qu'estarie, por ser inica,
muy mejor en la botica,
qu'en el cuerpo del paciente.
Escarmiente cada cual,
y en médicos no confie,
que ninguno hay tan cabal
que, por curar poco mal,
a maxcar barro no envíe.

CANCIONERO DE HOROZCO

N.º 87

El asno lector

Un rústico llevó un día
Al cura de su lugar
Cierto asnillo que tenía,
Perjurando que leía
Con acierto singular.

El preste, de ingenio romo,
Busca, limpia y abre un tomo:
Lo mira el asno sesudo;
Mas ¿leer? Ni por asomo,
Se estaba mudo que mudo.

Ya el cura se amostazó,
E impaciente exclamó así:
«¿Lee este animal o no?»
Y el otro le respondió:
«Leyendo está para sí».

UN PERRO QUE HABLA

Entró un día en un café
Un ventrílocuo de fama
Llevando en su compañía
Un lindo perro de lanas.

Llegóse a él el camarero
Para ver qué deseaba,
Y entonces al tal ventrílocuo
Se le ocurrió la humorada
De darle ingeniosa broma,
Que tuvo la mar de gracia.

Pidió, pues, al camarero
Un bok de cerveza amarga;
Y, dirigiéndose al perro
Que atentamente escuchaba,
Le preguntó:

—Di, Canelo,
¿Qué quieres tú que te traigan?
Contestando a la pregunta
Respondióle sin tardanza
El perrito (por supuesto
Sin que él fuera quien hablara,
Sino su amo que lo hacía
Con habilidad y maña).

—Que me traiga un poco pan
Con un poquito de agua.

Quedóse atónito el mozo
Ante cosa tan extraña,
Y sin perder un instante
Fué a dar cuenta detallada
De aquel prodigio inaudito
Al dueño de aquella casa.

Este se rió del mozo
Tomándolo todo a guasa:
Mas tanto aquél insistía
Y juraba y rejuraba,
Que al fin, por salir de dudas,
Fué a donde el artista estaba.

—Perdone, usted, caballero,
Le dijo apenas llegara:
¿Es verdad que este perrito
Como una persona habla?
Me lo ha afirmado el criado,
Y creo que es una guasa...

—Véalo usted por sí mismo
—contestó aquél— si le agrada.
Pregúntele sin recelo
Cuanto a usted le dé la gana.

Hizo la prueba el fondista
Preguntándole en voz alta:
—¿Quiere usted, lindo perrito,
Decirme cómo se llama?

Y el perrito, muy afable,
Le respondió sin tardanza.

(Por boca de aquel su amo
Que era el que, en verdad, hablaba).
—Yo me llamo don Canelo,
Para servirle.

—¡Caramba!
¿Para qué quiero más pruebas?
Este perro, en efecto, habla.

Y siguió haciendo preguntas
A las que el can contestaba
Cual pudiera contestar
Cualquiera persona humana.

Entusiasmado el fondista
Viendo una cosa tan rara,
Atrevióse a suplicar
Con vivísimas instancias
Al artista, le vendiera
Por favor, aquella alhaja.

Fingió aquél gran resistencia
A acceder a tal demanda,
Diciendo que aquel perrito
No le vendía por nada.

Al fin, le dijo el fondista:
—Mil pesetas, bien contadas
Le doy a usted por el perro,
Sea en papel, oro o plata—.

El ventrílocuo accedió
Aprovechando esta ganga,
Y al fin se firmó el contrato
Con escritura firmada.

Y el perro fué propiedad
Del dueño de aquella casa:
Mas al marcharse el artista
Con toda aquella ganancia,
Y al despedirse del perro,
Que allí triste se quedaba,
Este exclamó furibundo:

¡Ah, bribón! ¡Ah, gran canalla!
¡Ah, mal amo! ¡Así me explotas?
¡Así mi cariño pagas?
¡Anda, corazón de hiena!
Yo te juro que en venganza
De esta negra traición
No he de hablar ni una palabra
Nunca jamás en mi vida.

Y, en efecto, no hubo trazas
Ni ningún medio posible
De hacer que el perrito hablara,
Desde aquel mismo momento,
Ni siquiera una palabra.

P. BONIFACIO SÁINZ (escolapio)

Estadística

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre quisiera acordarme, hubo en el año mil ochocientos cincuenta, una invasión espantosa de cólera... o de viruela... o de tifus... (¡Nadie sabe qué enfermedad era aquella!)

Lo seguro es que en el pueblo se cebaba la epidemia; que eran ante ella impotentes los recursos de la ciencia; que las gentes se morían diariamente por docenas, y que el pánico aumentaba y aumentaba la miseria...

El alcalde, que era en todo un modelo de franqueza, en el *Boletín* del pueblo anunciaba, sin reservas, la cifra exacta de todas las defunciones que hubiera.

Pero el Gobierno, observando que esta cifra era tremenda, ordenó al punto al alcalde que mintiese por prudencia, anunciando la mitad, de los casos que ocurrieran.

El alcalde, respetuoso, pero duro de mollera, llamó al médico y le dijo: —Amigo, la conveniencia nos manda mentir: mintamos pero que nadie lo sepa. ¿Qué casos nuevos ha habido? —Cuarenta y cuatro.

—¡Friolera!
¿Y muertos?

—¡Trece!

—Está bien.

Ya echaré luego la cuenta. Debo anunciar la mitad... Esto es cuestión de aritmética.

Y en seguida el buen alcalde, con la mayor inocencia, mandó al *Boletín* la nota escrita de esta manera:

«En el pueblo de mi mando, según el Gobierno ordena, hubo los casos siguientes en el día de la fecha: Invasiones veintidós. Defunciones, seis y media».

VITAL AZA

La tierra de los cojos

No lejos del *Estrecho*
Que hoy es de *Gibraltar* apellidado,
Hubo antes un país, ya sepultado
Por la furia del mar. Allí no había
Ni un hombre que al andar fuese derecho:
Ley natural, que de sorpresa embarga,
Por única en el mundo todavía,
Nacer a los indígenas hacia
Con una pierna corta y otra larga.
Salta, pues, a los ojos,
Que a tal disposición de piernas, era
Consiguiente y precisa la cojera;
Pues aunque hay muchos cojos
Por varias causas, que decir no importa,
Cojo es el que se ve, por su desdicha,
Con una pierna larga y otra corta,
O, términos usando generales,
El que tiene las piernas desiguales.
Aparte de la gracia susodicha,
Cual si tuvieran en la lengua nudos
Mujeres y varones,
Hablaban además a tropicónes:
Cojos eran, en fin, y tartamudos.
Arribó a este país un europeo,
Y al notar circunstancia tan chocante,
Dijo muy arrogante:
—Rey voy a ser aquí, pues no cojeo.
El hombre se llevó terrible chasco.
No bien de una ciudad las calles pisa,
Cuando viéndole andar los moradores,
Quién de lástima exclama, quién de risa:
Fruñen el gesto, y aparentan asco
Señoritas, señoras y señores:
Haciendo muecas y soltando pullas,
Sigue la multitud al forastero,
«Que anda como los pavos y las grullas»;
Y hasta un despilfarrado zapatero,
Asiéndole de un brazo,
En tomarle medida se empeñaba,
Para hacerle una bota, que supliera
Con lo alto del tacón el gran pedazo
Que, según él juzgaba,
En una pierna al otro le faltaba.
Burlado al infeliz de tal manera,
Ya no pudo callar: «Pueblo sin juicio
(Grita con voz robusta y altanera),
Ir derecho, no es vicio;
Lo vicioso y lo feo
Es el vaivén, el torpe bamboleo
Que sin cesar vais dando
Por no poder andar; yo soy el que ando;
Y atónitos de ver mi gallardía,
Cada cual imitarme debería,

Si esto le fuese dable
 A una turba de cojos miserable».
 Todas estas injurias imprudentes
 No las oyeron bien aquellas gentes;
 Pues como al son de la primera frase
 Del colérico huésped, observaron
 Que no era tartamudo, no esperaron
 A que él sus invectivas acabase,
 Para aturdirle a voces y silbidos,
 Cosa fué de taparse los oídos.
 —«¡Qué-qué-qué-qué (decían) lengua-guaje
 De-de lo que habla el mu mu-muy salvaje!
 La-la mi-mitad se-se co-come.
 Que un ma-maestro se-se-se-le lleve,
 Y a fu-fu-fuerza de-de zu-zurridos,
 Que que la-la costu-tu-tumbre tome
 De-de hablar y an-andar co-como debe»—.
 Si en escapar de allí se tarda un poco,
 Me le enjaulan por loco.

Tal sucede en el mundo a los virtuosos:
 Porque los pecadores y mundanos,
 Reprenden a los santos y cristianos
 De que andan y hablan y obran como sosos,
 Siendo así que ellos son los que cojean,
 Y, pensando hablar bien, tartamudean.

HARTZENBUSCH

N.º 91

Trabajar para su daño

La madre de un muchacho campesino
 ganaba de comer hilando lino,
 y el muchacho, grandísimo galopo,
 le hurtaba una porción de cada copo.
 Juntando las porciones, fué tejiendo,
 un látigo tremendo,
 con la benigna idea
 de zurrar a los chicos de la aldea.
 Los ocios del amigo no eran buenos,
 la intención, por lo visto, mucho menos.
 Dióse a pelar la rueca tanta prisa,
 que hubo la madre de notar la sisa;
 y registrando desde el piso al techo,
 el látigo encontró de hurtillos hecho.
 Ccgíole furibunda,
 y al hijo dió con él tan recia tunda
 que, a contar de las posas al cogote,
 no le dejó lugar libre de azote,
 diciendo al batanarlo de alto a bajo:
 —¡Mira cómo te luce tu trabajo!
 A robar te llevó tu mal deseo,
 y con el robo yo te vapuleo—.
*Siempre verás que el vicio
 se labra por sus manos el suplicio.*

HARTZENBUSCH

Historia de un preso

Los diez años de mi vida
 Los he vivido hacia atrás,
 Con más grillos que el verano,
 Cadenas que el Escorial.

Más alcaldes he tenido,
 Que el castillo de Milán;
 Más guardas que un monumento,
 Más hierros que el Alcorán.

Más sentencias que el derecho,
 Más causas que el no pagar:
 Más autos que el día del Corpus;
 Más registros que el misal.

Más enemigos que el agua,
 Más corchetes que un gabán,
 Más soplos que lo caliente,
 Más plumas que el torear.

Bien se puede hallar persona
 Más jarifa y más galán;
 Empero más bien prendida,
 Yo dudo que se hallará.

Todo este mundo es prisiones,
 Todo es cárcel y penar;
 Los dineros están presos,
 En la bolsa donde están.

La cuba es cárcel del vino,
 La troj es cárcel del pan,
 La cáscara de las frutas,
 Y la espina del rosal.

Las cercas y las murallas,
 Cárcel son de la ciudad,
 El cuerpo es cárcel del alma;
 Y de la tierra la mar.

Del mar es cárcel la orilla,
 Y en el orden que hoy están,
 Es un cielo de otro cielo
 Una cárcel de cristal.

Del aire es cárcel el fuelle,
 Y del fuego el pedernal,
 Preso está el oro en la mina,
 Preso el diamante en Ceylán.

En la hermosa y donaire,
 Presa está la libertad,
 En la vergüenza los gustos
 Todo el valor en la paz.

Pues si todos están presos,
 Sobre mi mucha lealtad,
 Llueva cárceles mi cielo
 Diez años sin escampar.

QUEVEDO

LA ISLA DE JAUJA

Es el caso que un navío
del general don Fernando,
surcando del dios Neptuno
el más sazonado charco,
ha descubierto una isla,
cuyos rumbosos palacios,
o brillan con margaritas
o deslumbran con topacios...

Llámase esta ciudad *Jauja*,
isla deliciosa, y tanto,
que allí ninguna persona
puede aplicarse al trabajo,
y al que trabaja le dan
doscientos azotes agrios,
y sin orejas le arrojan
de esta tierra desterrado.
Allí todo es pasatiempos,
salud, contento y regalos.
Vívase allí comúnmente
lo menos trescientos años
sin hacerse jamás viejos
y muere de risa al cabo.
Las calles de esta ciudad
hacen con curioso ornato
de ébanos y de marfiles
curiosos encajonados;
las murallas que las cercan,
siendo de bronce dorado,
tiene de cerco diez leguas
y de ancho doscientos pasos.
Doce principales puertas,
que están diamantes brillando,
paso a la ciudad ofrecen;
pero defienden el paso
dos guardas en cada una,
que hechos vigilantes Argos
no dejan entrar adentro
pesares, congojas, llantos.

Es tan rica esta ciudad,
y es abastecida tanto,
que si acierta a describirlo
mi pluma, será un milagro.
Primeramente hay en ella,
a trechos proporcionados,
treinta mil hornos, y todos
tienen, sin costar un cuarto,
con abundancia molletes,
pan de aceite azucarado,
bizcochos de mil maneras,
chullas de tocino magro,
empanadas excelentes
de pichones y gazapos,
de pollos y de conejos,
de faisanes y de pavos,

de lampreas, de salmones,
de atunes, truchas y barbos,
de sabogas y besugos,
y de otros muchos pescados;
pastelones de ternera,
lechoncitos bien tostados,
tostadas de varios dulces
y de sazonzados agrios;
cazuelas de codornices,
de arroz, tórtolas y gansos
y de otros pájaros bobos
sabrosos y extraordinarios.

Hay un mar de vino griego,
otro de San Martín, blanco,
dos ríos de Malvasía,
de vino moscatel, cuatro,
de hipocrases, tres arroyos,
de limonada, diez charcos,
de agua de limón y guindas,
canela y anís, seis lagos;
de vinagre blanco y tinto
diez balsas en breve espacio,
de aguardiente treinta pozos,
los más de ellos anisados;
de agua dulce, clara y fresca,
doce mil fuentes, que es pasmo
lo artificioso de todas,
lo primoroso y lo vario,
de queso una gran montaña,
de mantecadas un campo,
de manjar blanco una dehesa
y de cuajada un barranco;
un valle de mermeladas,
de mazapanes dos llanos,
de canalones dos montes,
y de acitrón dos collados.

Hay de miel un largo río,
guarnecido y marginado
de arboledas, cuyos frutos
son pellas de manjar blanco;
hay hojaldres muy sabrosos,
buñuelos almibarados,
mantequilla, requesones
y pepinos confitados.
Hay treinta acequias de aceite,
y un dilatado peñasco,
la mitad de queso fresco,
y la otra mitad salado.
Hay diez y siete lagunas
continuamente manando:
aceitunas como huevos,
y alcaparrones tamaños;
hay de leche un ancho río,
en muchas partes helado,

otro de natas y azúcar,
a los golosos brindando.

Hay una hermosa arboleda,
que tiene por todo el año
peras, membrillos, camuesas,
melocotones, duraznos,
manzanas, granadas, higos,
todo bueno y sazonado.
Hay campos que dan melones
ya blancos, ya colorados,
ya chinos, ya moscateles,
ya escritos, ya borrados.
Hay un espacioso bosque
adonde nacen caballos
andantes y corredores,
ensillados y enfrenados,
potros, yeguas, mulas, vacas,
carneros, cabritos, gamos,
corzos, cabras y terneras,
jabalíes y venados.
Hay un millón de carrozas,
de coches un *mare magnum*:
de centeno y trigo montes,
de paja y cebada barrios.

Hay ciento cincuenta cuevas,
que ninguna tiene amo,
llenas de paño de Londres,
de sedas y de brocados,
tafetanes y tapices,
espolines y damascos,
toda variedad de sedas,
de lanas y de brocados.
Para las señoras damas
hay también vestidos varios,
muy llenos de plata y perlas,
y de diamantes bordados,
sin que falte cosa alguna
que sea para su ornato;
y todo lo dicho cuesta
sólo llegar a tomarlo.
Hay una hermosa alameda,
de cuyos copiosos ramos
penden diversos vestidos,
a cada cual ajustados,
ropillas, guantes, coletos,
sombreros, medias, zapatos,
camisas, valonas, vueltas,
calzones, ligas y lazos.

Hay cuatrocientas iglesias,
ermitas y santuarios,
todos de plata maciza
y oro fino fabricados.
La riqueza y ornamentos
de esculturas y retablos,
considérello el prudente
mientras lo envidia el avaro.
De nieve una gran montaña,
de virtud prodigio raro,

que calienta en el invierno
y refresca en el verano.
Hay en cada casa un huerto
de oro y plata fabricado,
que es prodigio lo que abunda
de riquezas y regalos.
A las cuatro esquinas de él
hay cuatro cipreses altos:
el primero da perdices,
el segundo gallipavos,
el tercero cría conejos,
y capones cría el cuarto.
Al pie de cada ciprés
hay un estanque cuajado,
cuál de doblones de a ocho,
cuál de doblones de a cuatro.
Animo, pues, caballeros,
ánimo, pobres hidalgos;
miserables, buenas nuevas;
albricias, todo cuitado;
que el que quisiere partirse
a ver este nuevo pasmo,
diez navíos salen juntos
de la Coruña este año.

ANÓNIMO

N.º 94

El sobrio y el glotón

Había en un lugarón
Dos hombres de mucha edad,
Uno de gran sobriedad,
Y el otro gran comilón.

La mejor salud del mundo
Gozaba siempre el primero,
Estando de enero a enero
Débil y enteco el segundo.

«¿Por qué, el tragón dijo un día,
Comiendo yo mucho más,
Tú mucho más gordo estás?
No lo comprendo, a fe mía.»

«Es, replicó el frugal,
Y muy presente lo ten,
Porque yo digiero bien,
Porque tú digieres mal.»

Haga de esto aplicación
El pedante y presumido,
Si porque mucho ha leído
Cree tener instrucción;

Y siempre que a juzgar fuere,
La regla para sí tome:
No nutre lo que se come,
Sino lo que se digiere.

CONCEPCIÓN ARENAL

NO SE HA HECHO LA MIEL...

(Refrán explicado)

Buscando el hambre matar
el zorro, el asno y el oso,
concertáronse a robar,
mediante un plan cauteloso,
las mieles de un colmenar.

Y en la noche, tan propicia
a las hazañas sin gloria,
los tres pillos de mi historia,
guiados por su codicia,
alcanzaron la victoria

—aquí corro, allá me escurro—
de la miel viéndose dueños;
el zorro, por más cazurro,
el oso, por sus empeños,
y el jumento, por más... burro.

Castraron, pues, las colmenas
a su modo cada cual;
que hasta en el robar panal
cada uno tiene sus venas,
y su instinto natural.

Los enjambres que, dormidos,
despertaron advertidos
del robo, sus batallones
prepararon, decididos
a esgrimir sus aguijones;
y se alistó en el combate
cuanto en la colmena anida,
que, aun al zángano, acicate
es ver la casa invadida
de quien la robe o maltrate.

Zumbó la trompa de aviso;
las escuadras se apretaron,
y en tres haces se ordenaron;
sordo rumor impreciso
llenó el valle, y atacaron.

No saciados los piratas
con la rubia y dulce miel
que chuparon, a granel
resguardaron en las matas,
del agresivo tropel,

de brescas rico botín,
mientras al son del clarín
zumbador, los escuadrones
abejiles dieron fin
al festín de los ladrones:

el aguijón venenoso,
que es tan temible espolón
hincaron sin compasión
en el oso y el raposo
y el jumento remolón.

Los rugidos, los aullidos,
y algún rebuzno grotesco,
contestaron los zumbidos

de los enjambres venidos
como tropas de refresco.

No era posible luchar,
las diminutas abejas
por miles en las orejas
del enemigo al entrar;
o en los pelos y guedejas
de la piel más defendida;
a todo su furia alcanza
y en todo infiere su herida;
en la cabeza aturrida...
en el pescuezo, en la panza...

Y la confusión creció,
y se aumentó el alboroto
cuando la luna en el soto
su argentina luz vertió
de las nubes por un roto.

El raposo, perseguido
por enjambre enardecido,
emprendió loca carrera,
y en aguas de una cacera
se arrojó, dando un bufido;
aliviado del frescor,
permaneció en la corriente,
buscando reparador
descanso, que, astutamente,
fué así su libertador.

El oso, su fortaleza
y gravedad olvidando,
por un repecho rodando,
bien guardada la cabeza,
dejóse ir, esquivando

el duro y constante acecho
del enemigo despecho;
y, al ver la hirsuta pelambre
dar saltos por el repecho,
libre le dejó el enjambre.

No halló el jumento manera
mejor, ni más oportuna,
de vencer a la importuna
nube que le acometiera,
que la de probar fortuna

—rabo enhiesto, orejas tiesas—
y agredir al adversario,
dando al aire el formulario
de sus coces más aviesas,
como el duelo extraordinario.

Las abejas, reforzadas
con las que al verse burladas
por la fuga del raposo,
y del oso regresadas
al colmenar borrascoso,

—¡asno, no hay quien te libe-
sus agujas al clavar, [te!...—
le acribillaron de suerte,
que allí mismo halló la muerte,
en el propio colmenar.

Junto al cadáver hinchado,
pisados entre canchales,
viéronse dulces panales,
que el triste no hubo gustado
para colmo de sus males;

pues, si los supo lograr,
no los supo defender
y no los pudo gozar,
por falta de bien pensar,
como suele suceder.

Y esto explica el fundamento
del viejo dichete aquel,
que habréis oído a más de ciento:
¡no se fabrica la miel
para boca de jumento!

VÍCTOR ESPINÓS

N.º 96

El cura

Hay cerca de Ratisbona,
dos lugares de gran fama,
que el uno *Agere* se llama,
y el otro *Macarandona*.

Un solo cura servía,
humilde siervo de Dios,
a los dos, y así, a los dos
Misas las fiestas decía.

Un vecino del lugar
de *Maracandona* fué
a *Agere*, y oyendo que
el cura empezó a cantar
el Prefacio, reparó
en que a veces aquel día,
«*Gratias Agere*», decía,
y a *Maracandona* no.

Con lo cual, muy enojado,
dijo al cura: «Gracias da
a *Agere*, como si acá
no le hubiésemos pagado
sus diezmos.» Cuando escucharon
tan bien sentidas razones
los nobles *macarandones*,
los bodigos le sisaron.

Viéndose desbodigar,
al sacristán preguntó
la causa. El se la contó,
y él dió desde allí en cantar
siempre que el Prefacio entona,
porque la ofrenda se aplique:
«*Nos tibi semper et ubique
gratias a Macarandona.*»

CALDERÓN

N.º 97

Higiene privada

Según un sabio eminente
e higienista de renombre,
toda la higiene del hombre
se reduce a lo siguiente:

—No te levantes temprano
ni en invierno... ni en verano.

—Bebe cuando tengas sed;
come cuando tengas hambre;
duerme cuando tengas sueño,
¡y no debas nada a nadie!

—Abrigate interiormente
del invierno en los rigores,
y así no tendrás dolores
de costado... ni de frente.

—Anda en coche por la noche
desde septiembre a febrero;
pero no abuses del coche
si ha de costarte dinero.

—Busca el fresco apetecido,
cuando aprieten los calores;
mas no salgas, atrevido,
de casa en paños menores,
porque eso lo han prohibido
todos los gobernadores.

—Sé vago de profesión
y vive siempre a tu modo,
sin ninguna ocupación...
(¡de estómago sobre todo!)

—No te bañes en el mar...
si no te quieres mojar.

—Si, por tu dicha, rebosas
salud, y sientes calor,
báñate en agua de rosas,
que ese es el baño mejor.

—Haz gimnasia, que es probado
que sus pulmones ensancha
todo el que la ha practicado.
Ten sólo mucho cuidado
de no hacer ninguna *plancha*.

—Busca salud y pesetas;
procúrate en tu comida
buen vino y buenas chuletas,
y déjate, por tu vida,
de mejunges y recetas.

—Pues, a mi modo de ver,
las recetas más famosas
son hoy, lo mismo que ayer,
*ilusiones engañosas
livianas como el placer.*

VITAL AZA

LA CENA

En Jaén, donde resido,
vive D. Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava de él que has oído.

Tenía este caballero
un criado portugués...
pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino a punto,
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
y échole la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;
pero arrójame la bota:
vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?
mas ya... de la del Castillo;
dieciséis val el cuartillo,
no tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor, que es mina
la taberna de Alcocer;
grande consuelo es tener
la taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,
vive Dios que no lo sé,
pero delicada fué
la invención de la taberna.

Porque allí llego sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo;
sólo una falta le hallo,
que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón
hizo fin: ¿qué viene ahora?
la morcilla, ¡oh gran señora,
digna de admiración!

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡qué través y enjundia tiene!
paréceme, Inés, que viene
para que demos con ella.

Pues ¡sús!, encójase y entre,
que es algo estrecho el camino.
No eches agua, Inés, al vino;
no se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañojo,
porque con más gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
como sabía, mi consejo.

Mas di, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?
¡cómo la traidora, pica!
tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!
morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos,
hechas a cebar lechones.

El corazón me revienta
de placer; no sé de tí.
¿Cómo te va? Yo por mí
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?,
¿cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles;
ya sé lo que puede ser:
con este negro beber
se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
alto licor celestial;
no es el aloquillo tal,
ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡qué rancio gusto y olor!
¡qué paladar! ¡qué color!
¡todo con tanta fineza!

Mas el queso sale a plaza,
la moradilla va entrando,
y ambos vienen preguntando
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,
el de Pinto no le iguala;
pues la aceituna no es mala,
bien puede bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles,
daca de la bota llena
seis tragos; hecha es la cena,
levántense los manteles.

Ya, que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto,
parece que será justo
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayo enfermo...
las once dan, yo me duermo;
quédese para mañana.

BALTASAR DEL ALCÁZAR

El ratón y el queso

Mientras en guerras
se destrozaban
los animales
por justa causa,
un ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
estaba siempre
dentro de un queso.

Juntaban gentes,
buscaban armas,
formaban tropas,
daban batallas;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
siempre metido
dentro del queso.

Pasaban hambres
en las jornadas,
y malas noches
en malas camas;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
siempre metido
dentro del queso.

Ya el enemigo
se ve en campaña:
al arma todos,
todos al arma;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
siempre metido
dentro del queso.

A uno le hieren,
a otro le atrapan,
y a otro le dejan
en la estacada;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
siempre metido
dentro del queso.

Por fin lograron,
con la constancia,
sin enemigos
ver la comarca;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
siempre metido
dentro del queso.

Mas ¿quién entonces
lograr alcanza
el premio y fruto
de tanta hazaña?

El ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
que siempre estuvo
dentro del queso.

PABLO DE JERICA

Lección gramatical

Quiso cierto coronel,
con plausible pensamiento,
que todo su regimiento
se ilustrase en el cuartel.

Y los sargentos nombrados
quedaron sin excepción
para dar diaria lección
instructiva a los soldados.

No fué tentativa vana;
y, en cuanto supieron leer,
empezaron a aprender
gramática castellana.

Un sargento, perro dogo
en cara y en intenciones,
y por sus explicaciones
más perro que pedadogo,
de esta manera decía
muy serio en cierta ocasión
a la valiente reunión
de soldados que instruía:

Muchachos voy a explicá
lo que es nombre surtativo.
Es nombre... hablando a lo vivo
tó lo que se pué tocá:

er pelo, er cuti, la boca,
los zapatos, los carzones,
er sable, las municiones;
en fin, tó lo que se toca.

Miró después a su gente,
y fijándose en un quinto
andaluz, dijo: tú, Pinto,
a ver, dos pasos al frente;

ahora te voy a poné
un ejemplo descriptivo
pa que er nombre surtativo
digas en alto cual é.

Mucho tino y ojo ar cuento.
Se quema una casa en Cáí.
Cuál es er nombre? —Ahí no hay
surtativo, mi sargento.

—¿Cómo que no? —Claro está.
—¿Que no hay surtativo? —No.
—Y que pierda el tiempo yo
instruyéndote, animá.

—Pero por vía S. Roque
(replica el quinto con flema),
pues si la casa se quema
¿Cómo quíé osté que la toque?

EL RICO Y EL POBRE

(Lafontaine)

Vivían, no sé cuándo,
ni tampoco en qué calle,
un remendón que nunca
tenía veinte reales,
y un rico con más onzas
que en un palacio caben.
El zapatero, mozo
alegre como un baile,
se levantaba al alba
y bate que te bate
y cose que te cose,
cantaba unos cantares
tan buenos, que las gentes
por mañana y por tarde
con tanta boca abierta
se estaban escuchándole.
El rico, su vecino,
metido en sus afanes,
a las mil y quinientas
iba siempre a acostarse,
y hasta rayar el alba,
por más que lo intentase,
no pegaba los ojos
pensando en sus caudales;
y aun entonces apenas
descansaba un instante,
porque al punto el maldito
del zapatero, dale
que dale con su canto,
solía despertarle.
El rico se quejaba,
pero era todo en balde,
que el remendón decía:
—Váyase usted al diantre
o acuéstese a las horas
a que todos lo hacen.
Cuando uno está contento
es natural que cante;
si usted no lo está, vea
de estarlo, o si no, rabie.
—¿Por qué, exclamaba el rico,
no ha de poder comprarse
con el dinero el sueño
como el pan y la carne?
¿De qué sirve el dinero
si no da?... Pero tate,
que ya he encontrado modo
de que ese mirlo calle.
Diga usted, señor Lucas,
preguntó muy afable
al zapatero: ¿cuánto

suele al año ganarse?
—¡Al año! exclamó Lucas;
yo no entiendo esa clase
de cuentas... Lo que gano
lo gasto... y adelante.
—Pero, vamos, y un día
con otro, ¿a cómo sale?
—Unos más y otros menos,
eso es conforme cae.
—Pues bien: en este mundo
no debe vivir nadie
sin algunos ahorros
para los casos graves;
quiero que usted conserve
esos quinientos reales,
que puede caer malo
o el trabajo faltarle.—
El pobre zapatero
creyó ver los caudales
de Creso entre sus manos,
y pescando al instante
los cuartos, sin siquiera
decir «Dios se lo pague»,
los enterró, y con ellos
su alegría envidiable.
Cesaron desde entonces
sus alegres cantares,
perdió su dulce sueño
y fueron a hospedarse
con él los sobresaltos
y la inquietud constante;
de día no podían
sus ojos apartarse
del escondite donde
tenía el fatal gaje;
y si de noche un gato
sonaba, era indudable
que el gato su tesoro
querido iba a llevarse.
El pobre Lucas iba
poco a poco quedándose,
con tantas inquietudes,
lo mismo que un alambre;
hasta que dijo al rico:
—Esto es insoportable,
tome usted su dinero
y haga el favor de darme
con dos mil de a caballo
mi sueño y mis cantares.

ANTONIO DE TRUEBA

Riesgos de la imitación

Según cuenta un afamado compilador de consejos, pacían unas ovejas cierto día en un collado. Y estaban como un alambre, pues como hierba no había a causa de la sequía, las pobres rabiaban de hambre —;Cuánto cuesta la pitanza! dijo un carnero formal, que buscaba un herbazal en donde llenar la panza.

—;Mire usted que la pensión del estómago es tirana: comemos hoy, y mañana vuelta a la misma canción! Aunque la paciencia pierde, a esta reflexión se entrega: pero de pronto en la vega divisa un campo muy verde.

—Somos felices, exclama, dando saltos de contento, y es consiguiente, al momento a sus compañeros llama.

—Mirad, les dice, allí está lo que cada cual desea... con que, compañeras, ea, seguidme y vamos allá—.

Oyó una cabra el reclamo y dijo allá en su lenguaje: —¿Con que tenemos forraje? Pues a la parte me llamo—.

Y, pies para qué os quiero, sin hablar otra palabra, parten ovejas y cabra guiadas por el carnero. Corren ante el espectáculo de aquella verde pradera; mas detiene su carrera un inesperado obstáculo; es un profundo torrente de tan excesiva anchura que será la sepultura de quien vadearlo intente. La cabra, que creo yo, era de las más flemáticas acudió a las matemáticas cuando de lejos le vió, diciendo: —Abarco lo más tres varas de cada brinco; el torrente tendrá cinco... Pues, señor, me vuelvo atrás—. Y sin hacer ningún caso de instancias ni de protestas,

a las inmediatas cuestras se volvió pasito a paso...

—Ancho es el torrente, a fe, cada oveja se decía;

pero es mi filosofía *hacer lo que hacer se ve*—.

Salta el carnero el torrente, y todas tras él saltando, van una a una encontrando sepultura en la corriente.

Vió desde un cerro esta escena de desolación la cabra, y tomando la palabra, dijo, llorando de pena:

—En esta tierra insensata se imita todo lo malo, porque no hay quien alce el palo contra los mulos de reata. Aunque el uso tergiverse, siempre por necio tendré al que hace lo que hacer ve y no lo que debe hacerse—.

ANTONIO DE TRUEBA

N.º 103

Curas oportunas

Juan se metió a curandero, aunque era en el arte un topo, y se ganaba el galopo con sus curas buen dinero.

Un día llegó a sus puertas un niño pidiendo cura, pues tenía la criatura entrambas piernas muy tuertas.

El curandero le puso en ellas cierto aparato, y las tuvo a poco rato tan derechas como un huso.

—Veamos, dijo un patán de piernas muy contrahechas, si a mí me pone derechas las patas el señor Juan—.

Y es claro, como era rico, le ofreció lo que quisiera con tal que se las pusiera tan derechas como al chico.

Abrió el curandero un ojo tamaño cuando esto vió, mas... por más que caviló, el cojo se quedó cojo.

Demuestran tales sucesos que quien corregirse quiera no lo alcanzará si espera a que estén duros sus huesos.

ANTONIO TRUEBA

EL BOSTEZO

De los males contagiosos,
o si se quiere epidémicos,
o si se quiere simpáticos,
que reconocen los médicos,
no hay uno más impolítico,
ni más porfiado, ni más réprobo,
más imprudente y estólido,
más prosaico que el bostezo.

El buen tono lo proscribiera
porque es anti-circunspeto,
anti-social, anti-urbano,
y muy anti-caballero.

Y sin embargo, no hay dama,
no hay niño, joven ni viejo
que *alicuando* o muchas veces,
no incurra en tal vituperio;
que en tertulias o en casinos,
en teatros o en conciertos,
o en academias científicas
y aun en el mismo templo,
alguna vez sus mandíbulas
no divorcie en tales términos
que de las fauces y esófago
haga patente lo inédito.

El vulgo, y antes que el vulgo,
Hipócrates y Galeno,
lo atribuyeron al hambre
o bien a fatiga o sueño.

Posibles son las tres causas,
pero yo opino que al menos
no se bostezara tanto,
si en este mundo protervo
no hubiera malos cantantes,
poetas de malos versos
y comedias desdichadas
y habladores sempiternos.

Mas lo singular, lo raro,
lo admirable del bostezo
no es la causa producente,
es al contrario, su efecto.

Es su influencia simpática,
es ese contagio eléctrico,
es ese fluido tiránico,
es ese poder magnético,
que no abre la boca un prójimo,
sin que su fatal ejemplo
siga otra boca envidiosa
y otra boca y otras ciento.

Que más de una vez he visto
en discursos o en conciertos

estar con la boca abierta
casi el auditorio entero;
y el orador o cantante
traducir por embeleso,
y por signo de placer,
lo que era... un puro bostezo.

En vano a la boca aplican,
para ocultar ese efecto,
las damas el abanico,
los hombres el pañizuelo.

La educación lo aconseja,
mas si acomete de recio
no hay disimulo que baste
a tal descomedimiento.

La plebe y la gente mística
llevan a la boca el dedo,
y con movimiento rápido
hacen de cruces un ciento.

Sin duda para que el diablo
no se les cuele al garguero,
como si el diablo no entrara
por conductos más estrechos.

¡Oh, despótico poder
del mandibulario esfuerzo!
Señores, en este instante,
ahora mismo estoy temiendo,
que si hay una sola boca
al recitar yo estos versos,
que tome la iniciativa
de honrarlos con un bostezo...

Mas ya no es temor, que enfrente
una boca abrirse veo,
y otra más chica aquí al lado
y otra más grande allá lejos.

En tal estado de cosas,
¿qué prescribe el reglamento?
¿qué ordena la fisiología?
¿que me retire a mi asiento?

Pues lo dejo y me retiro
porque el sonrojo no quiero
pasar de que estos señores
han bostezado a mis versos.

Además... ¡por Dios os pido...
que me guardéis el secreto!
necesito retirarme...
¡porque me viene un bostezo!...

FR. GERUNDIO

Cuento baturro

Se iba a morir el tío Lucas, y para no quedar mal con la familia, llamó a un sobrino suyo, a Blas, junto a su lecho, y le dijo con la mayor seriedad:

—Estoy dando las boqueadas, y como ya sé que estás enfadado con mí y que dices que si soy así u así de preto, porque en la vida te he querido dar ni un rial, pa que veas que te engañas y te aprecio de verdad, te doy pa que la disfrutes aquella casa que está frente a la tuya, en que tiene la posada el señor Juan, con los abrios, los carros, la paja y to lo demás que haiga en ella.

—Muchas gracias, pero...

—Aspera. Puesto a dar, te doy tamién, ya que a mí no ha de servirme pa na, la viñica que está al lao de esa en que entraste a robar con Ugenio.

—¿Cuál? ¿Aquella que hay junto al río?

—Cabal.

—No pué ser.

—¿Qué, la disprecias?

—Eso no, pero...

—Además pa que estés más satisfecho, te regalo el olivar aquél, que hay junto al molino de aceite. De él sacarás güen puñao de perras gordas porque no hay ninguno igual en to el pueblo.

—No pué ser, ripito.

—Te pués quedar tamién, con aquel campico donde veniste a trillar con mí el año pasau.

—Pero...

—¿No estás contento? ¿Aun quiés [más?

—No, señor. Es que me ocurre una duda.

—Dime cuál.

—Pus que todas esas cosas que me quíe usté regalar, no son suyas.

—¡Mía qué gracia!

Demasiao lo sé, morral;
¡Reconcho! Si juesen mias...
a tú te las iba a dar!

ALBERTO CASAÑAL

Cuento viejo

En el portal de una casa
De tantas que hay en mi barrio,
Tiene puesto su taller
Un zapatero afamado;
Más de remiendo y chapuz,
Que de medida y encargo.
Un rapazuelo aprendiz
Y charrán aventajado,
Ya le va por el condumio,
Ya enjabelga unos zapatos,
Ya sisa de la petaca
Lo torcido y lo picado.
Mandado que fué una vez
El aprendiz por su amo
A comprar un medio real
De menudillo guisado,
Condimento borreguil
Hecho de patas y gallo,
Cauteloso y suspicaz
Y mirando de soslayo,
Fué introduciendo en la olla
Más que los dedos, la mano,
Y engulléndose uno a uno
Los más olientes tasajos.
Llegado que hubo el rapaz,
Es cierto y averigado
Que, al vaciar luego el maestro
El condimento en el plato,
Y viendo que allí no había
Otra cosa más que caldo,
Díjole con extrañeza
Si no un tanto amostazado:
—«Oye, tú, ¿qué significa
Tanto líquido, muchacho?»
A lo cual, el aprendiz,
Compungido y angustiado,
Con el índice en la boca
Y rascándose a destajo,
Contestóle: —«Ahí... en la esquina...
Se me derramó el ccharro,
Y... la verdad... no he podido
Recoger ná más que el caldo».

EDUARDO PARADAS

El médico cazador

Un doctor muy afamado, que jamás cazado había, salió una vez, invitado, a una alegre cacería.

Con cara muy lastimera, confesó el hombre ser lego, diciendo: —«Es la vez primera que cojo un arma de fuego.

Como mi impericia noto, me vais a tener en vilo.» Y dijo el dueño del coto: —«Doctor, esté usted tranquilo.

Guillermo el guarda estará colocado junto a usted; él es práctico, y sabrá indicarle...»

—«Así lo haré, —dijo el guarda—. Sí, señor. No meterá usted la pata. Verá usted, señor doctor, los conejos que usted mata.

Siga en todo mi consejo. ¿Que un conejo se presenta? Pues yo digo: «¡Ahí va el conejo!» ¡Y usted tira y lo revienta!» —«¡Bueno, bueno, siendo así!...» —«Nada, que no tema usted. Quietecito junto a mí, chitón, y yo avisaré».

Colocóse tembloroso el buen doctor a la espera, cuando un conejo precioso salió de su gazapera.

—«Ahí va un conejo, —le grita el guarda—. ¡No vacilar! Y el doctor se precipita, y ¡pum! disparó al azar.

Y es claro, como falló diez metros la puntería, el conejo se escapó con más vida que tenía.

El guarda puso mal gesto y rascóse la cabeza. Hubo una pausa, y en esto saltó de pronto otra pieza.

—«¡Ahí va una liebre, doctor! ¡Tire usted pronto o se esconde!» Y ¡pum! el pobre señor disparó... ¡Dios sabe a dónde!

Gastó en salvas, sin piedad, lo menos diez tiros, ¡diez! sin que por casualidad acertara ni una vez.

Guillermo, que no era un zote, sino un guarda muy astuto, dijo para su capote:

«Ese doctor es muy bruto.

¡No le pongo como un trapo, mas ya sé lo que he de hacer!» Y al ver pasar un gazapo corriendo a todo correr:

—«¡Doctor! —exclamó Guillermo, con rabia mal reprimida—. ¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!» Y ¡pum! ¡Lo mató en seguida!

VITAL AZA

¡De limosna!

De limosna un pordiosero Desaprensivo pedía Y amenazante exigía Que le afeitase el barbero.

Sentóse el refunfuñón Votos dando a Satanás... Y le dieron aguarrás En vez de darle jabón.

Lleno de quebradas mellas Toma el muchacho un cuchillo... Y le abre cada portillo Que le hace ver las estrellas.

Sigue andando la navaja O más bien la hoz segadora. El pobre llora que llora, El chico raja que raja.

—¡Pardiez! O no eres del ramo, O si no, soy un podenco. —Calla esa geta, mostrenco; Lo sabrás mejor que el amo...

Y por fin tanto le aqueja El que *la cutis* le rasa, Que adivina lo que pasa Y por qué le despelleja.

Casi terminando están, Cuando hieren sus oídos Los penetrantes aullidos De un perro a quien palos dan.

—Qué será aquello —decía El barbero socarrón—; Y en la cara otro rasgón A su cliente le hacía.

Y al punto el mendigo así Le respondió suspirando: —A ese le están rasurando De limosna, como a mí.

J. DE ARIZAL

El loro y el mico

Un señor de Puerto Rico
en su balcón puso un loro
de rica pluma y buen pico;
loro que era un gran tesoro
por lo loco y por lo rico.

Un vecino suyo, moro,
de Tetuán recibió un mico;
amarró su mico el moro
al balcón, quedando el loro,
aunque alto, cerca del mico.

Pero tanto charla el loro,
que un día se enoja el mico;
y con pujanza de toro
le embiste; se esquila el loro;
rompe la cadena el mico;

salta a la jaula del loro;
sale el loro; pica el mico;
chilla el mico; charla el loro,
y al barullo sale el moro
y el señor de Puerto Rico.

«¿Por qué no encierra su loro?»

«¿Por que no amarra su mico?»
exclaman los dos a coro,
el uno corriendo al loro,
tirando el otro del mico.

Cae el mico sobre el loro;
el loro le clava el pico;
muestra los dientes el mico,
y muerde furioso al moro,
y al señor de Puerto Rico.

Este reniega del loro
jurando matar al mico;
mientras iracundo el moro
provoca al amo del loro;
y arremete al loro y mico.

Arriba se escapa el loro;
abajo se escurre el mico,
y con mengua del decoro,
agarrados quedan moro
y señor de Puerto Rico.

«¡Ay moro, si pierdo el loro!»
le dice el de Puerto Rico;
y replica a un tiempo el moro:
«pagarás bien caro el loro,
cristiano, si pierdo el mico».

Luego arriba charla el loro,
ni se sabe si es su pico
el que habla, o si es el moro;
muecas abajo hace el mico,
y se ignora si es el loro
o el señor de Puerto Rico.

El fandango crece; el loro
vuela y cae sobre el mico;
y brama el de Puerto Rico,

viendo en peligro su loro
nuevamente sobre el mico.

Logra al fin le suelte el moro,
y entra... y tira un tiro al mico,
pero yerra... y mata al loro;
se desmaya... lo ve el moro
y escapa a buscar el mico.

Vuelve, trayéndose el moro
al loro muerto y al mico;
auxilia al de Puerto Rico,
y después le manda el loro
con una carta en el pico.

que dice: «seis onzas de oro
por atentar contra un mico,
cristiano, te exige el moro;
guarda disecado el loro
y paga al punto ese pico».

Amostázase el del loro,
se tira encima del mico...
y van loro, mico y moro
en un fardo a Puerto Rico.

FEDERICO SOLER

Confesión de un sablista

Si alguna vez en la vida
tenéis que pedir parné,
la respuesta ya es sabida:

—*Et quare conturbas me?*

Yo a un francés pedí dinero,
y al punto, sin más ni más,
me respondió el embustero:

—*Monsieur, je ne comprend pas.*

A un italiano fullero
fui después; segunda bola:

—*Signore, sono straniero,
non capisco una parola.*

Renegando de esta gente,
fui a pedir a un inglés,
que contestó secamente:

—*It is very shoking, yes.*

A un español fui también
y al preguntarle, ¿qué tal?
me dijo: —*De salud... bien,
pero de guita... muy mal.*

Fui a un portugués, que prestaba,
y me pidió, ¿qué diréis?,
por cada real que me daba
veinte mil contos de reis.

Bien empleado me está,
porque sé de carretilla
que hasta el reloj, cuando da,
le tiembla la manecilla.

FRAY BUSCÓN

¡Vamos a cuentas!

Ya que con calma te sientas
y estás en tu cuarto solo,
¡vamos a cuentas, Manolo!
¡Manolo, vamos a cuentas!

A mí el deber me asesina,
y hoy podré salir de apuros.
Aquí están los veinte duros
que me han dado en la oficina.

¡Y qué hermosos! No me atrevo
a deshacer el montón:
mas ¡qué diantre! es la ocasión
de que pague lo que debo.

Pupilaje, esta es la cuenta:
cuarenta duros cabales.
Al sastre *doscientos reales*,
al sombrerero, *sesenta*.

A mi primo Federico,
tres duros. A su señora,
catorce. A la planchadora,
dos duros y un perro chico.

Seis reales a don Andrés;
cinco reales al portero;
a Felipe el camarero
del Suizo, *sesenta y tres*.

Cuatro duros a Astudillo;
a Coipel unas recetas;
al sereno *dos pesetas*,
y un duro en el estancuillo.

Pues, señor, no hay más asientos.
¡Ajajá! Venga la pluma...
Vamos a ver lo que suma...
¡Qué atrocidad! ¡*Mil seiscientos!*...

¿Es posible? ¡Santo Dios!
¿Habrá error? ¡Esto me asusta!
¡Nada! La cuenta está justa.
¡*Mil seiscientos treinta y dos!*!

Siento que me llaman tuno,
pero, hay veinte y debo ochenta...
¿Cómo se arregla la cuenta?
¡Quedar a deber a alguno!

¡A la patrona! Esta es
la mejor de *mis ingleses*...
No pago hace cuatro meses...
¡Puede esperar otro mes!

Y que espere el sastre, ¡claro!
y lo mismo el sombrerero.
Después de todo, el sombrero
en tres duros es muy caro.

¡Pagaré a mi primo?... ¡No!
¿Y a su señora?... ¡Tampoco!
¡Pues, señor, me vuelvo loco!
Pero, ¿a quién le pago yo?

Coipel... Felipe... Astudillo...
Estos pueden esperar.
¡Ya sé! Le voy a pagar
al sereno, ¡pobrecillo!

Mas no, ¡tampoco le pago!
La distinción no es prudente...
Yo soy un hombre decente
y sé bien lo que me hago.

¿Faltar yo a nadie? ¡Jamás!
¡Si hallara un medio oportuno!...
¿Y qué hacer? Si pago a alguno
se ofenderán los demás.

¡Está visto! ¡Esto no tiene
arreglo! De todos modos,
es mejor que esperen todos.
¡Les pagaré el mes que viene!

A fe de formal y honrado,
el mes que viene ¡lo juro!
pagaré el último duro
aunque me quede tronado.

Voy a Fornos a comer.
Esto es lo que debo hacer.
¡Ya me duele la cabeza!
¡Nada! ¡No puede uno ser
hombre de delicadeza!

VITAL AZA

El alcalde y su compadre

Tenía un lindo borrico
para sus necesidades
cierto alcalde; y como un día
un su compadre llegase
a pedirselo prestado,
dijo que en el monte estaba;
pero como rebuznase
el borrico a esta sazón,
dijo el otro: ¿veis, compadre,
cómo el borrico está en casa,
y que vos os engañasteis?
A lo cual muy enojado
el alcalde, sin turbarse
le respondió: no está tal;
y miente quien lo pensare,
que aunque el borrico lo dice
con suspiros desiguales,
yo digo aquí lo contrario;
y es muy mal visto que nadie
más crédito quiera dar
a un borrico que a un alcalde,
siendo yo un hombre de bien,
y el burro un *pécora campi*.

MONTALBÁN

LA MODESTIA

Por las flores proclamado
rey de una hermosa pradera,
un clavel afortunado
dió principio a su reinado
al nacer la primavera.

Con majestad soberana
llevaba y con noble brío
el regio manto de grana,
y sobre la frente ufana
la corona de rocío.

Su comitiva de honor
mandaba, por ser costumbre,
el céfiro volador,
y había en su servidumbre
hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
porque también era uso,
quiso una flor por esposa,
y regiamente dispuso
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
y porque causa delicia
en la numerosa grey,
pronto corrió la noticia
por los Estados del rey.

Y en revuelta actividad
cada flor abre el arcano
de su fecunda beldad,
por prender la voluntad
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
engalanarse se veían,
con harta envidia dispuestas
a ver las solemnes fiestas
que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla;
el rey admirado duda,
cuando ocultarse sencilla

vió una tierna florecilla
entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor
de su corona le inquieta,
pregúntale con amor:

—¿Cómo te llamas? —Violeta—
dijo temblando la flor.

—¿Y te ocultas, cuidadosa,
y no luces tus colores,
violeta dulce y medrosa,
hoy que entre todas las flores
va el rey a elegir esposa?

Siempre temblando la flor,
aunque llena de placer,
suspiró y dijo: —Señor,
yo no puedo merecer
tan distinguido favor.

El rey, suspenso, la mira,
y se inclina dulcemente;
tanta modestia le admira;
su blanda esencia respira,
y dice, alzando la frente:

—Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta;
sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura
es la hermosura modesta.

Dijo, y el aura afanosa,
publicó en forma de ley,
con voz dulce y melodiosa,
que la violeta es la esposa
elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
ambos esposos se dieron
pruebas de amor manifiestas,
y en aquel reinado fueron
todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS

EL SASTRE Y EL AVARO

Hay gente que dice cólega,
y epigrama, y estaláctica,
púpitre, méndigo, sùtiles,
hostiles, córola y áuriga.

Se oye a muchísimos périto,
y alguno pronuncia mámpara,
díploma, erúditto, pérfume,
Pérsiles, Tíbulo, Sávedra.

Los que introducen esdrújulos
contra el origen y práctica,
imitación de su método,
lean la presente fábula.

Sabrán, si me escuchan ustedes,
que hubo un tal Pedrillo Zápata
sastre titular del cóncejo,
de no sé qué villa manchega.

Era comilón Periquito
y algo amigo de la gándaya;
sin embargo, bien a ménudo
listo su labor despachaba.

Vivía en su pueblo un ricote,
cicatero sobre manera,
que le encargó que le cósiera
calzones, cháleco y chaqueta.

Costumbre de pueblo pequeño
es muy general y sábida,
que al sastre le dé la cómica
el mismo para quien trábaja.

Cose a vista del parróquiano;
engulle, según se tratara,
buen almuerzo y rico púchero,
cena, y acabó su fátiga.

A casa de don Ceférino
se fué mi sastre de mañana;
sirviéronle su desáyuno,
y seda previno y agujas.

—Ea —dijo—, hasta que Isídoro,
tocando la gorda cámpana,
la hora de comer no señale
coso sin alzar la cabeça.

Echóse a pensar el ávaro
si en fuerza de aquellas pálabras
del sastre salirle púdiera
la manutención más bárata.

—¿Quieres —le propuso a Périco—
la olla comerte preparada
y hasta la cena seguidito
proseguir luego la tárea—.

Respondió el sastre: —me acómo-
y aun si la cena me sácaran [da;
me la engullera; mi apétito
no corre con hora márcada.

—Corriente—contestó el ricacho;
vas a comer de una zámpada
para el día de hoy por cómpeto
y coses luego sin párada—.

La mitad sobra, de séguro
—dijo el ruin para su cámbisa—;
ni un avestruz que se púsiera
tanto en el buche se encájara.

—Vamos —gritó— pronto, prón-
ti-corta la sopa y la ensálada, [to;
y a Pedró sirvele en séguida
la olla y de cenar, Baltásara—.

Dánselo y trágalo tódito,
y dice después de lá cena:
—Yo, en cenando no doy púntada;
buenas noches, voime a lá cama.

La salida del sastrécito
fué una solemne tunántada;
mas de burlas a misérables
ni un místico se escandáliza.

HARTZENBUSCH

El cuento de mi abuela

Un cuento a los holgazanes
(y por ende a mí el primero)
referir aquí yo quiero,
que mi abuela me contó:
Sobre un macho padre e hijo
yendo por una espesura,
hallaron una herradura
que un cuadrúpedo perdió.
«Bájate a cogerla, hijo,
dijo el vejete al muchacho». mas éste, holgazán, del macho
nunca se quiso apear.
Bajóse el padre y la coge,
la vende, y le dan en cuenta
cerezas lo menos treinta,
y el jaco vuelve a montar.
De pronto el vejete al suelo
tira una sola cereza;
y el chico con ligereza
se apea y la recogió.
A poco otra el vejete tira,
y otra vez nuestro chicuelo
se baja y coge del suelo
la segunda que comió;
más tarde echa otra, luego
la cuarta y quinta después,
y más tarde todas, pues
hasta la treinta tiró.
Y otras tantas sube y baja
del pacientísimo macho
el indolente muchacho
por las cerezas comer.
Su padre, con buen sentido,
la ocasión perder no deja,
y saca esta moraleja
que tiene miga, ¡pardiez!
«El que es flojo, su trabajo
siempre halla centuplicado;
treinta veces te has bajado
por no bajarte una vez».

B. GONZÁLEZ BASURTO

Cuento andaluz

Cerca de San Sebastián
estaba de centinela
sin temor y sin cautela
la víspera de San Juan;
cuando observé a poco trecho
un toro como un gigante,

más grande que un elefante
 que vino hacia mí derecho.
 Yo, que en peligro me vi,
 me colé por un reducto,
 y por el mismo conducto
 entró el toro tras de mí.
 Salgo del reducto y ¡zas!
 en una casa cercana
 me metí por la ventana
 y el toro siempre detrás.
 De la casa sin desdoro,
 aunque el caso no se crea,
 salí por la chimenea,
 y siempre detrás el toro.
 ¿Qué hice entonces? Me encogí
 y me metí en el cañón
 de mi fusil —¡Trapalón!
 —Y el toro detrás de mí.
 Mas no por eso aturrido
 quise entregarme, lo juro:
 cuando me vi en tal apuro
 me salí por el oído.
 —¡Válgame Cristo! ¡qué enredo!
 Pues, ¿cómo, voto a Caífas,
 no salió el toro detrás?
 —Porque tapé con el dedo.

M. JOSÉ QUINTANA

N.º 117

Derecha e izquierda

Aunque la gente se aturda,
 diré, sin citar la fecha,
 lo que la mano derecha
 le dijo un día a la zurda.

Y, por si alguno creyó
 que no hay derecha sin labia,
 diré también lo que, sabia,
 la zurda le contestó.

Es, pues, el caso que un día,
 viéndose la mano diestra
 en todo lista y maestra,
 a la izquierda reprendía:

«Veo —exclamó con ahinco—
 que nunca vales dos bledos,
 que teniendo cinco dedos,
 siempre eres torpe en los cinco.

Nunca puedo conseguir
 verte coser o bordar.

¡Tú una aguja manejar!
 ¡lo mismito que escribir!

Eres lerdá y no me gruñas,
 pues no puedes, aunque quieras,
 ni aun manejar las tijeras
 para cortarme las uñas.

Yo en tanto las corto a ti,
 y tú en tanto te complaces,

pues todo lo que no haces
 carga siempre sobre mí.

¿Dirásme, por Belcebú,
 en qué demonios consista
 el que siendo yo tan lista
 seas torpe siempre tú?»

«Mi aptitud —dijo la izquierda—
 siempre a la tuya ha igualado;
 pero a ti te han educado
 y a mí me han criado lerdá.

¿De qué me sirve tener
 aptitud para mi oficio,
 si no tengo el ejercicio
 que la hace desenvolver?»

La izquierda tuvo razón;
 porque, amiguitos, no es cuento:
 ¿de qué os servirá el talento
 si os falta la educación?

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE

N.º 118

Antigüedades y piedras

Pleiteaban ciertos curas
 de San Miguel y Santa Ana,
 probando el uno y el otro
 la antigüedad de su casa;
 y el de San Miguel un día,
 que acaso se paseaba
 por el corral de su iglesia,
 descubrió mohosa y parda,
 una losa y ciertas letras,
 que gastó tiempo en limpiarlas;
 dicen: *Por aquí Selim...*

partió como un rayo a casa
 del obispo, y dijo a voces:
 «Mi justicia está muy llana,
 Ilustrísimo Señor;
 esta piedra era la entrada
 de alguna cueva, por donde
 el moro Selim entraba
 para guardar los despojos
 en la pérdida de España».
 Quedó confuso el Obispo;
 pero el cura de Santa Ana,
 que estaba presente, dijo:
 «Vamos a ver dónde estaba
 esa piedra tan morisca,
 que tan castellano habla».
 Fuéronse los dos, y entrando
 a la misma parte, hallan
 rompida otra media losa,
 y que, juntándolas ambas,
 dicen: *Por aquí se lim-pian*
las letrinas de esta casa.

LUIS BELMONTE BERMÚDEZ

¡Paciencia!

Hijo nací tercerón
De un hidalgo pobretón,
Y si la fiebre amarilla
No barre medio Castilla,
No espero ninguna herencia.

¡Paciencia!

Si presto, nadie me paga,
Que es mi suerte muy aciaga;
Si me veo en un apuro
Y llego a pedir un duro,
Me dan... una reverencia.

¡Paciencia!

¿Viene a convidarme Blas?
No me halla en casa jamás;
Y es fijo que ha de encontrarme
El que venga a molestarme
Con alguna impertinencia.

¡Paciencia!

El cielo anuncia tronada;
Saco paraguas... no hay nada;
No lo saco... y aquel día
Un diluvio nos envía
La divina Providencia.

¡Paciencia!

BRETÓN DE LOS HERREROS

N.º 120

La educación de la niñez

El niño es pobre o es rico;
el niño es hábil o es rudo;
dócil o díscolo —tres
verdades de Pero-Grullo.

Si engendro fué suspirado
de padres de alto coturno.

¡Venturosa criatura!,
dirá el envidioso vulgo,
¡se engaña! Todo viviente
nació para el infortunio,
y con otra disyuntiva
voy a probar lo que anuncio.

O temiendo a cada instante
que le acometa el singulto
de la muerte, le sujetan
a planes de higiene absurdos;
y aunque llore y se desgrefe
el infeliz, ¡no hay recurso!;
como el doctor Tirtea fuera,
ponen tasa a su bandullo,
y todo goce le daña,
y todo goce es abuso
para él, y hasta del aire
le merman el usufructo.
¡Así se cría canijo,

el que naciera robusto,
y a fuerza de amor sus padres
se convierten en verdugos!

O bien con necio cariño
halagan todos sus gustos,
y de un mocoso rapaz
hacen un rey absoluto.
Y no es más feliz por eso
el acariciado alumno,
que con el mimo y los años
crece en su pecho el orgullo.
Llega un día en que no bastan
las riquezas del Gran Turco
para dejar satisfechos
sus caprichos importunos.
Cuando le ofrecen faisanes,
se le han de antojar besugos,
y pide peras al olmo
o que nazca Dios en junio.
Fáciles goces le cansan,
que, como dijo Licurgo,
donde no hay pena, no hay gloria,
donde no hay lucha, no hay triunfo.

BRETÓN DE LOS HERREROS

N.º 121

El novio y el capuchino

Cierto joven que a casarse
gozoso se preparaba,
a los pies de un capuchino
se arrodilló una mañana,
y le rogó muy humilde
que sus culpas escuchara.

«Confieso, dijo, que quiero,
que idolatro a una muchacha;
pero todo está dispuesto,
y hoy mismo, padre, nos casan».

Contóle otros pecaduelos
el novio, muy a la larga,
y el padre tomaba polvos
sin chistar una palabra.

Mirando ya por su parte
la confesión acabada,
dicho ya el *ego te absolvo*,
extrañado le dejaba
escapar tan bien librado
antes de volver a casa,
dijo el penitente: «Padre,
¿no me manda rezar nada
ni hacer otra penitencia
que mis culpas satisfaga?»

«¿A qué? —contestó mi fraile
componiéndose las barbas—.
¿Qué más penitencia quiere?
¿No me ha dicho que se casa?

PABLO DE JÉRICA

QUID - PRO - QUOS

«Ahora que los ladros perran,
Ahora que los cantos gallan,
Ahora que albandando la toca
Las altas suenas campanan.

Y que los rebuznos burran,
Y que los gorgéos pájaran,
Y que los silbos serenan,
Y que los gruños marranan.

Y que la aurorada rosa
Los extensos doros campa,
Perlando líquidas viertas,
Cual yo lágrimo derramas:

Yo, friando de tiritó,
Si bien el abrasa almada,
Vengo a suspirar mis lanzos
Ventano de tus debajas.

Tú en tanto duerma tranquilas
En tu camada regala,
Ingratándote así burla
De las amos del que te ansia.

Oh, ventánate a tu asoma;
Oh, persiana un poco la abra;
Y suspire los recibos,
Que este pobre exhala amanta.

Ven, endecha las escuchas
En que mi exala se alma
Y que un milicio de músicas
Me flauta con su acompañia.

En tinieblo de las medias
De esta madrugada oscurada,
Ven y haz miradar tus brillas
A fin de angustiar mis calmas.

Esas tus arcas son cejos
Con que flechando disparas
Cupido pecha mi hiezo
Y ante tus postres me planta.

Tus estrellitos son dos ojos,
Tus rosos son unas labias,
Tus perles son como dieras,
Tu palme como una talla.

Tu cisno es como el de un cuello,
Un garganta tu alabastra,
Tus tornos hechas a brazo,
Tu reinar como el de una anda.

Y por eso horó a estas vengas
A rejar junto a tus cantas,
Y a suspirar mis exalos
Ventano de tus debajas.»

Así cantaba Calixto
A las ventanas de Carmen,
De Carmen que desdenosa
Ni aun se acuerda de olvidarle.
Es el galán susodicho
Mozo de tan buen talante
Que en el barrio no hay quien tenga
Tanto garbo y tal donaire.
Ninguno en amar le excede,
Ni en cantar le iguala nadie,
Ni en el tañer la vihuela
Hay quien le exceda o iguale.
Sin embargo el ser Calixto
Mozo de tan buen talante
No ha sido parte a ablandar
El duro pecho de Carmen.
La aurora le encuentra siempre
Muerto de frío en la calle,
Al cielo dando sus quejas
Y sus suspiros al aire.
Allí improvisa a las veces
Tristes serenatas y ayes,
Que oyen tal vez los serenos,
O que tal vez no oye nadie.
Yo salí esta madrugada,
Mucho antes de que aclarase,
Para poder alcanzar
La misa de cinco al Carmen.
Y junto a las rejas de ídem
Lo encontré dale que dale,
Y oí los versos de que
Me hice editor responsable.
Mas como era ya temprano
Y Calixto empezó tarde,
Estaba un poco más ronco
De lo que era razonable;
Además como estaba ebrio
(Aunque en verdad no se sabe
Si de puro amor ardiente
O de aguardiente o de brandi)
Echaba a perder el canto,
Que era una lástima grande,
Y trabucaba las sílabas,
Y las palabras y frases.
Empero es cosa segura,
O a lo menos muy probable,
Que a no ser por la embriaguez,
Y la ronquera del diantre,
Y lo malo de los versos,
Y el trastrueque de las frases
La tal serenata hubiera
Estado buena en su clase.

MARROQUÍN

CUMULO DE DISPARATES

En la Historia de Mariana
Refiere Virgilio un cuento
De una Ninfa de Diana,
Que por ser mala cristiana
Fué metida en un convento.

Salió Escipión Africano
A impugnar esta opinión,
Publicando en castellano
Una gran disertación
Sobre el caballo troyano.

En la cual se convencía
Que por razón natural,
Y según la anatomía,
No debe el cirio pascual
Arder en la Epifanía.

Discordes los pareceres
De todos los literatos,
Al oráculo de Ceres
Preguntaron si Pilatos
Se casó con dos mujeres.

Respondió luego la Diosa
Que proponerla acertijos
Era diligencia ociosa,
Sabiendo que siete hijos
Tuvo Santa Sinforosa.

Oscura fué la respuesta;
Y dijo el rey Baltasar:
Pues, señores, ¿qué nos cuesta
Enviárselo a preguntar
Al Consejo de la Mesta?

Congregóse el Tribunal
Y el rey Vamba de Golilla
Con un texto de Marcial,
Defendió que el Escorial
Es la octava maravilla;

Alegando por apoyo
De tan justo raciocinio,
Que el lance que llevó al hoyo
Al Secretario Santoyo,
Se halla prevenido en Plinio.

Teniéndolo por error
Replicó don José Nebra
Célebre compositor,
Que nunca estuvo en Ginebra
El Diabolo Predicador.

Que era entenderlo al revés;
Pues con decreto severo
Mandó el parlamento inglés
Que nunca sin el cordero
Se pintase a San Ginés.

Y aun con mayor acrimonia
Probó el poeta Menandro,
Que, aunque nació en Macedonia,

El magnánimo Alejandro,
Fué colegial de Bolonia.

Al modo que Constantino
Ya graduado en Alcalá
(Como observa Calepino),
Vió volver el agua vino
En las bodas de Caná.

Este, dijo, es mi sentir
Salvo siempre el de la Junta:
Y vivo está el Gran Visir,
Que, si alguien se lo pregunta,
No me dejará mentir.

Armóse una sarracina
Cuando Séneca citó
Los anales de la China,
Probando que en Jericó
Se habló lengua vizcaína;

Y que si plantó la vid
El patriarca Noé,
Por otra causa no fué
Sino porque el rey David
Vió en el baño a Betsabé:

Que era un engaño evidente
De Mahoma en su Alcorán,
Decir que el Gran Capitán
Era alferez o teniente
Cuando lo pintó Jordán.

Y en fin, que por ningún caso
Se debía conceder,
Que allá en el Monte Parnaso
Tenga el caballo Pegaso
La cola de Lucifer.

Prevaleció esta opinión,
Y el almirante Colón,
A la sazón Presidente,
Luego a Fray Luis de León
Dictó el acuerdo siguiente:

Hoy a treinta de febrero
Fallaron sus señorías,
Que es un hereje Lutero
Por haber dicho que Olías
No fué la patria de Homero.

Y no obstante que Tarquino
Quiso engañar a Lucrecia,
Debió el César Antonino
No presentarse en Venecia
Con hábito Teatino;

Pues aunque fuese el Tostado
Bispo de Calahorra,
Bien pudo haber presenciado
El castigo del pecado
De Sodoma y de Gomorra.

El enano de la venta

Que aunque es muy cierto que Di-
Visitó a don Pedro el Cruel, [do
Y que la hermosa Raquel
Juró haber visto a Cupido
A los pies de San Miguel.

No por eso dejará
De ser igualmente cierto,
Que un gran Padre del desierto
Por purgarse con maná
Hubo de quedarse tuerto.

Que en vista de estas razones
Deben los cuatro elementos
Y los dos santos varones
Ir montados en jumentos
A rezar las estaciones;

Y que así Raimundo Lulio,
Arzobispo de Tesalia,
No deje que Marco Tulio,
Aun en el calor de julio,
Beba en la fuente Castalia.

Con cuya resolución,
Que archivada ha de quedar,
Se escriba luego al Japón,
Para que venga Sansón
Al campo de Gibraltar.

Y por tanto se decreta
Por siempre, jamás, amén,
Que el laberinto de Creta
Sin licencia no se meta
En el portal de Belén.

IRIARTE

N.º 124

El tiro por la culata...

Cazador impenitente,
Luciano a cazar salía;
y el pobrecillo volvía
sin un pájaro inocente.

Una liebre al fin saltó,
y del famélico perro
entre las garras de hierro
aprisionada quedó.

Al volver a casa ufano
por la victoria obtenida,
brotó una idea atrevida
en la mente de Luciano.

Tras una larga porfía,
apostó de buena gana
que en menos de una semana
una liebre mataría.

Sería el triunfo sencillo:
colgó la liebre de marras
atadita por las garras,
miró y apretó el gatillo,
y... ¡pum!; mas ¡oh suerte impía!
el tiro en la cuerda dió,
y la liebre se escapó
con más vida que tenía.

Parece que antes había
en la Venta del Candil,
un enano que tenía
voz equivalente a mil.

Habitaba en el pajar,
y si una riña se armaba,
decía: «Voy a bajar»;
y nadie ya rechistaba.

Al oír la voz aquella,
tan pujante sobre todas,
esperábase tras ella
ver un coloso de Rodas.

Negro, bisojo, feotón,
barba azul, nariz adunca;
sonaba, pues, el bajón,
mas él no bajaba nunca.
—¿Qué es lo que sucede abajo?
bramó el enano una vez.

—Salga a verlo el espantajo,
dice un chaval de Jerez.

—Allá voy, se oyó en un grito
que nunca se dió tan fuerte.

—Ven, le contestó el mocito;
danos el gusto de verte.

En el portal, un montón
de gente en expectativa
temblaba del vozarrón;
el enano, quieto arriba.

—Que voy.

—Ven.

—Que bajo.

—Baja.

—No.

—Sí.

Era un barullo inmenso...

El enano, allá en la paja,
no bajaba ni por pienso.

Impaciente el jerezano,
de charla inútil se deja,
sube al pajar, y al enano
me le saca de una oreja.

Burlona estalló conforme
risa general sin fin,
viendo tras la voz enorme
un enano chiquitín.

Le iba a mantear la gente
si no se escabulle listo.
No viéndole, ¡qué imponente!
¡qué triste figura, visto!

Para muchos es el coco
de mayor autoridad,
quien habla mal, recio y poco
entre densa oscuridad.

HARTZEMBUSCH

LA COMPETENCIA

Al llegar las Navidades siempre había en Valdeotero gran repuesto de turrones, que a don Pepe, el confitero, le mandaban recién hechos de Jijona y de Alicante, y él vendía casi al doble que cobraba el fabricante. Y —¡está claro!— sucedía que no había una persona que a su casa se llevara medio kilo de Jijona; pues tal precio le ponía el maldito confitero, que las gentes, asustadas, se guardaban su dinero. —Es preciso que esto acabe —dijo un día el boticario—. Cuando llegan estas Pascuas el turrón es necesario; y si Pepe, que es un zote, no comprende su negocio, voy a ver si le convenzo y me acepta como socio; pues si el hombre, por su empeño a las gentes perjudica, yo no debo tolerarlo por el bien de mi botica—. Dicho y hecho. Fué a verle. Y le dijo: —Esto no pasa te aconsejo que te enmiendes, por el nombre de tu casa. Todo el pueblo está que trina, y le sobran las razones, pues aquí monopolizas el negocio de turrones; y es preciso que no abuses, y lo vendas más barato, porque caro no lo comen y yo entonces pago el pato. ¿No comprendes que sin venta el surtido se te enrancia? Yo me asocio, si tú quieres, y te ofrezco una ganancia. Te aseguro un diez por ciento —y ya creo que es bastante—, si los vendes a los precios que te pone el fabricante. —Mire usted, amigo mío, —contestóle el confitero—, yo soy dueño de mi casa. Nadie manda en mi dinero. No me importan las habillitas, ni que el público se queje,

Quien los quiera que los compre; quien no quiera, que los deje.

—¿Luego insistes?

—¡Ya lo creo!

—¡Lo lamento!

—Pues, ¡paciencia!

—Ya que quieres que haya lucha, voy a hacerte competencia.

—¿En jarabes?

—¡En turrones!

—¿Es de veras? ¡Me hace gracia!

—Ya verás si te hace sombra el portal de mi farmacia—.

Y lo mismo que lo dijo cumplió el hombre su promesa.

Le mandaron de Alicante de turrones gran remesa.

En carteles dijo al pueblo que él lucrarse no quería;

que el surtido de turrones por su precio lo vendía;

que el servir a sus vecinos era sólo su deseo...

¡Y el portal de la farmacia fué un constante jubileo!

Los señores, los criados, los más grandes, los más chicos,

los seglares y los curas, y los pobres y los ricos,

fueron todos a surtirse viendo clara la ventaja,

y en dos días no dejaron para muestra ni una caja.

¡Casi a pasto lo comían!

¡Qué alegría! ¡Qué atracones!

¡Medio pueblo cayó enfermo del empacho de turrones!

Orgulloso el boticario reembolsaba su dinero

y furioso en su derrota, se decía el confitero:

—No comprendo... No me explico... Es un caso extraordinario...

Yo me arruino y él no gana...

¡Qué animal de boticario!—

Y una vieja que le oía, dijo al punto: —¡Pobre Pepe!

¿Que no gana el boticario?

¡Si ese sabe más que Lepe!

Nada gana en los turrones, pero gana el muy ladino

en magnesia y en ruibarbo y en aceite de ricino.

VITAL AZA

La vida del muchacho

Hermana Marica,
 mañana, que es fiesta,
 no irás tú a la amiga,
 ni yo iré a la escuela.
 Pondráste el corpiño
 y la saya buena,
 cabezón labrado,
 toca y albanega;
 y a mí me pondrán
 mi camisa nueva,
 sayo de palmilla,
 medias de estameña.
 Y, si hace bueno,
 traeré la montera,
 que me dió la pascua
 mi señora abuela.
 Y el estadal rojo,
 con lo que le cuela
 que trujo el vecino
 cuando fué a la feria.
 Iremos a Misa,
 veremos la iglesia,
 darános un cuarto
 mi tía la ollera.
 Compraremos dél,
 que nadie lo sepa,
 chocos y garbanzos
 para la merienda.
 Y en la tardecita,
 en nuestra plazuela,
 jugaré yo al toro,
 y tú a las muñecas
 con las dos hermanas,
 Juana y Magdalena,
 y las dos primillas,
 Marica y la tuerta.
 Y, si quiere madre
 dar las castañetas,
 podrás tanto dello
 bailar en la puerta,
 y al son del adufe
 cantará Andregüela:
*No me aprovecharon,
 mi madre, las hierbas.*
 Y yo de papel
 haré una librea,
 teñida con moras
 porque bien parezca;
 y una caperuza
 con muchas almenas;
 pondré por penacho
 las dos plumas negras
 del rabo del gallo,
 que allá en la huerta

anaranjeamos
 las carnestolendas;
 y en la caña larga
 pondré una bandera
 con dos borlas blancas
 en sus trezaderas;
 y en mi caballito
 pondré una cabeza
 de guadamecí,
 dos hilos por riendas;
 y entraré en la calle
 haciendo corvetas
 yo y otros del barrio,
 que son más de treinta.
 Jugaremos cañas
 junto a la plazuela,
 porque Bartolilla
 salga acá y nos vea:
 Bartola, la hija
 de la panadera,
 la que suele darme
 tortas con manteca.

LUIS DE GÓNGORA

Las monas de Tetuán

De una dama era galán
 Un vidriero que vivía
 En Tremecén y tenía
 Un grande amigo en Tetuán.
 Pidióle un día la dama
 Que a su amigo le escribiera,
 Que una mona remitiera;
 Y como siempre quien ama
 Se desvela en conseguir
 Lo que su dama le ordena,
 Por escoger una buena,
 Tres o cuatro envió a pedir.
 El tres o cuatro escribió
 En guarismo el majadero,
 Y como es allí la o cero,
 El de Tetuán leyó:
 «Amigo: Para personas
 A quien tengo voluntad,
 Luego al punto me enviad
 Trescientas y cuatro monas».
 Hallóse afligido el tal;
 Pero mucho más se halló
 El vidriero cuando vió,
 Contra su frágil caudal,
 Dentro de muy pocos días,
 Apearse con estruendo
 Trescientas monas, haciendo
 Trescientas mil monerías.

CALDERÓN DE LA BARCA

CARTA EN VERSO

Sr. D. A. N. y G.

30 de abril 1870.

Adorado Antonio mío:
 Con esta carta te envío
 Un beso, y ciento, y cien mil.
 ¿Quieres más? Yo no me apoco
 Por la miseria de un cero.
 Vaya el millón, que no quiero
 Que riñamos por tan poco.
 Repártelos a placer,
 En tu persona inclusive...
 ¿Sabes quién es quien te escribe?
 Por fuerza lo has de saber.

Ya nos hemos carteados:
 Yo, por mí; tú, por poderes.
 ¿No te acuerdas? Capaz eres,
 Bribón, de haberlo olvidado.
 Pero, en fin, por sí o por no,
 Sabrás, carita de cielo,
 Que Dios te ha dado un abuelo,
 Y que ese abuelo soy yo.

En cuanto a buen parecer,
 Estoy que el verme da gozo:
 Buen viejo si no buen mozo,
 Porque eso no puede ser.

Te habrán dicho que soy feo,
 Y... es cierto; en cuanto a edad,
 He cumplido la mitad
 De la que yo te deseo.

Deja que un rato departa
 Contigo, y di francamente
 Cómo te va entre esa gente,
 Que para eso va esta carta.

Quiero saber si te chilla
 Tu madre, que don Fernando
 Es un padrecito blando:
 La temible es su costilla.

Mas si te da que sentir
 Doña Lena, o que rascar,
 ¡Verás la que voy a armar!
 ¡Los sordos nos han de oír!

Pues, sobre que no hay razón
 Para tocarte a una uña,
 Yo no quiero que te gruña
 Ni el cerdo de San Antón.

Ella, di si no es verdad,
 Como le dan cierto mando
 En casa, está reventando
 De orgullo y de autoridad.

Primero (no te alborotes)
 Tiene un genio que me carga,
 Y luego la mano larga,
 Como para dar azotes.

¿No quiere hacerme creer
 Que tienes ya picardías?
 Hasta que tengas las mías,
 ¡Cuánto pan has de comer!

Como tu amparo está en mí,
 Es preciso, amada prenda,
 Que ese cuerpo se defienda
 Mientras yo no estoy ahí.

Tú me dirás: «¿Por qué medios
 Se ha de hacer, y de qué modo?»
 Paciencia y óyeme: todo
 Tiene en el mundo remedio.

En primer lugar, ten calma
 Y escapa todos los días
 Con cuatro zalamerías
 Y un «madrecita del alma».

Cuando la tormenta estalle
 Entre esas cuatro paredes,
 Como todavía no puedes
 Pillar dos dedos de calle,

Te estás quieto, es lo más cuerdo;
 Y para aplacar las iras
 De esa tirana, la miras
 Guiñando el ojillo izquierdo.

Ponle una cara muy mona,
 Y dile, si la tuteas:
 «Madrecita, no me seas
 Pegona ni regañona;

Mas dado que haya de ser
 Uno u otro, y es ya maña,
 Regaña, mamá, regaña,
 Si en eso tienes placer,

Que mientras tú te incomodas
 Y tomas una rabieta,
 Yo, agarrándome a la teta,
 Digo: —Aquí me las den todas;

Mientras no pase de ahí
 A gusto voy en el mulo.»
 Pero no enseñes el...
 Que te las darán allí.

«No es decir, añadirás,
 Que guste verte enfadada;
 Mas, sermón por manotada,
 El sermón me gusta más.»

Con esto sólo y tal cual
 Besito de cuando en cuando,
 Puedes ir *capoteando*
 El furioso temporal.

Llego yo; ¡cambia la escena!
 ¡Veremos si hay quien nos ladre!
 Y a tu padre y a tu madre
 ¡Dios se la depare buena!

¡Nos iremos de paseo,
Y que viva la alegría!
Toda la noche y el día
Vamos a andar de bureo.
Luciremos tu persona
Y nos haremos los amos.
¡Qué buenas visitas vamos
A hacer a doña Morona!
¡Qué bombones, qué pastillas!
¡Cuánta yema y caramelo
Te va a comprar el abuelo!
¡Y que vengan seguidillas!
Y después de los bombones
Habrá las guerras civiles,
Y te compraré fusiles,
Y pistolas, y cañones;
Y gritando: «¡Viva España!»,
Ya patriota novicio,

Vas a hacer el ejercicio
En tu caballo de caña.
A tu aspecto militar,
A tu varonil denuedo,
Tus padres cobrarán miedo,
Y la casa va a temblar.
El tirano matrimonio
Que hoy respirar no te deja,
Va a saber quién es Calleja,
Es decir, quién es Antonio.
Mas todo esto, ¡por Dios vivo!
Hasta el momento oportuno
Tenlo callado: ninguno
Ha de saber que te escribo.
Hago punto, y la ocasión
Aprovecho, como debo,
Para ofrecerte de nuevo
Mi alta consideración.

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

N.º 130

LA MUÑECA

(Propia para una niña muy pequeñita; puede aparecer en escena con la muñeca en la mano, o adormeciéndola en una cuna)

Tengo, señores,
Mi muñequita,
Que es un encanto,
Que es un primor;
Le di por nombre
Blanca Lilita;
¡Oh si la vierais!
Tan chiquitita...
Es entre flores
Primera flor...

Sus dientecitos
Son dos sartales
De blancas perlas
De ignoto mar.
Guindas partidas,
Rojos corales,
Sus labios rojos
Son dos panales
Que miel destilan,
Dicen: «mamá».

Es mi muñeca
Madrugadora,
Muy hacendosa,
Sabe bordar,
Es diplomada
De profesora;
Siempre sonriente
Jamás me llora;
Ella no sabe
Lo que es llorar.

Cuando el sueñoito
Sus ojos cierra
En su cunita
La acuesto yo;
Le cuento un cuento
De nuestra tierra,
De nuestros héroes,
De nuestra guerra,
O una estrofito
Del arrorró.

Al poco rato
Mi muñequita
Sueña con ángeles
Del cielo azul,
Que siempre bajan
A su cunita
A ver el alma
De mi Lilita
Tras los cendales
Del blanco tul.

Cuando termine
No hagáis ruido,
No digáis nada,
No me aplaudáis;
Que hace un momento
Se ha adormecido;
Está en la cuna
Mi ángel querido,
Y si hacéis ruido
La despertáis.

A. CALCAGNO

EN EL TREN DE CASETAS A ZARAGOZA

(Monólogo baturro)

Tengan ustés buenas tardes:
 ¿queda pa'mí algún corrico?...
 ¿que semos muchos?... —No importa,
 yo cojo en cualquier sitio;
 y como voy solo, y traigo
 na'más la bota del vino,
 una banasta con huevos,
 las alforjas, un cestico
 de mantecaos, unos pollos
 que le llevo a mi sobrino,
 y un roscadero de fruta:
 con que me hagan un sitico
 tengo bastante. Tóos semos
 —según ice el refrán— hijos
 de Dios; y aunque un poco pretos,
 como no es largo el camino,
 iremos prefetamente.
 ¿No les paice? —Yo hi venido
 preparau pal viaje, y traigo
 pa'un por si acaso, un churizo
 y unas tortillas con magras.
 ¿Quién echar un bocadillo?
 ¡Hola que, aunque vale poco,
 se pué comer! Yo hi tuvido
 la disgracia de ser probe;
 y de ser probe a ser rico...
 ¡ya hay diferencia!... Nusotros,
 con un cuarto de cabrito,
 un kilo o dos de escabeche,
 un güen piazó de tocino,
 un pan y unas olivicas,
 na'más, nus quedamos listos.
 Y eso que yo para comer
 soy algo delicadizo;
 y aunque no ma faltau nunca
 a denguna hora apetito,
 y tengo güen saque, siempre
 preferi, como los ricos,
 de las berzas, el carnero;
 de los pescaus, el cabrito;
 de las frutas, las morcillas,
 y de las aguas... ¡el vino!
 Y que este que llevo es güeno...
 Dios lo sabe. No habrán bebido
 nunca un vinico como éste.
 ¡Echen ustés un traguico!
 ¡Hola! mientras haiga, beban;
 y cuando no haiga, al avío.
 Puen beber sin escrupúlo,
 que en la bota ya es sabido
 se bebe a lo alto, y en esta
 sólo a morro les permito

que beban algunas veces
 a la mujer y a los chicos;
 porque como son tan puercos
 y tan descuidados los críos
 se ponen mu sucios. Y eso
 que, en lo tocante a estar limpios,
 no hay en tóo el pueblo denguno
 que se acompañe a los míos,
 porque los lava su madre
 pa ir a Misa los domingos.
 ¡Y si vian ustés qué majos,
 qué encarnaos y qué rollizos
 los tengo! Como los probes,
 gracias a Dios, no han tuvido
 necesidades... Aunque anden
 hoy los tiempos medianicos,
 pues se pierden las cosechas,
 y han medrao poco los trigos,
 y s'echa a perder la fruta,
 y s'han helao los olivos,
 luego paice que del cielo
 quien mandarnos un castigo
 y no llueve... Haces unos meses
 tóos los del pueblo tuvimos
 que sacar en rogativa,
 pa ver si llovía, al Cristo;
 y ¡como si hubiamos puesto
 en la piana al monaguillo!
 Han pasao meses y meses,
 y entoavía no ha llovido.
 Menos mal que aunque escasea
 el agua, no falta el vino.
 ¡Y que éste que llevo es güeno!
 ¡Hola!... Echen otro traguico,
 que aunque el tren va más aprisa
 que Garbosi, dende el sitio
 en que estamos, hasta el mesmo
 Zaragoza hay güen trocito
 de longaniza... ¡Si yo
 pudía plantarme de un blinco
 allá, iría muchas veces
 con la mujer y los críos!
 Pero como el viaje es largo
 y cuesta muchos centimos
 no pué ser... A más que solo
 va un hombre más divertido
 que acompañao. Las mujeres
 son una gaita. Lo digo
 con franqueza. Y toas vienen
 a ser por un mesmo estilo.
 No están nunca satisfechas
 con ná. ¡Y tien un geniecico

que pa qué!... Gracias a que uno ya lo sabe y anda listo pa no estase con las manos metidas en los bolsillos. Yo sé llevales el genio mu bien, y por eso vivo descansau. Cuando me grita mi mujer y me arma un cisco la oigo gritar y me callo. ¿Me pega? pues lo resisto... y en paz. ¿Me pide dinero? Pues se lo doy y al avío. ¡No hay cosa pior que llevarles la contraria!... Yo hi tuvido ocasión de convencerme de que es verdá lo que digo. Pero ¡otra, si ya llegamos! ¡Quien echar otro traguico! No lo dispresien... Yo voy a asomarme al ventanico pa ver si m'aspera alguno en la estación. Con premiso. ¡Toma, están allí aguardando la Jacinta y mi sobrino! ¡Jacinta!... ¿qué hay? ahura bajo asperaisus un poquico. —¿Quien ayudarme a bajar estos chismes que hi traido? —Gracias, ustés desimulen si hi faltao en lo que hi dicho. ¡Vaya, hasta la güelta! que haiga salú, y besos a los chicos, y ricuerdos en llegando, y cuenten ustés conmigo pa tóo lo que les ocurra; y adiós... hasta otro ratico.

ALBERTO CASAÑAL

N.º 132

Encarguitos

¡En mal hora me ocurrió anunciar que me ausentaba; pues no parece sino que todo el mundo aguardaba a que me marchase yo!

¡Cuánto encargo! ¡Dios clemente! Más de ochenta tengo aquí, y son a cuál más urgente. Pero, señor, esa gente, ¿por quién me ha tomado a mí?

Yo hago cualquier sacrificio por las personas queridas: pero me saca de quicio

que gentes desconocidas me pongan a su servicio.

Me mandan como a un criado, y un señor me dijo ayer: «—¡Mucho ojo con lo encargado! ¡Llévelo usted con cuidado, que no se vaya a romper!»

Otro me dijo: «—Vital, ¡es un favor especial! un encarguito... no abulta...» ¡Y el *encarguito* resulta, que pesa medio quintal!

Como han tocado el resorte de no dar ni una peseta por la comisión, ni el porte, tengo la casa repleta de encargos para la corte.

Y para probarlo, basta con la lista: dos jarrones de vidrio o no sé qué pasta; un sombrero; una canasta llena de melocotones;

Cuatro mantas de felpilla; un cajón con minerales; un barril; una vajilla; seis latas de mantequilla; doce quesos de Cabrales;

Una pieza de percal; la llave de un inodoro; dos lámparas de cristal; una jaula con un loro y un tiesto con un rosal.

¡Y sigue la colección!... Pero de encargos me quito, y los dejo en la estación; de llevarlos, necesito para mí solo un furgón.

Lo dicho... ¡aquí queda eso! Tanto encargo es un exceso, y aunque en el alma me pesa, no pago exceso de peso por lo que no me interesa.

Cargue otro con la factura. ¿Encarguitos, eh? ¡Canario! ¡No fuera mala locura! ¿A ustedes se les figura que yo soy un *ordinario*?

¡Basta de amabilidad! Es una cosa resuelta, y aquí llegó mi amistad. Con que, abur, y hasta la vuelta, y que no haya novedad.

VITAL AZA

LECCIÓN DE HISTORIA

(Monólogo para niña o niño)

(Señalando en un libro).
 Desde aquí hasta aquí traemos,
 ¡una hojita de lección!,
 y si no nos lo sabemos,
 (Imitando la voz del Profesor)
 en el juego en un rincón.
 ¡Y que no me da coraje
 sentir reír y jugar,
 mientras yo me voy de viaje...
 al peñón de Gibraltar!
 —¿Qué lección nos toca hoy?
 —Los califas andaluces:
 vamos a avivar las luces,
 porque a aprendérmela voy.
 Que es la tierra de la sal,
 del honor y la hidalguía
 y la hermosura cabal
 la gentil Andalucía.

(Declamando).

En este suelo, que es mío,
 forman las aves orquesta,
 y el sol a dormir se acuesta
 a la orillita del río.
 Siempre azul allí está el cielo
 y siempre verde la tierra,
 y hay rosas hasta en la sierra
 de hojitas de terciopelo.
 Allí es transparente el humo
 y engendra las dichas sanas
 un sorbito o dos del zumo
 de las viñas jerezanas.

(Cambiando de tono).

Y vamos a la lección,
 porque, en mentando mi tierra,
 confundo yo a la Inglaterra
 con Vallecas o Alcorcón.

(Mirando al libro).

Pero yo estoy en Belén;
 si éstos no están bautizados,
 y son moros endiablados,
 negros como una sartén.

(Leyendo con dificultad).

Al-mon-cir, Abde-rramán.
 ¡Huy, qué nombres del demonio!
 ¿No es mejor llamarse Juan,
 Francisco, Pedro o Antonio?
 Moros habían de ser,
 que no saben qué es bautismo.
 Si los pudiera coger...
 los bautizaba ahora mismo.

(Como recordando).

Abderramán... Almorzar.

¡Ya me equivoqué! Almoncir.
 Si estoy sintiendo freír...
 ¡Pues no me he de equivocar!
 Y luego, vamos a ver:
 en tierra de pan y toros,
 ¿para qué quiero saber
 lo que hacían esos moros?
 Y además, y sobre todo,
 (Con dificultad).

Ab...derramán, Al...mon...cir:
 el llamarlos de ese modo
 no lo puedo resistir.
 Por supuesto, y va la enmienda:
 ¿y los celtas, los iberos?...
 esos fueron los primeros
 por quien perdí la merienda.
 ¡Cartagineses a mí!
 No los quise ni mirar,
 (Con coraje)

y me quedé sin jugar
 mientras no los aprendí.
 Amílcar no me es infiel,
 y sé el río en que se ahogó;
 y si no se ahoga él,
 le hubiera empujado yo.
 Que era ya mucho contar
 las batallas que ganaba,
 y los postres que yo daba
 por no quererlas narrar.
 Aníbal, gran saltador,
 que, dando muy grandes saltos,
 desde los montes más altos
 llegó a Italia vencedor.
 Aníbal, sol de caudillos,
 que en la batalla de Canas
 ganó a las huestes romanas
 tres celemines de anillos.
 ¿Y los godos? ¡Ay qué godos!
 Tuve godos para un mes.
 Me los he aprendido todos;
 los digo en un dos por tres.
 (Con el tonillo de clase).
 Ataulfo, Sigerico,
 Walia, Walia, Teodoredo...
 Turismundo, Teodorico...
 un montón, y Recaredo.
 Y no digo más, ¡caramba!,
 que por poco me equivoco.
 Pero no me callo a Wamba.
 ¡Y que me gusta a mí poco!
 ¡Wamba! ¡Qué bien me resuena!
 Destronáronlo a traición,
 cortándole la melená

lo mismito que a Sansón.
¡Qué bien que me lo figuro
durmiendo sin ton ni tino,
y, al despertarse, de juro
encontrarse como un chino!
Y luego, si se enojó,
y, en su amargo desconsuelo,
quiso tirarse del pelo,
(*Riendo*)

¡qué chasco que se llevó!
Pero al que nunca perdono
es al Rey Don Rodrigo:
es mi mayor enemigo,
y jamás por él abono.
—¿Por qué perdió a nuestra Espa-
—Por otra cosa mayor. [ña?
—¿Por qué a Florinda la engaña?
—Es peor; mucho peor.
—¿Por qué se dejó arrastrar
por el turbio Guadalete?
—¿Y qué iba a hacer el pobrete,
si no sabía nadar?
—Fué... que, ¡baldón de los hombres!
dejó que entraran los moros
con esos dichosos nombres,
que no aprenden ni los loros.
(*Con dificultad*).

Mahomeb ben Abderramán,
ben Alhacan, ben Hixen,
Al-Mumenim... ¡Qué ten den
(*Con rabia, tirando el libro*)
en escabeche el Korán!
¿Verdad que tengo razón
en odiar a Don Rodrigo,
y que, si leyendo sigo,
a todos da un torozón?
(*Con brío*).

—Anda con ellos, Pelayo,
que es tu amiga la fortuna,
y tu espada será el rayo
que parta la Media Luna.
Que resuene tu bocina
a tus huestes convocando;
da contra el moruno bando,
que a tus bravos asesina.
Véncelos en las contiendas
sobre el astúrico risco;
fuerte en ellos, hazlos cisco,
¡que peligran mis meriendas!
Mas no quiero yo perder
la muy rica de esta tarde.
Ya no quiero ser cobarde
ni dejarme más vencer.
(*Leyendo*).
Mahomed ben Abderramán,
ben Alhacan, ben Hixen,

Al-Mumenim, el Sensén
siempre leía el Korán.
—Hay que aprenderse la Historia;
si no, espera regañina.
¡Bendita la disciplina,
que refresca la memoria!

P. J. CAMPAÑA (*escolapio*)

N.º 134

El borracho y el eco

Con donoso continente
Cruzaba un borracho enteco
Cierta calle, cuando el eco
Respondió a su voz potente:
—*Tente.*

¡Tente! El borracho exclamó,
Parándose: ¿quién lo manda?
Por esta calle, ¿quién anda
Que mis palabras oyó?

—*Yo.*
Yo... ¿Quién eres que meucas
Tanto el bulto? Sal, cobarde,
Que ya en rabia mi pecho arde
Para echarte mil pelucas.

—*Lucas.*
—¿Lucas Gómez, el del cese,
Que me habló anoche, y rogaba
Con voz que se le enroncaba
Porfiándome que bebiese?

—*Ese.*
—¿Y qué quieres, chafarino,
Darme a estas horas? Acaso,
Para que acelere el paso,
Con algún recio sabino?

—*Bino.*
—Vino... Pues voy con respeto,
Caro Gómez, que en hablando
Del vino, ya estoy mirando
Todo mi espíritu inquieto.

—*Quieto.*
—Quieto dices: ¿pues te falta
Con ir cuando tú me llamas?
¿O por ventura te escamas
Te cause algún sobresalto?

—*Salto.*
—¿Saltas aquí?, bien, me siento:
Sentado espero cumplido;
Pero una cosa te pido:
¿Cuántos tragos me consiento?

—*Ciento.*
—¡¡¡Ciento!!! ¡Virgen soberana!
Dijo, se durmió al instante,
Y aun roncando, un vigilante
Se lo encontró a la mañana.

El águila y la bala

Dicen que apostó una bala
con un águila a volar,
y ésta dijo sin tardar:
—Vete, plomo, noramala.
¿Quién a estas plumas iguala
con que hasta los vientos domo?
Mi cuerpo de tomo y lomo
verás donde tú no subes
que esto de andar por las nubes
no es para un ave de plomo.

Despreció la bobería,
siempre la bala en sus trece,
diciendo: —¿A quién se le ofrece
negarme la primacia?

¿Pues no es más claro que el día
que nunca mi vuelo igualas?
En mal camino resbalas,
ave infeliz, porque en suma,
sin son tus alas de pluma,
de pólvora son mis alas.

Ni el ave la lucha esquivo,
ni la bala se convence.

—¿Probamos a ver quién vence?
—Arriba. —Vamos arriba.

Subió la bala tan viva,
que dió a su rival antojos;
pues fué, para darla enojos
y centuplicar sus quejas,
un estruendo a sus orejas
y un relámpago a sus ojos.

Subió el águila con calma
cuando la bala caía,
y la dijo: —Amiga mía,
¿quién se llevará la palma?
Si te hundes en cuerpo y alma,
paciencia, yo no desmayo.
Harás de tu capa un sayo,
pero que sepas es bueno
que el que sube como un trueno
suele bajar como un rayo.

JUAN MARTÍNEZ VILLERGA

Ande yo caliente

*Ande yo caliente,
y riase la gente.*

Traten otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernas mis días
mantequillas y pan tierno,
y las mañanas de invierno
naranja y aguardiente,
y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados,
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,

y riase la gente.

Cuando cubran las montañas
de plata y nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,

y riase la gente.

Busque muy en hora buena
el mercader nuevos soles;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,

y riase la gente.

Pase a media noche el mar,
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
que yo más quiero pasar
de Yepes a Madrigar
la regalada corriente,

y riase la gente.

Pues Amor es tan cruel
que de Piramo y su amada
hace tálamo una espada,
do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel,
y la espada sea mi diente,

y riase la gente.

LUIS DE GÓNGORA

¿Quién es más tonto?

Juan, que es pescador de caña,
se pasa el día pescando;
y Pedro le está mirando
con una sonrisa extraña.

Pasan dos horas o tres,
en las que Juan nada pesca,
y con sorna picaresca
le dice Pedro después:

Tu ocupación singular
mucho te ha de divertir,
pero ¿me quieres decir
qué hay más tonto que pescar?

Y al oír aquella fresca,
volviéndose Juan de pronto,
le contestó: ¿Qué hay más tonto?
¡Estar mirando al que pesca!

EPIGRAMAS

(Cada niño recita un epigrama; pueden salir por la derecha del escenario y retirarse por la izquierda; acción algo exagerada; inflexiones cómicas en la voz si el caso lo requiere)

A oscuras

Varias personas cenaban
con afán desordenado,
y a una tajada miraban
que, habiendo sola quedado,
por cortedad respetaban.

Uno la luz apagó
para atraparla con modos;
su mano al plato llevó,
y halló las manos de todos,
pero la tajada no.

VILLEGAS

Las dos

Un beodo oyó las dos,
y dijo con mucha paz:
«¡Cómo!... ¿dos veces la una?
ese reloj anda mal».

MIGUEL A. PRÍNCIPE

Con discreción

A cuatro o cinco chiquillos
daba de comer su padre
cada día; y como eran
tantas porciones iguales
un día se olvidó de uno.

El, por no pedir, que es grave
desacato en los chiquelos,
estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces,
y dijo el chiquillo: «¡Zape!
¿de qué me pides los huesos
si aun no me han dado la carne?»

CALDERÓN DE LA BARCA

Quejas razonables

Aunque hace dos horas
o tres que es de día,
ha almorzado Juana
huevos en tortilla,
jamón con tomate,
cinco o seis torrijas,
dos melocotones
y cuatro rosquillas.

Luego a sus palomas
les echa unas migas;
y dice al mirarlas
comiendo la niña:
«¡Cuidado si tragan
estas palomitas!»

A un glotón que jamás comía en casa

¡Oh tú, almacén general,
que en pitagórica empresa
trasmigras de mesa en mesa,
como embudo racional!

Allá en el ancho canal
de tu estómago portátil,
se halla un ácido volátil,
tal, que en cualquiera función
digiere con perfección
hasta los huesos de dátil.

Golpes bajos de pecho

Con extraña devoción
golpes se da en la barriga
porque su grande aflicción
a hacer sin duda le obliga
de las tripas corazón.

«Pater noster» mal cantado

Tan mal cantó el «Pater noster»,
que nunca el Coro entonado
respondió con más razón:
«Sed libera nos a malo».

«Ite Missa est»

«Ite (dijo) Missa est»;
pero con tan poca gracia,
que todos se hubieran ido,
aunque él no se lo mandara.

FRANCISCO DE SALAS

El avaro

Antes de hacerle la caja
a un muerto avaro midieron;
y el tuno encogió las piernas
para que costase menos.

V. RUIZ DE AGUILERA

Un dormilón

Despertaban con empeño
a un famoso dormilón,
y él repetía con ceño:
«Dejadme, la vida es sueño,
como dijo Calderón».

El enfermo

Batallando está el enfermo
con dos males a la par:
uno es la fiebre, y el otro
el que la quiere curar.

Precocidad infantil

—Mamá, me duele este diente y me lo quiero quitar.

—Pues iremos al dentista, Tirso, y te lo sacará.

—Yo tengo un medio mejor:

¿no me dices sin cesar, que comiendo muchos dulces se caen los dientes? —Sí, tal.

—Pues cómprame caramelos y él solo se me caerá.

OSSORIO Y BERNAD

Exagerando

Riñeron dos andaluces, y dijo al otro el más guapo: Vive Dios, que si te cojo y te tiro por lo alto, cuando vuelvas a caer sentirás, más que el porrazo, el hambre que has de pasar en un camino tan largo.

FRANCISCO DE SALAS

Una desgracia

Hoy se me ha roto una pata, me decía Don Martín.

—¿Es la derecha o la izquierda? le pregunto al infeliz.

—Mire usted, la de delante de este sillón de escribir.

M. MILLÁS

Los viejos enamorados

Dos viejos de setenta años se casaron anteayer: ¡y hay quien dice que el buen juicio se adquiere con la vejez!

Racionando

—«¿Y mi ración de tocino?», —clamó un granadero atroz—. Y su sargento, ladino, dijo: —«Ahí está, gran indino, tras ese grano de arroz».

VILLEGAS

Sin dientes

Cuatro dientes te quedaron si bien me acuerdo; mas dos, Julia, de una tos volaron; los otros dos de otra tos.

Seguramente toser puedes ya todos los días, pues no tienen tus encías la tercera tos que hacer.

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA

La vieja y el espejo

En un muladar un día cierta vieja sevillana buscando trapos y lana, su ordinaria granjería, acaso vino a hallarse un pedazo de espejo, y con un trapillo viejo lo limpió para mirarse.

Viendo en él aquellas feas quijadas de desconsuelo, dando con él en el suelo, le dijo: «Maldito seas».

BALTASAR DEL ALCÁZAR

Dos clases de borrachos

Cuando se emborracha un pobre todos dicen: ¡borrachón!

Cuando se emborracha un rico: ¡qué alegre va el señor!

A un viejo mentiroso y desdentado

Vuestra dentadura poca dice vuestra mucha edad; y es la primera verdad que se ha visto en vuestra boca.

DR. JUAN DE SALINAS

A un giboso de delante

Un socarrón mesonero dijo a un giboso al revés:

—No me neguéis esta vez que cargasteis delanterero—.

El gibado a estas razones replicó: —Es muy importante llevar la carga delante quien se halla entre ladrones.

BALTASAR DEL ALCÁZAR

Don Dinero

Cuando tenía dinero me llamaban Don Tomás; ahora que no lo tengo Tomasico... y nada más.

La elección

Preguntábele a un hijuelo una madre: «Fulanico, ¿qué quieres, huevo o torrezno?» Y él dijo: «Torrezno, madre; pero échele encima el huevo; no es malo que haya de todo».

CALDERÓN DE LA BARCA

A un glotón

Ayer convidé a Torcuato:
comió sopas y puchero,
media pierna de carnero,
dos gazapillos y un pato.

Doyle vino, y respondió:
«Tomadlo, por vuestra vida,
que hasta mitad de comida
no acostumbro a beber yo».

Meditando

La calavera de un burro
miraba el doctor Pandolfo;
y enternecido exclamaba:
«¡Válgame Dios lo que somos!»

N. F. DE MORATÍN

Era aragonés

En la cabeza le dió
un palo Juan a Ginés.
—¿Y rompiósele?— al revés;
el palo se le rompió.
Ginés era aragonés.

J. CADALSO

Un avaro

Cascando un piñón don Justo,
avaro sobresaliente,
sintió rompersele un diente,
y se llevó mucho susto.

Pero pronto se rehizo
y clamó muy placentero:
«Este no cuesta dinero;
¡me temí que era el postizo!»

RIBOT Y FONSERÉ

El muerto vivo

Viendo un entierro el caribe
de un centinela inexperto,
gritó a lo lejos: «¿Quién vive?»
y contestaron: «Un muerto».

J. M. VILLER GAS

A un mal abogado

Se quejan mis clientes
de que pierden sus pleitos, pero en vano:
a mí, ¿qué más me da, si siempre gano?

«Feo totá»

¿Veis esa repugnante criatura,
chato, pelón, sin dientes, estevado,
gangoso y sucio, y tuerto y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

L. F. MORATÍN

A un sublime peinado

Yo vi en París un peinado
de tanta sublimidad,
que llegó a hacer vecindad
con el ala de un tejado.

Dos gatos que allí reñían,
luego que el peinado vieron,
a reñir sobre él se fueron...
y abajo no los sentían.

J. IGLESIAS

«Parlez vous le francais?»

Admiróse un portugués
de ver que en su tierna infancia
todos los niños en Francia
supiesen hablar francés.

—Arte diabólica es—
dijo torciendo el mostacho,
que para hablar en gabacho
un fidalgo en Portugal,
llega a viejo, y lo habla mal,
y aquí lo parla un muchacho.

N. FERNÁNDEZ MORATÍN

Los vivos muertos

Una viuda y un cesante
fueron por la bula juntos;
no hizo más el despachante
que mirarles al semblante,
y se la dió de difuntos.

Albardas

Una albarda Nicanor
compró al ladino José,
y preguntó el vendedor:
«Caballero, ¿es para usted?»
Y el otro, con mucha fe,
le respondió: «Sí, señor».

J. M. VILLER GAS

MALA SUERTE

El día en que yo nací
(¡Ojalá que no naciera!)
Nací llorando y gimiendo
De pobre naturaleza.

Dos maravedís de luna
Alumbraban a la tierra,
Que por ser yo el que nacía,
No quiso que un cuarto fuera.

Nací tarde, porque el sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada
Entre clara y entre yema.

Un miércoles, con un martes
tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso,
Que en sus términos naciera.

Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá,
Y a engendrar más hijos vuelvan.

Tal ventura desde entonces
Me dejaron los planetas,
Que puede servir de tinta,
Según ha sido de negra.

Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala o buena,
Que aunque la piense de tajo,
Al revés no me suceda.

Y para que vean los ciegos
Pónganme a mí a la vergüenza;
Y para que cieguen todos
Llévenme en coche o litera.

Como a imagen de milagros
Me sacan por las aldeas,
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo, porque llueva.

Cuando alguno me convida
No es a banquetes ni a fiestas,
Si no a los misa-cantanos,
Para que yo les ofrezca.

De noche soy parecido
A todos cuantos esperan
Para molerlos a palos,
Y así inocente me pegan.

Aguarda hasta que yo pase,
Si ha de caerse una teja;
Aciértanme las pedradas,
Las curas sólo me yerran.

Si a alguno pido prestado,
Me responde tan a secas,
Que en vez de prestarme a mí
Me hace prestar paciencia.

No hay necio que no me hable;
Ni vieja que no me quiera;
Ni pobre que no me pida;
Ni rico que no me ofenda.

No hay camino que no yerre;
Ni juego donde no pierda;
Ni amigo que no me engañe;
Ni enemigo que no tenga.

Agua me falta en el mar,
Y la hallo en las tabernas,
Que mis contentos y el vino,
Son aguados donde quiera.

Dejo de tomar oficio,
Porque sé por cosa cierta,
Que en siendo yo calcetero,
Andarán todos en piernas.

Si estudiara medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curara yo,
No hubiera persona enferma.

Quise casarme estotro año,
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme un dote al diablo,
Con una mujer muy fea.

Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vocean;
Herradores que madrugan;
Herreros que me desvelan.

Si yo camino con fieltro,
Se abrasa en fuego la tierra;
Y en llevando guardasol,
Está ya de Dios que llueva.

Si hablo a alguna mujer,
Y la digo mis ternezas,
O me pide, o me despide,
Que en mí es una cosa mesma.

En mí lo picado es roto;
Ahorro cualquier limpieza;
Cualquiera bostezo es hambre;
Cualquiera color vergüenza.

Fuera un hábito en mi pecho
Remiendo sin resistencia,
Y peor que besamanos,
En mí cualquiera encomienda.

Para que no estén en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarlos yo sólo basta,
Pues con eso estarán fuera.

Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña o pestilencia,
Proponga hacerme algún bien,
Y no vivirá hora y media.

Y a tanto vino a llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó que adorase
Con mi humildad tu soberbia.
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar a que fuera,

Como otros tu pretendiente,
Vine a ser tu pretenmuela.
Aquesto Fabio cantaba
A los balcones o rejas
De Aminda, que aun de olvidarle,
Le han dicho que no se acuerda.
QUEVEDO

N.º 140

LA SOPA DE PIEDRAS

Erase en tiempo de guerra
que asolaba la comarca,
cuando, rendido, después
de muchas leguas de marcha,
un soldado llegó a un pueblo
y empezó a buscar la casa
donde venía alojado,
hasta que logró encontrarla.
—¡A la paz de Dios, patrona!—
dijo al ver en la ventana
a una vieja, que al saludo
no contestó una palabra.
Mostró el hombre su boleta,
y hallando la puerta franca,
se coló hasta la cocina,
y echando al suelo la manta
la mochila y armamento,
que tanto le fatigaban,
dijo a la vieja: —Patrona,
si es usted buena cristiana,
tenga lástima de un pobre
moribundo de carpanta;
quiere decirse, que tengo
un hambre tan atrasada,
que si usted no me socorre
con algo, estiro la pata.
¿Hay una miaja de caldo,
patroncita de mi alma?
—No, señor —dijo la vieja—,
aquí no hay caldo ni hay nada.
—¡Válgame Dios, y qué poco
surtida tiene la casa!
Y diga usted, agüelita:
¿No se daría usted maña
para hacerme unas sopitas
de ajo, que salen baratas?
—Nada tengo, soy muy pobre.
—Con que tuviera usted entrañas
pa no dejar que se muera
un hombre, me contentaba.
¿No hay piedras en este pueblo?
—¿Piedras? Sí, señor, y tantas...
Llenó está aquel arroyuelo
que por allí enfrente pasa.
—¡Pues entonces, patroncita,
estamos como en un arca!

que yo sé hacer una sopa
de piedras, que aprendí en Francia
que se chupa uno los dedos
con ellas. Va usted a probarlas.
Trajo unas cuantas, pequeñas
y redondas, que echó en agua,
y dijo: —Deme usted unos
granos de sal pa ablandarlas.
La vieja, que más que pobre
como decía, era avara,
seguía con interés
el guiso que la encantaba.
—Venga un cachito de pan,
aunque esté duro. La anciana
sacó un trozo de libreta.
—La lástima es que no haya
una pizca de tocino,
que es lo que más las ablanda;
trajo tocino la vieja.
Una cazuela vidriada,
agua, una cabeza de ajo
y dos huevos, y esto basta.
La vieja le fué trayendo
todo lo que le indicaba.
—Ahora a la lumbre, y al punto
de cocer, con la cuchara
de palo se dan seis vueltas
muy despacio y muy bien dadas,
para que las piedrecitas
suelten su sabor a magras.
Y si tiene alguna vez
el capricho de guisarlas;
las echa usted longaniza,
que eso sí que les da gracia.
—Aquí tengo un pedacito,
dijo la vieja taimada.
—Pues, ahora sí que la sopa
va a salir como una lámina.
Así que estuvo cocido
todo, el mozo, con gran gana
se comió todo, dejando
las piedrecitas intactas.
—¿No se come usted las piedras?
dijo la vieja asombrada.
—No, señora; esas no sirven
más que... para dar sustancia.

C O P L A S

Veinticinco policías
con veinticinco escopetas
no pudieron alcanzar
a un cojo con dos muletas.

Un escribano y un gato
se cayeron en un pozo,
como los dos tienen uñas
se arañaban uno a otro.

Un zapatero y un sastre
y un oficial de barbero
son tres personas distintas...
y ninguno verdadero.

Leche y agua van vendiendo
y yo creo que dirán:
el lechero una mentira,
el aguador la verdad.

Cuando en Cádiz se dió el bando
de echar los burros al mar,
dijo Pepa a su marido:
Perico aprende a nadar.

En Málaga los serenos
dicen que no beben vino
y con el vino que beben
puede moler un molino.

Muy bien canta la calandria,
mejor canta el ruiseñor,
mejor canta una botella
en quitándola el tapón.

Antón, no sé qué te diga,
no sé qué te diga, Antón;
el hocico traes untado
y a mí me falta un lechón.

En Málaga y en Granada
y en toda la Andalucía
el que no tiene dinero
tiene la bolsa vacía.

El día que tú naciste
nacieron todas las flores,
y el día que yo nací
toditos los alcornocues.

En Zaragoza he nacido.
Si quisés saber si es verdad
ponme una venda en los ojos
y mándame ir al Pilar.

—Gitano, ¿por qué vas preso?
—Señor, por cosa ninguna;
porque he cogido un ramal
y detrás vino la mula.

Caminito de Antequera
preso llevan a un gitano
porque se encontró una capa
antes de perderla el amo.

Napoleón se subió al cielo
a pedirle a Dios la España:

y le respondió San Pedro:
¿quieres que te rompa el alma?

Una vieja seca, seca,
seca, seca, se casó;
como era tan seca, seca,
seca, seca, se quedó.

Trescientos calvos un día
se fueron a confesar;
y salió el cura diciendo:
parece esto un melonar.

A mí me llaman el tonto,
el tonto de mi lugar;
todos comen trabajando,
yo como sin trabajar.

Er que no tiene parné
con er viento es comparao;
que tos le juyen er burto,
por temor d'un resfriaio.

Una vieja se murió
y dejó en el testamento
que la enterrarán de balde
porque no llevaba suelto.

Un inglés vino a Seviya
a oír cantar peteneras;
d'embobao que se quedó,
se le perdió la chistera.

Un cojo tropezó en Cádiz
y en Sevilla se cayó;
hasta Madrid fué rodando,
y en Francia se levantó.

Un cojo cayó en un pozo,
y otro cojo le miraba,
y otro cojo le desía:
cojo, que te coge el agua.

Con un vasito de vino
y otro vaso de aguardiente
y otro vaso de mistela...
se pone un hombre caliente.

Los enemigos del alma
todos dicen que son tres,
y yo digo que son cuatro,
desde que conozco a usted.

Un borracho se murió
y dejó en el testamento
que lo enterrarán en viña,
para chupar los sarmientos.

Un estudiante tunante
se puso a pintar la luna;
y, del hambre que tenía,
pintó un plato de aceitunas.

Un estudiante tunante
se puso a pintar el sol;
y, de hambre que tenía,
pintó un pan de munición.

La capa de un estudiante
parece un jardín de flores,
toda llena de remiendos
de veinticinco colores.

Tres meses ha que no como;
me tiene abatido el hambre;
me pongo en las piernas plomo
porque no me lleve el aire.

Primero hizo Dios al hombre
y después a la mujer:
primero se hace la torre
y la veleta después.

A mí las enfermedades
deseguida me se pasan;
y es porque no tomo nunca
lo que el médico me manda.

Las lusesitas que briyan
de noche en el sementerio,
están disiendo a lo vivo
que se acuerden de lo muerto.

Un sordo le dijo a un ciego:
¿viste la liebre pasar?

Y el ciego le respondió:
¡No escuchaste las pisáas!

Un loquito del hospicio
me dijo en cierta ocasión,
ni son todos los que están,
ni están todos los que son.

¡Válgame Dios de los cielos,
qué desgraciado nací!
que cuando me bautizaron
faltó la sal para mí.

N.º 142

La muerte del perrito

Hoy, señora, me he enterado,
y ¡oh, Dios! sintiéndolo mucho,
de que el pobrecito *chucho*
falleció el jueves pasado.

¡Pobre *Jazmín*! En mi afán
recuerdo con interés,
que hace poco más de un mes
me echó a perder un gabán.

¡Con qué cariño salía
a verme, si le llamaba!
¡Siempre, siempre me ladraba!
¡Siempre, siempre me mordía!

Eramos, sin duda, aquí,
incompatibles los dos...

¡Pero, señora, por Dios,
no se ponga usted así!

¡Mire usted que me incomodo!
¡Cese ya tanta agonía!
No hay razón, señora mía,
para llorar de ese modo.

Calme usted su acerbo llanto,
y salga usted de su encierro.

¡Bueno que se sienta un perro,
pero, señora, no tanto!

¿Que siempre le ha de llorar?

¿Que no halla consuelo ahora?

¡Pues no ha de hallarlo, señora!

¡Dónde vamos a parar!

Cierto que era muy bonito;
cierto que usted le quería;
cierto que usted no tenía
más familia que el perrito.

Mas comprenda en su aflicción,
para alivio de sus males
que todos somos mortales...
salvo la comparación.

¡Tanto pesar no me explico!

Reflexione usted que llora
cinco céntimos, señora,
es decir, ¡un perro chico!

Y por mucho que valiera
tal perro, comprenda usted
que no hay razón para que
se ponga de esa manera.

¿Que a quién le va usted a dar
la sopa de chocolate?

¡Señora, qué disparate!

¡Pues yo la vendré a tomar!

Si por eso llora así,
yo, por complacerla a usted
todos los días vendré
a desayunarme aquí.

¿Que me burlo? No, señor.
Comprendo lo que usted siente.
Si me ofrezco solamente
por hacerle a usted un favor.

No me burlo, lo repito.

¿Que la ofendo a usted así?
Pues más me ofendiera a mí
el reemplazar al perrito.

En fin, eso no me altera;
lo que sí me altera, y mucho,
es el ver que por un *chucho*
llora usted de esa manera.

¡Una semana cabal
llorando sin tener fin,
desde que le dió a *Jazmín*
el ataque cerebral!

¡Ay, qué recuerdo, señora!
¡Cuando ha un año se murió
su esposo, usted le lloró
escasamente una hora!

¡Y hallar razón, no he podido,
ni podré hallarla jamás,
para que usted sienta más
a un perro que a su marido!

VITAL AZA

El taponazo

Meneaba cierto día
una botella un muchacho,
y la botella decía:
—¡estáte quieto, borracho!
¡mira que cuando me enojo
de todo soy muy capaz!
¡Mira que te salto un ojo
si no me dejas en paz!

Poco esta amenaza vale
a la paciente botella,
que el chico, dale que dale,
sigue jugando con ella.

—Te vas a llevar un chasco
que tu impertinencia ataje,
exclama de nuevo el frasco
bufando ya de coraje.

Y viendo que aquel atún
se burla de su despecho,
fermenta, y el corcho ¡pum!
le salta el ojo derecho.

*Nadie al pacífico tiente,
que al fin estalla su enojo,
y se queda el insolente
cuan menos sin un ojo.*

ANTONIO DE TRUEBA

Lo bueno y lo mejor

Es domingo, Juan y Pedro
van a oír Misa mayor,
van cogidos de las manos,
van cantando una canción,
que interrumpen muchas veces
para hacer brillar al sol
las dos monedas de plata
que el abuelito les dió,
porque la semana entera
se supieron la lección.

Al penetrar en el templo,
un ciego, con ronca voz,
tendiendo la flaca mano
una limosna imploró.
Y habló Juan: «No llevo suelto;
perdone, hermano, por Dios».
Al escuchar al mendigo,
Pedro sintió compasión,
y dijo: —«No llevo suelto;
pero tome, por favor,
la peseta que abuelito
como regalo nos dió».

Oyeron Misa los niños
y alzaron el corazón
en alas de la plegaria
hasta el alcázar de Dios.
Y al abandonar el templo,
el abuelo que los vió,
le dijo a Juan: —«Nietecito,
santo y bueno es tu fervor,
y es bueno juntar las manos
murmurando una oración...
¡Pero abrirlas, como Pedro,
es muchísimo mejor!»

M. R. BLANCO BELMONTE

Un valiente

Un militar muy valiente,
—según propia confesión—,
delante de mucha gente
refería lo siguiente
con vivísima emoción:

—«El moro nos acosaba
con furia desesperante;
el gran O'Donnell dudaba,
pero Prim que nos mandaba,
dijo por fin: —¡Adelante!

¡Qué momento aquél! ¡Qué ho-
al sonar de las cornetas
se encendió nuestro furor,
y de la luna al fulgor,
brillaron las bayonetas... [error!]

Atacamos con denuedo;
los marroquíes bribones
huían muertos de miedo;
y yo que... ¡vamos! no puedo
dominarme en ocasiones,

aunque oí la voz de mando
que gritó: —«¡No acometer!»
sin saber cómo ni cuándo
seguí avanzando... avanzando...
sin poderme contener.

No hallé a nadie en mi carrera.
Hasta que, a la luz primera
del sol, mi suerte ha querido
que viese a un moro tendido
al lado de una pitera.

¡No lo olvidaré jamás!
¡Daba miedo aquel morazo!
Pero yo fui por detrás,
le cogí de una pierna, y ¡zas!
¡Se la corté de un sablazo!»

—¡Diablo! —un oyente exclamó—
¡Hombre, admiro su proeza!
Mas, pues no se defendió

aquel moró, ¿por qué no
le cortó usted la cabeza?
—¿Que por qué no le corté
la cabeza a aquel malvado?

¡Va usted a saber por qué!
Porque cuando yo llegué
¡Ya se la habían cortado!

VITAL AZA

N.º 146

EPITAFIOS

(Cada niño declama un epitafio, interpretando
del mejor modo posible su contenido).

De un médico

Enseñé, no me escucharon.
Escribí, no me leyeron.
Curé mal, no me entendieron.
Maté, no me castigaron.
Ya con morir satisface.
Oh muerte quiero quejarme:
Bien pudieras perdonarme
por servicios que te hice.

De un valiente

Hendí, rompí, derribé,
rajé, deshice, prendí,
desafié, desmentí,
vencí, acuchillé, maté.
Fuí tan bravo, que me alabo
en la misma sepultura.
Matóme una calentura,
¿cuál de los dos fué más bravo?
LOPE DE VEGA

De un contador

Aquí yace un contador
que jamás erró una cuenta...
a no ser en su favor.

De un sereno

Aquí descansa un sereno
de costumbres tan soeces
que lo estaba pocas veces.
MARTÍNEZ DE LA ROSA

De un médico

La prueba de que la muerte
no perdona hombre nacido,
es ver que no ha perdonado
hoy a su mejor amigo.

De un miserable

Aquí comen los gusanos
a un infeliz, que mezquino,
mató de hambre a su familia,
y él se murió de lo mismo.

De un tabernero

Aquí yace un tabernero,
que en los minerales de agua
supo encontrar para sí
las minas de oro y de plata.

FRANCISCO DE SALAS

De un hablador

Aquí un hablador se halla...
y por vez primera calla.

De un poeta

Aquí enterraron de balde
por no hallarle una peseta...
No sigas, era poeta.

De un tabernero

Agua destila la piedra,
agua está brotando el suelo...
¿Yace aquí algún aguador?
No, señor, un tabernero.

De un cortesano

Aquí yace un cortesano
que se quebró la cintura
un día de besamano.

De una familia

Yace aquí un mal matrimonio,
dos cuñadas, suegra y yerno...
No falta sino el demonio
para estar junto el infierno.

De Don Blas

Yace aquí Blas... y se alegra
por no vivir con su suegra.

MARTÍNEZ DE LA ROSA

El ratoncillo

Dos ratones viejos
dan sabios consejos
a su ratoncillo:
«Sé diablo, sé pillo,
corre por doquiera;
pero huye al momento,
huye como el viento,
de toda trampera.

¡Tiene este aparato
un alma de gato!»

Corre el ratoncillo,
y un dulce olorcillo
guía su carrera
hasta la trampera.

«¡Pues ya es disparate
—clama el botarate—,
llamar a esto un gato!...
¡yo no tengo miedo!...
¡bien mirarla puedo
de lejos un rato!»

Se para, la mira,
su perfume aspira;
con audacia loca
se acerca, la toca,
junto a ella se sienta;
descubre allí preso
un trozo de queso;
lo huele, lo tienta,
el queso se zampa...
¡y cae en la trampa!

C. O. BUNGE

Un loco

Había en una ciudad,
un loco; aqúeste tenía
tan gran tema, que decía
ser toda la Trinidad.

Un hidalgo que gustaba
de él, un vestido le dió,
pero en dos días quedó
tan roto como se estaba.

El hidalgo le riñó,
diciendo: —¿Cómo has rompido
tan apriesa ese vestido?
Y el loco le respondió:

—¿Cómo durar puede ser
en mí vestido ninguno,
si el vestido sólo es uno,
y somos tres a romper?

CALDERÓN DE LA BARCA

Sonetos

A un asno

Pacer y rebuznar, ¡esa es tu vida!
extraño a otros deberes y otros goces,
cuando sueltas al aire un par de coces
tu borrical misión hallas cumplida.

Ni te enoja la hierba por crecida,
ni al que te sirve el pienso desconoces;
y lo mismo a los palos que a las voces
mueves con gratitud la oreja erguida.

¡Cuadrúpedo señor del prado ameno!,
que de ventura en él hagas acopio,
limitándote a ser paciente y bueno.

¡Ay, cuántos como tú nos dan el opio
en el Congreso por impulso ajeno,
y en el Senado por derecho propio!

MANUEL DEL PALACIO

Al cohete

Lanzóse audaz a la extensión sombría;
y era, al hendir el céfiro sonante,
un surtidor de fuego palpitante,
que en las ondas del cielo se envolvía.

Viva su luz, como la luz del día,
resplandeció en los aires fulgurante,
cuando la luna en el azul radiante,
como rosa de nieve se entreabría.

Perdióse luego su esplendor rojizo;
siguió fugaz, cual raudo meteoro;
y al fin surgió como candente rizo.

Paró de pronto su silbar sonoro;
y tronando potente... se deshizo
en un raudal de lágrimas de oro.

R. P.

Pedrea de «Pes» a un Pepe pelón

Puedes, Pepe, pedir perfectamente,
por pura precisión, pelo prestado;
pudiendo, presumido, por peinado,
ponerte perifollos propiamente.

Para pedir, pardiez, precisamente
parécsme, Pepín, predestinado;
pero para pagar... ¡pobre pelado!
precisa perdonar pacientemente.

Piensas poder pasar por poderoso
perfecto personaje, pero... pero...
pareces, pobre Pepe, perezoso,
panzudo, patizambo, posadero,
petimetre, pacífico, precioso,
propio para pictórico pandero.

Dicenme que decís, exreina mía,
que os dicen que yo he dicho aquel secreto;
y yo digo que os digo en un soneto
que es decir por decir tal tontería.

¡Que tal cosa digáis!... ¡Quién lo diría!
¡Digo! ¡Iba yo a decir?... Digo y prometo
que, digan lo que digan, yo respeto
lo que decís que os dije el otro día.

No digo que no digan (y me aflige)
lo que decís que dicen, pues barrunto
que dicen «que hay quien dice» por capri-

Mas decid vos que digo que no dije [cho.
lo que dicen que digo de este asunto:
Ni dije, ni diré. ¡Lo dicho, dicho!

F. RODRÍQUEZ MARÍN

La pandereta

Hizo Dios un magnífico pandero
que sirviese de caja a la alegría,
doró su cerco con la luz del día
y lo dejó entre lazos prisionero.

Hechas con placas de metal ligero
le intercaló sonajas a porfía,
y dió estrépito loco y armonía
al ronco parche de tirante cuero.

Lo echó a rodar en torno del planeta,
y cruzó la sonante pandereta
por todas las naciones que el sol baña.

Fué perdiendo vigor cada segundo,
y al acabar de recorrer el mundo,
besó la tierra y se paró en España.

SALVADOR RUEDA

N.º 150

La carga ajena

Cuentan que la nariz, cansada
de tener que cargar con los anteojos,
con la voz destemplada,
así dijo a los ojos:

«Pues los cristales son para vuestro uso,
cargad con ellos, pues, ¡no más abuso!»
y al suelo los arroja en el instante.

Quedan ciegos los ojos, infelices,
y al caminar el cuerpo vacilante,
no viendo lo que encuentra por delante,
contra un muro se aplasta las narices.

Esta lección es buena
por presente,
y conviene la tenga
el que quiere vivir independiente
para no soportar la carga ajena.

T. G.

En la plaza de la cebada

(Histórico)

Un arriero andaluz,
animoso como él mismo,
viendo que herraban un macho
tan soberbio y tan maldito,
que nadie le sujetaba,
lleno de arrogancia dijo:
«Déjenme solo con él,
que solo y sin otro auxilio,
le sujetaré al instante».
Hiciéronlo así, y asido
a un pie del macho, al momento
el animalejo esquivo
tiró una coz, y arrojó
al andaluz atrevido
a la mitad de la calle.
Levantóse, y con ahinco,
miraba por todas partes;
y los demás aturridos
de ver su serenidad,
le preguntaron: «Amigo,
¿qué buscas?» Y él respondió:
«¿Qué he de buscar, vive Cristo?
busco la pata; pues qué,
¿no me la traje conmigo?»

FRANCISCO DE SALAS

N.º 152

Lluvia de jotas

Dijo un jaque de Jerez
Con su faja y traje majo:
«Yo al más guapo el juego atajo
Que soy jaque de ajedrez».

Un gitano que el jaez
Aflojaba a un jaco cojo,
Cogiendo, lleno de enojo,
De esquivar la tijereta,
Dijo al jaque: «Por la jeta
te la encajo si te cojo».

—«Nadie me moja la oreja»
Dijo el jaque, y arrempuja:
El gitano también puja,
Y uno aguija y otro ceja.
En jarana tan pareja
El jaco cojo se encaja,
Y tales coces baraja,
Que, al empuje del zancajo,
Hizo entrar sin gran trabajo
A gitano y jaque en caja.

ARRIAZA

El ratón y el gato

«Ven, ven, picarillo;
no seas huraño;
te quiero yo mucho,
por listo, por guapo;
y en cierto escondite
te tengo guardados
pan, queso y bizcochos,
con otros regalos.»

De un gato maldito
son estos reclamos
a un vil ratoncillo
que huyó de sus garfios,
y libre corría
con gran sobresalto.

Por fin cogió el triste
su agujero amado,
diciendo: —«¡Victoria!,
¡triunfé de aquel gato!»
—«¡Cobarde!, ¡sí huyendo
llegas jadeando!...»

—le dicen los suyos—.
—«¡Por eso he triunfado!»
—el héroe responde—:
con dulces halagos
luchar no es prudente;
sucumben los bravos;
huyendo, se triunfa
de pérfidos lazos».

C. FERNÁNDEZ

Mal callar

Cautivó un moro a un gangoso,
y él, bien o mal, como pudo,
se fingió en la nave mudo,
por no hacer dificultoso
su rescate; de manera,
que cuando el moro le vió
defectuoso, le dió
muy barato. Estando fuera,
«¡no soy mudo, hablar no igno-
del bajel moro, decía. [ro!»
A quien oyéndole el moro,
de esta suerte respondió:
«Tú fuiste gran mentecato
en fingir aquí el callar;
porque si te oyera hablar
aun te diera más barato.»

CALDERÓN DE LA BARCA

Narigudo y tragalibros

Erase un hombre a una nariz pegado,
Erase una nariz superlativa,
Erase una nariz sayón y escriba,
Erase un pez espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
Erase una alquitara pensativa,
Erase un elefante boca arriba,
Era Ovidio Nasón más narizado.

Erase un espolón de una galera,
Erase una pirámide de Egipto,
Las doce Tribus de narices era.

Erase un naricísimo infinito,
Muchísima nariz, nariz tan fiera
Que en la cara de Anás fuera delito.

QUEVEDO

—
Caco, cuco, faquín, bibliopirata,
Tenaza de los libros, cauzo, púa;
De papeles, aparte lo ganzúa,
Hurón, carcoma, polilleja, rata.
Unilargo, garduño, garrapata;
Para sacar los libros cabría grúa,
Argel de bibliotecas, gran falúa,
Armada en corso, haciendo cala y cata.

Empapas un archivo en la bragueta,
Un Simancas te cabe en el bolsillo,
Te pones por corbata una maleta.
Juegas del dos, del cinco y por tresillo,
Y al fin te comerás como una sopa,
Llenas de libros, Africa y Europa.

ESTÉBANEZ CALDERÓN

Los huevos

Más allá de las Islas Filipinas
Hay una que ni sé cómo se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas;
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cría, que ya el plato
Más común y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó a componerlos de otros modos).

Luego, de aquella tierra un habitante
Introdujo comerlos estrellados
¡Oh, qué elogios se oyeron a porfía
De su rara y fecunda fantasía!
Otro discurrió hacerlos escalfados...
¡Pensamiento feliz!... Otro rellenos...
¡Ahora sí que están los huevos buenos!

Uno después inventa la tortilla,
Y todos claman ya: ¡Qué maravilla!

No bien se pasó un año
Cuando otro dijo: «Sois unos petates
Yo los haré revueltos con tomates».
Y aquel guiso de huevos tan extraño,
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso,
A no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero a la hugonota.

Esto hicieron diversos cocineros;
Pero ¡qué condimentos delicados
No añadieron después los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un día: «Presumís en vano
De estas composiciones peregrinas
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»

*Tantos autores nuevos
¿No se pudieran ir a guisar huevos
Más allá de las Islas Filipinas?*

TOMÁS DE IRIARTE

N.º 157

La araña y el jardinero

En la rama de un árbol trabajaba
Una araña su tela. El jardinero
Atento la miraba.
Y al fin dijo, con aire chocarrero:
—Mucho tu industria, amiga, te desvela,
Por fabricar tus redes pescadoras;
Pero, tan frágil tela
Durará, me parece, pocas horas:
Que al podar esa rama, vendrá abajo
La hamaca en que te meces, y perdido
Será tu vil trabajo,
Y los días que en él has consumido.
—Y dime —le responde el pobre insecto—:
Este bello jardín que tú cultivas
Con arte tan perfecto,
Y este árbol, y esas casas tan altivas,
¿Por siempre han de durar? Tu misma ma-

[no
Que amarga mi existencia, y que ya espera
Lanzarme el golpe insano,
¿No es, como yo, también perecedera?

Engaña al hombre su impotente orgullo
Pensando que, del tiempo en el abismo,
De un gusano el capullo
Y el bello Partenón no son lo mismo.

*Tuvo razón la araña
Que todo en este mundo es telaraña.*

J. CAICEDO ROJAS

N.º 158

El uno y el dos

Graves autores contaron
que en el país de los Ceros
el Uno y el Dos entraron:
y desde luego trataron
de medrar y hacer dineros.

Pronto el uno hizo cosecha;
pues a los ceros honraba
con amistad muy estrecha,
y, dándoles la derecha,
así el valor aumentaba.

Pero el Dos tiene otra cuerda:
¡todo es su orgullo maldito!;
y, con táctica tan lerda,
los Ceros pone a la izquierda,
y así no medraba un pito.

En suma, el humilde Uno
llegó a hacerse millonario,
mientras el Dos importuno,
por su orgullo cual ninguno,
no pasó de perdulario.

*Luego ved con maravilla
en esta fábula ascética,
que el que se baja, más brilla,
y el que se exalta, se humilla
hasta en la misma Aritmética.*

C. FERNÁNDEZ

N.º 159

Los apellidos

Si a un padre un hijo querido
a la guerra se le va,
para el camino le da
un Don y un buen apellido.
El que Ponce se ha llamado
le añade luego León,
el que Guevara, Ladrón,
y Mendoza al que es Hurtado.
Yo conocí un tal por cual,
que a cierto Conde servía,
y Sotillo se decía:
creció un poco su caudal,
salió de misero y roto,
hizo una ausencia de un mes,
conocíle yo después,
y ya se llamaba Soto:
vino a fortuna mayor,
eran sus nombres de gonces
llegó a ser rico, y entonces
se llamó Soto Mayor.

CALDERÓN DE LA BARCA

Sin dolor

Siempre que una muela duela,
dijo un dentista a Melchor,
lo más sencillo y mejor
es el que saquen la muela.

—Pues ésta me da un tormento
que me causa frenesí;

—dijo Melchor— con que así
sáquela usted al momento.

Ya resuelto y decidido,
Melchor ocupó el sillón;
dió un grito; el otro un tirón,
y negocio concluido.

—Dispense usted que le advier-
—dijo el dentista molesto, [ta

al ver a Melchor dispuesto,
sin más a tomar la puerta—,

que me es usted en deber
un duro. —¿Qué es lo que oí?
¿Por sacar la muela?

—Sí.

—Vuélvala usted a poner;
la muela —prosiguió el tuno—
me dolía y fuera está;
mas ¿sacarme un duro? ¡Quiá!
¡Si no me duele ninguno!

Presunción de los débiles

A la salida de un túnel,
en el hierro de una vía,
una hormiga vanidosa

le dijo a una lagartija:

—Hay seres que tratan siempre
con desdén a las hormigas,
cuando es tal nuestra importan-
nuestro poder y valía, [cia,
que removemos la tierra
y nos buscamos la vida
sin solicitar ayudas
ni protecciones ridículas
de otros insectos mayores...

En esto la lagartija,
oyendo un tren que llegaba,
le dijo con ironía:

—Oye, séparate a un lado,
porque un tren cercano silba...

—¿Y qué? ¿Que puede aplastar-
[me?

—No; ¡¡que descarrilaría!!

JOSÉ RODAO

El tabaco

Canten otros el *Nabo* y la *Judía*,
Cantar que tiene, a fe, cuatro bemoles;
Lleve otro su poética manía
Hasta el extremo de cantar las *Coles*;
Cante alguno mañana u otro día
La gloria del arroz con caracoles;
Mas con permiso yo de *Horacio Flaco*
Canto las alabanzas del *Tabaco*.

Si algún bien positivo a España trujo
Nauta atrevido el genovés Colombo,
No el oro fué que Potosí produjo,
No el tostado café que sirve Pombo,
Ni el ave tropical que habla por lujo:
¡No, nada de eso! O yo soy un zambom-

[bo,
O no vino de allá, ¡voto al dios Baco!
Mercancía más útil que el *Tabaco*.

Negro, como el Brasil lo fabricaba
Para arrollarlo en sempiterna sogá,
Que dulce el catalán como guayaba
Le parecía cuando estaba en boga;
O en luengo puro que hace echar la baba,
O en papelillo envuelto como droga,
O quemado en la pipa al modo austríaco,
Inestimable yerba es el *Tabaco*.

Reine la ley, o el despotismo aleve,
De la santa igualdad él es la escuela.
Fuma el último *quidam* de la plebe;
Fuma el prócer que brilla en carretela.
¿Qué hombre a decir a otro hombre no se
[atreve:

Hágame usted el favor de la candela?
¿Quién la niega al más ruin hominíaco?
¡Oh virtud fraternal la del *Tabaco*!

¿Qué importa si los pobres lo consumen
De Virginia o Kentuquí, a cuarto el puro?
¿Qué importa que otros prójimos lo fumen
Habano rico, la docena un duro?
La calidad ¿qué importa, si, en resumen,
Flojo o más fuerte, claro o más oscuro,
Barato o no, por consecuencia saco
Que todo ello es fumar, todo es *Tabaco*?

Un cigarro las fuerzas restituye
Al tostado jayán que cava y suda;
La bota el zapatero no concluye
Si el humo del cigarro no le ayuda;
El letrado con él chupa y arguye,
Y si la gota crónica y aguda
Aflige al sesentón hipocondríaco,
Le alivia, más que el médico, el *Tabaco*.

Al jugador que pierde su dinero,
 Al aguador que rompe su botijo,
 En su hondo calabozo al prisionero,
 Al reo pregonado en su escondrijo,
 Al demente en su jaula, al mundo entero
 Es consuelo el fumar. ¡Oh, qué bien dijo,
 Llámese Pedro o Juan, Diego o Ciriaco,
 El que dijo: *a mal dar, tomar Tabaco!*

¿Quién no ha visto en presidios y cuar-
 [teles,

Cual su hacienda Esaú por un potaje,
 Vender a veteranos los noveles,
 Tras del último harapo de su traje,
 Y aunque sufran después ansias crueles
 Y el estómago hambriento se relaje,
 El cotidiano pan negro y bellaco
 Para comprar dos onzas de *Tabaco?*

Aunque andrajoso, abigarrado y feo
 El soldado español vaya a la guerra
 Y tenga que vivir de merodeo
 Y descansar sobre la dura tierra,
 (Porque las corvas uñas de un hebreo
 Roban la plata que el Tesoro encierra)
 Derrotará al camulco y al cosaco
 Si no le faltan pólvora y *Tabaco*.

Y si tomando en humo por la boca
 Da el *Tabaco* momentos tan felices
 ¿Qué gratas sensaciones no provoca
 Cuando en polvo lo gozan las narices?
 Dígalo la abadesa con su toca;
 Díganlo más de tres sobrepellices.
 Cura hay que sorberá *sal amoníaco*
 Y dirá en su ilusión: ¡qué buen *Tabaco!*

El segador que viene de Galicia
 Flaco vuelve a su tierra como alambre.
 Por ahorrar un ochavo (¡vil codicia!)
 Se dejará morir de sed y de hambre
 Sólo el *polvo* es su orgullo y su delicia
 Aunque en vez de rapé huele a cochambre;
 Ni siente ver vacío el sucio saco
 Si el *fusique* está lleno de *Tabaco*.

Finalmente, el *Tabaco* es cosa grande,
 Ya al paladar o a la nariz se pegue,
 Y al que lo niegue, Dios se lo demande,
 Si hal algún temerario que lo niegue;
 Y sin que humana súplica me ablande
 Yo excluiré *fumando*: ¡al cielo plegue
 Que salga un golondrino en el sobaco
 Al que sea enemigo del *Tabaco!*

BRETÓN DE LOS HERREROS



Apellidos típicos

Hay mucho en los apellidos
 De notable, por ejemplo:
 Conozco un *Blanco* que tiene
 El color de un carbonero;
 Negro hay que se llama *Rubio*,
 Y hay *Albino* que es moreno.

Un muy gordo se llama
Delgado, y se nombra *Recio*
 Otro que tiene las piernas
 Lo mismo que dos fideos.

Conozco un *Lozano*, tísico;
 Un *Calvo* con muy buen pelo,
 Y otro con luciente calva
 Que se apellida *Cabello*.

Sé de un *Guerra* muy pacífico;
 Un *León* que es un cordero,
 Y un cabo de gastadores
 Apellidado *Pequeño*.

Un *Criado* es millonario,
 Y otro, vecino de Creso,
 Se llama *Rico*, y no tiene
 Sobre qué caerse muerto.

Conozco un *Hermoso*, chato;
 Un *Mariscal* que es ranchero;
 Un *Pino* que anda torcido,
 Y un *Buenavista* que es ciego.

Hay quien se llama *Alegría*
 Y pasa el día gimiendo;
 Y otro que se llama *Bravo*,
 Y a su sombra tiene miedo.

Un cojo se llama *Ardilla*,
 Un jorobado, *Perfecto*,
 Y hay quien se nombra *Paniagua*,
 Y sólo come torreznos.

Hay quien aborrece el vino,
 Aunque se llame *Sarmiento*,
 Y alguien que *Salmon* se nombra
 No prueba más que abadejo.

¿Quiéren ustedes más salsa
 De apellidos antitéticos?
 Yo conozco (o, a lo menos,
 He podido conocerlos):

Un *Pértiga* como un bombo,
 Un *Gordón* como un fideo,
 Un *Lince* con cataratas,
 Un *Troncoso* muy dispuesto.

Es cojo el señor de *Piernas*.
 Es manco el señor *Seisdedos*.
 Desnarigado, *Botija*,
 Zurdo y desmañado, *Diestro*.

C. E. R.

FÁBULAS BREVES

Luchas estériles

Por una simple avellana,
dos rapazuelos pobretes
se pegaron de cachetes
un martes por la mañana.

Cansados de sacudirse
y, obrando al fin la razón,
la causa de la cuestión
acordaron repartirse.

Uno de los dos, la fruta
partió; y, una vez partida,
vieron que estaba podrida
y era inútil la disputa.

*Suele a menudo pasar,
al grande como al pequeño
pretender con más empeño
lo que no ha de disfrutar.*

HERRERO

El jorobado y el espejo

Al espejo se miró
cierta vez un jorobado,
y, al verse, encolerizado,
de un bofetón lo rompió.

Mas nada pudo evitar
con su rabia inoportuna,
pues los pedazos a una
volviéronle a retratar.

Y al paso que lo rompía
su número se aumentaba,
y en más partes se miraba
mientras más se enfurecía.

*Quien recibe con insulto
la amigable reprensión,
pone, por su presunción,
su defectos más de bulto.*

F. G. GUTIÉRREZ

El ruiseñor, el canario y el buey

Junto a un negro buey cantaban
Un ruiseñor y un canario,
Y, en lo gracioso y lo vario,
Iguales los dos quedaban.

«Decide la cuestión, tú»
—Dijo al buey el ruiseñor—
Y, metiéndose a censor,
Habló el buey y dijo: —¡Mu!

JUAN BTA. ARRIAZA

Los viajes

Un pescador, vecino de Bilbao,
cogió, yo no sé de dónde, un bacalao.
—¿Qué vas a hacer conmigo?

(el pez le preguntó con voz llorosa).

El respondió: —Te llevaré a mi esposa:
ella con pulcritud y ligereza,
te cortará del cuerpo la cabeza;
negociaré después con un amigo,
y si me da por ti maravedises,
irás con él a recorrer países.

—¡Sin cabeza! ¡Ay de mí! (gritó el pez-
y replicó discreto el vascongado: [cado],
—¿Por esa pequeñez te desazonas?

Pues hoy viajan así muchas personas.

HARTZEMBUSCH

El asno infeliz

Yo conocí a un jumento
Que murió muy contento
Por creer (y no iba fuera de camino)
Que así cesaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte
Aun después de su muerte
Lo persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles

Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el prado
Al son de su pellejo baqueteado.

*Quien por su mala estrella es infelice,
Aun muerto lo será: Fedro lo dice.*

SAMANIEGO

El pelotazo

A un chiquillo un chicazo
le enajó tan tremendo pelotazo,
que le hizo un gran chichón en el cogote;
mas la pelota, al bote,
volviendo atrás con ímpetu no flojo,
tornó por donde vino;
y encontrándose un ojo en el camino,
al autor del chichón dejó sin ojo.

*No haga al prójimo mal quien esto note,
porque el mal es pelota
que vuelve contra el mismo que la bota,
o miente el pelotazo en el cogote.*

MIGUEL AGUSTÍN PRÍNCIPE

El mono y el cerdo

Jugando con un cerdo, cierto mono
pidióle un beso con festivo tono;
y el marrano, travieso,
le dejó sin nariz al darle el beso.

Narices perderás, y aun dientes,
si te dejas besar de ciertas gentes.

MIGUEL A. PRÍNCIPE

La gallina de los huevos de oro

Erase una gallina que ponía
Un huevo de oro al dueño cada día.
Aun con tanta ganancia, malcontento
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro
Y hallar en menos tiempo más tesoro.
Matóla; abrióle el vientre de contado;
Pero después de haberla registrado,
¿Qué sucedió? Que, muerta la gallina,
Perdió su huevo de oro, y no halló mina.

¡Cuántos hay que, teniendo lo bastante,
Enriquecerse quieren al instante,
Abrazando proyectos
A veces de tan rápidos efectos,
que sólo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya marqueses,
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones!

FÉLIX M.^a DE SAMANIEGO

La verdad sospechosa

Llevaban a enterrar dos granaderos
Al soldado andaluz, Fermín Trigueros,
Embrollón sin igual, que de un balazo
Cayó sin menear ni pie ni brazo:

—«¡Hola, sepultureros!
Les dijo un oficial, ¿murió ese tuno?»
—«Murió», contesta de los dos el uno.

Aquí Trigueros en su acuerdo torna,
Y oyendo la expresión, dice con sorna:

—«Lo que es por la presente,
Me figuro que vivo, mi Teniente».

A lo cual replicó su camarada:
—«No dé usted a Fermín crédito en nada;
Siempre embustero fué; su fin es cierto,
Pero aun miente el bribón después de
[muerto].»

Quien falte a la verdad con eso cuente:
Dirá que hay sol, y le dirán que miente.

HARTZEMBUSH

Las manzanas

Junté yo buenas manzanas
con otras ya enmohecidas.
No mejoré las podridas
y pudriéronse las sanas.
Que a un bueno le pase así
Si se une a un malo, sé yo.
¿Mejórase el bueno? No.
¿Y el bueno se empeora? Sí.

CAMPOAMOR

La criada sisona

Hizo comprar Don Andrés
Tres libras de carne a Inés,
Y como faltaran dos
Exclamó: — ¡Bueno por Dios!
¿Dos libras de sisa en tres?
Ella echó la culpa al gato;
Y él, por ver si era comedia,
De una balanza en el plato
Puso al gato... y el ingrato
Sólo pesó libra y media.
Al amo listo, avisado,
nunca le engaña el criado.

MIGUEL A. PRÍNCIPE

Las moscas

A un panal de rica miel
Dos mil moscas acudieron,
Que, por golosas, murieron
Presas de patas en él.
Otra dentro de un pastel,
Entró su golosina.

Así, si bien se examina,
los humanos corazones
perecen en las prisiones
del vicio que les domina.

FÉLIX M.^a DE SAMANIEGO

La alforja

En una alforja al hombro
llevo los vicios:
los ajenos delante,
detrás los míos.
Esto hacen todos;
así ven los ajenos
mas no los propios.

FÉLIX M.^a DE SAMANIEGO

Los árabes

Peregrinos a la Meca
a la par iban dos árabes,
y dos perros al camino
les salieron a ladrarles.
Sin hacerles caso, el uno
prosiguió siempre adelante,
pero, airado, el otro piedras
no cesaba de tirarles.
De la Meca al año justo
regresaba el caminante,
y halló al otro todavía
enredado con los canes.
—Pero, imbécil, ¿no conoces
que hasta el final de su viaje
nunca llega el que hace caso
de los perros que le ladren?

EDUARDO BENOT

El amo y el criado

A un criado vizcaíno
dijo un día su señor:
«Toma el sombrero, ve en casa
de mi amigo Don Simón;
dile que siento el achaque,
y espero que esté mejor».
El muchacho, repitiendo
por la calle la lección,
llegó y dijo: «Señor mío,
muy buenos se los dé Dios.
El amo espera el achaque,
y siente que esté mejor».
*Más de un traductor, verdugo
del francés y del español,
suele decir lo contrario
de lo que dice el autor.*

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

Ilusiones y desengaños

Fué a una laguna un guapo una mañana
A pescar una rana,
Y al echar el anzuelo el pobre guapo,
Por pescar una rana, pescó un sapo.
*Así buscan los hombres ilusiones,
Y hallan tan sólo amargas decepciones.*

JOSÉ ROSAS



MISCELANEA PATRIOTICA

N.º 165

EL DOS DE MAYO

Oigo, patria, tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman tocando a muerto
la campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse a otras regiones
en estrofas funerarias,
de la Iglesia las plegarias,
y del arte las canciones...

Doquiera la mente mía
sus alas rápidas lleva,
allí un sepulcro se eleva,
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola,
hasta el Africa que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!...

Siempre en lucha desigual
cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu suelo virginal
no arraigan extraños fueros...
Porque indómitos y fieros,
saben hacer tus vasallos
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

Y aun hubo en la tierra un hom-
que osó profanar tu manto... [bre
¡Espacio falta a mi canto
para maldecir su nombre!...
Sin que el recuerdo me asombre,
con ansia abriré la historia;
presta luz a mi memoria,
y el mundo y la patria a coro
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición
que en su delirio profundo,
cantando guerra, hizo al mundo
sepulcro de su nación,
hirió al ibero león,
ansiando a España regir;

y no llegó a percibir
ebrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser
pueblo que sabe morir.

¡Guerra!, clamó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra!, repitió la lira
con indómito cantar;
¡guerra!, gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra;
y cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron
gritando: ¡Venganza y guerra!

La Virgen con patrio ardor,
ansiosa salta del lecho;
el niño bebe en el pecho
odio a muerte al invasor;
la madre mata su amor,
y cuando calmado está,
grita al hijo que se va:
«Pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate y muere.
¡Tu madre te vengará!...

Y suenan patrias canciones,
cantando santos deberes;
y van roncadas las mujeres
empujando los cañones
al pie de libres pendones
el grito de patria zumba,
y el rudo cañón retumba,
y el vil invasor se aterra,
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba...

.....
Mártires de la lealtad,
que del honor al arrullo
fuisteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad...
En la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibero
jura con rostro altanero
que, hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA

A LA BANDERA ESPAÑOLA

*¡Gloria a ti, Pabellón de Castilla,
Pincelada de sangre y de sol
Quien no doble ante ti la rodilla
No merece llamarse español!*

Tú eres el mapa: que eres Galicia, con sus verdores,
Y eres Valencia, con sus naranjos y limoneros;
Y eres Navarra, con sus peñascos y ventisqueros
Y eres de Murcia la fértil Huerta; jarrón de flores.

Tú eres los Puertos del viejo Cádiz, con sus salinas,
Y eres la Mancha, con sus hidalgos y sus solares;
Y Extremadura, que tiene a gala sus encinares,
Y la Alpujarra, que escala el cielo con sus colinas.

Tú eres Cantabria, del mar soberbio dominadora,
Tú eres Asturias, plantel fecundo de paladines;
Tú eres Granada, la de palacios y de jardines,
Por los que el moro, tras lueños siglos, suspira y llora.

Tú, las Castillas, de rubias mieses tranquilos mares.
Tú, Cataluña, de hombres de acero, potente y rica...
¡Tú eres el Ebro, do se retrata la Pilarica,
Tú eres el Betis, que riega vides entre olivares.

Tú eres la historia del pueblo hispano, recopilada
En esos pliegues, de sangre y oro fúlgido mote:
Tú eres Cervantes, pasmando al mundo con su Quijote,
Tú eres Teresa, de amor divino transverberada...
Tú eres Rui-Díaz, con su tizona, del moro espanto,
Y eres Colombo, loco sublime, genio profundo,
Que en lucha horrenda con el Atlante le arranca un mundo,
Do extienda España la regia cola del aureo manto.

Cofre de joyas, que trocó un día por carabelas
La Castellana de blondos bucles y ojos de cielo,
Te vido el orbe zarpar en Palos y en raudo vuelo
Salvar el ponto, virgen de quillas, libre de velas.

Y a tu conjuro, bajo tu sombra, por tu influencia,
De los misterios impenetrables del mar arcano
Surgió otra tierra, surgió otro mundo, surgió otro hermano,
Con quien partimos la misma madre, la misma herencia.

De los Hernandos y los Cisneros ebúrnea cuna,
Tú eres Pizarro, con sus empresas dignas de Homero,
Y Austria el divino, con su invencible tajante acero,
Rayo celeste que hunde en Lepanto la media-luna.

Y eres Alfonso, Ramiro, Jaime, Fernán, Pelayo;
Y eres Numancia, y eres Otumba, y eres Pavía...
Y eres las Navas, Clavijo, Breda... ¡y en solo un día
La nueva Troya de la epopeya del Dos de Mayo!

Tú eres el arte: que eres Herrera, con sus cinceles,
Mágica vara que trueca rocas en Escoriales...
Tú, Berruguete, bordando coros de catedrales
De filigranas, de figurillas y chapiteles.

Tú eres Morales, a quien la historia llama el divino,
Y eres Pantoja, y eres Pacheco, y eres Rivera.
Tú, Juan de Juanes, Céspedes, Mazo, los dos Herrera,
Y el Luis de Vargas, que emula al mismo Pintor de Urbino.

Tú eres la gama de la paleta de Alonso Cano,
Tú eres la gubia de la Roldana, Nufro y Salcillo;
Almas del Greco, carnes de Goya, luz de Murillo...
¡Diego Velázquez, de los pintores el soberano!

Tú eres el habla: lengua de santos y capitanes,
Raudal de perlas limpio y sonoro que se desata
Por superficie tersa y bruñida de rica plata,
Con sus modismos, sus locuciones y sus refranes.

Pícara y grácil si la manejan los Espineles;
En los Fray Juanes, Malón y Estella, santa y divina,
Y halagadora, como un requiebro, cuando Cetina
Nos canta en ella sus madrigales de himetas mieles.

Gentil en Lope, gallarda en Tirso, severa en Melo,
Sobria en Herrera, y en Garcilaso pulcra y galana;
Bronce en Ercilla, oro en Quevedo, fuego en Quintana,
Y en Argensolas y ambos Luises, arpa del cielo.

Tú eres la vida: que eres las dichas y los dolores;
Que eres la verja de la capilla del baptisterio,
Y eres la sombra de los cipreses del cementerio,
Do nos aguardan, durmiendo en Cristo, nuestros mayores.

Y eres el pueblo, con el sagrado de sus hogares,
Y eres el campo, con sus alcores y sus llanuras,
Y eres la novia, con sus promesas y sus ternuras,
Y eres la ronda, con sus guitarras y sus cantares.

Y eres el barrio, con sus leyendas y tradiciones,
Y eres la ermita de la Patrona, con sus exvotos,
La Romería, con sus danzantes y sus devotos,
Sus tamboriles, sus simpecados y sus pendones.

Y eres el héroe de la familia, con sus hazañas,
Y eres el padre, con sus fatigas y sus sudores,
Y eres la madre, con los deliquios de sus amores,
Y eres... los hijos, vivos pedazos de las entrañas.

Sólo te falta, para que fueras el relicario
De lo más grande, de lo más noble que el mundo ha visto,
Servir de trono para la imagen de Jesucristo,
Que en ti irradiara cual la custodia, desde el sagrario.

No en cruz y muerto, como en la enseña de Austria en Lepanto
Sino entre llamas mostrando al mundo su Corazón:
Corazón dulce, Corazón tierno... ¡Corazón santo,
Sostén y egida, broquel y escudo de la Nación!

Y, pues ha dicho que, Rey de reyes, reinar ansía
Sobre esta tierra que dió a su Madre por heredad,
Sé tú la clave de sangre y oro, Bandera mía,
Que cifre, junto con su realeza, su caridad.

Feliz el rey, que entre castillos y entre leones,
Barras, cadenas, águilas Austrias, lises Borbón...
Cual el más claro de entre los timbres de sus blasones,
Grabar hiciera... ¡ardiendo en llamas un Corazón!

¡Gloria, pues, Pabellón de Castilla,
Pincelada de sangre y de sol!
¡Quien no doble ante ti la rodilla
No merece llamarse español!

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

¡GLORIA A ESPAÑA!

(Mitin escolar para un acto de Historia Patria)

Santiago, Pepe, Juanito, Luis, Manolo y otros niños de diez y once años. El que por turno ha de dirigir la palabra a los demás, sube sobre una silla, y baja terminada su arenga.

P.—(A Santiago).

¿Qué quieres? ¿Por qué nos llamas?
[mas?

L.—¿Por qué no has reunido?

M.—A buscarte hemos venido,
para ver qué es lo que tramás.

S.—Bien venidos, compañeros:
he juntado esta asamblea,
porque me ocurre una idea,
que será justo exponeros.

J.—¿Una idea?

S. —Y bien extraña.
¿No sabéis? ¡Hay gente infame,
que, aunque española se llame,
habla mal de nuestra España!

P.—(Indignado).

¿Quién comete esa maldad?

S.—Sectarios sin patriotismo,
que ensalzan el comunismo
llamándole libertad.

Y en su inaudita vileza,
llenando a España de injurias,
dicen que en veinte centurias
no tuvo honor ni grandeza.

J.—Y contra esa gente vil,
un muchacho, ¿cómo lidia?

S.—Combatamos su perfidia
con un mitin infantil.

Sois los hombres de mañana;
y hoy vamos a hacer alarde
de que sabremos más tarde
vencer su elocuencia vana.

Para dejarlos maltrechos,
basta un poco de memoria:
¿no habéis estudiado Historia?
¡Pues id narrando los hechos!

TOD.—¡Al mitin!

M. —¡Dejad que empiece!

L.—Deja: quiero empezar yo.

S.—Quien primero lo pidió
romper el fuego merece.

M.—Señores; quiero empezar
esta gloriosa campaña,
proclamando que amo a España...
¡cuanto yo la puedo amar!

¿Qué es la patria? Es... nuestra vi-
nuestros primeros albores, [da;
nuestras dichas y dolores,
hasta la última partida.

La Patria es el baptisterio,
es el altar del santuario,
la torre del campanario
y la cruz del cementerio.
La Patria son los hogares,
llenos de suave fragancia;
es oír en nuestra infancia
de una madre los cantares.
La Patria son los sudores
de aquel padre que nos besa,
y que el amor nos profesa
que heredó de sus mayores.
La Patria somos los hijos,
es la querida heredad,
es la aldea, es la ciudad,
sus fiestas y regocijos.

La Patria son las Castillas
con sus mieses por jardines;
Oviedo y sus paladines;
León con sus maravillas.
Cantabria con sus verdores,
Aragón con sus solares,
Cataluña con sus mares
y Valencia con sus flores...

Y el necio que tiene en poco
este edén en que nació,
¿está en su juicio?

TOD.

—¡No! No!

M.—No lo dudéis; ¡está loco!
Yo os digo, y con esto acabo,
que mil vidas que tuviera,
mil vidas con gozo diera...
¡por la Patria!

TOD.

—¡Bravo! ¡Bravo!

J.—¡Chico! ¡Eres un orador!

P.—¡Orador de cuerpo entero!

M.—Es porque he sido el primero.
Ya habrá quien lo haga mejor.

S.—Ahora tú. (A Luis).

L.

—Sí, a mí me toca.

Y no creáis que me asusto.

J.—Te escucharemos con gusto.

P.—Dios ponga gracia en tu boca.

L.—Señores: este homenaje
conmueve un pecho de tabla.
¿Qué es nuestra patria? ¡Es el ha-
¡Es nuestro propio lenguaje! [bla!
¿Quién no ama esta locución,

que lleva en alas del viento
nuestro propio pensamiento,
y el grito del corazón?

¿La lengua en que nuestra madre
nos ha enseñado a rezar,
y oímos en el hogar
consejos a nuestro padre?

¿La que es música divina
cuando la habla Calderón,
el gran Fray Luis de León,
Lope y Tirso de Molina?

¿La lengua que es toda luz
y acentos del cielo expresa,
cuando en ella habla Teresa,
o el dulce Juan de la Cruz?

¡Lengua toda melodía
y miel de suaves panales,
en Autos Sacramentales
de la Santa Eucaristía!

¡Lengua que cual regio don,
en hispanas carabelas,
hinchando el amor las velas,
llevó a otro mundo Colón!

Lengua que a veinte naciones
hoy une con fuerte lazo,
y junta en fraterno abrazo
un sin fin de corazones!

¡Ah! ¡Cuando, de España en men-
un español quiere hablar, [gua,
yo pido que al paladar
sienta pegada la lengua! (Aplausos).

Y si esta maldad consume
escribiendo en castellano,
ruego a Dios que de su mano
salte en pedazos la pluma.

TOD.—¡Amén! ¡Amén! ¡Así sea!

J.—¡Has hablado como un libro!

L.—No extrañéis si rayos vibro
contra tan baja ralea.

P.—Y ahora me toca a mí.

S.—Pues anda, y que Dios te asis-

P.—(Sobre la silla). [ta.

Yo, que anhelo ser artista,

¿diré lo que siento?

TOD. — ¡Di!

P.—Quiero ser porta-estandarte
en estas lides de honor.

¡Yo tengo a la Patria amor,
porque la Patria es... el Arte!
La Patria es el gran Murillo

cuando pinta Inmaculadas,
cuyas radiantes miradas
del sol eclipsan el brillo.

La Patria es el gran Salinas,
cuando la música suena
con que del cielo serena
las bóvedas cristalinas.

La Patria es Alonso Cano,

que, al tallar un Crucifijo,
nos muestra de Dios al Hijo
de la muerte soberano.

Y es el Greco, es Zurbarán,
Berruguete y Montañés,
cuando de España al través
sembrando portentos van.

J.—Y es el divino Morales.

L.—Y el inspirado Ribera.

M.—Velázquez, que reverbera
con destellos inmortales.

P.—Y es Herrera, que a Castilla
levanta en El Escorial
palacio monumental,
que es la octava maravilla.

España es, en conclusión,
los templos y catedrales,
de la Patria arcos triunfales,
y del orbe admiración.

¡Oh España! Si al mundo asombras
de artistas con un derroche,
¿cómo hay hijos de la noche,
que en ti no ven más que sombras?

(A sus compañeros).

Yo os daré la explicación:
eso es porque el arte hispano
ha sido siempre cristiano,
y ellos cristianos no son.

Pues bien, a esa turba necia,
también la Patria ofendida
siente haberlos dado vida,
al ver que se la desprecia.

Y, pues su gloria no ven,
cuando ella así la promulga,
¡la Patria los excomulga!

TOD.—¡Aplausos! ¡Muy bien!
[¡Muy bien!

S.—¿Quiere todavía alguno
uso hacer de la palabra?

J.—Dejad que mis labios abra,
si no he de ser importuno.

S.—No lo serás: tu oratoria
con gozo escuchar espero.

J.—(Sobre la silla).

Pues yo a la Patria venero,
porque la Patria es... la Historia.

Y esa historia es un rugido
de generoso león,
que vive, aunque el corazón
le hayan mil veces herido.

TOD.—¡Bravo!

J. — Vedle la arrogancia
vencer de Cartago y Roma,
cuando sobre él se desploma
en Sagunto y en Numancia.

¿Dónde el valor de un Pelayo,
que desde un peñón de Asturias,
del africano las furias

deshace cual ígneo rayo?

¿Dónde el ardor militar,
con que en gigantesca lid,
hiende ejércitos el Cid
como las olas de un mar?

¿Y dónde, como en las Navas,
el infiel tembló de espanto?
¿Quién como Fernando el Santo
disipó sus huestes bravas?

Glorias de la Patria son
las de la Reina Isabel,
que a un mundo envía el bajel
de la civilización.

Ajena de empresas bajas,
¿qué va buscando? ¿riqueza?
No; busca hacer bien, y emplea
entregando sus alhajas.

Y en pos de ella Hernán Cortés
y el invencible Pizarro,
que de la Victoria el carro
ponen de España a los pies.

¿No sentís amor profundo,
sí en cuatro rasgos os pinto
la España de Carlos quinto,
la de Felipe segundo?

Es la España de Pavía,
de San Quintín y Lepanto;
¡la que en Ballén nuestro llanto
trocó en inmensa alegría!

España es madre inmortal
de mil héroes y matronas,
que han colocado coronas
en su frente maternal.

Yo ante esa madre me postro,
y con filial embeleso,
mil veces admiro y beso
las arrugas de su rostro.

¡Nadie la abra más heridas,
que tiene mil cicatrices!

¡Por darle días felices,
sacrificad vuestras vidas!

TOD.—¡Viva España!

L. —Los villanos
que hieren a nuestra madre,
vayan a donde les cuadre;
¡no son ya nuestros hermanos!

S.—Pues acabar es preciso
¿queréis que os hable un momento?

TOD.—¡Sí!

L. —Dinos tu pensamiento.

S.—Lo haré con vuestro permiso.
Yo convoqué esta sesión,
y amo a España de otro modo:
¿qué es nuestra patria? Ante todo
la Patria es... *la Religión.*

La España en que su Pílar
fijó la Reina del cielo,
manifestando su anhelo
de hacer a España su altar.

La España que con delirio,
al ver aquí a los romanos,
supo vencer los tiranos
con las palmas del martirio.
La España en que Recaredo
nos da la Unidad Católica,
en la asamblea apostólica
del Concilio de Toledo.

La que no envaina su espada
contra la impiedad moruna,
hasta que a la media luna
por siempre humilla en Granada.

La que en su ardiente heroísmo
la Cruz lleva hasta los Andes,
y va a combatir a Flandes
al fiero Protestantismo.

La ínclita España, a quien dan
de los Santos la aureola
un Ignacio de Loyola,
un Domingo de Guzmán.

La España que todavía
por Cristo y su fe batalla,
cuando todo lo avasalla
general apostasía...

Si desde aquí mi atención
dirijo de España al centro,
en solio real encuentro
al divino Corazón.

El monarca, España entera,
le han proclamado allí Rey,
jurando cumplir su ley
y defender su bandera.

Y allí, desde ese baluarte,
Cristo vuelve a asegurar
que en España ha de reinar
más que en ninguna otra parte.

TOD.—¡Bien! ¡Bien!

M.

—¡Viva el orador!

S.—¿Que a nuestra Patria algo
[falta?

pues a ponerla más alta
con nuestro propio valor!
¡Hijos de mil campeones!

¡Ved que la Patria os espera!

¡Id, y hacedla la primera
entre todas las naciones!

(*Levanta la bandera española.*)
Y de esta bandera en pos,
marchando con frente altiva,

gritad: ¡Viva España!

TOD.

—¡Viva!

S.—¡Y que en ella reine Dios!

P. GASPAR G. PINTADO, S. J.

COPLAS A LA VIRGEN DEL PILAR

Es la Virgen del Pilar
la que más altares tiene,
pues no hay ningún español
que en su pecho no la lleve.

Al pasar por Zaragoza
el Ebro murmura y dice:
«La Virgen es para España
y España es para la Virgen».

Hay en el mundo una España,
y en España un Aragón,
y en Aragón una Virgen,
gloria del pueblo español.

Virgen del Pilar, no olvides
que no podrían vivir
ni España sin Zaragoza,
ni Zaragoza sin Ti.

Junto al Ebro echo una jota
en cuanto el Pilar se cierra,
pa que se entere la Virgen
de que estoy de centinela.

Aragón está en España,
Zaragoza en Aragón,
el Pilar en Zaragoza,
y en el Pilar mi ilusión.

De Zaragoza p'abajo
lleva el Ebro agua bendita;
porque en Zaragoza besa
los pies de la Pilarica.

El Ebro nace en Reinosa,
y desemboca en el mar,
y pasa por Zaragoza,
para besar el Pilar.

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa;
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

Cuando Zaragoza estaba
sitiada por los franceses,
la Virgen del Pilar era
amparo de aragoneses.

El Pilar es el peñón
y La Seo la muralla;
en cada calle un cañón,
para defender a España.

En Torrero tiran bombas
y en el Castillo granadas,
y la Virgen del Pilar,
con el manto las apara.

Por el río abajo va
una lancha cañonera,
y la Virgen del Pilar
es la mejor artillera.

Zaragoza la bombean,
la bombean los franceses,
la Virgen del Pilar dice:
«No temáis, aragoneses».

Zaragoza está en un llano,
la Torre Nueva en el medio,
y la Virgen del Pilar
a las orillas del Ebro.

Iberos y americanos:
sabed bien y recordar,
que Colón pisó aquel suelo
en el día del Pilar.

NUESTRO SOLDADO

Roto, descalzo, dócil a la suerte,
cuerpo cenceño y ágil, tez morena,
a la espalda el morral, camina y llena
el certero fusil su mano fuerte.

Sin pan, sin techo, en su mirar se advierte
vívida luz que el ánimo serena,
la limpia claridad de un alma buena
y el augusto reflejo de la muerte.

No hay a su duro pie risco vedado;
sueño no ha menester; treguas no quiere;
donde le llevan va; jamás cansado
ni el bien le asombra ni el desdén le hiere;
sumiso, valeroso, resignado
obedece, pelea, triunfa y muere.

AMÓS ESCALANTE

ELOGIO DE ESPAÑA

Pues esta Espanna, que deximos, tal es como el parayso de Dios, ca riégase con cinco ríos cabdales que son Duero, ed Ebro, e Taio, e Guadalquivir, e Guadiana; e cada uno dellos tiene entre sí et ell otro grandes montannas et tierras; e los valles et los llanos son grandes et anchos, et por la bondad de la tierra et ell humor de los ríos llevan muchos fructos et son abundados. Otrosí Espanna, la mayor parte della se riega de arroyos et de fuentes, et nunqual minguan pocos en cada logar o los a mester.

Otrosí Espanna es bien abundada de miesses, deleytosa de fructas, viciosa de pescados, sabrosa de leche et de todas las cosas que se della fazen; llena de venados et de caça, cubierta de ganados, loçana de cavalllos, provechosa de mulos, segura et bastida de castiellos, alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan; rica de metales de plomo, e de estanno, e de argent vivo (mercurio), e de fierro, e de arambre (cobre), e de plata, e de oro, e de pie-

dras preciosas, e de toda manera de piedra de mármol, e de sales de mar et de salinas de tierra, et de sal en pennas, et dotros veneros muchos de azul e almagra, greda e alumbre et otros muchos de cuantos se fallan en otras tierras; briosa de sirgo (seda) et de quanto se face dél, dulce de miel et de açucar, alumbrada de cera, complida de olio (aceite), alegre de açafrán.

Espanna sobre todas es engenno-
sa, atrevuda et mucho esforçada en lid, ligera en afan, leal al sennor, afincada en estudios, palaciana en palabra, complida de todo bien; non a tierra en el mundo que la semeie en abundança, nin se eguale ninguna a ella en fortalezas et pocas a en el mundo tan grandes como ella.

Espanna sobre todas es adelantada en grandez et más que todas preciada por lealtad. ¡Ay Espanna! non a lengua nin engenno que pueda contar tu bien.

ALFONSO EL SABIO
Primera Crónica General

La tierra y provincia de España, como quier que se pueda comparar con las mejores del mundo universo, a ninguna reconoce ventaja, ni en el saludable cielo de que goza, ni en la abundancia de toda suerte de frutos y mantenimientos que produce, ni en copia de metales, oro, plata y piedras preciosas, de que toda está llena. No es como Africa, que se abrasa con la violencia del sol, ni a la manera de Francia es trabajada de vientos, heladas, humedad del aire y de la tierra: antes por estar asentada en medio de las dos dichas provincias, goza de mucha templanza; y así bien el calor del verano, como las lluvias y heladas del invierno muchas veces la sazonan y engrasan, en tanto grado, que de España no sólo los naturales se proveen de las cosas necesarias a la vida, sino que aun a las naciones extranjeras y distantes, y a la misma

Italia, cabe parte de sus bienes, y las provee de abundancia de muchas cosas; porque, a la verdad, produce todas aquellas a las cuales da estima, o la necesidad de la vida, o la ambición, pompa y vanidad del ingenio humano. Los frutos de los árboles son grandemente suaves, la nobleza de las viñas y del vino excelentes; hay abundancia de pan, miel, aceite, ganados, azúcares, seda, lanas sin número y sin cuento.

Tiene minas de oro y de plata, hay venas de hierro donde quiera, piedras transparentes y a manera de espejos; y no faltan canteras de mármol de todas suertes, con maravillosa variedad de colores, con que parece quiso jugar y aun deleitarse los ojos la naturaleza... El terreno tiene varias propiedades y naturaleza diferente. En partes se dan los árboles, en partes hay montes y campos pelados... Sin embargo, nin-

guna parte hay en ella ociosa ni estéril del todo. Donde no se coge pan ni otros frutos, allí nace hierba para el ganado, y copia de esparto a propósito para hacer sogas, gomeñas y maromas para los navíos, pleita para esteras, y para otros muchos servicios y usos de la vida humana...

En conclusión, aun el mismo Pli-

nio, al fin de su historia natural, testifica que por todas partes cercanas del mar, España es la mejor y más fértil de todas las tierras, sacada Italia. A la cual misma hace ventaja en la alegría del cielo, y en el aire que goza, de ordinario templado y muy saludable...

P. MARIANA

N.º 171

GLORIAS GEOGRÁFICAS DE ESPAÑA

¡Loor te sea dado, oh valerosa y magnánima mano, escogida por el cielo para descubrir un nuevo mundo y unir con eterno vínculo dos hemisferios, antes tan desconocidos como separados! ¡Loor a los héroes intrépidos que, despreciando la muerte y los naufragios, corrieron los vastos continentes de Ocaso y Mediodía y penetraron hasta los más escondidos extremos del mar Atlántico y Pacífico! ¡Loor inmortal a Colón y a Gama, a Balboa y Magallanes, cuyos nombres brillarán con perdurable esplendor en los fastos de la Geografía! ¡Loor en fin

al valeroso Elcano, que con su nao *Victoria* rodeó el primero la tierra, circunscribiendo en su giro todos los límites del mundo! Desde entonces nada queda escondido en él a la intrepidez del genio español. Nuevas expediciones se suceden en Oriente y en Ocaso; los continentes más ignorados, las islas más remotas ven tremolar en nuestras naves el león de España. Explorados todos los senos del Océano, la Geografía sacó de entre las ondas su brillante cabaza.

JOVELLANOS

N.º 172

EL AMOR DE LA PATRIA

¡La Patria! En todos tiempos y para todas las generaciones ha sido sagrado este dulcísimo nombre de Patria. Podemos creer que nuestra vida se dilata desde el principio al fin de la historia; que nuestro hogar es todo el planeta; que nuestros hermanos son todos los hombres; que la madre de nuestro cuerpo es la Naturaleza, de donde venimos y adonde vamos en el círculo de la vida y de la muerte; que la madre inmortal de nuestro espíritu es la humanidad, de la cual bajan las almas individuales en una emanación continua, como los rayos luminosos bajan del sol; que no hay sino un solo Dios para la conciencia y un solo derecho para la sociedad; que todos nos vemos, respiramos, vivi-

mos en la unidad superior del universo, del cual somos parte integrante como cada ser, y sin embargo, no por eso amaremos menos el pedazo de tierra donde vertimos la primera lágrima, y el pedazo de cielo donde vislumbramos la primera luz. Vulgaridad insigne, pero vulgaridad sublime, el amor sagrado de la Patria.

La amamos con el más ciego y el más constante de los amores; con el amor patrio. Nos parece que hay algo de sus átomos en nuestros huesos, y algo de la savia de sus plantas en nuestra sangre, y algo de su carácter en nuestras facultades morales, y algo de su calor en nuestra vida, y algo del corazón de nuestras madres en las entrañas de su tie-

rra, y que habrá compasión en su polvo para nuestras cenizas en el día solemne en que vayamos a pedirle el eterno asilo de la muerte. Jamás nos ha parecido ningún horizonte, ningún cielo como aquél por donde vagaba, como una mariposa, en la infancia nuestra alma con las frágiles alas teñidas del tornasol de todas las ilusiones y de todas las esperanzas. Jamás nuestro conocimiento de la vida ha valido lo que valían los engaños de la inocencia. Jamás ha tenido ninguna de nuestras pasiones el casto y vívido calor que tenía el nido primero de nuestros primeros amores. Jamás la campana de una catedral gótica, cuyas agujas frisaban con el cielo, ha podido despertar en el alma una oración tan llena de fe como aquella campana de nuestro rústico valle, cuando al caer las sombras de los altos montes, al replegarse las aves en el follaje y desplegarse las estrellas en el cielo, tocaba desde el torreón de la humilde iglesia el Ave María.

Hemos visitado después las mayo-

res ciudades del mundo; hemos contemplado desde la raíz a la cima de las altas montañas, coronadas de nieve; hemos atravesado bosques, cuyos árboles seculares son contemporáneos de los primeros días de la historia moderna; hemos escuchado el fragor de ríos caudalosos precipitándose entre las quebradas de toscos peñascos en espumosa catarata; hemos asistido a gran parte de los magníficos espectáculos que ha ofrecido la soberbia de Europa, y no recordamos ninguna emoción en ningún punto de la sociedad, en ninguna región del espacio, en ninguna esfera del arte, que pueda compararse con aquellas emociones vírgenes que dejaba en nuestro corazón el mundo, cuando el mundo se aparecía desconocido, misterioso, como una flor llena de miel, sobre cuyo cáliz cantaban los coros de las aves a los ojos de la infancia.

¡España! ¡Patria bendita! Tú serás siempre sagrada, porque tú estás ungida con las lágrimas de nuestras madres.

EMILIO CASTELAR

N.º 173

LA IGLESIA FORJADORA DE NUESTRA UNIDAD

¿Qué se deduce de nuestra historia? A mi entender, lo siguiente:

Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de culto, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad, ni sentimiento de nación, sucumbimos ante Roma, tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombre, lidiando cada cual heroicamente por su cuenta, pero mostrándose impasible ante la ruina de la ciudad limítrofe, o más bien regocijándose de ella. Fuera de algunos rasgos nativos de selvática y feroz independencia, el carácter español no comienza a acentuarse sino bajo la dominación romana. Roma, sin anular del todo las viejas costum-

bres, nos lleva a la unidad legislativa; ata los extremos de nuestro suelo con una red de vías militares; siembra en las mallas de esa red colonias y municipios: reorganiza la propiedad y la familia sobre fundamentos tan robustos, que en lo esencial aun persisten; nos da la unidad de lengua; mezcla la sangre latina con la nuestra; confunde nuestros dioses con los suyos, y pone en los labios de nuestros oradores y de nuestros poetas el rotundo hablar de Marco Tulio y los exámetros virgilianos. España debe su primer elemento de unidad en la lengua, en el arte, en el derecho, al latinismo, al romanismo.

Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo en ella se legitiman

y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos mismos sacrificios; sin juzgarse todos hijos de un mismo Padre y regenerados por un sacramento común; sin ver visibles sobre sus cabezas la protección de lo alto; sin sentirla cada día en sus hijos, en su casa, en el circuito de su heredad, en la plaza del municipio nativo; sin creer que este mismo favor del cielo, que vierte el tesoro de la lluvia sobre sus campos, bendice también el lazo jurídico, que él establece con sus hermanos, y consagra con el óleo de la justicia, la potestad que él delega para el bien de la comunidad, y rodea con el cingulo de la fortaleza al guerrero que lidia contra el enemigo de la fe, o el invasor extraño, ¿qué pueblo habrá grande y fuerte?, ¿qué pueblo osará arrojarse con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos?

Esta unidad se la dió a España el Cristianismo. La Iglesia nos educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nación, y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista, ni la sabiduría de los legisladores. La hicieron los dos apóstoles y los siete varones apostólicos; la regaron con su sangre el diácono Lorenzo, los atletas del circo de Tarragona, las vírgenes Eulalia y Engracia, las innumerables legiones de mártires cesaraugustanos; la escribieron en su draconiano Código los Padres de Ilíberis; brilló en Nicea y en Sardis sobre la frente de Osio y en Roma sobre la frente de San Dámaso; la cantó Prudencio en versos de hierro celtibérico; triunfó del maniqueísmo y del gnosticismo oriental, del arrianismo de los bárbaros y del donatismo africano; civilizó a los suevos; hizo de los visigodos la primera nación del Occidente; escribió en las «Etimologías» la primera enciclopedia; inundó de escuelas los atrios

de nuestros templos; comenzó a levantar, entre los despojos de la antigua doctrina, el alcázar de la ciencia escolástica, por manos de Liciniano, de Tajón y de San Isidoro; borró en el «Fuero Juzgo» la inicua ley de las razas; llamó al pueblo a «asentir» a las deliberaciones conciliares; dió el jugo de sus pechos, que infunden eterna y santa fortaleza, a los restauradores del Norte y a los Mártires del Mediodía, a San Eulogio y Alvaro Cordobés, a Pelayo y a Omar-ben-Hafsun; mandó a Teodulfa, a Claudio y a Prudencio a civilizar la Francia carlovingia; dió maestros a Gerberto; amparó bajo el manto prelaticio del Arzobispo Don Raimundo, y bajo la púrpura del Emperador Alfonso VII la ciencia semítico-española.

¿Quién contará todos los beneficios de vida social que a esa unidad debimos, si no hay en España piedra ni monte que no nos hable de ella con la elocuente voz de algún santuario en ruinas? Si en la Edad Media nunca dejamos de considerarnos «unos», fué por el sentimiento cristiano, la sola cosa que nos juntaba, a pesar de aberraciones parciales, a pesar de nuestras luchas más que civiles, a pesar de los renegados y de los «muladies». El sentimiento de patria es moderno; no hay patria en aquellos siglos, no la hay en rigor hasta el Renacimiento: pero hay una fe, un bautismo, una grey, un Pastor, una Iglesia, una liturgia, una cruzada eterna y una legión de santos que combate por nosotros desde Causegadia hasta Almería, desde el Muradal hasta la Higuera.

Dios nos concedió la victoria, y premió el esfuerzo perseverante, dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramal de nuestra raza forzó el cabo de las Tormentas, interrumpiendo el sueño secular de Adamastos, y reveló los misterios del sagrado Ganges, trayendo por despojos los aromas de Ceylán y las perlas que adornaban la cuna del sol y el tálamo de la aurora. Y el otro ramal fué a prender en tierra intacta aun de caricias humanas, donde

los ríos eran como mares y los montes veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco.

¡Dichosa edad aquélla, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas, o para atajar al sol en su carrera. Nada parecía ni resultaba imposible: la fe de aquellos hombres, que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe que mueve de su lugar las montañas. Por eso, en los arcanos de Dios les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentilidades; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia, y salvar, por ministerio del joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las marismas bálticas con la espada en la boca y el agua a la cintura, y el entregar a la Iglesia romana cien pueblos por cada uno que le arrebatara la herejía.

España, evangelizadora de la mi-

tad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectones, o de los reyes de Taifas.

No suelen venir dos siglos de oro sobre una misma nación; pero mientras sus elementos esenciales permanezcan los mismos, por lo menos en las últimas esferas sociales; mientras sea capaz de creer, amar y esperar; mientras su espíritu no se aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos: mientras guarde alguna memoria de lo antiguo, y se contemple solidaria con las generaciones que le precedieron, aun puede esperarse su regeneración; aun puede esperarse que, juntas las almas por la caridad, torne a brillar para España la gloria del Señor, y «acudan las gentes a su lumbre y los pueblos al resplandor de su Oriente».

¡El Cielo apresure tan felices días!

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO
(Del Epilogo de los *Heterodoxos españoles*.)

N.º 174

DEFENSA DE LA HISPANIDAD

España es una encina medio sofocada por la yedra. La yedra es tan frondosa, y se ve la encina tan arrugada y encogida, que a ratos parece que el ser de España está en la trepadora, y no en el árbol. Pero la yedra no se puede sostener sobre sí misma. Desde que España dejó de creer en sí, en su misión histórica, no ha dado al mundo de las ideas generales más pensamientos valederos que los que han tendido a hacerla recuperar su propio ser. Ni su Salmerón, ni su Pi y Margall, ni su Giner, ni su Pablo Iglesias, han aportado a la filosofía del mundo un solo pensamiento nuevo que el mundo estime válido. La tradición española puede mostrar modestamente, pero como valores positivos y universales, un Balmes, un Donoso, un

Menéndez Pelayo, un González Arintero. No hay un liberal español que haya enriquecido la literatura del liberalismo con una idea cuyo valor reconozcan los liberales extranjeros, ni un socialista la del socialismo, ni un anarquista la del anarquismo, ni un revolucionario la de la revolución.

Ello es porque en otros países han surgido el liberalismo y la revolución por medio de sus faltas, o para castigo de sus pecados. En España eran innecesarios. Lo que nos hacía falta era desarrollar, adaptar y aplicar los principios morales de nuestros teólogos juristas a las mudanzas de los tiempos. La raíz de la revolución en España, allá en los comienzos del siglo XVIII, ha de buscarse únicamente en nuestra admi-

ración del extranjero. No brotó de nuestro ser, sino de nuestro no ser. Por eso, sin propósito de ofensa para nadie, la podemos llamar la Antipatria, lo que explica su esterilidad, porque la Antipatria no tiene su ser más que en la Patria, como el Anticristo lo tiene en Cristo. Ovidio hablaba de un ímpetu sagrado de que se nutren los poetas: «Impetus ille sacer, qui vatum pectora nutrit». El ímpetu sagrado de que se han de nutrir los pueblos que ya tienen valor universal es su corriente histórica. Es el camino que Dios les señala. Y fuera de la vía, no hay sino extravíos.

* *

Durante veinte siglos, el camino de España no tiene pérdida posible. Aprende de Roma el habla con que puedan entenderse sus tribus y la capacidad organizadora para hacerlas convivir en el derecho. En la lengua del Lacio recibe el Cristianismo, y con el Cristianismo el ideal. Luego vienen las pruebas. Primero, la del Norte, con el orgullo arriano que proclama no necesita Redentor, sino Maestro; después, la del Sur, donde la moral del hombre se abandona a un destino inescrutable. También los españoles pudimos dejarnos llevar por el Kismet. Seríamos ahora lo que Marruecos o, a lo sumo, Argelia. Nuestro honor fué abrazarnos a la Cruz y a Europa, al Occidente, e identificar nuestro ser con nuestro ideal. El mismo año en que llevamos la Cruz a la Alhambra descubrimos el Nuevo Continente. Fué un 12 de octubre, el día en que la Virgen se apareció a Santiago en el Pilar de Zaragoza. La corriente histórica nos hacía tender la Cruz al mundo nuevo.

¿Han elaborado los siglos sucesivos ideal alguno que supere al nuestro? De la posibilidad de la salvación se deduce la del progreso y perfeccionamiento. Decir en lo teológico que todos los hombres pueden salvarse, es afirmar en lo ético que deben mejorar, y en lo político, que pueden progresar. Es ya comprometerse a no estorbar el mejoramiento de sus condiciones de vida y aun a favorecerlo en todo lo posible.

¿Hay ideal superior a éste? Jamás pretendimos los españoles vincular la Divinidad a nuestros intereses nacionales; nunca dijimos como Juana de Arco: «Los que hacen la guerra al Santo Reino de Francia, hacen la guerra al Rey Jesús», aunque este-mos ciertos de haber peleado, en nuestros buenos tiempos, las batallas de Dios. Nunca creímos, como los ingleses y norteamericanos, que la Providencia nos había predestinado para ser mejores que los demás pueblos. Orgullosos de nuestro credo, fuimos siempre humildes respecto a nosotros mismos. No tan humildes, sin embargo, como esa desventurada Rusia de la revolución, que proclama el carácter ilusorio de todos los valores del espíritu y cifra su ideal en reducir al género humano a una economía puramente animal.

El ideal hispánico está en pie. Lejos de ser agua pasada, no se superará mientras quede en el mundo un solo hombre que se sienta imperfecto. Y por mucho que se haga para olvidarlo y enterrarlo, mientras lleven nombres españoles la mitad de las tierras del planeta, la idea nuestra seguirá saltando de los libros de mística y ascética a las páginas de la Historia Universal. ¿Si fuera posible para un español culto vivir de espaldas a la Historia y perderse en los «cines», los cafés y las columnas de los diarios! Pero cada piedra nos habla de lo mismo. ¿Qué somos hoy, qué hacemos ahora cuando nos comparamos con aquellos españoles, que no eran ni más listos ni más fuertes que nosotros, pero creaban la unidad física del mundo, porque antes o al mismo tiempo constituían la unidad moral del género humano, al emplazar una misma posibilidad de salvación ante todos los hombres, con lo que hacían posible la Historia Universal, que hasta nuestro siglo XVI no pudo ser sino una pluralidad de historias inconexas? ¿Podremos consolarnos de estar ahora tan lejos de la Historia pensando que a cada pueblo le llega su caída y que hubo un tiempo en que fueron también Nínive y Babilonia?...

RAMIRO DE MAEZTU

PATRIA

(Improvisación)

Yo me he imaginado muchas veces que esta España gloriosísima se hubiera formado como si hubiera habido raíces dispersas de los elementos indígenas, celtíberos, de los elementos semitas, helénicos, romanos; todos eran como raíces que no podían dar de sí, al romper el suelo, más que pequeños arbustos; pero un día la Iglesia los juntó con la abrazadera de oro de una misma fe, les comunicó su savia, hizo que formase un tronco común, y ese tronco se levantó y tuvo una fronda gigantesca que casi cubrió el sol.

Pues bien, señores: ese tronco existe, la savia no ha muerto todavía, todavía cabe pedir que no se convierta en uno de esos palos secos y largos que se levantan en la llanura como demandando una centella o el hacha del leñador, sino que con savia nueva, que ahora va naciendo en todas las regiones, se le-

vante otra vez y rejuvenezca el tronco, para que florezca, para que se extienda su copa, para que allí, el altar del sacerdote, la lira del poeta, la espada del guerrero, la herramienta del obrero, la esteva del labrador, todo se cobije el día que la tormenta sacuda los cimientos de Europa; y cuando las aves del cielo vengan a posarse en esa fronda del gran árbol nacional, pueda salir la tribu peregrina a emprender nuevas cruzadas por la historia, y a llevar caliente sobre su corazón, y como en un relicario, la semilla que él produce, y a plantarla en nuevas tierras, donde otra vez se bendiga este pabellón español que un día cubrió con su sombra el planeta, y que no tienen derecho a escarnecer los hijos de la generación presente.

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA

LA ESPAÑA GRANDE

La Historia de España se confunde durante más de un siglo con la Historia Universal. Nosotros teníamos un imperio al lado del cual eran provincias el Ciro y el de Alejandro, porque fué veintitrés veces más grande que el de Roma; nuestros personajes formaban como una selva en el siglo XVI; de tal manera se unían, que no era fácil distinguir el cielo que ellos eclipsaban con su grandeza.

Cuando nos levantamos formando aquella unidad poderosa de una fe ardiente que nos puso en movimiento, Europa dobló la cabeza para dejarnos pasar. Entonces las leyes históricas parece que se suspendieron; fué necesario que el gigante se desangrara y sucumbiera en una lucha de más de un siglo, para que las leyes históricas volvieran aagir

los intereses humanos como en la vida ordinaria.

... ..
¡Poesía, poesía! Yo quiero vivir en esa región de la poesía y quiero sumergirme, por decirlo así, en el espíritu nacional de mi Patria; siento que soy una gota de una onda de ese río, siento la solidaridad no sólo con los que son, sino con los que fueron, y por eso la siento con los que vendrán.

Por eso amo a mi Patria, y la evoco en mis sueños, y deseo vivir en una atmósfera que no se parezca a la atmósfera que me rodea en la hora presente. ¡Cuántas veces, al apartar la vista de la realidad actual, me dirijo hacia la Historia pasada, y la evoco y la busco en aquel período de intersección entre una España que termina y otra que comienza! Entonces veo aquella Re-

conquista, que se va formando con hilos de sangre, que salen de las montañas, y de las grutas de los eremitas; que van creciendo hasta formar arroyos y remansos, y veo crecer en sus márgenes los concejos y las behetrías, y los gremios, y los señoríos, y las Cortes, y a los monjes, a los religiosos, a los cruzados, a los pecheros, a los solariegos, a los infanzones, enlazados por los fueros, los *Usatjes*, los Códigos, los poemas, y los romanceros; descendiendo hacia la vega de Granada en un ocaso de flores, para ver allí el alborar de Nuevo Mundo, con la conquista de América y del Pacífico; y entonces pasan ante mí fantasía Colón y Elcano, Magallanes y Cortés; los conquistadores, los navegantes y los aventureros; y, a medida que el sol se levanta, mi alma arrebatada quiere vivir y sentir y admirar a políticos como Cisneros y como Felipe II; a estadistas y caudillos como Carlos V y Juan de Austria; y, por un impulso de la sangre, quiero ser soldado de los tercios del Duque de Alba, de Recasens y de Farnesio; y quiero que recreen mis oídos los períodos solemnes de Fray Luis de Granada, y las estrofas que brotan de la lira de Lope y de Calderón, y que me traiga relatos de Lepanto aquel «Manco», a quien quedó una mano todavía para cincelar sobre la naturaleza humana a Don Quijote;

y quiero ver pasar ante mis ojos los embajadores de los Parla mentos de Sicilia y de Múnster, que se llaman Quevedo y Saavedra Fajardo; y ver la caída de Flandes a través de las lanzas de Velázquez, y quiero sentarme en la cátedra de Vitoria para ver cómo el pensamiento teológico de mi raza brilla en aquella frente soberana, y quiero verle llamear en la mente de Vives, sembrador de sistemas, y en la de Suárez ascender hasta las cumbres de la Metafísica; y quiero más: quiero que infundan aliento en mi corazón y le caldeen las llamas místicas que brotan en lo más excelso del espíritu español con Santa Teresa y San Juan de la Cruz; y quiero ver a los penitentes varoniles y desgarrados en los cuadros terribles de Ribera; quiero, en fin, embriagarme de gloria española, sentir en mí el espíritu de la Madre España; porque, cuando se disipe el sueño, cuando se desvanezca el éxtasis, y tenga que venir a la realidad presente, ¿qué importa que sólo sea recuerdo del pasado lo que he contemplado y sentido? Siempre habrá traído ardor al corazón y fuego a la palabra, para comunicarle al corazón de mis hermanos y decirles que es necesario que se encienda más su patriotismo cuando más vacile la Patria.

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA

N.º 177

EXCELENCIAS DE CASTILLA

Sagrada tierra de Castilla, grave y solemne como el mar, austera como el desierto, adusta como el semblante de los antiguos héroes; madre y nodriza de pueblos, vivero de naciones, señora de ciudades, campo de cruzadas, teatro de epopeyas, coso de bizarrías; foro y aula, templo y castillo, cuna y sepultura, cofre y granero, mesa y altar; firme asiento de la cruz y del blasón, del yelmo y la corona; crisol de oro, yunque de hierro, ¡salve!

Fuiste universidad y escuela del mundo; tendiste el brazo, como un

puente, sobre los mares; hincaste la planta en las cumbres para estar más cerca del cielo; hiciste lanza del corvo arado y mantuviste en los hombros, sin fatiga, la pesadumbre de la gloria. Tu seno maternal dió tan copioso fruto, que, a no ensanchar sus límites el planeta, no cabría en él toda tu raza... Eres pobre, y, sin embargo, nutriste el caudal ajeno; eres vieja, mas aun tienes entrañas y bríos con que criar recios varones; cargada estás de siglos y desengaños y todavía mueves el cetro y gobiernas la heredad: te pare-

ces a los sarmientos generosos de tus vides, secos y nudosos, pero henchidos de savia y coronados de racimos.

¡Ancha tierra de Castilla! ¡Cómo se dilataban los horizontes bajo el duro callo de los corceles, bajo el airón de las cimbras, a los ojos aguiñados de tus capitanes! Sudaba la carne heroica dentro de la fuerte armadura, y el corazón, semejante a una saeta, rasgando la coraza, iba a clavarse en el cristal de los cielos.

¿No escucháis todavía la lengua varonil de aquellos rudos mesnaderos del glorioso ciclo, Alvar Fáñez, Martín Antolínez, Pedro Bermúdez, cantando la vieja fabla del Campeador, con toda su bárbara majestad? ¿No sentís el choque de los muros de carne que pelean «pecho contra pecho», ni el crujir de las costas, ni el ronco hervor de las gargantas, ni el alegre relincho de los caballos?

Grande polvareda se levanta en la llanura. Mirad: Son los hijos del aurífero Tajo, del Duero, del Arlanza y del Pisuerga, «reliquias antiguas de la sangre goda»; los de hierro vestidos y de espigas coronados, legión de labradores, guerreros, reyes, vasallos, nobles, pecheros... ¡la insignia democracia de las Castillas, la

más hermosa democracia que en el mundo se vió!... «Helos, helos por do vienen»: Bernardo del Carpio y el Conde Fernán González y Mudarra el Bastardo y los Siete Infantes de Lara; miradlos cabalgar por los campos rotundos del Romancero; traen las espadas teñidas, las adargas a los pechos, las lanzas en las manos... Treme la tierra y treme el nervudo brazo de impaciencia y de cólera... ¡Próceres castellanos y leoneses, varones duros y sufridores de trabajos; «hijos de vuestras obras», que ganasteis blasones y heredades con el filo de vuestra espada y la sangre de las venas! ¡Casta de azores, padres gloriosos de esta grande nación de caballeros: salve!

No cierres jamás, buen castellano, las tumbas de aquellos paladines... Un día nuestro Señor Rodrigo de Vivar, que sabe ganar batallas después de muerto, despertará en la huesa, y limpiando el orín de la tizona, montará en su nervioso corcel y rasgará los velos de los sepulcros y de las cunas. Y jurará, por la cruz de su espada, purgar a España de renegados y felones...

RICARDO LEÓN

N.º 178

¡ANCHA CASTILLA!

*Esta es la grande tierra de nobles,
la de las hondas e intensas calmas,
de los espíritus como los robles
y de los cuerpos como las almas.
La de las vastas, ricas llanuras,
en donde el campo cual oro brilla;
ricas en campos y en aventuras;
ancha Castilla.*

«¡Ancha Castilla!», dicen las gen-
[tes,
con que se alientan los corazones
en las andanzas de los valientes,
y se destierran cavilaciones.
¡Hermosa frase! Por siempre vibres;
tú, que demandas pechos magnáni-
[mos
y en hombres fuertes las manos li-
[bres,

libres los ánimos.
«¡Ancha Castilla!» Firmes gritaban
los castellanos, en tiempos grandes,

bien por la Europa que conquista-
[ban;
bien por las cumbres, sobre los An-
[des.
«¡Ancha Castilla!», si desesperan,
por sus montañas y por sus llanos
a todas horas decir debieran
los castellanos.

¡Oh tierras llanas! Ante mis ojos
rizan los trigos sus densas olas,
que ya salpican de puntos rojos,
como de sangre, las amapolas.
El cielo guarde vuestros graneros,
con vuestras gentes nobles y sanas;
con vuestros campos, graves y aus-
[teros,

¡oh tierras llanas!
Vivo en vosotras amable vida,
mañana y tarde feliz paseo
por una parda senda florida.
Descanso a veces, y a veces leo:

libros de puros, hondos encantos.
Porque me sepa todo a Castilla,
estos mis libros, de hermosos cantos,
son de Zorrilla.

Lejos columbro, como entre sue-
na en lontananza distantes sierras. [ños,
Hasta sus lindes tienden risueños
sus altos trigos las grandes tierras.
Sus trigos altos, de trazas finas,
que al aire ondulan, en largas on-
[das;
los que ya aguardan en las vecinas
eras redondas.

La villa miro que el campo abraza
junto al arroyo que apenas corre.
En el lindero de estrecha plaza
clava la iglesia su vieja torre.
Como a su amparo, casas medrosas
suben, a rastras, pobres pendientes...
En ellas viven siempre afanosas
las pobres gentes...

Esta es Castilla, que tiene iguales
cien y cien pueblos, como el que mi-
y otros, a miles, rubios trigales, [ro,
cual los que alegran este retiro.
La de silentes villas famosas;
la de castizas urbes ancianas;
nobles dos veces: por generosas
y castellanas.

Esta es Castilla, por quien lucha-
tanto magnate, tanto pechero, [ron
cuyas hazañas se eternizaron
en las hazañas del Romancero.
Esta es Castilla; de sabias leyes,
de viejos usos, de idioma padre;
madre de pueblos, madre de reyes;
¡Castilla, madre!

¡Madre de España! ¡Por los alien-
de su indomable raza bravía! [tos
Si España tiene firmes cimientos
los debe todos a su energía.
¡Raza de sobrios trabajadores,
que el suelo ingrato vuelven fecun-
[do!
¡Raza de bravos conquistadores
pasma del mundo!

Cuando su enseña plantó en Gra-
[nada,
su pueblo altivo dejó sus lares,
rezó sus preces, ciñó su espada,
y en loca empresa cruzó los mares.
¡Mares ignotos!... Cantó victoria,
y en su delirio de nuevo ambiente
no quiso menos para su gloria
que un Continente.

Y abrió a los hombres nuevos ca-
[minos,
engrandeciendo sus aventuras,
y dió a su Patria nuevos destinos
con la grandeza de sus locuras.
—Por algo en próximo, sublime día,
la parca tierra, de parco brote,
tierra de Sancho, ¡patria sería
de Don Quijote!—

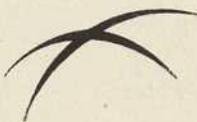
Del otro lado del mar de Atlante,
venciendo fastos de Grecia y Roma,
su sangre rica vertió abundante;
llevó sus hijos, llevó su idioma;
llevó su espíritu que difundía
sus resplandores de sol romántico;
¡sol en Poniente... que todavía
dora el Atlántico!

Madre, no sufras; ni a la flaqueza
del desaliento postres tus bríos,
hoy que te dañan en tu tristeza,
viejos rencores, nuevos desvíos;
en tanto el cielo permita y mande
que al fin renueves magnas histo-
[rias,
tú, que en tus duelos eres tan grande
como en tus glorias.

En tanto dure tu raza fuerte,
y en tanto sienta fiebre de audacias,
nunca suspires porque la suerte
sobre tus hijos llueva desgracias.
¡Recobra el ánimo! ¡Fuera temores!
¿Quién, si lo afrontas, quién te man-
[cilla?
¡Madre, no sufras! ¡Madre, no llo-
[res!

¡¡Ancha Castilla!!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW



MISCELÁNEA LÍRICA

N.º 179

LAS DOS MADRES

I

Viendo a una madre velar
a su hijo moribundo,
casi me atreví a jurar
que era imposible encontrar
amor más santo en el mundo.

Días enteros pasaban;
noches insomnes rodaban
sobre aquel materno pecho
y siempre, siempre ante el lecho,
velando al niño la hallaban.

En su rostro macilento,
y a fuego lento, muy lento,
iba grabando el dolor
huellas, mezcladas de amor
y de horrible sufrimiento.

Moria si le veía;
moría si se ausentaba;
si le besaba, sufría;
si de besarle dejaba,
de tristeza se moría.

Pero su llanto, al rodar,
dos fiebres iba a templar:
la calentura del niño,
y la fiebre del cariño
de aquel su angustiado mar.

¿Y qué extraño era el sufrir,
arrastrando aquel vivir
tan saturado de penas,
si era sangre de sus venas
el que sentía morir?

II

Yo vi a una santa velar
junto al lecho de un anciano,
y ya puedo, sí, jurar,
que nunca podré encontrar
más amor en pecho humano.

Era una joven mimada;
una alondra; aprisionada
entre sedas y entre acero:
una flor de invernadero
entre estufas asfixiada.

Sintió en la edad del ardor
imperiosa sed de amar;
mas cuanto halló en derredor,
en vez de excitarla a amor
sólo la excitaba a odiar.

Buscó en bailes y salones
para su fiebre consuelo;
tocaba los corazones,
y unos eran panteones,
y otros témpanos de hielo.

Pero un día, en que ella dió
pan de su mesa a un anciano,
su mano el viejo besó,
y una lágrima cayó
temblando en su blanca mano.

Aquel beso fué la llave
que un mundo de amor le abría;
aquella gota venía
a darle, por fin, la clave
de su soñada alegría.

Dejó bailes y salones;
dejó las vanas reuniones
con inefable consuelo,
y los témpanos de hielo
y los muertos corazones.

Y vióse de gozo llena
al vestir la blanca toca,
más blanca que una azucena;
y el mundo dijo: —¡Qué pena!
¡tan joven se ha vuelto loca!—

Y loca de amor estaba:
que en sus pobres centelleaba
tal de Cristo la hermosura,
que en piélagos de ventura,
al servirles, se inundaba.

Madre más santa y más buena,
de entrañas de amor más llena,
jamás encontró en el mundo,
ni en su angustia el moribundo
ni el afligido en su pena.

Fué hermanita del anciano;
llamó al enfermo su hermano;
y, si el huérfano gemía,
la llamaba: —¡Madre mía!—
sin llamarla nunca en vano.

Murió al trabajo rendida;
y, al apagarse su vida,
sólo un pesar le angustiaba:
—¿Quién cuidará la tullida
que yo con amor cuidaba?—

III

Jóvenes, que en el ardor
de vuestra vida, el amor

buscáis, llenas de ilusiones,
en los bailes y salones,
saltando de flor en flor:

¡Queréis comprar la ventura
a precio de una hermosura
que sólo vale desvelo!

¡Aprended dicha y consuelo
de esta santa en la locura!

A. Risco, S. J.

N.º 180

El peregrino

Era una noche de invierno,
del invierno crudo y frío,
oscura sin una estrella,
y de nieve y de ventisco;
era más de media noche,
y la puerta de un castillo
resonaba al duro golpe
del fuerte aldabón macizo.
Mucho aqueja al castellano
la visita y el ruido,
que allá estaba junto al fuego
bebiendo con sus amigos.

—«Soy un pobre», el que llamaba,
con voz apagada dijo;

—«soy un pobre extraviado
que no conoce el camino».

Y gritóle el castellano:

—«Vaya a otra parte el mendigo».

—«Estoy solo y sin defensa
soy un pobre peregrino

y vengo de Tierra Santa
muy cansado y busco asilo».

—«Busque albergue en otra parte,
que no se da en este sitio.»

—Yo pagaré en oraciones
por el señor compasivo;
daré del Santo Sepulcro
un relicario bendito».

—«Pase, le digo, adelante»,
gritó el castellano altivo.

—«¡Señor, por piedad! —de nuevo
dijo el pobre peregrino—,

soy ya muy viejo, sin fuerzas,
desnudo y muerto de frío».

Mas nada de esto apiadara
al dueño de aquel castillo,
que tenía el corazón

cual mármol endurecido;
antes bien se puso en pie
y gritóle enfurecido:

—«Parta el pobre enhoramala,
no me canse con sus gritos,
no despierte mis sabuesos
ni mis halcones dormidos»;

y tornó de nuevo al fuego
y a beber con sus amigos.

—«Adiós, señor —le responde
el pobre con un suspiro—,

si llamáis a puerta ajena,
Dios os dé mejor destino».

Larga y negra fué la noche
de vendaval y granizo;

muy mucho sonaba el aire
con triste horrendo silbido.

Poco durmió el castellano,
porque su sueño indeciso

fué turbado muchas veces
por la memoria de un grito:

por aquel ¡ay! doloroso
que lanzara el despedido.

A la mañana siguiente,
cuando de perros seguido,

con el azor sobre el puño,
sobre un caballo de brío,

buscaba tímida garza
por las orillas del río,

halló sobre el duro suelo
en nieve casi consumido,

amorado y sin vida
al infeliz peregrino.

BERMÚDEZ DE CASTRO

N.º 181

El pajarillo

Yo vi sobre un tomillo
quejarse a un pajarillo,

viendo su nido amado,
de quien era caudillo,

de un labrador robado.
Vile tan congojado

por tal atrevimiento,
dar mil quejas al viento

para que al cielo santo
llegue su tierno llanto,

llegue su tierno acento.
Ya con triste armonía,

esforzando el intento,
más sonoro volvía;

ya circular volaba;
ya rastrero corría;

ya, pues, de rama en rama
al rústico seguía,

y saltando en la grama
parece que decía:

«Dame, rústico fiero,
mi dulce compañía».

Y que le respondía
el rústico: «No quiero».

ESTEBAN M. DE VILLEGAS

¡Chist!

I

¡Tengo yo un ángel tan bello,
con unos labios tan rojos!
Negros, muy negros los ojos;
rubio, muy rubio el cabello.

Junto a la cuna yo miro
su faz dormida y serena,
más blanca que una azucena,
más suave que un suspiro.

En su rostro angelical
brilla el alma candorosa,
como el botón de una rosa
en un vaso de cristal.

Venid, en su boca vierte
el sueño blanda sonrisa.
¡Eh!... no vengáis tan de prisa;
callad, que no se despierte.

II

¿No veis con qué gracia va
la tierna boca entreabriendo?
Pues siempre que está durmiendo,
siempre sonriendo está.

Tiene poco más de un año...
No la beséis... duerme ahora,
y al despertar siempre llora
como si la hicieran daño.

Mirándola estoy dormida,
y me estoy mirando en ella;
la veo como una estrella
en la noche de mi vida.

¡Hermosa niña! ¡qué suerte
le guardará la fortuna!
No mováis tanto la cuna;
callad, que no se despierte.

III

Es un ángel de hermosura
de esos que una madre sueña;
¡tiene una faz tan risueña!...
¡y la mirada tan pura!...

¡Con qué indefinible anhelo
miro su tez sonrosada!
Es una alma desterrada,
sí, desterrada del cielo.

Más bajo... no habléis tan
fuerte;
no turbéis su sueño blando:

¡Sueña!... ¿qué estará soñan-
Callad, que no se despierte [do?

JOSÉ SELGAS

El niño huérfano

(Puede acompañarse la declamación con música suave de fondo; variando el primer verso puede declamar también la poesía una niña).

Yo soy un niño huérfano; en la tierra
(Soy una niña huérfana; en la tierra)
Nadie alivia mi bárbaro dolor;
Ni amor materno ni paterno amparo
Consuelan mi afligido corazón.
Como pan de limosna; el frío suelo
Duro lecho me da para dormir;
y cuando la hora de los besos llega
No hay besos, ¡ay!, ¡no hay besos para [mí!

Yo recuerdo a mi padre, yo recuerdo
De mi madre la angélica bondad,
Que el llanto leve de la tierna infancia
Sabía en risa y en placer trocar.
Llena de amor, en sus amantes brazos
De caricias colmábame sin fin;
Y si en mi faz sus labios se posaban,
¡Qué dulce era su beso para mí!
Pero ¡ay!, la guerra destructora un día
Vino como deshecha tempestad;
Redoblaban tambores y a rebato
Tocaba la campana del lugar.
Aquel vibrante son estremecía,
Con agrado, mi espíritu infantil...
¡Y aquel vibrante son me arrebató
Los besos tan queridos para mí!

Rojó vestido púsose mi padre
Y reluciente espada se ciñó;
Sobre su férreo casco se mecían
Gallardas plumas en flotante airón.
Al ver ondeantes plumas y guerreros
Sentí mi joven corazón latir;
¡Ay! guerreros y plumas me robaron
Los besos tan queridos para mí.

Mi madre llora: ¡pobre madre mía!
Mi padre monta indómito corcel;
Al ver el llanto triste de mi madre
Sentí mi corazón desfallecer.
En confuso tropel se amontonaron
Jinetes y peones mil y mil.
Van a marchar... ¡Mi padre me da un beso!
¡Qué triste fué aquel beso para mí! [so!
Parte al galope: aléjase. ¡Ya es tarde!
¿No ha vuelto padre? —No.

—¿Volverá? —No.

—¡No me agrada la guerra, yo creía
Que era sólo campanas y tambor!
Mi madre por la noche gime y llora;
Ya no hay cuentos alegres al dormir;

Y si en mi faz sus labios se fijaban,
¡Tristes eran sus besos para mí!

N.º 185

Besos de madre

I

¡Victoria!, gritan: la campana suena;
¡Victoria! ¡Sí, mi padre vuelve ya!
En hombros sus amigos le trajeron...
Envuelto en un sudario funeral.
¡Oh qué horroroso grito! ¡Pobre madre!
Abrazóme convulsa; yo sentí
Que un ósculo abrasaba mi mejilla...
¡Qué terrible fué aquel beso para mí!

Y ya sólo otra vez sentí sus labios
Herida por el hierro del dolor;
Al exhalar el último suspiro
Un beso... un beso..., ¡el último!, me dió.
—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —me decía—,
¡Abrazame otra vez!, ¡voy a morir!
Y clavando sus labios en mi frente...
¡Qué horrible fué aquel beso para mí!...

¡Sí, soy un niño huérfano; en la tierra
Nadie alivia mi bárbaro dolor;
Ni amor paterno, ni materno halago
Consuelan mi afligido corazón.
Como pan de limosna; el frío suelo
Duro lecho me da para dormir,
Y cuando la hora de los besos llega,
No hay besos, ¡ay!, ¡no hay besos para

Yo bajaré a la tumba de mi madre [mí!
De la noche en la triste oscuridad,
Levantaré la losa que la cubre
Envuelta en su mortaja funeral.
Cubierto por los lúgubres cipreses,
¡Tanto la llamaré, que me ha de oír!
Yo deseo otra vez besar sus labios,
¡Sus labios tan queridos para mí!

FRANCISCO LUIS DE RETÉS

N.º 184

El cigarro y la vida

Lío tabaco en un papel; agarro
lumbre y lo enciendo; arde, y a medida
que arde, muere; muere y en seguida
tiro la punta, bárrenla y... al carro.

Un alma envuelve Dios en frágil barro,
y la enciende en la lumbre de la vida;
chupa el tiempo, y resulta en la partida
un cadáver. El hombre es un cigarro.

La ceniza que cae es su ventura;
el humo que se eleva, su esperanza;
lo que arderá después..., su loco anhelo.

¡Cigarro tras cigarro el tiempo apura;
colilla tras colilla al hoyo lanza;
pero el aroma piérdese en el cielo!

PEDRO A. DE ALARCON

Enferma la niña estaba:
fiebre altísima sus huesos
lentamente calcinaba,
y la madre, con sus besos,
arrancar el cuerpo inerte
pretendíale a la muerte
que implacable le asediaba.

—¡Madre, siento una agonía!,
tan niña morir no quiero.
¿Verdad que si ahora me muero
besarte más no podría?

—¡Hija, templa tu quebranto!
—Dime: ¿irás al camposanto
a besarme cada día?

—Prenda del alma, sí iré.
—¿Irás tempranito? —Sí;
antes que te bese allí
el sol, yo te besaré—.
Y la niña se moría:
su rostro palidecía
cual mustia rosa de té.

II

La fiebre, al fin, la abrasó;
quedó blanca cual la cera.
Blanca la mortaja era
que su madre le vistió;
blanca la marmórea losa
que aquella marchita rosa
entre polvo sepultó.

Cuando el sol la cruz bendita
del cementerio besaba,
junto a la tumba encontraba
rezando ya a la ancianita.
Blanco su cabello era;
blanco su rostro de cera,
retrato del de su hijita.

Oraba ante aquella losa
que su dicha sepultaba,
y un beso en el mármol daba,
presa de fiebre amorosa.
No en vano el beso imprimía,
que un ángel lo recibía
en sus mejillas de rosa.

III

Tornó la muerte a rondar
con sus pasos mal seguros
los ya silenciosos muros
del antes alegre hogar;
y también la anciana herida,
vió que se iba de su vida
el tenue soplo a apagar.

Cuando ya la calentura
sus entrañas abrasaba,
un ángel vió que bajaba
de encantadora blancura;
blanca su tez nacarina,
blanca la aureola divina,
que sus sienes circundaba.

—Madre, no me beses más;
velada en nubes de fe.
yo al cielo te llevaré
y allí besarme podrás—.
Y diéronse abrazo tierno,
y después... un beso eterno
que no se extingue jamás.

A. Risco, S. J.

N.º 186

La infancia

Cielos azules,
Nubes de nácar,
Limpios celajes
De oro y de grana;
Campos floridos,
Verdes montañas,
Valles amenos,
Cumbres lejanas;
Ricos paisajes
De sombras vagas,
Que misteriosos
Pinceles trazan;
Luces que vienen,
Luces que pasan,
Nidos que pían,
Aves que cantan;
Angeles bellos
De blancas alas,
Sueños de oro,
Cuentos de hadas;
Días risueños,
Noches calladas
En que discurren
Negros fantasmas;
Ecos del aire,
Voces del agua,
Vagos perfumes
De esencia varia;
Mucha alegría,
Mucha esperanza,
Pocas tristezas
Y algunas lágrimas.
*Esa, hijo mío,
Flor de mi alma,
Esa es tu vida,
Esa es tu infancia.*

JOSÉ SELGAS

N.º 187

La gota de agua

I

Fué cayendo, cayendo en la roca
la gota de agua,
¡la gotita tan dulce, tan tierna,
y la roca tan dura de entrañas!
La gotita cayendo, cayendo,
la roca besaba,
y al verla tan dura,
tan fría, tan áspera,
lanzaba un gemido,
quedito, quedito, para no enfadarla.
Pasaban los meses,
los años pasaban,
y la gota seguía besando,
besando la roca, tan fría, tan áspera...
mas ya no gemía
la gota de agua;
que aun las rocas más duras del monte
también se regalan,
se ablandan, se rinden,
y aun se parten teniendo constancia;
y la roca del monte, tan dura,
tan fría, tan áspera,
fué abriendo su seno
a la gota, tan dulce, tan mansa,
que entrando amorosa
de la piedra en las mismas entrañas,
murióse de amores,
y en premio de tanta, tan firme constancia,
en hialino diamante mudóse,
y en sus sienes la lleva un monarca.

II

Yo vi de los ojos
de una madre, rodando las lágrimas,
que caían tan dulces, tan quedas
de un mal hijo en las duras entrañas,
como cae en las peñas de un monte
la gota de agua.
Lloraba los días;
las noches lloraba;
y el hijo las noches,
los días gastaba,
destrozando su vida entre cieno
mezclado de madre con sangre y con lá-
Pasaban los meses, [grimas.
los años pasaban,
y la madre seguía rezando,
rezando con lágrimas.
Mas ya no caían
del mal hijo en las duras entrañas;
que hasta el pecho más duro del hombre

también se regala,
se ablanda, se rinde,
y aun se parte, teniendo constancia.
Y aquel manso llanto
de la madre, ya enferma y anciana,
cayendo, cayendo
del hijo en el alma
temblando de amores,
como tiembla la gota de agua,
hizo nido del hijo en el pecho,
y en premio de tanta, tan firme constancia,
hizo santo al hijo
y a la madre santa.

A. Risco, S. J.

N.º 188

Al Angel de la Guarda

Angel hermoso que a mi lado velas,
astro divino que mis pasos guías;
custodio fiel,
que tomas sobre ti las penas mías,
y a mi labio sediento ofreces tierno,
copas de miel.
Tú, que en mi cuna cuando yo soñaba,
tendías sobre mí tus alas de oro
cual pabellón,
tú, que enjugabas en mi faz el lloro,
y bañabas con célicas delicias
mi corazón,
sella mis labios con tu mano pura
para que en ellos nunca la mentira
pueda entrar;
sólo verdades a mi mente inspira,
y ata mi torpe lengua, si por ella
he de pecar.

RUBIO Y ORS.

N.º 189

La Hermana de la Caridad

Casta su faz, bajo la blanca toca
cual entre rayos de piedad fulgura;
pero jamás tan célica hermosura
pasión mortal, en quien la mira evoca.
Manan consuelos de su dulce boca;
la caridad sublima su ternura;
en donde está no reina la amargura,
pues con sus manos el dolor sofoca.
En infecto hospital su pecho late,
velando al triste, con afán prolijo,
cual vela al moribundo en el combate;
brota su amor al pie del Crucifijo,
y todo aquel a quien el mal abate
para su noble corazón es hijo.

ANTONIO ARNAO

N.º 190

La inocencia herida

Por mi camino al pasar,
encuentro un niño sentado
a la puerta de su hogar,
frente al huerto sosegado.

Su madre del campo llega
con un pajarito preso;
lo ata a un hilo y se lo entrega,
y le da en la frente un beso.

Muestra el niño su contento;
toma el pájaro y lo suelta,
mas con el hilo, al momento
le obliga a emprender la vuelta.

Así una vez, dos y tres
su madre calla y le mira;
le da otro beso y después
hacia el hogar se retira.

Yo me creí el hombre justo,
y me pareció muy mal
que un niño se diese gusto
a costa de un animal.

Por detrás me acerco a él,
un grito lanzo muy vivo,
y le arrebato el cordel,
y dejo libre al cautivo.

Vuela el pájaro a una rama,
yo al niño miro arrogante,
y él, medroso, ¡madre! exclama,
y vuelve a mí su semblante.

¡Dios mío, nunca en mi vida
vi unos ojos como aquellos,
pues cuanto ama mi alma herida
me pareció hallar en ellos.

No brillaban con la lumbre
del mozuelo campesino,
mas con la honda mansedumbre
del mirar de un peregrino.

Eran claros como el cielo
en la quietud vespertina;
profundos como el anhelo
del que sin patria camina.

En mí fijos se quedaron,
y yo no sé qué tenían,
que desde que me miraron
parece que me entendían.

Su inefable transparencia
me dejaba vislumbrar
el cielo de una inocencia
imposible de nublar...

Avergonzado me quedo
ante el que a nadie ofendía,
y quise quitarle el miedo
que al verme allí sentiría.

Hablar intenté... mas luego
salió su madre y me dijo:
Se nos ha quedado ciego
hace un año el pobre hijo...

GIRASOL

N.º 191

Cuestión de colores

I

¡Era Juan tan inocente!
¡Tenía un alma tan pura!
Más blanca que la alba frente
del monte, que eleva ingente
hasta las nubes su altura.

¡Qué contraste! Sus cabellos
eran negros; los tenía
como una noche sombría,
de esas noches sin destellos,
de esas noches de agonía.

Y aquel joven venturoso,
con dulce, apacible calma,
su infancia cruzó gozoso,
negro su pelo sedoso,
blanca, muy blanca su alma.

II

Pasó la infancia de Juan,
y ya sus cabellos van,
muertas las horas lozanas,
plateándose con canas,
que oculta con vano afán.

En tanto, va su conciencia
perdiendo la transparencia
de las nieves de la altura,
y ajándose la blancura
de su infantil inocencia.

Su vida rodando va;
muchos años tiene ya;
y miro, que al cabo de ellos,
ni tan negros sus cabellos,
ni tan blanca el alma está.

III

Llegó la vejez cansada;
su cabeza plateada
semeja un monte nevado,
y arrastra el cuerpo encorvado
de momia desenterrada.

Pero un alma empedernida,
sin fe, sin virtud, sin vida,
el anciano Juan tenía,
como una noche sombría
de huracanes agitada.

¿Y qué me decís, señores,
de contrastes tan traidores
en la existencia de Juan?
¿Pensáis que acaso serán
sólo cuestión de colores?

A. Risco, S. J.

N.º 192

Ante un calendario

Cada día te quito una hoja,
sin reflexionar,
que es un día que pierdo de vida,
y no volverá.

Me propones hermosas charadas
a veces, y yo
pasó el día impaciente, esperando
ver la solución.

Y al quitarte otra hoja, gozoso
me digo: —¡Ya está!—
¡Tu charada me acerca dos días
a la eternidad!

Esperando una fecha, que aguardo
con ansia cruel,
te contemplo mil veces, y exclamo:
—¡Oh! ¡qué pesadez!—

Cada hoja que arranco es emblema
de una eternidad.

¡Son tus hojas las de un palimpsesto
del tiempo de Adán!

Mas, llegando a la fecha anhelada,
te escucho decir:

—Has perdido dos meses de vida,
y estás tan feliz!...—

Poco a poco, arrancando, uno a uno,
un día a tu ser,
deshojando mi vida en tus hojas,
te miro correr.

Y anhelando placeres ignotos,
que no han de llegar,
arrebato tus últimas hojas;
te miro expirar;

y soñando en el año que empieza,
con loca ilusión

—¡Otro año! —me digo—, y me olvido
de aquel que pasó.

—¡Otro año! —me digo con gozo.

—¡Tengo un año más!—
Y tú dices: —¡No! ¡Es un año menos,
que no volverá!—

Si en el hueco que dejan tus fechas,
alirme a dormir,

de virtud sólo un acto, uno solo
pudiera escribir,

no pasara mi vida tan vana
que, al verla correr,

me parece que corre una sombra,
¡la sombra del bien!

Y al morir en mis manos, un día
pudiera exclamar,

arrancando tu última hoja:

¡Tengo un año más!

A. Risco, S. J.

Los pajarillos sueltos

No mandes a los nenes a la escuela,
 Porque no la han abierto,
 Y está, si es que el Señor no hace un mi-
Cerraica pa' tiempo... [lagro,
 Ha caído en la cama
Mu malico el maestro.
 Y es cosa de temer por las señales,
 Que ya no se levante el *probe* viejo...
 Una jaula vacía
Paece la escuela con aquel silencio...
 Y a sus anchas corriendo los zagales,
 Una *bandá* de pajaricos sueltos.

 Ya doblan las campanas...
 Ya *arremató* el maestro...
Muncha pena me da, porque era un hombre
 De los pocos que hay *güenos*...
Muncha pena me da por los zagales,
 ¡No paro de pensar qué va a ser de ellos!

 ¡Traigo en el corazón una tristeza!...
D'allá abajico vengo:
 La escuela *cerraica*, como siempre,
 Y con aquel silencio...
 Chillando *alreorcico* los zagales
 Y a sus anchas corriendo...
 ¡La jaulica, vacía,
 Y la *bandá* de pajaricos, sueltos!

VICENTE MEDINA

La cuna vacía

Bajaron los ángeles,
 besaron su rostro,
 y cantando a su oído dijeron:
 «Vente con nosotros».
 Vió el niño a los ángeles
 de su cuna en torno,
 y agitando los brazos, les dijo:
 «Me voy con vosotros».
 Batieron los ángeles
 sus alas de oro,
 suspendieron al niño en sus brazos
 y se fueron todos.
 De la aurora pálida
 la luz fugitiva,
 alumbró a la mañana siguiente
 la cuna vacía.

JOSÉ SELGAS

Risa y llanto

Historia de un ángel

I

¡Qué alegría! ¡qué alborozo!
 No se daba a las campanas
 un momento de reposo,
 y decían las aldeanas:
 «Es un niño muy hermoso».
 Los padres enloquecían,
 el placer les embriagaba,
 con sus besos le cubrían,
 y su dicha alborozaba
 a las gentes que acudían.
*Mas todos allí reían
 y el pobre niño lloraba.*
 Cuando a bautizarle fueron,
 ¡cuántas galas le vistieron!
 ¡Qué hermoso estaba! ¡qué en-
 allí las risas siguieron, [canto!
 y el niño siguió su llanto.
 Sólo el monje con anhelo,
 clamando su desconsuelo,
 dijo con dolor profundo:
 «¡Qué triste ha de ser el mundo
 para el que viene del cielo!»
 Los goces que en su alma an-
 cada uno le aseguraba. [siaba
 ¡Qué bella, qué rica orgía!
 y como en ella reinaba
 la más completa alegría,
*toda la gente reía,
 tan sólo el niño lloraba.*
 Pero el monje, entre el conten-
 le dijo con compasión: [to,
 «Dios quiera que ese lamento
 nunca de tu corazón
 lo arranque el remordimiento».

II

Del festín entre el rumor
 llegó un grito aterrador;
 salió la madre al momento,
 pálido el rostro de horror,
 sin poder dar un lamento:
*aquel niño encantador
 daba su postrer aliento.*
 Pronto el bullicio fué espanto,
 y la algazara quebranto.
 ¡Cómo trocaron aprisa
 la gente, su risa en llanto
 y el niño, su llanto en risa!
 Mudo el padre, enloquecía,
 el llanto a la madre ahogaba;
 y al mirar que en la agonía

tan tierno cuerpo luchaba
con su alma que se huía,
*toda la gente lloraba,
sólo el niño sonreía.*

Y el monje exclamó, en su an-
[helo,

por calmar el desconsuelo
de aquel dolor tan profundo:
«¡Qué alegre ha de ser el cielo
para el que sale del mundo!»

Mas nadie el consuelo blando
escuchó, según yo entiendo,
pues creces al dolor dando,
siguieron todos llorando,
y el niño murió sonriendo.

Sólo el monje: «No imagino,
dijo, más grande placer
que hallar tan breve el camino,
y tan puro como vino
poderse al cielo volver»

ANÓNIMO

N.º 196

Niñerías

Madre, militares vienen,
muy apuestos y bizarros,
luciendo sus uniformes
en sus fogosos caballos:
¡Cómo me gusta la tropa!...
¡Yo quisiera ser soldado!

Madre, ha venido el Obispo,
el que, para confirmarnos,
dicen que pega en la cara,
mas, dicen que no hace daño:
yo quisiera ser Obispo,
y estar siempre confirmando.

Madre, ¡qué función vi ano-
una función de teatro: [che!
todos aplaudieron mucho,
y a mí me gustaba tanto!...
¡Ay, yo quisiera ser cómico,
para recibir aplausos!

Madre, el lacayo de enfrente
se va en coche paseando;
en una mano las riendas,
y el látigo en otra mano:
¡qué bien se debe ir en coche!...
yo quisiera ser lacayo.

Madre, de la iglesia vengo;
y en los altares más altos
he visto muchas imágenes
con trajes negros y blancos:
cómo me gustaban todas...
¡Ay, yo quisiera ser santo!

S. A. J.

N.º 197

A mi madre

¡Madre del corazón!... Tan dulce nom-
ilumina la historia de una vida, [bre
cual luz de amor, del cielo descendida,
que Dios, en su bondad, concede al hom-
[bre.

Otros se afanen por hallar renombre
y ver en todo su ambición cumplida;
yo anhelo para ti, madre querida,
mayor ventura que esplendor que asombre.

Mostraste, cual ninguna, cariñosa,
los tesoros de amor que tu alma abriga,
y fué tu eterno afán verme dichosa.

Por el cariño inmenso que nos liga,
en mis plegarias pido fervorosa
que el Rey del cielo y tierra te bendiga.

PAZ DE BORBÓN

N.º 198

A mi hermana en su cumpleaños

Un año más: no mires con desvelo
La carrera veloz del tiempo alado,
Que un año más en la virtud pasado
Un paso es más que te aproxima al cielo.

Llora, sí, con amargo desconsuelo,
Pues nunca lo bastante habrás llorado,
El año que al morir te haya dejado
De alguna falta el interior recelo.

El tiempo que bien obres no es perdido:
Pues los años de hoy, hermana mía,
Que en la santa virtud hayas vivido,

Se convierten en siglos de alegría
En el eterno Edén, que hay prometido
Al alma justa que en su Dios confía.

A. LÓPEZ DE AYALA

N.º 199

El niño dormido

Cuando miro en su cuna de mimbres
sereno, tranquilo,
con sus labios de rosa entreabiertos
al niño dormido,
enseñando las sartas de perlas
de sus dientecitos;
cuando escucho aquel plácido aliento
que en plácido ritmo,
va moviendo los blancos cendales
que cubren al niño,
como mueven las brisas de mayo
las hojas del lirio;
yo no sé qué beleño me aduerme,
que mágico hechizo

me fascina, hasta el punto, que entonces
de todo me olvido,
sin poder apartar mis miradas
del ángel bendito.

Con qué anhelo vería las hojas
postreras del libro
cuyo prólogo empieza exhalando
perfumes de idilio
como empieza la historia del ave
que duerme en su nido.
¿Seguirán a las dulces sonrisas
amargos gemidos?...
¿Marchará por senderos de rosas
o montes de espinos?...
¿Será un Crespo que admiren las gentes
o un pobre mendigo?...
Mariposa que agitas tus alas
cegada del brillo,
dando vueltas en torno a la llama
con múltiples giros,
tú reflejas mis ansias inquietas
en torno del niño.
Pero en vano la mente se esfuerza;
es tiempo perdido;
que la vida y la muerte del hombre
dependen de un hilo,
y en el punto que menos se piensa..
se acaba el ovillo.
¡Ojalá que el hermoso capullo,
que absorto hoy admiro,
de la muerte en los brazos helados
cayera marchito,
si han de ser sus colores un día
juguete del vicio!
Ángel santo que bates tus alas
en torno del niño,
que en su pobre cunita de mimbres
sonríe dormido,
¡haz que guarden eterna blancura
las hojas del lirio!

P. VINUESA, S. J.

N.º 200

Lágrima celeste

Lloró el cielo una lágrima, y caída
al ancho mar, creyóse en él perdida:
mas se llegó una concha, y al cogerla
—«Serás —dijo— mi perla:
no temas las olas, yo te abrigo;
segura donde quiera irás conmigo».
¡Dolor y gloria mía,
lágrima que a mi seno Dios envía,
haz que mi corazón en hondo anhelo
esa lágrima pura guarde, oh cielo!

AMÓS ESCALANTE

N.º 201

Llave desdentada

Esta llave cincelada
que, en un tiempo fué colgada
—del estrado a la cancela,
de la despensa al granero—,
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar,
inundaba de rumores
los vetustos corredores...
Esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada,
¿para qué la he de guardar?
Ya no existe el gran ropero;
la gran arca se vendió:
sólo, en un baúl de cuero,
desprendida del llavero,
esta llave se quedó.
Herrumbrosa, orinecida
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave, sin llavero,
nada es ya de lo que fué.
Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡Me parece un alma en pena!
Pobre llave, sin fortuna...
y sin dientes, como una
vieja boca; si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada
—¡pobre llave desdentada!—,
¿para qué te he de guardar?
Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina
que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tìboreos
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela,
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales,
y la miel de los panales,
tentación del paladar...
Mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada

—¡pobre llave desdentada!—,
¿para qué te he de guardar?
Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura...
Me recuerdas mi morada;
me retratas mi solar...
Mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada
—¡pobre llave desdentada!—,
¿para qué te he de guardar?

AMADO NERVO

N.º 202

El nido deshecho

Sobre un peralillo enano
de ricas flores vestido,
un colorín atrevido,
a la vista del milano
se puso a labrar su nido.

Desde la paja primera,
que al nido llevó el jilguero,
astutamente se entera
del banquete que le espera
el pájaro carnívero.

Mas por no causar recelo
al pajarillo inocente,
muda el curso de su vuelo
y se pierde cautamente
entre las nubes del cielo.

De un confin a otro confin,
presa del materno afán
va el pintado colorín
sin ver nunca en el jardín
la sombra del gavilán.

Mas ¡ay! cuando la nidada
juguetona, alborozada,
se disponía a volar,
baja el ave despiadada
su banquete a celebrar.

Pobre colorín ufano
que anidaste en el verano
despreciando a los azores,
sobre un peralillo enano
cubierto de blancas flores.

Hoy perdieron su blancura
con la roja sangre pura
que tus hijos han vertido.
¿Quién les dijera que el nido
iba a ser su sepultura?

A meditar nos convida
del ave la aciaga suerte;
dichoso aquel que no olvida
que en el pensil de la vida,
anda cazando la muerte.

P. VINUESA, S. J.

N.º 203

Los huérfanos

(Aparecen en la escena, débilmente iluminada, dos niños; mientras uno queda lloroso en segundo término, recita el otro la siguiente poesía):

¡Celeste Padre en quien el ser reside,
a vuestros hijos ved clamando a Vos!
tened piedad del huérfano que pide
una limosna por amor de Dios.
Hijos sin madre, huérfanos sin nombre,
nos hace falta el maternal calor;
y en esta vida necesita el hombre
pan para el cuerpo, y para el alma amor.
Materno pecho nos negó el sustento,
Materno labio el beso al despertar;
somos la paja que arrebató el viento,
olas que estrella en su furor la mar.
Triste de aquél que en este mundo mora,
cual de desierto en vasta soledad
¡qué triste el llanto de quien solo llora!
¡qué amargo llanto el llanto de orfandad!
Una limosna dad al infelice,
que en vuestros hijos Dios os pagará;
a quien bendice el pobre Dios bendice,
y el pan que dais en gloria os volverá.
Una limosna al pobre pequeñuelo,
salvad del vicio al ánima infantil;
con lo que os sobra, mereced el cielo;
cambiad por oro puro el oro vil.

BELISARIO PEÑA (colombiano)

N.º 204

Ante el retrato de mi madre

(Aparece en escena con el retrato de su madre entre las manos).

¡Ay, eres tú!... La misma que algún día,
Siendo yo entonces inocente niño,
Contra su amante pecho me oprimía
Con delirante maternal cariño.

La misma, ¡sí!, la misma que velando
En derredor de mi sencilla cuna,
Con fervoroso afán me besó enseñando
Las verdades divinas una a una.

La misma que trazó sobre mi frente
El signo de la cruz por vez primera,
Sellándola su amor con beso enseñante
Que el alma la absorbía toda entera.

La misma que con fe y constancia diaria,
Siendo mi guía y celestial modelo,
Me fué dictando la primer plegaria
Que mi alma pura dirigió hacia el cielo.

¡Ay, sí, yo la conozco!... ¡es ella mis-
[ma!

¡Es el ser que idolatro en este mundo!...
Al contemplarla, el corazón se abisma
En mar inmenso de placer profundo.

¡Imagen adorada de mi madre!...
Cuantas veces en ti la vista fijo,
No encuentro nada que mejor te cuadre
Que un beso ardiente de tu amante hijo.
(la besa)

P. B. SÁINZ, escolapio

N.º 205

Corazón en ruinas

«A solas voy caminando
por la noche de la vida,
con el alma dolorida
de tanto vivir penando...

Abundan tanto los necios,
que nadie entiende mi afán;
por eso todos me dan,
por limosna, sus desprecios.

Detrás de cada mirada
sólo mentiras encuentro;
y si en las almas me adentro,
hasta el alma queda helada.

Sólo reina el egoísmo,
la traición y la maldad;
y en mi triste soledad
siento el odio de mí mismo».

Así junto a mi sendero
murmuraba un caminante.
Yo le detuve un instante
y le dije: «Compañero:

No maldigas de tu suerte
mientras vas por el camino.
¿No sabes que tu destino
está después de la muerte?

Y por difícil que sea
el combate de la vida,
no está la palma perdida
mientras dura la pelea.

Como la alondra levanta
su vuelo para cantar,
tú también puedes volar
hasta el cielo... ¡Canta, canta!

No olvides esta lección,
que tiene fulgor de estrella.
¡Ya verás cómo con ella
Se hace luz tu corazón!»

ANTONIO ABIA, PRO.

N.º 206

Gloria

Dime ¿por qué suspiras,
Bendita madre,
Cuando de regocijo
tiemblan los aires?
¿Di: por qué lloras?
¿No oyes que las campanas
Tocan a gloria?

¡Oh!, déjame que lllore...
Dejad que muera...

¡Al hijo de mi vida,
Ya se lo llevan!
¿No veis mi duelo?

¿No oís que las campanas
Tocan a muerto?

Tu pobre niño enfermo,
Triste gemía

Ayer en tus brazos,
Madre bendita...
Y hoy ya no llora...

¡Hoy por él las campanas
Tocan a gloria!

¡Ah! sí...; su alma de ángel,
Allá me espera...

Pero su cuerpo hermoso,
Yace en la tierra...
¡No podré verlo!

¡Que por él las campanas
Tocan a muerto!

De besos y de flores,
Colmé su cuna...

¡Hoy de flores y lágrimas
Colmo su tumba!
Ya no le veo...

¡Para él tocan a gloria!
¡Para mí, a muerto!

PEDRO DE ALARCÓN

N.º 207

Los dos espejos

En el cristal de un espejo
a los cuarenta me vi,
y hallándome feo y viejo,
de rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia,
mi rostro entonces miré,
y tal me vi en la conciencia
que el corazón me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mor-
la fe, juventud y amor, [tal
¡se mira al espejo, y mal!
¡se ve en el alma, y peor!

RAMÓN CAMPOAMOR

El instinto maternal

I

Cerca de Portugalete
cayó un marinero al mar
y le sacaron del agua
sin dar de vida señal.
—¿Quién es este marinero?
gritaron al capitán;
pero no respondió nadie,
que el barco iba lejos ya.
Para enterrarle llamaron
al cura y al sacristán,
y al sacristán dijo el cura
movido de caridad:
—Como es tu hijo marinero
y tú lo fuiste además,
de los que por el mar andan
conoces a la mitad.
Antes que el féretro cubran
los que a conducirlo van,
mira si al muerto conoces,
que si le conocerás,
y así, si tuviere madre,
el desdichado tendrá
quien sobre su sepultura
vaya a llorar y rezar—.
Miró el sacristán al muerto
con mucha prolijidad,
y, después de hacerlo, dijo
casi en tono de llorar:
—Conocer, no le conozco;
pero tendría la edad
del pobre hijo que no vemos
hace tres años o más;
porque fué por esos mares
y no acaba de tornar,
aunque por él desde entonces
su madre llorando está.

II

Miserere mei, llorando
el cura y el sacristán
(que cantar el *Miserere*
es llorar y no cantar),
Miserere las campanas
de la iglesia parroquial,
y *Miserere* la gente
que va delante y detrás,
en su féretro cubierto
llevan al muerto a enterrar.
Gente que al entierro llega,
quiere al muerto ver la faz;
pero el paño que le cubre
burla su curiosidad,

y unos a otros se preguntan:

—¿Quién el difunto será?—

Una mujer sale al paso
del séquito funeral
y como si a esta pregunta
respuesta quisiera dar,
al ver el féretro grita
con acento que jamás
pluma podrá describir
ni pincel podrá pintar:
—¡El hijo de mis entrañas
en ese féretro va!—
Y en efecto, va en el féretro
¡el hijo del sacristán!
¿Quién se lo ha dicho a su madre
si la vista material
el paño que cubre el féretro
no ha podido penetrar?
Sin duda tú se lo has dicho,
santo instinto maternal,
que aun sin saber bien decir,
sabes bien adivinar.

ANTONIO DE TRUEBA

Anoche cuando dormía

Anoche, cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amargas viejas,
blanda cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente, porque daba
colores de rojo hogar;
y era sol, porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía,
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

ANTONIO MACHADO

La oración de la huérfana

¡Oh Santa Virgen bendita,
Madre de consolación!
Dile a mi madre en el cielo
Que no olvide a su Leonor.

Que los niños están buenos,
Limpiecitos, y que hoy
Fueron todos a la escuela,
Y han dado buena lección.

Cuéntale que padecemos
Porque nos falta su amor,
Aunque el pan nunca nos falta
Por la caridad de Dios.

Dile que las azucenas
Que junto al ciprés sembró
Florecieron, no la hallaron
Y murieron de dolor...

Dile que Juanito, viendo
El lecho donde murió,
Se arrodilla ante él y canta
Con tierna y llorosa voz:

«Aquí se durmió mi madre
La última vez que durmió...;
Si quieren que ella despierte,
Déjenme ir al panteón».

Dile, por fin, que no olvide
Que, al irse, nos ofreció
Volver y llevarse al cielo
A estos hijos de su amor.

M. MORENO (americano)

Oración al Angel de la Guarda

*Niño arrodillado ante el sepulcro
de su madre (proyección o cruz de
papel); permanece unos momentos
en silencio mientras el piano prelu-
dia una melodía melancólica; des-
pués de la pausa comienza el niño:*

¡Angelito de mi guarda!
tú que sabes mi aflicción,
dame nuevas de mi madre,
que en el cielo está con Dios.
Hace un año que la llamo;
que la llamo en mi dolor,
sin que logren ver mis ojos
su celeste aparición...

¡Angelito de mi guarda!
tú que sabes mi aflicción,
dame nuevas de mi madre,
que en el cielo está con Dios...

¡Crisantemo, crisantemo!

*(Japonesa con un crisantemo en
la mano; antes de partir con su pa-
dre para el destierro se despide así
de la flor nacional japonesa; mú-
sica.)*

Crisantemo, crisantemo,
la flor del oro;
no veré más tu belleza,
por eso lloro.

Flor sagrada del Oriente
que reclinas en la fuente
el prodigioso capuz;
En tus tallos soñadores
danzan todos los colores
de la luz.

Son tus pétalos azules,
como los flotantes tules
de una princesa gentil;
Son abiertos y nevados,
como estuches encantados
de marfil.

Sobre tus hojas inmensas
mil amatistas condensas,
como lágrimas de amor;
Y desangras mil corales,
como heridas criminales
del rencor.

Crisantemo, crisantemo,
la flor del oro;
no veré más tu belleza,
por eso lloro.

Tu regio nimbo corona
la cúpula coquetona
del caprichoso ataúd;
y el tocado festonea
de la gheisa que rasguea
su laúd.

Al fulgor de tu alegría
florece la sedería
de la cámara imperial;
Y ríe en el altozano
la cabaña del anciano
menestral.

¡Sube, sube, flor sagrada,
como una estrella dorada,
a la celeste región,
y que allí tu luz encienda
la victoriosa leyenda
del Japón!

Crisantemo, crisantemo,
la flor del oro;
no veré más tu belleza,
por eso lloro.

J. J. PÉREZ ORMAZÁBAL

¡Por la señal...!

¡Callad!, que se duerme el niño;
 Ya sus pupilas inquietas,
 Como el pájaro en la rama,
 Bajo sus párpados tiemblan.
 ¡Mirad su frente! Es un cielo
 Sin nube que la oscurezca.
 ¡Chitón! Ya se acerca el Angel
 Que por los ángeles vela.
 Blanca es la cuna del niño,
 Blanca su frente serena,
 Blancas sus manos de nieve,
 Y como flecos de estrellas
 Son las alas del querube,
 del Angel de la inocencia.

Antes de dormirse el niño,
 Con su manecita bella
 Rozó el jazmín de su frente
 Rimando dulce poema;
 El granate de sus labios
 Dejó rodar como perlas
 Los ecos de una plegaria,
 Cual beso de madre tierna.
 «¡Por la señal!...» —dijo el niño,
 Moviendo la cabellera,
 Rubia como los trigales
 Que olas de fuego semejan—.
 Y el signo de los cristianos,
 La cruz, ¡redentora, eterna!,
 Lució como luce el iris
 En medio de las tormentas.

Duerme el niño, vela el Angel,
 La madre, piadosa, reza,
 Con los ojos en el cielo
 Y la rodilla en la tierra.
 —Señor— balbuciendo dice,
 Con voz triste cual la pena—,
 ¡Vela por mi pobre niño!
 ¡Consérvale su pureza!
 Y si en los mares del mundo
 Borrascas y odios le esperan,
 Si la desgracia le aguarda,
 Si el mal, cobarde, le acecha,
 Si en el fango de la vida
 Se ha de manchar su alma buena...
 ¡Por tu cruz! «¡Por la señal!»
 Que su frente guarda y vela...
 ¡Haz que no despierte el niño!
 ¡Haz que eternamente duerma!

M. R. BLANCO BELMONTE



El cuento de la espiga

En un áureo trigal cuyas mieses
 el sol iba dorando a sus fuegos,
 una espiga arrogante crecía
 muy cargada de hechizos y ensueños;
 y era esbelta y gallarda y muy alta,
 y tan buena, que todo su empeño
 lo cifraba en crecer, y adentrarse
 de este modo en la gloria del cielo.

Y el Señor, que sus sueños sabía,
 la miraba benigno y risueño,
 y sus firmes promesas le daba
 de atraerla por fin a su seno...

Y la espiga soñaba y crecía,
 y esperando saciar sus anhelos,
 se pasaba las horas jugando
 en el dulce columpio del viento.

Pues, señor: una tarde de estío,
 presentóse en el campo un labriego,
 y con hoz despiadada y sañuda
 fué segando el precioso terreno;
 y alarmada, «¡a mí, no!», le decía
 la inocente espigueta del cuento;
 «a mí no, porque estoy designada
 para alzarme en mi tallo hasta el cie-
 pero el hombre, tal vez distraído, [lo]...
 derribóla de un golpe certero,
 destruyendo con él su ventura
 y el hermoso ideal de sus sueños.

—¡Oh Señor —clamó entonces la es-
 [piga—

mira, mira, mi Dios, lo que han hecho;
 ya no puedo llegar a tus brazos;
 sálvame, sálvame, que me muero!...

Y el Señor, cual si nada escuchase,
 respondióla con sólo el silencio;
 ...y el labriego tomando la espiga,
 bajo el trillo la puso al momento.

Y el caballo arrancóse con brío,
 y los granos de trigo crujiéron,
 y cual perlas de sarta deshecha
 por las eras rodaron dispersos...

—Oh granitos que el cielo anhelabais
 (un sin fin de amapolas dijeron),
 ¿de qué os sirve haber sido tan puros
 si a salvaros no baja el Eterno?

Y en su angustia, los tristes clama-

[ban:]
 «¡Padre nuestro que estás en los cie-
 [los!]

En la cárcel oscura de un saco
 al molino lleváronlos luego;
 y los granos dorados y hermosos
 en finísimo polvo volvieron.

Y la harina llorando seguía,
 y al Señor duplicaba sus ruegos,

y allá arriba seguían callando,
y aquí abajo seguían moliendo...

¿Y por qué el buen Jesús callaría?
¿Y por qué le negaba consuelos?
¿Y por qué siendo pura e inocente
la dejaba en tan duro tormento?

Pero ved qué pasó: con la harina
una hostia bellísima hicieron...
y era tenue cual brisa de Mayo...
y era blanca cual luna de Enero...;
su belleza brilló sobre el ara,
y las nubes al verla se abrieron,
y Dios mismo y su gloria bajaron
y en la Hostia feliz se fundieron...

Y así, en tierno coloquio de amores,
a la espiga le dijo el Cordero:

—Yo anhelaba tenerte en mi gloria
y estos brazos brindarte por lecho;
pero escucha, mi bien: a mis brazos
sólo puede llegarse... ¡sufriendo!

P. LULL GIMÉNEZ

Buscando a sus desconsuelos
Un alivio en el altar.

Pulsando con blanda mano
Las cuerdecillas vibrantes

Del laúd,
Cantó el bardo soberano
Los ensueños anhelantes
De su triste juventud.

Cantó el duelo y los cariños
De la esposa que lo espera
Con afán;

Cantó el hambre de los niños
Que en súplica lastimera
Gemebundos piden pan.

Y la imagen rutilante,
Condolida de tal pena,

Con amor
Un chapín de oro y diamantes
Ofreció, de bondad llena,
Al doliente trovador.

II

N.º 215

Los zapatos de la Virgen

I

Macilento y afligido,
Rebosando su alma buena

De dolor,
Ante el altar bendecido
Dobla la frente serena
El infeliz trovador.

Una imagen espléndida
Bajo el rico terciopelo
De dosel;

Era la Virgen María
Que bajó del alto cielo
Por la magia de un cincel.

La imagen era de oro
Con pupilas de diamantes

Y zafir,
Y era su frente un tesoro
De joyeles deslumbrantes
De la Golgonda y Ofir.

Chapines filigranados
Calzaba la Madre Santa
Del Señor;

Eran estuches, labrados
Para la divina planta
Con magnífico primor.

Ante la Reina y Señora
De la tierra, de los cielos

Y del mar,
El trovador triste llora,

Macilento y afligido,
Rebosante la pupila

De altivez,
El trovador oprimido
Alza la frente tranquila
Entre el verdugo y el juez.

Lo condenaron a muerte
Por robar a la Patrona

Del lugar;
Y él marcha con pecho fuerte,
Que el suplicio es la corona
Del que honrado sabe amar.

Al detenerse en la ermita,
Y al mirar junto a la fosa
Su ataúd,

Ante la Virgen bendita
Con inspiración hermosa
Pulsa el bardo su laúd.

Y la endecha se agiganta,
Y en su acento hay amargura
Y aflicción,

Y es el himno que levanta
Un tesoro de dulzura
Del creyente corazón.

Entonces, el sol divino,
La Virgen bella y riente,
Entre el pasmo popular,
Su otro chapín diamantino
Brindo al músico inocente
Desde el trono del altar.

M. R. BLANCO BELMONTE

Diálogo del cielo

(Huérfano y portero de un Hospital)

—¿Llamabas, hermoso niño?

—Sí, señor.

—¿Qué se te ofrece?

—¿No es esta casa Hospital?

—Sí, hijo mío; y tú ¿qué quieres?

—Vengo a buscar a mi madre, que la trajeron el viernes enferma...

—¿Cómo se llama?

—¿No lo sabe usted? ¡Mercedes!

—¿Mercedes? Pues, ya se ha... ido.

—¿A dónde?

—¡Desgraciado!

—No puede ser; ¡no ha ido a verme!

—¡Es que se ha marchado al cielo!

—¿Al cielo? ¡Anda, y qué suerte!

Habrás ido a ver a mi padre:

y, diga usted, ¿cuándo vuelve?

—No lo sé.

—¿No se lo ha dicho?

—No, hijo; mas me parece que tardará muchos días.

—Entonces... si me dijese usted por dónde se va,

iría en un periquete;

¡porque tengo yo una ganas de que mi madre bese!

¿Está muy lejos?

—Bastante;

pero es mejor que te quedes.

—¿En dónde? No tengo casa.

Vivía con un pariente,

y me he marchado de allí

porque sé que no me quiere,

y esta mañana me ha dicho que me va a pegar cachetes.

—Entonces, ¿qué vas a hacer sin que nadie te sustente?

—Pues ir al cielo ahora mismo, que allí tengo quien me quiere.

—Pero si eso es imposible; sólo se va por la muerte.

—¡Dios mío! ¿Pero se ha muerto?

¡Ay, Jesús, Jesús mil veces!

Yo también quiero morirme.

Diga usted, ¿cómo se muere?

¿Estando enfermo, verdad?

¿Y quién hará que yo enferme?

—¡Virgen santa, qué candor!

¡Si yo tuviera más bienes,

lo adoptaría por hijo!...

Pero no importa, los tiene

el Señor que no abandona al que a la niñez protege. Se me ha ocurrido una idea...

No llores, hijo, y atiende:

¿Has conocido a tu padre?

—No, señor; sólo tres meses tenía cuando se fue.

—¿Y desearas conocerle?

—Sí, señor; por eso al cielo quiero ir, ya que él no viene.

—Pues ya ha venido, hijo mío.

¡Yo soy tu padre!, que al verte

desde el cielo esta mañana

he venido a socorrerte,

ya que tu madre se ha ido

y no tienes quien te bese.

—¿Usted mi padre?

—Sí, hijo:

Ven a mis brazos, ya tienes quien te quiera, quien te mime como tu madre Mercedes.

GIL

N.º 217

Más allá

Por un áspero camino, un cansado peregrino busca la felicidad; y cuantos al paso halla, todos le dicen que vaya *más allá*.

Y cruza por los estrados de los palacios dorados, buscándola con afán; y entre el rumor de la orgía, siempre una voz le decía: *más allá*.

A gentes de las montañas, pregunta si en sus cabañas con ellos habita en paz; y ellos bajan la cabeza respondiendo con tristeza: *más allá*.

Penetra con desaliento por los claustros de un convento, y se postra ante un altar; y entre el rumor de las preces oye a veces, sólo a veces: *más allá*.

Al fin, en el camposanto, con ojos llenos de llanto busca la felicidad, y una figura huesosa le dice abriendo una fosa: *más allá*.

SAJ

EL ÚLTIMO JUGUETE

(Recitado sobre música)

En las nevadas ropas medio escondido
de aquel lecho revuelto y abandonado,
donde el pobre inocente tanto ha sufrido,
el último juguete yace olvidado.

Al verlo, tibio llanto los ojos llena,
recordando del ángel la breve historia...
Báñalo en paz la tarde con luz serena
y en el vecino templo tocan a gloria.

Allí está. Sus caricias en vano espera
llorando con lenguaje sencillo y mudo...
Helada está la mano blanca y ligera
que el último juguete romper no pudo.

Allí está. Por inútil se le abandona
sobre el desierto lecho que el tiempo enfía;
nadie el humilde objeto, nadie, ambiciona...
y sin embargo el niño le sonreía.

Tal vez fué deseado con ese ardiente
afán que es de las almas fiebre y locura,
y sólo llegó a manos del inocente
cuando ya le esperaba la sepultura.

Lo que no consiguieron sabios doctores,
ese pobre juguete lo ha conseguido
calmando la crudeza de sus dolores,
en sus labios ahogando más de un gemido.

¿Quién abrevió sus horas negras y amargas?
¿Quién de su blanca frente dispó el ceño?
El enfermo en las noches de insomnio largas
abrazado al juguete concilió el sueño.

Si la caja forrada de blanca seda,
postrer nido de ángel, es reducida,
haced otra más grande para que pueda
guardar lo que él amaba más en la vida.

No separarlos. Vibra con tono extraño
una voz en el alma que nos lo advierte;
por algo Dios dispuso que al desengaño
precediera temprana dichosa muerte.

No separéis aquello que unió el cariño:
no toquéis lo que es digno de la inocencia:
respetad el juguete del pobre niño;
fué la ilusión postrera de su existencia.

Morir bajo el influjo de aquel encanto
fué robar a la muerte dulce victoria.
Por eso, aunque los ojos arrasa el llanto,
por eso las campanas tocan a gloria.

Risueñas ilusiones, falsos cristales,
que el deseo en diamantes transforma ciego,
¿qué sois sino juguetes que los mortales
ambicionan, consiguen y rompen luego?

Y cuando ya al sepulcro se ven cercanos,
¿qué sois para los hombres? Peso importuno;

restos no más de aquellos juguetes vanos
que aquellos mismos rompieron uno por uno.

Feliz quien en su seno guarda y abriga
el brillador juguete breves momentos,
si a sorprenderlo llega la muerte amiga
antes que de sus manos caiga en fragmentos.

.....
Allí está. Con lenguaje sencillo y mudo
del niño nos recuerda la breve historia.
El último juguete romper no pudo...
Bien haces, campanero, tocando a gloria.

RICARDO GIL

N.º 219

EL SAUCE Y EL CIPRÉS

Cuando vierte la tarde sombra y misterio,
penetro en el recinto del cementerio,
y allí donde perpetua reina la calma,
silenciosos y tristes hablan al alma
el sauce, cuyas hojas besan el suelo,
y el ciprés, cuya punta señala al cielo.
Allí, con mudas voces, y a su manera,
el uno dice: «¡Llora!», y el otro: «¡Espera!»

—
Dice el sauce: «Este suelo duro y helado
para siempre te roba lo que has amado.
Aquel ser dulce y bueno que tu alma llora
de polvo fué formado, polvo es ahora.
Ya no enreda sus manos en tus cabellos,
ni sus brazos amante ciñe a tu cuello.
Ya de aquella mirada dulce y tranquila
no se filtran los rayos en tu pupila.
Ya son sus bellas manos yertos despojos,
¡mudos están sus labios, ciegos sus ojos!
De polvo fué formado, polvo es ahora.
Sueños fueron tus dichas. ¡Ay! ¡Llora, llora!»

—
Dice el ciprés: «¡No inclines la vista al suelo!
¡los ojos y la mente levanta al cielo!
Los que esa tierra cubre fué vil escoria;
hoy, libre de ella, el alma vive en la gloria.
Vive, y de tus acciones mudo testigo,
en tus noches de insomnio vela contigo.
Velando en torno tuyo constante gira,
y el mal de tu alma ahuyenta y el bien te inspira.
Hombre, eleva los ojos a la alta esfera:
allá van los que vencen. ¡Espera, espera!»

—
Así, cuando la tarde descende en calma
silenciosos y tristes hablan al alma
el sauce, cuyas hojas besan el suelo,
y el ciprés, cuya punta señala al cielo.
Así, con mudas voces, a su manera
el uno dice: «¡Llora!» y el otro: «¡Espera!»
Y yo, que los designios de Dios venero,
resignado y humilde, lloro y espero.

FEDERICO BALART

¡Y YO ESTARÉ MUERTO!

(Recitado sobre música)

Doblan las campanas con son funerario,
doblan las campanas en el campanario;
quizás pronto doblen con triste concierto...
¡y yo estaré muerto!

Cuando por mí doblen, quizás en un día
de sol esplendente, de paz y alegría,
irá el hortelano cantando a su huerto...
¡y yo estaré muerto!

Irá el caminante por bosque de pinos,
por largas veredas, por largos caminos,
verá el navegante de lejos el puerto...
¡y yo estaré muerto!

Bullirá la gente por plazas y calles,
volarán las aves por montes y valles,
correrá el arroyo de flores cubierto...
¡y yo estaré muerto!

Irán los soldados, irán a la guerra,
y los misioneros cruzando la tierra,
y las caravanas cruzando el desierto...
¡y yo estaré muerto!

Cuando por mí doblen con son funerario,
cuando por mí doblen en el campanario;
si al abrir la fosa halla el cielo abierto...
¡yo no estaré muerto!

SAJ

ENCANTOS DE NIÑO

Tengo rubio el cabello, negros los ojos,
la mejilla trigueña, los labios rojos.
La voz en ellos brota, clara y risueña,
como el agua que salta de peña en peña,
y mis huellas imitan, finas y leves,
las huellas de las aves sobre las nieves...

Mejor que esos hechizos de mi persona,
es la flor delicada que los corona;
y esa flor, que en mi pecho vierte su esencia,
es la flor de las flores: es la inocencia.

F. BALART

EL ÚLTIMO BESO DE UNA MADRE

Iba a morir y se inclinaba sobre la cama donde dormía su hijo.

Demasiado sabía que aquella noche era la última de su existencia; la enfermedad que ha tiempo minaba su cuerpo iba a descargar el postrer golpe, y el socavado muro se derrumbaría.

Y la moribunda madre, contemplando al niño plácidamente dormido, pensaba:

—¿Se acordará de mí? ¿Se acordará de mí? —repetía la desdichada sintiendo, más que la muerte cierta, el olvido probable.

Alzó la cabeza y vio al otro lado de la cuna un tenue resplandor, después unas alas que se plegaban, después unos ojos luminosos clavados en los suyos.

Y oyó una voz que decía:

—Soy el ángel que, por mandato del Señor, guío a las madres que se mueren, camino del cielo. Vengo en tu busca. ¿Estás pronta?

—Déjame que le contemple unos instantes más —respondió la madre—; mira qué hermoso es y cómo ríe.

El ángel inclinó la cabeza y murmuró:

—¡Es hermoso para que la madre en la muerte goce de tal dulzura!

—¡Hijo mío! —exclamó la desdichada—. ¿Qué hallarás sin mí en la vida? ¿La felicidad? ¿La desgracia?

—Tú puedes concederle la una o la otra —respondió el ángel—; el Señor te lo permite.

—¡La dicha! —gritó la madre.

—Oye, mujer —respondió el ángel bajando tristemente la cabeza—; si tu hijo alcanza en la vida la felicidad que sueñas, halagado por los placeres, deslumbrado por las glorias, lleno su corazón de carifios y venturas, se olvidará de ti. Tu nombre no temblará en sus labios, ni tu recuerdo llenará de lágrimas sus ojos.

—¡Ay! —dijo entonces la madre, sintiendo por primera vez la muerte.

—Pero si tu hijo es desgraciado, a cada nueva pena surgirá más viva tu imagen en su espíritu. Te confiará, como si aun vivieses, todos sus dolores: te contará, en las noches de insomnio, todas sus amarguras. No, no habrás muerto para él; porque, con los ojos llenos de lágrimas, te verá siempre y en todas partes, mientras murmuren sus labios: ¡Madre mía, madre mía!

Dijo el ángel con un silencio augusto durante el cual se apagó la sonrisa del niño.

Después, la madre se fué inclinando sobre la cuna; y posó, al fin, los exangües labios en la frente de su hijo.

Fué el beso de una tierna despedida.

Alzó de nuevo la cabeza y dijo con voz firme, clara y vibrante.

—¡Que seas dichoso!

Y mientras, como anuncio de su final destino, una alegre sonrisa plegaba los labios del niño dormido, la madre y el ángel se alejaban sollozando camino del Cielo.

CRISPÍN

(Relato histórico misional)

I

El P. Misionero caminaba delante. Detrás de él, tres indios neófitos le seguían con sus atillos.

La tarde tocaba a su fin. Negras sombras, precursoras de la noche, de

una noche sin luna y sin estrellas, comenzaban a tenderse sobre las copas gigantescas de los árboles, que iban tomando estos matices oscuros y gimiendo con ese lúgubre sonsonete con que les hacen quejarse las brisas de la noche.

Crispín, el más joven de los tres indios, poco amigo de aventuras, llevaba un miedo cerval, temiendo pasar una noche a la intemperie, en medio de aquellos bosques, sembrados, más que de follaje, de jaguares y de mortíferas serpientes.

Por eso caminaba materialmente cosido a la sotana del Padre Misionero, como se pegan los niños pequeños a las faldas de la madre, cuando el miedo se apodera de todo su ser.

—Oye, Pablo —dice por fin el Padre, dirigiéndose a uno de los quechuas—, creo que hemos errado otra vez el camino.

—Yo lo creo también, tata (Padre).

—¿Y no habrá tambo por aquí cerca?

—¿Y cómo será?

Esto era tanto como decir que no lo había, y el corazón de Crispín al oírlo, dió dos o tres saltos de miedo.

Caminaron otra hora más. Los machetes de los cuatro abrían con dificultad camino por entre la maleza y no distinguían ya los caminantes otro horizonte que un espeso cortinaje denso, densísimo, formado por lianas, por troncos de manoyes, por hojas de plátano, que se movían con un vaivén solemne y acompasado.

—¡Alto! —dijo por fin el misionero—. Es inútil buscar refugio. Esto está desierto y nos exponemos a que la víbora nos pique.

Los tres indios se detuvieron.

—Tú, Pablo —prosiguió el Padre—, ayúdame a formar un rancho, y vosotros a encender la lumbre, que vamos a cenar.

—Tata, ¿no habrá tambito cerca? —dijo Crispín tendiendo hacia el Padre sus ojos suplicantes.

—Es inútil, Crispín, es inútil. ¡Si estamos en medio de la manigua! ¿Tienes miedo?

—Sí, tatita, mucho miedo.

—¿A quién?

—Al tigre. Puede venir por aquí.

—Déjalo. El no podrá subir a los árboles.

—Sí, pero... nos esperará debajo.

—Reza, Crispín, reza y se te quitará el miedo.

Crispín se puso a rezar en silencio.

II

Al poco tiempo, estaba ya fabricada la casa en donde los cuatro debían pasar la noche. A una altura como de dos metros, Pablo había cortado tres robustos árboles, y sobre ellos tendió unas ramas gruesas que formaban el pavimento. Crispín y Juan encendieron lumbre; en ella se calentaron los trozos de tasajo, y revuelto todo con la salsa de casi un día, pasado en continuo trajinar, se fueron despachando entre los cuentos y narraciones con que el misionero procuraba distraer el miedo de los recién convertidos.

Los bosques ecuatoriales son capaces de dar un susto al más valiente cuando hay que pasar en ellos la noche.

El tigre, generalmente hambriento, acude al sentir olor de carne humana y asalta con una furia increíble. La boa y el cascabel, avisados por la hoguera, que es preciso encender para espantar a los demás animales, se van acercando con lentitud hacia los troncos de los árboles y a veces varias de ellas se enroscan por las ramas produciendo un ruido apagado y silbante. No es menos temible la astucia del vampiro, inmenso murciélago que, aprovechando el sueño de su víctima, abre en las venas una herida por donde va chupando la sangre, mientras agita lentamente las alas haciendo aire para que no se despierte el incauto dormido.

Como todo esto lo sabía Crispín, le fué imposible conciliar el sueño. Y eso que el Padre Misionero les tranquilizó avisándoles que él se quedaría en guardia para velar su sueño.

Eran ya las once de la noche. El Padre rezaba su rosario pasando sin cesar cuenta tras cuenta, pidiendo a la Virgen que los librara de los riesgos de aquella noche tan peligrosa.

Crispín hacía como que estaba dormido, pero sus ojos se abrían de cuando en cuando, para hundirse en medio de aquellas espesas tinieblas,

y a cada paso creía ver dos ascuas de fuego debajo del rancho, o le parecía escuchar el rugido del tigre que se acercaba.

Y, en efecto, concluyó por verlo y oírlo de veras.

A pocos metros de distancia, dos luces incandescentes se iban acercando con cautela.

—Tata, tigre viene, súbete al árbol; —gimió Crispín con voz apagada.

El Padre miró hacia el sitio donde señalaba y se convenció de la triste realidad.

En medio del vago resplandor que los carbones medio encendidos daban, vió una sombra arrastrarse por el suelo y avanzar con lentitud. Era un tigre.

—Al árbol, Pablo, Juan, al árbol —gritó el Misionero.

Los dos indios despertaron, y en un instante aferrándose a las ramas de un corpulento tamarindo que cobijaba la improvisada mansión, se subieron los cuatro hasta lo más elevado de su copa.

El jaguar notó la maniobra, vió que la presa se le había escapado por entonces, pero no perdió la esperanza de recuperarla.

Se acercó resueltamente al árbol y comenzó a dar vueltas.

—Quietos todos —repitió el Padre en voz baja—. Quietos todos, que ya se cansará.

—No —decía Crispín moviendo la cabeza—. Tiene hambre. Hasta que no quede harto no se irá.

—¿Tienes ahí tasajo?

—Abajo quedó un poco; pero se lo ha comido ya. Quiere más carne.

Así pasó una hora y pasaron dos, y el tigre seguía dando vueltas al árbol cada vez con más impaciencia.

—¡Y no se irá! —repetía Crispín con angustia—. Tiene hambre. Tiene hambre.

—Ya se irá cuando amanezca el día.

—No, no. Lo conozco muy bien. Se irá cuando se coma a alguno de nosotros.

El Padre acabó por convencerse de que ni al rayar el alba podrían echarse de encima a tan inoportuno huésped.

—¿Tienes ahí el machete, Pablo? —exclamó por fin.

—No, tata, abajo está todo.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Crispín, adivinando su pensamiento.

—A ver si consigo ahuyentarlo.

—No lo intentes, mi tatita, te mataría y tu vida es necesaria.

—Sí, pero es preciso acabar de una vez.

Crispín se quedó un momento pensativo, y en seguida preguntó al Padre:

—Dime, ¿cuándo me confesé contigo?

—Ayer por la mañana. ¿No te acuerdas?

—Sí, ya me acuerdo, y ayer no cometí ningún pecado.

—Bien hecho, hijo mío. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Echame la bendición.

El Padre, creyendo que se la pedía para acallar su miedo se la echó.

—Con esta bendición —siguió el indio— ya no iré al infierno, ¿verdad?

—No, hijo mío, con la bendición de Dios puedes quedarte tranquilo.

Crispín, en efecto, se quedó completamente tranquilo. Más aun, se sonrió. Miró al tigre que desde abajo tenía clavados en él sus ojos y dijo al Padre:

—Tatita, entonces hasta el cielo.

—¿Qué vas a hacer? ¡Detente!

Ya era tarde; el valiente neófito hizo la señal de la cruz sobre su frente y desapareció entre las ramas.

En seguida se oyó un grito humano, un rugido de fiera, y poco tiempo después el crugido de los huesos al ser triturados entre los colmillos del jaguar.

Una vez saciado su apetito, el tigre levantó el campo y se ocultó entre la maleza.

Los tres que quedaban de la caravana siguieron su camino casi sin hablar una palabra. El acto sublime de caridad del neófito les había llegado hasta el alma.

Verdaderamente, aquel Crispín era un héroe.

ALBERTO RISCO, S. J.

APÉNDICE

EL CAJÓN MÁGICO

Donde sea desconocido es un truco de gran éxito para comienzo de una velada.

Se reduce a llevar al escenario un gran cajón vacío (un metro por lo menos de largo) sin fondo o sin tablero en uno de los costados. Lo llevan entre dos procurando ocultar al público la parte abierta, y haciendo grandes esfuerzos como para mostrar el peso del *repleto* cajón. Si el escenario tiene trampa en el suelo, colocan allí el cajón, de modo que coincida con la boca de la trampa el fondo abierto del cajón. A continuación se procede a desclavar la tapa superior; abierta también la boca de la trampa, los portadores que se habrán colocado a derecha e izquierda del bulto mágico, empiezan a extraer virutas y embalajes, gorros, instrumentos, atriles, trajes de cómicos, materiales de escena, etcétera... que irán recibiendo por el escotillón abierto.

La admiración del público llega al colmo cuando, tras el montón de utensilios escenográficos, aparecen sacados de pies y cabeza ocho o diez cómicos de carne y hueso, suministrados por el inagotable cajón. Estos se colocan en semicírculo de cara al público; un criado los va desempolvando cómicamente con un plumero; saludan al público, cantan algún número de presentación, y empuja la velada.

Si no hubiere escotillón en la taramita del escenario, puede colocarse el cajón hacia el fondo de la escena, un poco delante de la puerta del foro. En este caso, la parte abierta del cajón no corresponderá al fondo, sino al tablero posterior, que faltará totalmente o en su mitad inferior; de este modo los cómicos, arrastrán-

dose por la puerta del foro, podrán penetrar sucesivamente en el cajón, para ser sacados en la forma anteriormente descrita. Para ocultar al público la maniobra convendrá que los lados del cajón estén bien cubiertos, ya sea por los mismos encargados de sacar el material, ya sea utilizando la tapa superior desclavada, que, con descuido aparente, podrá dejarse en uno de los costados más visibles del público.

El desarrollo del truco puede hacerse de dos maneras fundamentales: o a modo de pantomima muda con movimientos rítmicos al son del piano, o en forma hablada. En este segundo caso pueden añadirse otros detalles complementarios, más o menos pintorescos, v. gr.: uno de los actuantes puede presentarse ante el público para anunciar la noticia desagradable de que la velada ha sido suspendida por causa mayor (un perro rabioso que ha mordido a uno de los niños actores —vuelco del autobús donde viajaban los cómicos, etcétera). Otro de los actuantes, que se habrá colocado disimuladamente entre el público, protesta de la informalidad de los organizadores, lamenta haberse molestado en venir al salón para ver «cosas de niños», etcétera...; con todo, él se ofrece a solucionar el conflicto, supliendo la representación anunciada con una exhibición teatral desarrollada con unos muñecos mecánicos que él guarda en un cajón. Aceptada la solución, sube al escenario, trae el cajón, ayudado del empresario fracasado, y se procede en la forma anteriormente indicada; durante toda la escena actúa de locutor el amo de los muñecos, comentando con alusiones la aparición de los objetos y de cada uno de los actores.



ÍNDICE

ESCENAS Y DIÁLOGOS

Núm.	Página	Núm.	Página
1. Nombre verbal	5	12. Un discípulo aprovechado de catecismo	27
2. Los años del tío Tenajas	6	13. El tonto alcalde discreto	28
3. Gitanerías	9	14. ¡Atiende a razones!	29
4. Los deseos	11	15. Los huevos	31
5. La venta de la burra ...	14	16. La cesta de coles	32
6. Un pequeño detalle	17	17. Las aceitunas	33
7. Las habladoras	20	18. Cuestión de uñas	35
8. Diálogo entre Perico y su sastre	22	19. D. Quijote y Sancho Panza	36
9. Cuatro tiros	23	20. ¡Quién fuera obispo!	37
10. Con cloruro	25	21. A cada cual su puesto ...	41
11. El amigo servicial	26	22. Los lacayos ladrones	43

NARRACIONES, CUENTOS Y MONÓLOGOS

23. Diabluras de Periquillo ...	46	46. Cosas de niños	70
24. La buena manzana	47	47. Palique	71
25. Tío Curro el de la porra	47	48. El «Cicerone»	72
26. Sentencia de sabio	49	49. El cosario de Pozoblanco	74
27. Origen de un refrán	50	50. La palabra	75
28. Doña Fortuna y don Di- nero	50	51. Un desesperado	77
29. Pío, Pío	52	52. El hilo y la aguja	79
30. La viejecita importuna ...	53	53. El gallo del campanario	80
31. Los dos ciegos	54	54. Eso también lo hago yo	81
32. El diablo en el Seminario	54	55. El abad y el rey	83
33. El Arca de Noé	55	56. La niña de los tres mari- dos	84
34. Yo tres y tú dos	56	57. Desde las Batuecas	85
35. Todos ricos	58	58. Horas de sol	86
36. Por sí o por no	60	59. Moral gitana	89
37. Agudeza de un labrador	62	60. El cuento de «¡no es ver- dad!»	90
38. El zapatero remendón ...	62	61. Historia de una docena de quesos	93
39. Cuento del rebuzno	64	62. Los tres cuervos	95
40. La hache	65	63. Arroz con almejas	97
41. El loco y el perro	66	64. Petición desinteresada ...	98
42. Origen de algunos refranes	67	65. Instantáneas	100
43. El lazarillo de Tormes y el ciego	67	66. El de las ánimas	101
44. Juaquiniyo	68	67. No hay que preocuparse	102
45. ¡Pa Reondo!	69	68. La promesa	103

POESÍAS HUMORÍSTICAS, EDUCATIVAS...

69. Los cazadores y la perrilla	106	119. ¡Paciencia!	137
70. Los dos catarras	107	120. La educación de la niñez	137
71. Un pleito	108	121. El novio y el capuchino	137
72. ¡Oh, qué buen país!	109	122. Quid-pro-quos	138
73. El ahorcado	109	123. Cúmulo de disparates	139
74. Arte de descasarse	110	124. El tiro por la culata	140
75. La penúltima	111	125. El enano de la venta	140
76. El congreso de ratones	111	126. La competencia	141
77. Consejos higiénicos	111	127. La vida del muchacho	142
78. Flacos y gordos	112	128. Las monas de Tetuán	142
79. El balcón y la alacena	112	129. Carta en verso	143
80. La venta del jaco	113	130. La muñeca	144
81. Canciones populares	114	131. En el tren de Casetas a Zaragoza	145
82. Vida nueva	115	132. Encarguitos	146
83. El labrador y el maestro	116	133. Lección de historia	147
84. Madrid y el campo	116	134. El borracho y el eco	148
85. Es un grande majadero	116	135. El águila y la bala	149
86. El Comendador Hernán Núñez	117	136. Ande yo caliente	149
87. El asno lector	117	137. ¿Quién es más tonto?	149
88. Un perro que habla	118	138. Epigramas	150
89. Estadística	119	139. Mala suerte	153
90. La tierra de los cojos	119	140. La sopa de piedras	154
91. Trabajar para su daño	120	141. Coplas	155
92. Historia de un preso	120	142. La muerte del perrito	156
93. La isla de Jauja	121	143. El taponazo	157
94. El sobrio y el glotón	122	144. Lo bueno y lo mejor	157
95. No se ha hecho la miel	123	145. Un valiente	157
96. El cura	124	146. Epitafios	158
97. Higiene privada	124	147. El ratoncillo	159
98. La cena	125	148. Un loco	159
99. El ratón y el queso	126	149. Sonetos: <i>A un asno</i>	
100. Lección gramatical	126	<i>Al cohete</i>	
101. El rico y el pobre	127	<i>Pedrea de «Pes»</i>	
102. Riesgos de la imitación	128	<i>Chismografía</i>	
103. Curas oportunas	128	<i>La pandereta</i>	159
104. El bostezo	129	150. La carga ajena	160
105. Cuento baturro	130	151. En la plaza de la cebada	160
106. Cuento viejo	130	152. Luvia de jotas	160
107. El médico cazador	131	153. El ratón y el gato	161
108. ¡De limosna!	131	154. Mal callar	161
109. El loro y el mico	132	155. Narigudo y tragalibros	161
110. Confesión de un sablista	132	156. Los huevos	161
111. ¡Vamos a cuentas!	133	157. La araña y el jardinero	162
112. El alcalde y su compadre	133	158. El uno y el dos	162
113. La modestia	134	159. Los apellidos	162
114. El sastre y el avaro	134	160. Sin dolor	163
115. El cuento de mi abuela	135	161. Presunción de los débiles	163
116. Cuento andaluz	135	162. El tabaco	163
117. Derecha e izquierda	136	163. Apellidos típicos	164
118. Antigüedades y piedras	136	164. Fábulas breves	165

MISCELÁNEA PATRIÓTICA

165. El dos de mayo	163	172. El amor de la Patria	171
166. A la bandera española ...	164	173. La Iglesia forjadora de nuestra unidad	177
167. ¡Gloria a España!	166	174. Defensa de la Hispanidad	179
168. Coplas a la Virgen del Pi- lar	169	175. Patria	181
169. Nuestro soldado	169	176. La España grande	181
170. Elogio de España	170	177. Excelencias de Castilla ...	182
171. Glorias geográficas de Es- paña	171	178. ¡Ancha Castilla!	183

MISCELÁNEA LÍRICA

179. Las dos madres	185	202. El nido deshecho	195
180. El peregrino	186	203. Los huérfanos	195
181. El pajarillo	186	204. Ante el retrato de mi ma- dre	195
182. ¡Chist!	187	205. Corazón en ruinas	196
183. El niño huérfano	187	206. Gloria	196
184. El cigarro y la vida	188	207. Los dos espejos	196
185. Besos de madre	188	208. El instinto maternal	197
186. La infancia	189	209. Anoche cuando dormía ...	197
187. La gota de agua	189	210. La oración de la huérfana	198
188. El Angel de la Guarda ...	190	211. Oración al Angel de la Guarda	198
189. La Hermana de la Cari- dad	190	212. ¡Crisantemo, crisantemo!	198
190. La inocencia herida	190	213. ¡Por la señal!	199
191. Cuestión de colores	191	214. El cuento de la espiga ...	199
192. Ante un calendario	191	215. Los zapatos de la Virgen	200
193. Los pajarillos sueltos	192	216. Diálogo del cielo	201
194. La cuna vacía	192	217. Más allá	201
195. Risa y llanto	192	218. El último juguete	202
196. Niñerías	193	219. El sauce y el ciprés	203
197. A mi madre	193	220. ¡Y yo estaré muerto! ...	204
198. A mi hermana en su cum- pleaños	193	221. Encantos de niño	204
199. El niño dormido	193	222. El último beso de una ma- dre	205
200. Lágrima celeste	194	223. Crispín	205
201. Llave desdentada	194		

APÉNDICE

El cajón mágico	208
-----------------------	-----



OTRAS PUBLICACIONES

Antología de Gráficos y Dibujos Catequísticos.—Sencillos gráficos en tarjetas (10'5 x 16 cms.), propios para ser reproducidos en el tablero.

Serie I: Introducción (30 gráficos).

II: Credo y Novísimos A (67 gráficos).

III: » » B (55 gráficos).

IV: Los Sacramentos (80 gráficos).

Cantos religiosos para concentraciones infantiles.—Folleto de 80 páginas con melodías religiosas para las fiestas infantiles (procesiones, comuniones generales, etc...); contiene cantos eucarísticos, marianos, catequísticos, penitenciales, etc.

Villancicos de Navidad.—Un centenar de melodías navideñas, divididas en dos secciones: villancicos profanos y villancicos religiosos

Navidad en Europa.—Más de cien canciones populares navideñas de Inglaterra, Francia, Alemania, Portugal, Hungría, Polonia, Rumanía, etc..., con letra española.

Cantos populares.—Cerca de 200 melodías, entresacadas de los diversos cancioneros regionales españoles, propias para veladas, salones y patios de recreo.

Canciones de Europa.—Ciento cincuenta melodías populares rusas, alemanas, francesas, polacas, portuguesas, lituanas, italianas... con letra española.

Cánones infantiles.—Colección de 22 cánones musicales facilísimos, de gran éxito entre los niños.

MUSEO CATEQUÍSTICO - SEMINARIO - LOGROÑO



MUSEO CATEQUÍSTICO DIOCESANO
SEMINARIO CONCILIAR
LOGROÑO



1

R
384